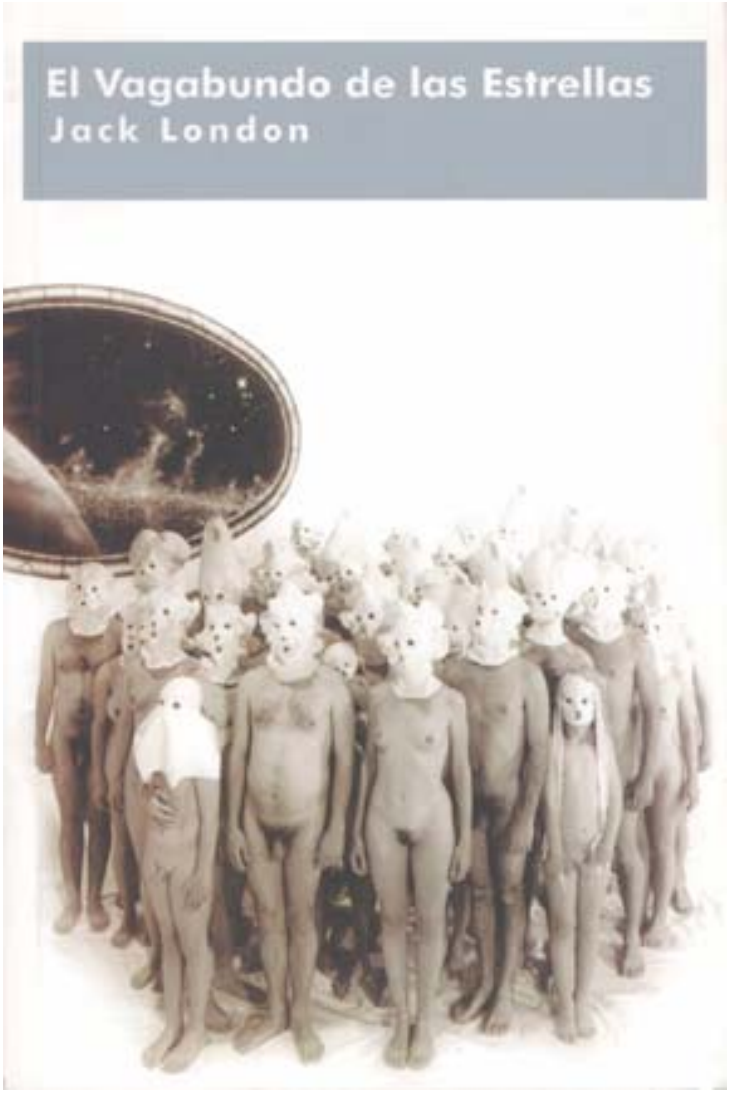


Jack London

El Vagabundo de las Estrellas

Digitalizado por 
http://www.librodot.com



1.

Toda mi vida he sido consciente de la existencia de otros tiempos y de otros lugares. He sido consciente de la existencia de otras personas en mi interior. Y créame, lector, igual le ha sucedido a usted. Mire de nuevo en su niñez, y recordará esta conciencia de la que hablo como una experiencia de su infancia. Por aquel entonces usted no estaba acabado todavía, no estaba consumado. Era plástico, un alma fluctuante, una conciencia y una identidad en proceso de formación, de formación y olvido.

Ha olvidado mucho, querido lector, y aun así, al leer estas líneas, recuerda vagamente las visiones confusas de otros tiempos y de otros lugares que sus ojos de niño con templaron. Hoy le parecen sueños. Sin embargo, aunque fuesen sueños, por tanto ya soñados, ¿de dónde surge su materia? Los sueños no son más que una grotesca mezcla de las cosas que ya conocemos. La esencia de nuestros sueños más puros es la esencia de nuestra experiencia. Cuando era niño soñó que caía de alturas prominentes; soñó que volaba por el aire como vuelan los seres alados; le turbaron arañas re-

pulsivas y criaturas babosas de innumerables patas; oyó otras voces, vio otras caras inquietantemente familiares, y contempló amaneceres y puestas de sol distintos a los que hoy, al mirar atrás, sabe que ha contemplado.

Bien. Estas visiones infantiles son visiones de ensueño, de otra vida, cosas que nunca había visto en la vida que ahora está viviendo. ¿De dónde surgen, pues? ¿De otras vidas? ¿De otros mundos? Quizá, cuando haya leído todo lo que voy a escribir, encontrará respuesta a las incógnitas que le he planteado y que usted mismo, antes de llegar a leerme, se había planteado también.

Wordsworth lo sabía. No era un profeta ni un vidente, sino un hombre normal y corriente como usted o como cualquier otro. Lo que él sabía, lo sabe usted y lo sabe cual quiera. Pero él lo expuso más acertadamente en aquel poema que comienza así: *"Ni en la completa desnudez, ni en el olvido total..."*

Sí, es cierto que los recuerdos de la casa-prisión se ciernen sobre nosotros, los recién nacidos, y que todo lo olvidamos demasiado rápido. Y aún así, de recién nacidos, sí que recordábamos aquellos otros tiempos y lugares. Nosotros, niños indefensos, sujetos en brazos o arrastrándonos a cuatro patas por el suelo, soñábamos que volábamos, muy alto, por el aire. Sí, y soportábamos el tormento de aterradoras pesadillas de seres oscuros y monstruosos. Nosotros, niños recién nacidos sin ninguna experiencia, nacimos con el miedo, con el recuerdo del miedo; y el recuerdo es la experiencia.

En cuanto a mí, ya en los principios de mi vocabulario, a una edad tan tierna que todavía expresaba mediante ruidos que quería dormir o comer, sabía que había sido un vagabundo de las estrellas. Sí, yo, cuyos labios nunca habían pronunciado la palabra "rey", recordaba que una vez había sido el hijo de un rey. Más aún, recordaba que una vez había sido esclavo, e hijo de un esclavo, y que había llevado alrededor del cuello un collar de hierro.

Y todavía más. Cuando tenía tres años, y cuatro, y cinco años, no era yo mismo todavía. Era solamente una transformación en curso, un flujo del espíritu todavía caliente en el molde de mi carne. Durante ese tiempo, todo lo que había sido en mis diez mil vidas anteriores se entremezcló con el flujo de mi espíritu, en un esfuerzo por incorporarse a mí.

Estúpido, ¿verdad? Pero recuerde, lector, con quien espero viajar lejos a través del tiempo y del espacio, recuerde que he pensado mucho sobre todo esto; que a lo largo de in soportables noches, a través de una angustiosa oscuridad que duró años y años, he estado a solas con mis muchas identidades y he podido contemplarlas y examinarlas. He atravesado toda clase de infiernos para traerle las noticias que usted compartirá conmigo en esta hora, mientras lee mis páginas.

Y volviendo a lo anterior, decía que a los tres, cuatro o cinco años, no era yo mismo todavía. Estaba solamente brotando, mientras tomaba forma en el molde de mi cuerpo, y todo el poderoso e indestructible pasado se las arregló para determinar cuál sería el destino de aquella evolución. No fue mi voz la que gritó en la noche por temor a cosas de sobra conocidas, pero que yo, en verdad, no conocía ni podía conocer. Igual ocurría con mis rabietas de niño, con mis llantos y con mis risas. Otras voces gritaban a través de mi voz, las voces de hombres y mujeres de otras épocas, de mis antepasados ocultos entre sombras. Y el gruñido de mi rabia se fundía con los gruñidos de bestias más antiguas que las montañas; y los dementes ecos de mi histeria infantil, con todo el rojo de su ira, se mezclaban con los gritos estúpidos e insensatos de bestias prehistóricas anteriores a Adán.

Y aquí se descubre el secreto. ¡La ira roja! Me ha aniquilado en ésta, mi vida presente. Por culpa de ella, dentro de unas semanas seré llevado desde esta celda hasta

un lugar más alto, de suelo inestable, coronado por una larga soga; y allí me colgarán del cuello hasta que muera. La ira roja ha podido conmigo en todas mis vidas, porque ella ha sido mi desgraciada e infortunada herencia desde los tiempos del gran pantano, antes de que el mundo despertase.

Ya es hora de que me presente. Ni estoy loco ni soy un lunático. Quiero que usted lo sepa, para que así crea los hechos que pretendo narrarle. Soy Darrell Standing. Algunos de ustedes, al leer este nombre, me habrán reconocido de inmediato. Pero para la mayoría, permítanme que exponga mi caso.

Hace ocho años yo era catedrático de agronomía en la Facultad de Agricultura de la Universidad de California. Hace ocho años, el aletargado pueblo de Berkeley se conmocionó con el asesinato del catedrático Haskell en uno de los laboratorios del departamento de mineralogía. Darrell Standing fue el asesino.

Yo soy Darrell Standing. Me encontraron con su sangre todavía en las manos. No voy a discutir sobre lo justo o lo injusto de este asunto con el profesor Haskell. Fue una cuestión privada. El caso es que, en un ataque de furia, cegado por la misma ira roja que me ha maldecido durante todos estos años, maté a mi compañero. Las pruebas del tribunal demuestran que lo hice; y, por una vez, estoy conforme con el tribunal.

No, no me van a ahorcar por este asesinato. Me condenaron a cadena perpetua. Por entonces yo tenía treinta y seis años. Ahora tengo cuarenta y cuatro. He pasado estos ocho años en San Quintín, la cárcel estatal de California. Cinco de esos años los pasé en la oscuridad, "aislamiento total", así lo llaman. Los hombres que son capaces de soportarlo lo llaman la muerte en vida. Pero durante esos cinco años conseguí ser más libre de lo que muchos hombres han llegado a ser nunca. A pesar de hallarme incomunicado, no sólo fui capaz de viajar más allá de los muros, sino también de viajar por el tiempo. Aquéllos que me encerraron durante esos insignificantes años me regalaron, sin ni tan siquiera ser conscientes de ello, el esplendor de los siglos. La verdad es que, gracias a Ed Morrell, fui un vagabundo de las estrellas durante cinco años. Pero Ed Morrell es otra historia. Le hablaré de él un poco más adelante. Tengo tanto que decir que apenas sé cómo empezar.

Bien, comencemos. Nací en una región de Minnesota. Mi madre era la hija de un inmigrante sueco. Se llamaba Hilda Tonnesson. Mi padre se llamaba Chauncey Standing, de ascendencia americana. Uno de sus antepasados era Alfred Standing, un sirviente, o si lo prefieren un esclavo, que llegó desde Inglaterra hasta las plantaciones de Virginia hace ya mucho tiempo, mucho antes de que el joven Washington explorara los páramos desiertos de Pennsylvania.

Uno de los hijos de Alfred Standing luchó en la Revolución; uno de sus nietos, en la Guerra de 1812. No ha habido desde entonces una guerra en la que no haya tomado parte alguno de los Standing. Yo, el último de los Standing, que moriré muy pronto y sin descendencia, luché como soldado raso en Filipinas, nuestra última guerra, y para ello renuncié, en plena ascensión de mi carrera, a mi cátedra en la Universidad de Nebraska. ¡Santo Cielo, cuando renuncié iba camino de convertirme en decano de la Facultad de Agricultura de aquella universidad; yo, el vagabundo de las estrellas, el ferviente aventurero, el Caín peregrino de los siglos, el sacerdote de los tiempos más remotos, el eterno poeta que sueña con la luna, y que será olvidado por los hombres!

Y aquí estoy, con las manos manchadas de sangre en la Galería de los Asesinos, en la cárcel estatal de Folsom, esperando el día decretado por la maquinaria del Estado para que sus esbirros me envíen lejos de aquí, a lo que ellos ingenuamente creen que es la oscuridad, la oscuridad que temen, la oscuridad que puebla sus fantasías de

supersticiones y terrores, la oscuridad que les conduce, balbucientes y quejumbrosos, ante los altares de sus dioses antropomórficos creados por el miedo.

No, jamás seré decano de ninguna facultad de agricultura. Y sabía mucho de agricultura. Era mi profesión. Nací para ello, me crié para ello, me eduqué para ello; y era todo un experto. Era mi especialidad, mi don. Puedo saber a simple vista qué vaca produce leche con mayor porcentaje de nata, y dejar que el test de Babcock verifique la exactitud de mis pronósticos. Con sólo mirar un paisaje, sin fijarme en el suelo, puedo enumerar las virtudes y deficiencias del terreno. No necesito papel tornasol para determinar si la tierra es ácida o alcalina. Repito, la buena administración de los campos, en términos científicos, era y sigue siendo mi don. Y aún así el Estado, que representa a todos sus ciudadanos, cree que puede acabar con todos mis conocimientos colocándome una soga alrededor del cuello y colgándome; ¡toda mi sabiduría, incubada a través de los siglos, fraguada mucho antes de que los primeros rebaños nómadas pastaran en los campos de Troya!

¿Maíz? ¿Quién conoce el maíz mejor que yo? Wistar es la mejor prueba de ello; allí incrementé la producción anual de maíz de cada condado de Iowa en medio millón de dólares. Esto es historia. Muchos de los cosecheros que conducen hoy en día su automóvil saben quién hizo posible ese automóvil; muchas chicas y chicos se inclinan sobre sus libros de texto en los institutos, esos pequeños sueños que yo hice realidad; todo ello fue posible gracias a mis estudios sobre el maíz en Wistar.

¡Y la gestión de una granja! Soy capaz de calibrar el derroche de actividad sin estudiar ninguno de sus registros, tanto de la granja como de la mano de obra, la distribución de los edificios o la distribución del trabajo. Ahí están los cuadernos y las gráficas. Sin la menor duda, en este mismo instante cien mil granjeros se estarán estrujando la cabeza delante de sus páginas antes de apagar sus pipas e irse a la cama. Sin embargo, yo no necesitaba gráficas ni cuadernos; con sólo mirar a un hombre era capaz de conocer su predisposición, su coordinación y la fracción del índice de toda la actividad que derrochaba.

Y debo dar término aquí al primer capítulo de mi narración. Son las nueve en punto, y en la Galería de los Asesinos eso significa que se apagan las luces. Ahora mismo estoy oyendo el blando caminar de los zapatos de goma del guardia, que viene a reprenderme porque mi lámpara sigue aún encendida. ¡Como si los vivos pudieran censurar a un condenado a muerte!

2.

Soy Darrell Standing. Muy pronto me sacarán de aquí para ahorcarme. Mientras tanto, digo lo que tengo que decir y escribo sobre otros tiempos y otros lugares en estas páginas.

Tras conocer mi sentencia, vine a pasar el resto de mi vida a la prisión de San Quintín. Resulté ser un incorregible. Un incorregible es un ser humano horrible; al menos esa es la connotación que tiene esta palabra en la psicología carcelaria. Me convertí en un incorregible porque detestaba el derroche de actividad. Aquella cárcel, como todas las cárceles, era un escándalo, una afrenta al ahorro de esfuerzo. Me destinaron a los telares de hilo, donde la descomunal pérdida de tiempo y energía no tardó en irritarme. Y era lógico que me irritase tanto, dado que el control y la eliminación del derroche de actividad eran mi especialidad. Antes de que se inventasen los telares a vapor, hace tres mil años, ya me había podrido en prisión en la antigua Babilonia, y créame, no miento cuando afirmo que en la Antigüedad nosotros, los escla-

vos, tejíamos en telares manuales con más eficacia que los presos en las salas de telares a vapor de San Quintín.

Aquel estúpido derroche de energía era inaceptable, y me rebelé. Traté de enseñar a los guardias otros métodos mucho más eficaces. Como pago, fui amonestado, arrastra do al calabozo y privado de luz y de alimento. Al salir, intenté trabajar entre el caos y la total incompetencia de las salas de telares. Me rebelé de nuevo, y volví una vez más al calabozo, y esta vez me pusieron la camisa de fuerza, me colgaron de los pulgares y fui golpeado por guardias estúpidos cuya inteligencia apenas alcanzaba para intuir que yo era diferente a ellos, y no tan imbécil como suponían.

Durante dos años soporté esta persecución estúpida. Es horrible para un hombre estar completamente atado y ser roído por las ratas. Porque aquellas bestias estúpidas, los guardias, eran ratas, me roían la inteligencia, roían los nervios sanos de mi espíritu y de mi conciencia. Y yo, que en el pasado había sido el más bravo luchador, en esta vida presente no conservaba ya nada de aquello. Yo era un granjero, un ingeniero agrónomo, un catedrático atado a su escritorio, un esclavo del laboratorio, interesado solamente en la tierra y en el aumento de su productividad.

Luché en Filipinas porque esa era la tradición de los Standing. No tenía habilidad para la lucha. Me resultaba demasiado ridículo introducir sustancias extrañas y nocivas en los cuerpos de aquellos pequeños hombres negros. Era grotesco contemplar cómo la Ciencia prostituía todo el poder de sus logros y el ingenio de sus inventores, para introducir violentamente aquellas sustancias en los cuerpos de los habitantes de los pueblos negros.

Como decía, siguiendo la tradición de los Standing, fui a la guerra y vi que no tenía habilidad ninguna para ella. Y esto mismo descubrieron mis oficiales, que me hicieron auxiliar de intendencia; y como auxiliar, desde un escritorio, luché en la Guerra Hispanoamericana.

Por tanto, no fue por ser un luchador, que no lo era, sino por ser un pensador y porque me irritaba el derroche de energía de las salas de telares, por lo que fui incordiado por los guardias una y otra vez, hasta que lograron convertirme en un incorregible. Mi cerebro funcionaba, y fui castigado por su funcionamiento. Así se lo dije al alcaide Atherton, cuando mi actitud se había vuelto tan insoportable que me arrastraron hasta su oficina y me tiraron sobre su alfombra; así le dije entonces:

-Sería absurdo suponer, querido alcaide, que esas ratas que usted tiene como centinelas puedan arrancar de mi cabeza algo tan obvio para cualquiera. La organización de esta cárcel es estúpida. Usted no es más que un político. Es posible que haya sido capaz de manejar a todos los responsables del entramado electoral de San Francisco para lograr un puesto como el que ahora ocupa; pero no sabe tejer yute. Sus telares están cincuenta años atrasados...

Pero, ¿para qué continuar con el sermón? Le demostré lo estúpido que era, y como resultado él decidió que yo era un incorregible incurable.

Ya lo dice el refrán, cría fama... Pues bien, el alcaide Atherton acabó justificando mi mala fama. Se lo puse muy fácil. Cargaron sobre mí las faltas de muchos de los otros convictos, y pagué por ellas en el calabozo, a pan y agua, colgado de los pulgares, de puntillas, durante largas horas, muchas de ellas más largas que cualquiera de las vidas que he vivido nunca.

Los hombres inteligentes son a menudo crueles. Los hombres estúpidos son monstruosamente crueles. Los guardias y los hombres que había a mi alrededor, los hombres de Atherton, eran monstruos estúpidos. Ponga atención y sabrá lo que me hicieron. Había un poeta en la cárcel, uno de los reclusos, un degenerado de mentón hundido y frente amplia. Era un impostor. Un cobarde desalmado. Un cerdo soplón.

Una basura. Sé que puede parecer extraño que un catedrático de agronomía emplee estas palabras, pero uno aprende muchas barbaridades cuando está condenado a pasar en la cárcel el resto de su vida.

El nombre de este poeta impostor era Cecil Winwood. No era la primera vez que le condenaban, y aún así, como era un perro cobarde y llorón, su última sentencia fue de sólo siete años. Sus méritos habían reducido considerablemente su condena. La mía era para toda la vida. Y este degenerado miserable, desesperado por ganar unos cuantos años de libertad, logró añadir una buena porción de eternidad a mi condena.

Le contaré lo que ocurrió, aunque yo mismo no llegué a entenderlo hasta más tarde. Este Cecil Winwood, en un intento por conseguir los favores del capitán de patio de la prisión, y así los del alcaide, el gobernador de la cárcel, el consejo de dirección y el gobernador de California, organizó una fuga. Ahora fíjese en tres cosas: en primer lugar, Cecil Winwood era tan odiado por sus compañeros que no le habrían permitido que apostara ni siquiera una onza de tabaco Bull Durham en las carreras de chinches, y las carreras de chinches eran el pasatiempo preferido de los convictos; en segundo lugar, yo gozaba de la peor fama de todo el penal; y en tercer lugar, para su plan, Cecil Winwood necesitaba condenados de por vida como yo, con mala fama, desesperados e incorregibles.

Pero los condenados a cadena perpetua detestaban a Cecil Winwood, y cuando éste se les acercó con su maravilloso plan de fuga, se rieron y se alejaron de él, pues sabían que no era más que un maldito soplón. Pero al final les engañó, logró embaucar a cuarenta de los más desalmados de la cárcel. Se les acercó una y otra vez. Les contó que, gracias a su trabajo de ordenanza, tenía cierta influencia en la oficina, lo que le facilitaba el acceso permanente a la enfermería.

-Demuéstralo -dijo Long Bill Hodge, un montañés condenado a cadena perpetua por el asalto a un tren, y que estaba obsesionado por escaparse para poder matar al que fuera su compañero en el asalto, que le había acusado con pruebas en su contra.

Cecil Winwood aceptó el reto. Aseguró que podía drogar a los guardias la noche de la fuga.

-Hablar es gratis -dijo Long Bill Hodge-. Lo que queremos son hechos. Droga a uno de los guardias esta noche. Hoy estará Barnum. Es un auténtico cerdo. Ayer le dio una paliza al pobre Chink en el pasillo, y además estando fuera de servicio. Hoy le toca el turno de noche. Drógale y haz que pierda su trabajo. Si lo consigues, hablaremos contigo.

Long Bill me contaría todo esto más tarde en el calabozo. Cecil Winwood se quejó de la urgencia con que le apremiaban. Pidió que le dejaran algo de tiempo para poder robar la droga de la enfermería. Se lo concedieron, y una semana más tarde anunció que estaba preparado. Cuarenta condenados a cadena perpetua esperaron a que el guardia Barnum cayera dormido durante su turno. Y Barnum se durmió. Le pillaron y fue despedido al día siguiente.

Por supuesto, aquello convenció a los presos. Pero le quedaba por convencer al capitán de patio de la cárcel. Para ello, Cecil Winwood le ponía diariamente al tanto del progreso de la fuga, todo imaginado e inventado por él. El capitán de patio exigió pruebas y Winwood se las dio. Yo no me enteraría de todos los detalles hasta un año más tarde; tal es la lentitud con que se filtran los secretos dentro del penal.

Winwood aseguraba que los cuarenta hombres de la fuga, que confiaban en él, contaban ya con tanto poder en la prisión que se disponían a introducir armas automáticas con la ayuda de los guardias a los que habían sobornado.

-Demuéstramelo -debió exigirle el capitán de patio.

Y el poeta impostor se lo demostró. En la panadería, el trabajo nocturno era algo habitual. Uno de los presos, un panadero, se encargaba del primer turno de noche. Era un soplón del capitán de patio, y Winwood lo sabía.

-Esta noche -le dijo al capitán-, Summerface pasará una docena de automáticas del 44. La próxima vez que salga traerá la munición. Pero esta noche me entregará las automáticas en la panadería. Allí dentro tiene usted un soplón. Mañana le pasará su informe.

Summerface era uno de esos típicos guardias paletos, procedía de la región de Humboldt. Era un imbécil ingenuo y de buen carácter, que tan sólo trataba de ganarse unos dólares traficando tabaco entre los convictos. Aquella noche, a la vuelta de un viaje a San Francisco, trajo consigo siete kilos de excelente tabaco. Ya lo había hecho antes, y solía entregar la mercancía a Cecil Winwood. Así que aquella noche, ingenuamente, le entregó su carga en la panadería. Se trataba de un pesado fardo de inocente tabaco envuelto en papel. El panadero soplón, oculto, vio cómo entregaban el paquete a Winwood, y a la mañana siguiente se lo comunicó al capitán de patio.

Pero entonces la imaginación desbocada del poeta impostor le jugó una mala pasada. Él fue el responsable de un estúpido error que me costó cinco años de encierro en la más absoluta soledad, en esta condenada celda desde la que ahora escribo. Y durante todo aquel tiempo no supe nada al respecto. Ni siquiera sabía del plan de fuga con el que había engatusado a los cuarenta condenados a cadena perpetua. No sabía nada, absolutamente nada. Y los demás sabían muy poco. Los presos ignoraban que se la estaban jugando.

El capitán de patio ignoraba que también se la estaban jugando. Y Summerface era el más inocente de todos.

Volvamos al estúpido descuido de Cecil Winwood. A la mañana siguiente, cuando se encontró con el capitán de patio, se sentía triunfante. Su imaginación era imparable.

-Muy bien, la mercancía entró tal como habías dicho -le felicitó el capitán de patio.

-Y hay suficiente como para hacer volar por los aires media prisión -dijo Winwood.

-¿Suficiente qué? -preguntó el capitán.

-Dinamita y detonadores -recitó el loco-. Diecisiete kilos. Su soplón vio cómo Summerface me lo entregaba.

Y el capitán de patio casi sufrió un infarto allí mismo. La verdad es que ahora no puedo más que compadecerle... ¡Diecisiete kilos de dinamita perdidos en la cárcel!

Dicen que el capitán Jamie -ese era su apodo- se sentó y estuvo un buen rato con la cabeza entre las manos.

-¿Dónde está? -gritó-. ¡La quiero! ¡Llévame hasta ella inmediatamente!

Y justo entonces, Cecil Winwood se dio cuenta del error que había cometido.

-La enterré -mintió, y no tenía más remedio, porque hacía mucho tiempo que había distribuido entre los reclusos los pequeños paquetes de tabaco.

-Muy bien -dijo el capitán Jamie-. Llévame allí ahora mismo.

Pero no había explosivos enterrados a los que pudiera llevarle. No existían, ni habían existido más que en la imaginación del desgraciado Winwood.

En una prisión tan grande como San Quintín siempre hay lugares para esconder cosas. Y mientras Cecil Winwood guiaba al capitán Jamie tuvo tiempo de sobra para pensar algo.

Como declararían más tarde el capitán y el propio Winwood ante el Tribunal de Gracia, de camino al supuesto escondite el poeta aseguró que él y yo habíamos ente-

rrado juntos la pólvora.¡Y yo, recién liberado tras cinco días en el calabozo y ochenta horas en la camisa de fuerza, cuando incluso los estúpidos guardias podían ver que me encontraba demasiado débil como para trabajar en la sala de telares, yo, que había conseguido un día libre para recuperarme de un castigo terrible, fui acusado de haber escondido junto a él los diecisiete kilos del explosivo inexistente!

Winwood condujo al capitán Jamie hasta el supuesto escondite. Por supuesto, no encontraron ni rastro de la dinamita.

-¡Dios mío! -mintió Winwood-, Standing me la ha jugado. La ha desenterrado y la ha escondido en algún otro sitio.

El capitán de patio se entretuvo en soltar exclamaciones bastante más sinceras y violentas que aquel "¡Dios mío!". Después, lleno de ira, aunque con una absoluta sangre fría, se llevó a Winwood a su oficina privada, cerró todas las puertas, y le dio una formidable paliza. Todo salió a la luz ante el Tribunal Supremo. Pero eso fue más tarde. En aquel momento, incluso mientras recibía la paliza, Winwood juraba que todo lo que había contado era cierto.

¿Qué podía hacer el capitán Jamie? Estaba convencido de que había diecisiete kilos de dinamita ocultos en la cárcel y cuarenta condenados a cadena perpetua, desesperados, a punto de fugarse. Naturalmente, se encaró con Summerface, y, aunque éste repetía una y otra vez que el paquete contenía tabaco, Winwood juraba que era dinamita, y el capitán le creyó.

Y es ahora cuando entro yo, o mejor, cuando salgo, porque me apartaron del sol y de la luz del día para encerrarme en los calabozos, y allí, en las celdas de aislamiento, lejos del sol y de la luz del día, estuve pudriéndome durante cinco años.

No entendía nada. Acababan de sacarme del calabozo, estaba todavía exhausto y dolorido en mi celda habitual, cuando me llevaron de nuevo al agujero.

-Y ahora -le dijo Winwood al capitán Jamie-, aunque no sabemos dónde se encuentra la dinamita, al menos está segura. Standing es el único que sabe donde está, y no saldrá ni una palabra suya del calabozo. Los hombres están listos para la fuga. Podremos cazarles in fraganti. Soy yo quien ha de dar la señal. Les diré que será esta noche a las dos en punto y que, después de haber drogado a los guardias, abriré las celdas y les entregaré las automáticas. Si a las dos en punto de esta noche no sorprende a los cuarenta hombres, cuyos nombres le daré, vestidos y despiertos, entonces, capitán, puede tenerme incomunicado el resto de mi condena. Y una vez tengamos a Standing y a los otros cuarenta encerrados en los calabozos, dispondremos de todo el tiempo del mundo para encontrar la dinamita.

-Aunque tengamos que derribar la cárcel piedra a piedra -añadió con entusiasmo el capitán Jamie.

Hace ya seis años de aquello. Durante todo este tiempo no han logrado encontrar los explosivos, y han puesto la prisión patas arriba cientos de veces buscándolos. Y aún así, hasta el último día que estuvo en su puesto, el alcaide Atherton siguió creyendo en la existencia de la dinamita. Incluso ahora, el capitán Jamie, quien todavía es capitán de patio, cree que la dinamita está oculta en algún lugar de la cárcel. Ayer mismo, en un último esfuerzo, vino desde San Quintín hasta Folsom para tratar de hacerme confesar. Sé que no vivirá tranquilo hasta que me cuelguen.

3.

Todo aquel día permanecí en el calabozo estrujándome los sesos para averiguar la razón de este nuevo e inexplicable castigo. Pensé que algún soplón me habría culpado de algo con la intención de ganarse el favor de los guardias.

Mientras tanto, el capitán Jamie, impaciente, se preparaba para la noche, y Winwood corría la voz entre los cuarenta condenados de que estuvieran listos para la fuga. Dos horas después de medianoche todos los guardias de la prisión estaban avisados y en sus puestos. Esto incluía a los del turno de día, que deberían haber estado durmiendo. Cuando dieron las dos en punto, se abalanzaron sobre las celdas de los cuarenta hombres. Estaban perfectamente sincronizados. Se abrieron todas las celdas al mismo tiempo, y todos los hombres que Winwood había nombrado, sin excepción, fueron sorprendidos fuera de sus literas, completamente vestidos y agazapados justo al otro lado de la puerta.

Por supuesto, esto corroboró la sarta de mentiras que el poeta impostor había dispuesto para el capitán Jamie. Los cuarenta reclusos fueron descubiertos cuando estaban a punto de fugarse. No sirvió de nada que todos protestaran y acusaran a Winwood de haber planeado la fuga. Los responsables de la cárcel prefirieron creer a un solo hombre y decidieron que los cuarenta presos mentían con el fin de salvarse. El Tribunal de Gracia también lo creyó, y tres meses más tarde Cecil Winwood, impostor y poeta, el más despreciable de los hombres, fue indultado y puesto en libertad.

Y es que la trena, como llaman los presos a la cárcel, es una verdadera escuela de filosofía. Ningún recluso puede pasar en ella muchos años sin que se desmoronen sus ilusiones más elementales. La verdad prevalece -nos enseñan- y el crimen siempre sale a la luz. Pues bien, esto es una excelente prueba de que el crimen no siempre sale a la luz. El capitán de patio, el alcaide Atherton, el Consejo de Dirección de la cárcel, todos ellos creen en aquella dinamita que nunca existió más que en la turbia mente del degenerado impostor y poeta, Cecil Winwood. Y Cecil Winwood todavía vive, mientras que yo, el único inocente, subiré al patíbulo dentro de unas semanas.

Y ahora debo relatar cómo irrumpieron los cuarenta presos en la quietud de los calabozos. Estaba durmiendo cuando la puerta exterior que da al pasillo de la galería se abrió con un chirrido y me despertó.

-Algún pobre diablo -me dije; y pensé que le estarían dando una buena tunda, pues oía el sonido de unos pies agitándose, el impacto sordo de los golpes sobre la carne, los repentinos gritos de dolor, los gruñidos, maldiciones y el ruido de cuerpos arrastrados.

Una tras otra, las puertas de los calabozos se abrieron con violencia, y uno tras otro fueron metiendo los cuerpos a empellones, arrojándolos o arrastrándolos. Y continuamente llegaban grupos de celadores con más reclusos apaleados a quienes seguían maltratando, y se abrían las puertas de más calabozos para recibir los ensangrentados cuerpos de unos hombres cuyo único delito había sido ansiar su libertad.

Sí, ahora que pienso en ello, uno ha de ser un gran filósofo para sobrevivir al continuo impacto de experiencias tan brutales como ésta a lo largo de los años. Yo soy uno de esos filósofos. He soportado su tormento durante ocho años y ahora, tras haber fracasado en su intento por librarse de mí por otros medios, han invocado a la maquinaria del Estado para atar una soga alrededor de mi cuello y cortarme el aliento con el peso de mi propio cuerpo. Sí, ya sé que los expertos dicen que el cuello de la víctima se rompe al caer por la trampilla. También sé que las víctimas, como el viajero de Shakespeare, nunca regresan para testificar lo contrario. Pero los que hemos vivido en la cárcel sabemos, a pesar del silencio, de casos en los que el cuello de la víctima no se rompe.

Es algo muy curioso esto de colgar a un hombre. Nunca he visto un ahorcamiento, pero algunos testigos me han contado los detalles de docenas de ellos, de manera que sé lo que me va a ocurrir. De pie en la trampilla, atado de pies y manos, con el

nudo en el cuello y una capucha negra cubriéndome la cabeza, me dejarán caer hasta que el impulso de mi propio peso se detenga bruscamente por la tensión de la cuerda. Entonces los doctores se acercarán a mí. Uno tras otro subirán a un taburete, sujetándome con los brazos para que no me balancee como un péndulo, y acercarán el oído a mí pecho para contar los agónicos latidos de mi corazón. A veces pasan veinte minutos desde que se abre la trampilla hasta el momento en que el corazón deja de latir. Sí, créame, cuando cuelgan a un hombre se aseguran científicamente de que esté bien muerto.

Permítame que deje a un lado mi relato y siga divagando, pues quiero preguntar algo a la sociedad. Tengo derecho a divagar y a hacer estas preguntas, porque en muy poco tiempo me sacarán de aquí para hacerme lo mismo. Si el cuello de la víctima se rompe gracias a la eficaz disposición del nudo y de la soga, al hábil cálculo de la elasticidad y el peso de su cuerpo, ¿por qué, entonces, atan las manos de la víctima? La sociedad, en su conjunto, es incapaz de responder a esta pregunta. Pero yo sé por qué; también lo sabe cualquiera que haya presenciado un linchamiento y haya visto a la víctima levantar sus manos, cogerse de la soga y aliviar la presión del nudo en su cuello para respirar.

Le haré otra pregunta al fatuo y opulento miembro de la sociedad, cuya alma no se ha acercado nunca al fuego del infierno. ¿Por qué cubren la cabeza y el rostro de la víctima con una capucha negra antes de dejarle caer por la trampilla? Por favor, recuerde que dentro de muy poco pondrán esa capucha negra sobre mi cabeza. Tengo, por tanto, derecho a preguntar. ¿Será que esos esbirros suyos, querido ciudadano, temen contemplar en el rostro aterrorizado el horror que cometen en su nombre?

Recuerde, por favor, que no le estoy haciendo esta pregunta en el siglo XII después de Cristo, ni en los tiempos de Cristo, ni en el siglo XII antes de Cristo. Yo, que seré ahorcado en este mismo año, 1913, se lo pregunto a ustedes, presumiblemente seguidores de Cristo, a ustedes, cuyos perros cobardes me sacarán de aquí y cubrirán mi rostro con una capucha negra para no contemplar el horror que me causan mientras aún estoy vivo.

Y ahora volvamos a lo que pasó en los calabozos. Cuando se marchó el último guardia y se cerró el portón, los cuarenta hombres, apaleados y decepcionados, comenzaron a hablar y a hacer preguntas todos al mismo tiempo. Pero inmediatamente, bramando como un toro para ser escuchado, Skysail Jack, un marinero descomunal, ordenó que se hiciera silencio y se pasara lista. Los calabozos estaban llenos, y uno por uno, calabozo por calabozo, fueron gritando los nombres de todos los presentes. De este modo se aseguraron de que todos estaban ocupados por presos de confianza, para que ningún soplón pudiese estar escondido y a la escucha.

Sólo de mí dudaban los convictos, pues yo era el único hombre que no había tomado parte en el plan. Me interrogaron severamente. Solamente pude decirles que esa misma mañana acababa de salir del calabozo y de la camisa de fuerza cuando, sin motivo aparente, me habían encerrado de nuevo tras haber estado fuera muy pocas horas. Mi fama de incorregible estaba a mi favor, y enseguida empezaron a hablar.

Fue entonces, estando allí tumbado escuchándoles, cuando supe de la fuga que habían planeado. "¿Quién había dado el chivatazo?", se preguntaban; y esa misma noche hallaron la respuesta. Puesto que Cecil Winwood era el único ausente, la sospecha sobre él se hizo general.

-Sólo queda una cosa por hacer, muchachos -dijo finalmente Skysail Jack-. Pronto se hará de día, nos sacarán de aquí y nos harán pasar un infierno. Nos pillaron en el momento exacto y con la ropa puesta. Winwood nos la jugó y dio el chivatazo. Nos sacarán uno a uno y nos machacarán. Somos cuarenta. Cualquier mentira acabará por

descubrirse. Así que, muchachos, que cada uno, cuando le den lo suyo, diga simplemente la verdad, la única verdad, y que Dios le ayude.

Y allí, en aquel oscuro pozo de crueldad inhumana, en cada uno de los calabozos, con las caras contra los barrotes, los condenados a muerte juraron solemnemente ante Dios que dirían la verdad.

De poco les serviría la sinceridad. A las nueve en punto, los guardias, matones al servicio de los soberbios ciudadanos que forman el Estado, con el estómago lleno y bien despiertos, se lanzaron sobre nosotros, que no sólo no habíamos desayunado, sino que ni siquiera habíamos bebido una gota de agua desde el día anterior. Y los hombres recién apaleados son propensos a la fiebre. Me pregunto, lector, si alcanza mínimamente a imaginar el estado de un hombre recién vapuleado, completamente machacado. Pero no, no se lo diré. Bastará con que sepa que estos hombres, apaleados y en estado febril, llevaban ya siete horas sin agua.

A las nueve llegaron los guardias. No eran muchos, aunque tampoco eran necesarios muchos más, porque abrían los calabozos de uno en uno. Iban armados con palos de picos, una herramienta muy útil para "disciplinar" a un hombre indefenso. Calabozo por calabozo, uno detrás del otro, golpearon y apalearon a los condenados. Al menos fueron ecuánimes. Yo recibí la misma paliza que el resto. Y esto no fue más que el principio, un preludio al examen por el que cada hombre iba a pasar él solo, en presencia de las bestias a sueldo del Estado. Era un anticipo de lo que habríamos de sufrir en la sala de interrogatorios.

Conozco la mayoría de los infiernos que una cárcel encierra, pero el peor de todos ellos, mucho peor que lo que pretenden hacer conmigo dentro de poco, fue aquel infierno que sufrimos durante los días posteriores.

Long Bill Hodge, el robusto montañés, fue el primero en ser interrogado. Regresó dos horas después, o mejor dicho, lo trajeron de vuelta y lo tiraron sobre las losas de piedra de su calabozo. Se llevaron entonces a Luigi Polazzo, un matón de San Francisco, de la primera generación americana de origen italiano, que les insultó, se rió de ellos y les desafió a que descargasen su ira contra él.

Pasó un buen rato antes de que Long Bill Hodge pudiese dominar el dolor y decir algo mínimamente coherente:

-¿Qué es eso de la dinamita? -preguntó-. ¿Quién sabe algo de la dinamita?

Y, por supuesto, nadie sabía nada.

Luigi Polazzo estuvo de vuelta en menos de dos horas, y volvió hecho una ruina, deliraba y era incapaz de responder a las preguntas que le llovían desde los calabozos, donde los hombres que habían de pasar por lo que él había pasado querían saber qué le habían hecho y qué le habían preguntado. Durante las siguientes cuarenta y ocho horas, Luigi fue interrogado dos veces más. Después de aquello, convertido en un imbécil balbuciente, lo llevaron a vivir al manicomio de Bughouse Alley. Su constitución sigue siendo fuerte, su espalda amplia, su nariz grande, su pecho ancho y su sangre pura; pero seguirá babeando en Bughouse Alley hasta mucho después de que me hayan colgado y haya así escapado del tormento de los penales de California.

Se los fueron llevando uno a uno, y trajeron sus desechos de vuelta, también uno tras otro, bramando y delirando en la oscuridad. Y mientras yacía allí, escuchando los lamentos, las quejas y las palabras incongruentes de aquellas mentes confundidas por el dolor, me pareció que alguna vez, en algún lugar, había estado sentado en lo alto, cruel y orgulloso, y había escuchado similares coros de lamentos y quejas. Más tarde, como después verá, identificaría este vago recuerdo y sabría que aquellos lamentos y quejas eran los de los miserables esclavos atados a sus bancos, a quienes yo escuchaba desde arriba, desde la popa, cuando era un soldado que viajaba en una galera

de la antigua Roma. Aquello fue cuando era capitán y me hice a la mar rumbo a Alejandría, en mi camino hacia Jerusalén... pero esa es una historia que contaré más tarde. Mientras tanto...

4.

Mientras tanto, después de haber sido descubierto el plan de fuga, padecimos los horrores del calabozo, y en ningún momento, durante aquellas interminables horas de espera, dejé de ser consciente de que también yo seguiría al resto de los presos, y soportaría el mismo infierno que habían soportado en el interrogatorio, y sería traído de vuelta hecho trizas y arrojado sobre el suelo de piedra de mi calabozo.

Vinieron a por mí. Sin ninguna educación ni cortesía, golpeándome y maldiciéndome, me llevaron ante el capitán Jamie y el alcaide Atherton, ambos amparados por la presencia de una docena de salvajes guardias, pagados por el Estado con los impuestos de los ciudadanos, que permanecían en la habitación para echar una mano en todo aquello que se les ordenase. Pero no les necesitaban para nada.

-Siéntate -dijo el alcaide Atherton, señalando una silla.

Y yo, tumefacto y dolorido, sin haber probado el agua durante todo el día y toda la noche, desmayado de hambre, tremendamente débil después de una paliza que se sumaba a los cinco días en el calabozo y a las ochenta horas en la camisa de fuerza, abrumado por las calamidades del destino del hombre, temeroso de lo que estaba a punto de sucederme después de haberlo visto en los demás, yo, un miserable desecho de hombre que una vez fue profesor de agronomía en la facultad de una apacible ciudad, dudaba si aceptar o no la invitación a sentarme.

El alcaide Atherton era un hombre corpulento y muy fuerte. Me agarró súbitamente por los hombros. Yo era como una pluma entre sus manos que me alzaron del suelo y me estrellaron contra la silla.

-Ahora -dijo mientras yo dejaba escapar un grito ahogado, tragándome el dolor-, cuéntamelo todo, Standing. Escúpelo, suéltalo todo si sabes lo que te conviene.

-No sé nada... -comencé.

Aquello fue todo lo que pude decir. Se abalanzó como una bestia sobre mí. Me volvió a levantar por el aire y me aplastó contra la silla.

-Sin tonterías, Standing -me avisó-. Confiesa. ¿Dónde está la dinamita?

-No sé nada de ninguna dinamita -protesté, y una vez más me levantó y volvió a lanzarme contra la silla.

He soportado torturas de todos los colores, pero ahora que reflexiono sobre ello en mis últimos días, estoy seguro de que ninguna fue como la que sufrí en aquella silla. Golpearon mi cuerpo contra la silla hasta que dejó de parecer una silla. Trajeron otra, y al momento acabó destrozada. Fueron trayendo más y más sillas, y una y otra vez la eterna pregunta sobre la dinamita.

Cuando el alcaide Atherton se cansó, fue relevado por el capitán Jamie; luego el guardia Monohan ocupó el lugar del capitán Jamie y también me aplastó contra la silla. Siempre preguntaban por la dinamita, la dinamita, "¿dónde está la dinamita?", y no había dinamita en ningún sitio.

Hacia el final de la sesión yo habría dado la mitad de mi alma inmortal por unas cuantas libras de dinamita que poder confesar.

Ignoro cuántas sillas más destrozó mi cuerpo. Me desmayé muchas veces, y al final todo se convirtió en una pesadilla. Fui conducido, medio empujado, medio arrastrado, de vuelta a la oscuridad. Cuando recobré el conocimiento, vi que había un soplón en mi celda. Era un tipejo pálido, un pobre drogadicto capaz de cualquier cosa

por conseguir algo de droga. Tan pronto le reconocí, me arrastré hasta la reja y grité hacia el pasillo:

-¡Hay un soplón conmigo, compañeros! ¡Es Ignatius Irvine! ¡Cuidado con lo que decís!

La explosión de insultos que siguió habría hecho temblar a gente mucho más valiente que Ignatius Irvine. Daba lástima verlo tan asustado, mientras todos los convictos, rugiendo como bestias, le amenazaban con las cosas horribles que le harían en los próximos años.

De haber algún secreto, la presencia de un soplón en el calabozo habría mantenido callados a los hombres. Pero como todos habían jurado decir la verdad, hablaron abierta mente ante Ignatius Irvine. El gran misterio era la dinamita, de la que sabían tan poco como yo. Recurrieron a mí. Me rogaron que, si sabía algo sobre la pólvora, confesara y les salvara a todos de desgracias mayores. Y sólo pude decirles la verdad, que no sabía nada de nada.

Antes de que los guardias se lo llevaran, el soplón me contó algo que confirmaba lo serio del asunto de la dinamita. Naturalmente, les pasé la noticia a los demás: en todo el día no había funcionado una sola rueda en toda la cárcel. Los miles de reclusos que trabajaban en ella habían permanecido encerrados en sus celdas, y se decía que ninguna de las fábricas volvería a funcionar hasta que apareciese la dinamita que alguien había escondido en algún lugar del edificio.

Y siguieron los interrogatorios. Siempre de uno en uno, los reclusos fueron arrastrados afuera y empujados de nuevo adentro. Dijeron que el alcaide Atherton y el capitán Jamie, exhaustos por el esfuerzo, se relevaban cada dos horas. Mientras uno dormía, el otro interrogaba a los reclusos. Y dormían, con la ropa puesta, en la misma habitación donde iban destrozando, uno por uno, a los robustos hombres.

Hora tras hora, en la oscuridad del calabozo, aumentaban la locura y el tormento. Créame, sé de lo que estoy hablando, la horca no es nada comparada con el modo en que un hombre puede ser apaleado hasta la muerte y, sin embargo, seguir viviendo. Yo también sufrí el dolor y la sed, como ellos; pero a mi sufrimiento se sumaba el que yo era consciente de las miserias de los demás. Había sido un incorregible durante dos años, mi sistema nervioso y mi cerebro se habían endurecido ante tanto sufrimiento. Es aterrador ver destrozado a un hombre que antes ha sido fuerte. En aquel momento había a mí alrededor cuarenta hombres fuertes a quienes estaban destrozando. Y a medida que los presos comenzaban a suplicar que les llevaran agua, el lugar se iba convirtiendo en una locura de aullidos, sollozos, murmullos y delirios de hombres enloquecidos.

¿No lo ve? Nuestra verdad, y dijimos la pura verdad, fue nuestra condena. Al escuchar a los cuarenta hombres decir lo mismo y de idéntico modo, el alcaide Atherton y el capitán Jamie pensaron que se habían aprendido el testimonio y lo recitaban de memoria como loros.

Desde el punto de vista de las autoridades, su situación era aún más desesperada que la nuestra. Como más tarde averigüé, se había convocado al Consejo de Dirección de prisiones por telégrafo, y dos compañías de la milicia estatal se apresuraban hacia la prisión.

Era invierno, y las heladas son frecuentes incluso en el templado invierno californiano. No teníamos mantas en los calabozos. Tenga en cuenta el horrible frío que se siente, con el cuerpo cubierto de magulladuras, al tumbarse sobre la piedra helada. Al final nos trajeron agua. Entre burlas e insultos, los guardias corrían con las mangueras y lanzaban los potentes chorros contra nosotros, calabozo por calabozo, hora tras hora, golpeando de nuevo nuestros cuerpos doloridos, hasta que el agua nos cubría

las rodillas, agua por la que antes suplicábamos y que ahora ansiábamos que desapareciera.

Me saltaré el resto de lo que ocurrió en los calabozos. Diré solamente que ninguno de aquellos condenados volvió a ser el mismo. Luigi Polazzo nunca recuperó la cordura. Long Bill Hodge fue perdiendo lentamente el juicio, y un año más tarde también a él se lo llevaron al manicomio de Bughouse Alley. Y muchos otros siguieron a Hodge y a Polazzo; algunos, cuya resistencia física había sido excelente, cayeron víctimas de la tuberculosis. Casi la mitad de aquellos hombres moriría en los seis años siguientes.

Después de cinco años de encierro en solitario, cuando me sacaron de San Quintín para asistir al juicio, volví a ver a Skysail Jack. Apenas podía distinguirle, porque la luz del sol me cegaba como a un murciélago tras cinco años de oscuridad; aún así, vi lo bastante para que se me encogiera el corazón. Le vi mientras cruzaba el patio de la cárcel. El pelo se le había vuelto blanco. Había envejecido prematuramente. Tenía el pecho hundido y el rostro seco. Le temblaban las manos como a un enfermo y se tambaleaba al caminar. Los ojos se le llenaron de lágrimas al reconocerme, pues también yo era un despojo de lo que había sido. Pesaba cuarenta y cuatro kilos. El pelo, muy canoso, me había crecido durante cinco años, al igual que la barba y el bigote. Yo también me tambaleaba al caminar, de modo que los guardias tenían que asistirme para cruzar el deslumbrante trecho del patio. Skysail Jack y yo nos miramos el uno a otro y nos reconocimos bajo nuestras ruinas.

Los hombres como él cuentan con privilegios incluso en una cárcel, de modo que se atrevió a saltarse la ley y me habló con voz rota y trémula.

-Eres de los buenos, Standing -farfulló-. Nunca cantaste.

-Pero no sabía nada, Jack -le respondí en un murmullo. No podía más que murmurar, ya que cinco años de silencio casi me habían hecho perder la voz-. No creo que la dinamita existiera jamás.

-Eso es -musitó, asintiendo como un niño-. Adelante. Nunca dejes que lo descubran. Eres de los buenos. Me quito el sombrero ante ti, Standing. Nunca cantaste.

Los guardias me hicieron continuar, y aquélla fue la última vez que vi a Skysail Jack. Hasta él acabó por creerse el cuento de la dinamita.

Dos veces me llevaron ante el Consejo de Dirección. Intentaron, sucesivamente, intimidarme y engañarme. Terminaron ofreciéndome dos alternativas. Si finalmente entregaba la dinamita, recibiría un castigo simbólico de treinta días de calabozo y después me destinarían a la biblioteca de la cárcel como recluso de confianza. Si persistía en mi obstinación y no revelaba dónde estaba la dinamita, me incomunicarían durante el resto de mi condena. Al estar condenado a cadena perpetua, esto suponía sentenciarme a permanecer incomunicado el resto de mi vida.

Sí, ya sé que California es un lugar muy civilizado. No existe tal ley en los libros. Se trata de un castigo cruel y descabellado, y ningún Estado moderno podría amparar dicha ley. Sin embargo, en la historia de California, yo soy el tercer hombre que ha sido condenado al aislamiento de por vida. Los otros dos fueron Jake Oppenheimer y Ed Morrell. Le hablaré de ellos muy pronto; durante años nos pudrimos juntos en las celdas del silencio.

Ah, otra cosa. En muy poco tiempo van a sacarme de aquí para ahorcarme; no, no por matar al catedrático Haskell. Por ello me condenaron a cadena perpetua. Me ahorcarán porque me encontraron culpable de asalto y agresión. Y esto no es simple disciplina carcelaria. Es la ley, y como tal se encuentra en los estatutos criminales.

Creo que hice sangrar por la nariz a un hombre. Nunca le vi sangrar, pero al parecer hay algunos testigos. Se llamaba Thurston. Era un guardia de San Quintín. Pesaba

unas ciento sesenta libras y estaba en buena forma. Yo pesaba menos de noventa libras, estaba ciego como un murciélago por la oscuridad, y había estado recluido tanto tiempo entre los muros de la celda que los espacios abiertos me mareaban. En realidad, el mío era un caso claro de agorafobia incipiente, como supe aquel día que salí de mi encierro y golpeé al guardia Thurston en la nariz.

Le golpeé en la nariz y le hice sangrar cuando vino hacia mí y trató de agarrarme. Y por ello me van a colgar. Hay una ley del Estado de California que dice que un condenado a cadena perpetua debe ser castigado con la pena capital cuando golpea a un guardia de la cárcel, como Thurston. Seguramente la hemorragia no le molestaría más de media hora; y aún así van a colgarme por ello.

¡Y ya ve! Esta ley, en mi caso, es ex post facto. No existía cuando maté al profesor Haskell, ni fue aprobada hasta después de que recibiera mi sentencia. Y de eso se trata precisa mente: mi sentencia a cadena perpetua me dio la condición jurídica necesaria para esta ley que todavía no había aparecido. Debido a mi condición de condenado a cadena perpetua me van a colgar por haber golpeado al guardia Thurston. Es claramente ex post facto y, por ello, inconstitucional.

Pero, ¿por qué habría de importarles a los abogados constitucionales la Constitución, cuando lo que quieren es quitarse de en medio al molesto profesor Darrell Standing? Ni siquiera estoy creando un precedente con mi ejecución. Hace un año, como sabrá todo aquel que lea los periódicos, ahorcaron a Jake Oppenheimer, precisamente aquí, en Folsom, por una infracción muy parecida... Pero él no era culpable de haber hecho sangrar por la nariz a uno de los guardias; él cortó accidentalmente, con un cuchillo de cortar el pan, a otro recluso.

Es extraño, la vida, las normas y las leyes de los hombres, y el modo en que se enredan sus caminos. Escribo estas líneas en la Galería de los Asesinos, en la misma celda que ocupó Jake Oppenheimer antes de que le sacaran y le hicieran lo que harán conmigo.

Ya le avisé, lector, que tenía mucho que contarle. Regresemos ahora a mi relato. El Consejo de Dirección de la prisión me dio a elegir: un puesto de confianza en la cárcel, lejos de los telares, si entregaba la dinamita inexistente; encierro en aislamiento de por vida si me negaba a entregarla.

Me pusieron la camisa de fuerza durante veinticuatro horas para que pensara sobre aquello. Después me llevaron ante el Consejo por segunda vez. ¿Qué podía hacer yo? No podía llevarles ante una dinamita que no existía. Se lo dije y me tacharon de embustero. Dijeron que yo era un caso difícil, un hombre peligroso, un degenerado, el criminal del siglo... me dijeron otras muchas cosas y después me condujeron a las celdas de los incomunicados. Me alojaron en la celda número uno. En la número cinco estaba Ed Morrell, y en la número doce Jake Oppenheimer, que llevaba diez años allí. Ed Morrell llevaba sólo un año, y estaba cumpliendo una condena de cincuenta. Jake Oppenheimer era un condenado a cadena perpetua, como yo. Por tanto, la perspectiva era permanecer allí los tres durante un largo tiempo. Y aún así, sólo han pasado seis años y ninguno de nosotros sigue incomunicado. Jake Oppenheimer fue ahorcado. A Ed Morrell le hicieron preso de confianza en San Quintín y más tarde, hace solamente unos días, le indultaron. Y aquí estoy yo, en Folsom, esperando a que llegue el día señalado por el juez Morgan, mi último día.

¡Necios! ¡Como si pudieran estrangular mi inmortalidad con su estúpido trasto de sogas y nudos! Caminaré de nuevo, sí, recorreré la Tierra una vez más, innumerables veces. Caminaré desnudo, príncipe o esclavo, sabio o bufón, me sentaré en el trono más alto, y me arrastraré de nuevo bajo el yugo.

5.

Al principio, allí incomunicado, me sentía muy solo y las horas se hacían eternas. El tiempo estaba marcado por el cambio de guardia y por el paso del día a la noche. El día no era más que un poco de luz, pero era mejor que la total oscuridad nocturna. Allí incomunicado, el día era un residuo, una miserable filtración del resplandeciente mundo exterior.

Nunca había la suficiente luz para leer. Y además, no había nada que leer. Uno sólo podía permanecer tumbado y pensar. Yo era un condenado a cadena perpetua, y parecía seguro que, de no ocurrir un milagro, por ejemplo que lograra inventar de la nada diecisiete kilos de dinamita, pasaría el resto de mi vida sumido en aquel oscuro silencio.

Mi cama era una delgada superficie de paja podrida extendida sobre el suelo de la celda. Me cubría con una manta raída y asquerosa. No había silla, ni mesa, sólo la paja y la delgada manta. Yo siempre había sido un hombre muy poco dormilón y de mente continuamente activa. Allí incomunicado, uno acaba harto de sus propios pensamientos y la única vía de escape es el sueño. Durante muchos años había dormido una media de cinco horas diarias. Allí eduqué mi sueño. Hice de él una ciencia. Conseguí ser capaz de dormir diez horas, después doce y, finalmente, catorce y quince horas de las veinticuatro diarias. Pero de ahí no logré pasar, y estaba forzado a permanecer despierto y a pensar. Y esto, en un hombre de mente continuamente activa, conduce a la locura.

Inventé pasatiempos para soportar mecánicamente las horas de vigilia. Elevé al cuadrado y al cubo largas series de números y, ejercitando la concentración y la voluntad, llevé a cabo progresiones geométricas asombrosas. Incluso dediqué algún tiempo a la cuadratura del círculo... hasta que me encontré a mí mismo empezando a creer que podría lograrlo. Cuando me di cuenta de que también aquello me conducía a la locura, renuncié para siempre a la cuadratura del círculo, aunque le aseguro que supuso un enorme sacrificio por mi parte, pues era un pasatiempo espléndido.

Con los ojos cerrados, imaginaba tableros de ajedrez y jugaba largas partidas de uno y otro lado hasta el jaque mate. Pero cuando me había convertido en un experto en este juego de memoria visual, el ejercicio terminó aburriéndome. Y de un simple ejercicio se trataba, pues no podía haber competición real cuando era un solo hombre quien jugaba en ambos bandos. En vano intenté desdoblar mi personalidad y enfrentar la una a la otra, pero seguía siendo un solo jugador y no había manera de desplegar ninguna estrategia sin que el otro bando se diera cuenta al instante.

El tiempo era pesado e interminable. Jugaba con las moscas, con moscas de la prisión que entraban en mi celda como entraba la débil luz grisácea, y al poco me di cuenta de que tenían cierta habilidad para los juegos. Por ejemplo, tumbado sobre el suelo de la celda, establecía una línea arbitrarla e imaginaria a lo largo del muro, a unos tres pies de altura. Si al posarse las moscas en el muro lo hacían por encima de la línea, las dejaba en paz. Pero en el momento en que traspasaban la línea, intentaba atraparlas. Ponía mucho cuidado en no lastimarlas, y con el tiempo aprendieron por dónde corría la línea imaginaria. Si querían jugar se dejaban caer por debajo de la línea, y a menudo una de ellas se enfrascaba en el juego durante horas. Cuando se cansaban, se pasaban a la zona segura a descansar.

De las doce o más moscas que vivían conmigo, sólo había una que nunca se interesó en el juego. Se negaba a tomar parte en él, y una vez que aprendió dónde estaba la línea, evitaba cuidadosamente alejarse de la zona segura. Aquella mosca era una criatura hosca y malhumorada. Como dicen los presos, “tenía algo contra el resto del

mundo". Tampoco jugaba con las demás moscas. Además, era una mosca fuerte y saludable; lo sé porque la estuve estudiando con detenimiento. Su rechazo hacia el juego era temperamental, no físico.

Créame, conocía a todas mis moscas. Me sorprendía la cantidad de diferencias que observaba entre ellas. Sí, cada una era un individuo diferente, tanto por su tamaño y rasgos, su fuerza, la velocidad de su vuelo, su actitud en la lucha y el juego, su astucia y rapidez, como por los giros o los regates súbitos, el modo en que atravesaban la línea de peligro y volvían rápidamente a la zona segura, la forma de esquivarme y desaparecer para aparecer de nuevo repentinamente... Y encontraba otras tantas diferencias en cada recoveco de su temperamento y su forma de ser. Conocía a las nerviosas y a las flemáticas. Había una, más pequeña que las demás, que solía enfurecerse muchísimo, a veces conmigo y otras veces con sus compañeras. ¿Ha visto alguna vez a un potro o a un becerro cocear y salir corriendo por los pastos, movido simplemente por un exceso de vitalidad y alegría? Pues bien, había una mosca, la más entusiasta jugadora de todas ellas, que cuando atravesaba tres o cuatro veces la línea de peligro y lograba eludir la cuidadosa acometida de mi mano, se emocionaba y se alegraba tanto que se lanzaba alrededor de mi cabeza sin parar, a una velocidad vertiginosa, girando y cambiando de sentido, permaneciendo siempre dentro de los estrechos límites del círculo con el que celebraba su triunfo.

Y, por supuesto, podía adivinar con cierta antelación cuándo una de aquellas moscas estaba decidiéndose a empezar a jugar. Aprendí a distinguir cientos de detalles con los que no le aburriré ahora, aunque entonces, durante aquellos primeros días en la celda de castigo, sirvieran para evitar que cayera en el más absoluto aburrimiento. Pero permítame contarle un episodio. Uno de los momentos más memorables fue cuando la mosca huraña, la que nunca jugaba, apareció, seguramente por descuido, dentro de la zona prohibida, y al instante la atrapé con la mano. Estuvo enfadada durante una hora.

Las horas, allí incomunicado, pasaban lentamente; no podía estar siempre durmiendo ni podía entretenerme siempre con las moscas, por muy inteligentes que fueran. Las moscas son sólo simples moscas; yo era un hombre, con una mente humana, y mi intelecto estaba activo, entrenado, colmado de cultura y de ciencia, siempre lleno de entusiasmo y dispuesto a ocuparse en algo. No había nada que hacer, y mis pensamientos se alargaban atrozmente en eternas especulaciones inútiles. El verano anterior había pasado mis vacaciones en los viñedos de Asti, dedicado a mis estudios sobre la pentosa y la metilpentosa de la uva y el vino. Solamente quedaba por completar una última serie de experimentos. ¿Continuaba alguien con todo aquello? -me preguntaba-. Y si era así, ¿con qué resultados?

Ya ve, el mundo estaba muerto para mí. No había noticia alguna que llegara hasta allí. La ciencia avanzaba a toda prisa y a mí me interesaban miles de cosas. Estaba, por ejemplo, mi teoría sobre la hidrólisis de la caseína mediante la tripsina, que el profesor Walters había desarrollado en su laboratorio. También el profesor Schleimer había estado colaborando conmigo en la detección de fitosterol en las mezclas de grasas animales y vegetales. Seguramente las investigaciones seguían su curso, pero, ¿con qué resultados? Sólo de pensar en toda aquella actividad que tenía lugar al otro lado de los muros de la cárcel, en la que yo no podía tomar parte y de la que nunca llegaría a saber nada, creía enloquecer. Y entre tanto, yo estaba tumbado en el suelo de mi celda, jugando con las moscas.

Y aún así no todo era silencio allí en la celda. Desde los primeros días de mi encierro podía escuchar, a intervalos irregulares, débiles golpecitos. Y también escuchaba, algo más alejados, golpecitos todavía más débiles y apagados. Una y otra vez

las amenazas de los guardias interrumpían aquel sonido. En una ocasión en que los golpes se prolongaron insistentemente, llamaron a varios guardias más y supe, por el ruido, que le estaban poniendo la camisa de fuerza a alguien.

El asunto tenía una sencilla explicación. Yo ya sabía, como sabe todo recluso en San Quintín, que los dos hombres que estaban en las celdas de castigo eran Ed Morrell y Jake Oppenheimer. Y ahora sabía que se comunicaban mediante golpes de nudillos, y que por ello les castigaban. Estaba convencido de que el código que utilizaban era bastante sencillo y aún así tardé muchas horas en descifrarlo. Tenía que ser sencillo, pero no lograba encontrarle el sentido. Y, efectivamente, resultó ser muy sencillo cuando lo aprendí; y aún más simple resultó ser la clave que empleaban y que tanto me había desconcertado. No sólo cambiaban a diario la letra del alfabeto que marcaba el inicio del código, sino que la cambiaban para cada conversación, y a menudo en medio de una conversación.

Así pues, llegó un día en que adiviné el código en la inicial correcta, y escuché claramente dos frases de la conversación, aunque la siguiente vez que hablaron no entendí ni una sola palabra. ¡Pero aquella primera vez...!

-Dime - Ed - qué - darías - ahora - mismo - por - papel - de - fumar - y - un - paquete - de - Bull - Durham -preguntó el que daba los golpes desde más lejos.

Casi grité de felicidad. ¡Comunicación! ¡Había más gente! ¡Camaradas! Escuché con entusiasmo; el que emitía los golpecitos desde más cerca, que deduje que debía ser Ed Morrell, respondió:

-Pasaría - veinticuatro - horas - metido - en - la - camisa - de - fuerza - por - un paquete - de - cinco - centavos.

Y entonces el guardia les interrumpió:

-¡Corta ya, Morrell!

Es posible que piense, lector, que no hay ya nada más que se le pueda hacer a un hombre que ha sido condenado a pasar el resto de su vida en soledad, y que por tanto los guardias no tienen cómo imponer su autoridad y obligarle a dejar de dar golpes. Pero queda la camisa de fuerza. Queda el hambre. Queda la sed. Quedan los malos tratos. Lo cierto es que un hombre encerrado en una celda estrecha es un hombre completamente desamparado.

Así que los golpes cesaron, y aquella noche, cuando volví a escucharlos, me encontré perdido de nuevo. Mediante previo acuerdo habían cambiado la letra inicial del código. Pero había hallado la clave, y al cabo de varios días comenzaron de nuevo con la misma inicial que yo había descubierto. No esperé cortésmente esta vez.

-Hola -dije mediante golpes.

-Hola, extranjero -respondió Morrell, y Oppenheimer añadió- Bienvenido a nuestra ciudad.

Sentían curiosidad por saber quién era yo, durante cuánto tiempo estaba condenado en la celda de castigo y cuál era el motivo de mi condena. Pero dejé esto a un lado, para antes aprender a utilizar el sistema de cambio de la inicial del código. Cuando lo tuve claro, hablamos. Fue un día glorioso, los dos condenados se habían convertido en tres, aunque al principio me pusieron a prueba. Como me dijeron mucho después, temían que yo fuese un soplón introducido allí para tenderles una trampa. Lo habían hecho antes y Oppenheimer había pagado muy cara la confianza depositada en aquel chivato del alcaide Atherton.

Para mi sorpresa, casi para mi júbilo, mis dos compañeros sabían de mí y de mi reputación de incorregible. Hasta aquella tumba en vida en la que Oppenheimer había

esta do encerrado los últimos diez años, hasta allí había llegado mi fama, o si lo prefieren, mi mala fama.

Tenía mucho que contarles sobre el mundo exterior y sobre lo que había ocurrido en la prisión. El plan de fuga de los cuarenta condenados, la búsqueda de la inexistente dinamita y las sucias intrigas de Cecil Winwood; todo aquello era nuevo para ellos. Como me dijeron, de vez en cuando les llegaban noticias a través de los guardias, pero hacía un par de meses que no sabían nada. Los guardias que por entonces se encargaban de ellos eran especialmente despiadados y vengativos.

Una y otra vez, durante todo el día, nos maldijeron por nuestras charlas de nudillos, no importaba quien fuera el guardia de turno. Pero no podíamos evitarlo. Los dos muertos en vida se habían convertido en tres y teníamos mucho que decirnos, aunque resultara tan exasperadamente lento y yo no fuera tan ducho en el juego como ellos.

-Espera a que llegue esta noche Carapastel -golpeó Morrell-. Se pasa dormido casi todo su turno y podremos hablar un buen rato.

¡Y cómo hablamos aquella noche! Nos olvidamos por completo del sueño. Carapastel Jones era un hombre mezquino y amargado, a pesar de su gordura; pero nosotros bendecíamos esa gordura que le hacía caer dormido a ratos. Sin embargo, nuestro incesante golpeteo interrumpía su sueño y le irritaba, por lo que nos amenazaba repetidamente. También los demás guardias del turno de noche nos maldijeron numerosas veces. Por la mañana dieron parte del constante golpear y tuvimos que pagar por nuestras pequeñas vacaciones. A las nueve llegó el capitán Jamie con varios guardias a ponernos la camisa de fuerza. Hasta las nueve de la mañana siguiente, durante veinticuatro horas, atados e indefensos sobre el suelo, sin comida ni agua, estuvimos pagando por aquella charla.

¡Sí, nuestros guardias eran unas bestias desalmadas! Y bajo su tutela tuvimos que endurecernos como animales para sobrevivir. El trabajo duro encallece las manos. Los guardias duros endurecen a los reclusos. Nuestras charlas continuaron y, ocasionalmente, nos volvían a poner la camisa de fuerza como castigo. La noche era el mejor momento, y si la suerte quería que el guardia fuera un sustituto, hablábamos durante todo el turno.

Para nosotros, que vivíamos en la oscuridad, no había diferencia alguna entre el día y la noche. Podíamos dormir en cualquier momento, pero sólo podíamos hablar de vez en cuando. Nos contamos los unos a los otros gran parte de nuestras vidas, y durante muchas horas Morrell y yo estuvimos escuchando en silencio los golpes lejanos y débiles con los que Oppenheimer, lento pero incansable, deletreaba la historia de su vida, sus primeros años en un barrio de San Francisco, cómo se unió a una de las bandas, cómo entró en un mundo marcado por el vicio, cómo a los catorce años hizo de mensajero nocturno en el barrio chino, la primera vez que le atraparon infringiendo la ley, su largo aprendizaje criminal, los cada vez más frecuentes robos y atracos... hasta el día en que fue traicionado por un camarada y acabó entre los muros de la cárcel.

A Jake Oppenheimer le llamaban “el Tigre”; algún aprendiz de periodista inventó el sobrenombre. Sin embargo, yo encontré en Oppenheimer todos los rasgos esenciales del verdadero ser humano. Era honrado y leal. Sé de varias ocasiones en que prefirió ser castigado antes que delatar a un compañero. Era valiente, paciente, dispuesto siempre a sacrificarse por los demás. Podría relatarle, lector, numerosas historias al respecto, pero no tengo tiempo. Sentía una profunda pasión por la justicia. Los asesinatos que cometió en la cárcel se debieron a este sentido extremo de la justicia. Go-

zaba de una mente espléndida. Toda una vida en la cárcel y diez años en la celda de castigo no habían debilitado su mente en lo más mínimo.

Morrell, siempre un buen compañero, también tenía una mente brillante. De hecho, y ya que estoy a punto de morir puedo decirlo sin miedo a faltar a la modestia, las tres mentes más brillantes de todo San Quintín eran las tres mentes que se pudrieron juntas en las celdas de castigo. Y ahora, al final de mis días, meditando sobre todo lo que he visto en mi vida, me veo obligado a concluir que las mentes fuertes nunca son dóciles. Los hombres estúpidos, los cobardes, los que desconocen la pasión, el coraje y la fe en la justicia, esos hombres son los presos modelo. Doy gracias a todos los dioses por hacer que Jake Oppenheimer, Ed Morrell y yo nunca fuéramos presos modelo.

6.

Cuando los niños dicen que la memoria sirve para olvidar, tienen más razón de lo que a primera vista pueda parecernos. Ser capaz de olvidar es la base del sentido común. El recuerdo constante conduce a la obsesión y a la locura. Así pues, el problema al que me enfrentaba en la celda de castigo, donde el recuerdo incesante amenazaba con tomar el control de mi persona, era el problema del olvido. Cuando jugaba con las moscas, o jugaba al ajedrez contra mí mismo, o me comunicaba con los nudillos, olvidaba; o al menos olvidaba por un tiempo. Lo que en verdad quería era olvidarlo todo.

Estaban los recuerdos de otros lugares y otros tiempos de la infancia, esas "nubes de gloria a la deriva", como decía Wordsworth. Si de niño había tenido estos recuerdos, ¿se habrían perdido irremediablemente al convertirme en hombre? ¿O acaso perduraban, dormidos, confinados en las celdas de aislamiento del cerebro, como yo estaba confinado en una de las celdas de San Quintín?

Se sabe de condenados a cadena perpetua, recluidos en celdas de castigo, que han resucitado y han mirado de nuevo en dirección al sol. ¿Por qué entonces no podrían resucitar los recuerdos de un niño?

Pero, ¿cómo? A mi juicio, mediante el olvido absoluto del presente y de todo el período de madurez.

Y de nuevo, ¿cómo? Hipnosis. Si por medio de la hipnosis durmiésemos la conciencia y fuéramos capaces de despertar al subconsciente, lo lograríamos; entonces las puertas de todos los calabozos de la mente se abrirían de par en par y todos los presos saldrían a la luz del día.

Más adelante verá los resultados de mis meditaciones en torno a todo esto. Antes he de contarle cómo yo, siendo un niño, experimenté esos recuerdos de otras vidas. Había brillado entre las nubes de gloria a la deriva que había perseguido a lo largo de mis vidas pasadas. Como a cualquier chico, también a mí me atormentaron los seres que yo había sido en otras vidas. Ocurrió durante mi proceso de transformación, antes de que el flujo de mi espíritu, de todo aquello que yo había sido, se enfriase en el molde de carne que los hombres conocerían durante unos años como Darrell Standing.

Déjeme que le cuente una anécdota. Ocurrió en Minnesota, en la vieja granja de mis padres. Yo estaba a punto de cumplir seis años. Una noche, un misionero que acababa de regresar de China y que había sido enviado por el Consejo de Misiones para recaudar fondos entre los granjeros, se quedó a dormir en nuestra casa. Lo que quiero contarle ocurrió en la cocina, después de cenar. Mi madre me estaba ayudando

a desvestirme antes de ir a dormir y el misionero quiso mostrarnos unas fotografías de Tierra Santa.

Habría olvidado hace ya mucho tiempo lo que estoy a punto de contarle, de no haber sido porque infinitas veces durante mi niñez escuché a mi padre recitarlo orgulloso delante de vecinos, familiares y extraños.

Al ver una de aquellas fotos dejé escapar un grito y me quedé mirándola, primero entusiasmado, después con decepción; de repente, algo me pareció muy familiar, casi como si hubiera visto el granero de mi padre en la fotografía. Después todo me pareció desconocido. Pero al continuar observando, la inquietante sensación de familiaridad regresó.

-La Torre de David -le dijo el misionero a mi madre.

-¡No! -grité.

-¿Quieres decir que no es ése el nombre? -preguntó el misionero.

Asentí.

-Entonces, ¿cómo se llama, chico?

-Se llama... -comencé, para luego excusarme-, no me acuerdo. No parece el mismo lugar -continué tras una pausa-, lo han cambiado y ahora está muy feo.

Al momento, el misionero entregó a mi madre otra fotografía que había estado buscando.

-Estuve en este lugar hace seis meses, señora Standing -señaló con el dedo-. Por aquí fue por donde entré, por la Puerta de Jaffa, y por aquí arriba se llega hasta la Torre de David, que está aquí donde tengo el dedo. El Kel-ah, como lo llamaban los... -pero de nuevo volví a interrumpirle señalando unas ruinas a la izquierda de la fotografía.

-Por allí, en algún lugar... -dije- Ese nombre que ha dicho, así es como lo llamaban los judíos. Pero nosotros lo llamábamos de otra manera. Lo llamábamos..., no me acuerdo.

-Escucha al chico -se burló mi padre-. Cualquiera diría que ha estado allí.

Asentí convencido, porque en aquel momento sabía que había estado allí, aunque todo me parecía diferente. Mi padre se rió a carcajadas y el misionero pensó que estaba tomándole el pelo. Me enseñó otra fotografía. No era más que un inhóspito paisaje desprovisto de árboles o vegetación, un cañón poco profundo con suaves pendientes llenas de escombros. A poca distancia se distinguía un conjunto de miserables chozas de tejado plano.

-A ver ahora, pequeño, ¿qué es esto? -el misionero me puso a prueba.

¡Y el nombre me vino a la cabeza!

-Samaria -dije instantáneamente.

Mi padre aplaudió con alegría, mi madre estaba asombrada de mi extraña conducta y el misionero se mostraba un tanto irritado.

-El chico tiene razón -admitió-. Es una aldea de Samaria por la que pasé. Por eso compré la fotografía. Y está claro que el chico ha visto fotografías como éstas antes.

Mi padre y mi madre lo negaron.

-Pero en la foto está distinto -protesté, mientras mi memoria trataba de reconstruir la imagen. El aspecto general del paisaje y el contorno de las lejanas colinas coincidían. Fui indicando las diferencias en voz alta, señalándolas con el dedo.

-Las casas estaban justo aquí y había más árboles, muchos árboles y mucha hierba y cabras. Las estoy viendo ahora, y hay dos chicos guiándolas. Y justo aquí hay muchos hombres caminando detrás de otro hombre. Y allí -señalé el lugar donde había situado la aldea- hay muchos mendigos. No tienen nada, sólo andrajos. Y están enfermos. Tienen la cara, las manos y las piernas llenas de llagas.

-Ha oído la historia en la iglesia o en algún otro sitio; recuerden la curación de los leprosos de San Lucas -dijo el misionero con una sonrisa de satisfacción-. ¿Cuántos mendigos enfermos hay allí, pequeño?

Yo ya había aprendido a contar hasta cien cuando tenía cinco años, así que conté a todo el grupo y contesté:

-Hay diez. Están todos moviendo los brazos y gritándole al otro hombre.

-Pero, ¿no se acercan a él? -me preguntó.

Negué con la cabeza.

-Están ahí de pie y siguen gritando, como si algo fuera mal.

-Continúa -me rogó el misionero-. ¿Qué pasa ahora? ¿Qué está haciendo el hombre que dices que guía a la multitud?

-Se han parado todos, y él les está diciendo algo a los enfermos. Y los niños de las cabras también se han parado. Todo el mundo está mirando.

-¿Y ahora?

-Eso es todo. Los enfermos vuelven a las casas. Ya no están gritando y parece que ya no están enfermos. Y yo estoy sentado en mi caballo, mirándoles.

Entonces rompieron los tres a reír.

-¡Y soy un hombre grande! -grité enfadado-. ¡Y tengo una espada enorme!

-Parece qué habla de los diez leprosos que Jesucristo curó antes de pasar por Jericó, de camino a Jerusalén -explicó el misionero a mis padres-. El chico ha debido ver diapositivas de cuadros famosos en alguna exhibición de linterna mágica.

Pero ni mi padre ni mi madre recordaban que yo hubiese visto nunca una linterna mágica.

-Inténtelo con otra fotografía -sugirió mi padre.

-Todo está distinto -me quejé mientras estudiaba la fotografía que me entregaba el misionero-, aquí sólo están las colinas. Por aquí tendría que haber un sendero. Y ahí había jardines, árboles y casas muy grandes detrás de muros de piedra. Y ahí, al otro lado, en los agujeros de las rocas, es donde enterraban a los muertos. ¿Veis ese lugar? Allí arrojoban piedras a las personas hasta que las mataban. Yo no lo vi nunca, pero me lo contaron.

-¿Y esta colina? -preguntó el misionero, señalando la parte central de la fotografía, que parecía ser lo más importante-. ¿Puedes decirnos el nombre de la colina?

Negué con la cabeza.

-Nunca tuvo nombre. Allí es donde mataban a la gente. Yo lo he visto más de una vez.

-Esta vez coincide con la mayoría de los expertos -dijo el misionero con satisfacción-. El sitio se llama Gólgota, o si lo prefieren, el Calvario, porque parece una calavera. Fíjense en el parecido. Allí es donde crucificaron... -paró y se volvió hacia mí-, ¿a quién crucificaron allí, joven catedrático? Dínos lo que ves.

-Pues veo... -mi padre contaba más tarde que los ojos se me salían de las órbitas; negué con la cabeza y dije tercamente:

-No se lo voy a contar porque se está riendo de mí. He visto a muchos hombres morir allí. Los clavaban y tardaban mucho tiempo en morir. Lo he visto, pero no se lo voy a contar. Yo no digo mentiras. Pregunté a mi papá o a mi mamá si yo digo mentiras. Me darían una buena tunda si lo hiciera. Pregúnteles.

Y el misionero no pudo sacarme ni una palabra más, aunque trató de provocarme con más fotografías, que hacían que los recuerdos giraran a toda velocidad en mi cabeza y que me llenaban la boca de un torrente de palabras al que me resistía y acababa venciendo.

-Con toda seguridad, este niño se convertirá en un gran estudioso de la Biblia -dijo el misionero a mi padre y a mi madre, después de que yo les diese un beso de buenas noches y me fuese a la cama-. O quizás, con esa imaginación, se convertirá en un gran novelista.

Esto prueba lo mal encaminadas que pueden ir las profecías. Estoy aquí sentado, en la Galería de los Asesinos, escribiendo estas líneas en mis últimos días, o mejor dicho, en los últimos días de Darrell Standing, antes de que le saquen de aquí e intenten arrojarlo a la oscuridad colgado de una cuerda, y no puedo evitar una sonrisa. No me convertí en un estudioso de la Biblia ni en novelista. Por el contrario, hasta que me enterraron en las celdas del silencio, fui todo lo que el misionero no predijo: un experto en agricultura, un catedrático de Agronomía, un especialista en la eliminación del gasto de energía, un maestro del rendimiento de las granjas, un científico de laboratorio muy escrupuloso, donde la precisión y la obediencia a los datos del microscopio son requisitos indispensables.

Y estoy aquí, esta tarde, sentado en la Galería de los Asesinos, haciendo un alto en la redacción de mis memorias, escuchando el monótono zumbido de las moscas en el aire adormecido y atendiendo a la apagada conversación entre Josephus Jackson, el asesino negro de mi derecha, y Bambeccio, el asesino italiano de mi izquierda, que de puerta a puerta, con sus voces viajando entre las rejas de mi celda, están discutiendo las virtudes del tabaco de mascar como antiséptico para las heridas.

En mi mano derecha está mi pluma y mientras recuerdo otras manos que tuve, hace ya mucho tiempo, que empuñaron pinceles, estiletes y plumas, me pregunto si aquel misionero, cuando era un niño, persiguió también las nubes de gloria a la deriva, y si contempló el resplandor de aquellos días en los que fue un vagabundo de las estrellas.

Bien, volvamos a la celda de castigo. Aunque había aprendido el código de los nudillos, todavía sobrevenían horas de conciencia francamente insoportables. Por medio de la autohipnosis, que comencé a practicar con bastante éxito, fui capaz de aletargar mi conciencia y de despertar y liberar mi subconsciente. Pero mi subconsciente era indisciplinado y anárquico. Vagaba por la locura de mis pesadillas, sin coherencia, sin continuidad alguna entre escenas, hechos o personas.

Mi método de hipnosis era de lo más simple. Sentado con las piernas cruzadas en mi camastro, fijaba la vista en un trozo de paja que había colgado en la pared, donde más luz había, cerca de la puerta. Me concentraba en un punto brillante, con los ojos clavados en él, y me inclinaba hasta que perdía la vista. Al mismo tiempo relajaba toda mi voluntad y me entregaba al mareo que iba invadiéndome poco a poco. Y cuando sentía que perdía el equilibrio, cerraba los ojos y me dejaba caer, abúlico e inconsciente, sobre el colchón.

Y entonces, durante cinco o diez minutos, e incluso hasta una hora, vagaba descuidadamente y sin rumbo por los recuerdos acumulados de mi peregrinación eterna por la Tierra. Pero los distintos momentos y lugares se movían con demasiada rapidez. Sabía después, cuando despertaba, que yo, Darrell Standing, encerraba en mi personalidad todo aquello tan grotesco y estrambótico. Pero eso era todo. Nunca conseguía vivir una experiencia completa, un punto claro de conciencia en el espacio y en el tiempo. Mis sueños, si se les puede llamar así, no tenían lógica ni orden.

Le contaré un ejemplo de mis peregrinajes: en un simple intervalo de quince minutos de inconsciencia, me arrastré por el cieno del mundo primitivo, y después me senté junto a Haas para surcar el espacio aéreo del siglo veinte en un monoplano. Ya despierto, me acordé de que yo, Darrell Standing, un año antes de mi llegada a San Quintín, había volado con Haas sobre el Pacífico, hacia Santa Mónica. Al despertar

no era capaz de recordar que me había arrastrado por el cieno de la antigüedad, y sin embargo me daba cuenta de algún modo de que aquélla era una experiencia muy anterior, de cuando yo no era todavía Darrell Standing sino algún otro hombre, o alguna otra cosa que se arrastraba y aullaba. Una experiencia era sencillamente más lejana que la otra, pero las dos eran igualmente reales, si no, ¿cómo podría recordarlas?

¡Qué agitación de imágenes luminosas! En unos pocos minutos de inconsciencia me senté en recepciones junto a reyes, fui un loco y un bufón, un hombre de armas, un escribano, un monje...

Llevé el collar de hierro de los siervos alrededor de mi cuello en parajes helados; amé a princesas en la cálida y perfumada noche tropical, donde esclavos negros refrescaban el sofocante aire con abanicos de plumas de pavo real mientras, desde lo lejos, más allá de fuentes y palmeras, llegaban a mis oídos rugidos de leones y aullidos de chacales; dormí en fríos lugares desérticos calentando mis manos en las fogatas de estiércol de camello; yací en la escasa sombra de artemisas resecas junto a los charcos evaporados, implorando agua con la lengua seca, y vi en torno a mí, desmembrados y esparcidos sobre la tierra alcalina, los huesos de hombres y animales que imploraron agua y murieron sin ella.

He sido lobo de mar y aventurero, estudioso y asceta. He estudiado minuciosamente las páginas manuscritas de gigantescos libros, tranquilo en la quietud escolástica de monasterios colgados de los acantilados, mientras más abajo, en las laderas, los campesinos seguían trabajando entre las vides y los olivos hasta mucho después de la caída del sol, cuando recogían de los pastos las cabras y el resto del ganado; sí, he guiado a muchedumbres que gritaban desaforadas por el empedrado de antiguas y olvidadas ciudades; y, con voz solemne y grave como la muerte, he enunciado la ley, he expuesto la gravedad de la infracción y he condenado a muerte a hombres que, como Darrell Standing en la cárcel de Folsom, habían quebrantado las normas.

Arriba, en lo alto de los mástiles que se balancean sobre las cubiertas de los barcos, he contemplado reflejos solares en el agua, donde el coral mostraba su brillo desde las abismales profundidades de color turquesa, guiando a los barcos hacia los atolones, donde las anclas calaban junto a playas de rocas de coral y a frondosas palmeras sacudidas por el oleaje; he luchado en campos de batalla, ya olvidados, cuando el sol caía sobre la matanza, que no se detenía y se alargaba durante la noche a la luz de brillantes estrellas, mientras un viento frío soplaba desde las cumbres nevadas incapaz de enjugar el sudor de la lucha; y también he sido el pequeño Darrell Standing, descalzo por la hierba húmeda de rocío en la granja de Minnesota, con las manos llenas de sabañones, en las mañanas heladas en las que alimentaba al ganado en los establos, y he llorado asustado ante el esplendor y el terror de Dios cuando me sentaba los domingos a escuchar el pomposo sermón de la Nueva Jerusalén y las agonías del fuego eterno.

Todo lo que he contado era lo que veía allí, en la celda de castigo número uno de San Quintín, cada vez que alcanzaba un estado de inconsciencia mediante un trocito de paja bañado por la luz. ¿Cómo llegaba todo aquello hasta mí? No podía haberlo creado de la nada, allí encerrado entre los muros, como tampoco podía fabricar de la nada los diecisiete kilos de dinamita que tanto preocupaban al capitán Jamie, al alcaide Atherton y al Consejo Superior de Prisiones.

Yo soy Darrell Standing, nací y pasé toda mi infancia en un condado humilde de Minnesota, fui catedrático de Agronomía, un preso incorregible en San Quintín y hoy soy un condenado a muerte en Folsom. No conozco, al menos por la experiencia de Darrell Standing, ninguna de estas cosas sobre las que escribo y que he desenterrado de los almacenes de mi subconsciente. Yo, Darrell Standing, nacido en Minnesota y

destinado a morir ahorcado en California, no amé nunca a la hija de un rey en la corte real; no luché, alfanje contra alfanje, en las bamboleantes cubiertas de los barcos; no me ahogué en las bodegas de un navío, bebiendo licor sin refinar y gritando a la salud de los marineros a punto de ahogarse, mientras el barco flotaba a la deriva o chocaba contra las negras rocas, y el agua corría sobre nuestras cabezas, bajo nosotros y por todas partes.

Cosas como éstas no pertenecen a la experiencia de Darrell Standing en este mundo. Y sin embargo yo, Darrell Standing, hallé todo esto en mi interior cuando estuve encerrado en la celda de castigo de San Quintín, gracias a la autohipnosis. Todas estas cosas son tan ajenas a Darrell Standing como lo era la palabra "Samaria", que brotó de sus labios de niño al contemplar una fotografía.

No es posible crear algo de la nada. Yo no pude, aislado en la celda de castigo, inventar de la nada diecisiete kilos de dinamita. Ni tampoco podía inventar, de la nada o de la experiencia de Darrell Standing, aquellas lejanas visiones perdidas en el tiempo y en el espacio. Todo aquello se encontraba oculto en el interior de mi mente, por donde, poco a poco, aprendía a moverme.

7.

Y en esto consistía mi mayor problema: sabía que en mi interior existía un Golconda de recuerdos de otras vidas y, sin embargo, no era capaz más que de volar como un lunático alrededor de ellos. Tenía un Golconda en mi interior, pero ignoraba cómo explorarlo.

Recordé el caso de Stainton Moses, un clérigo que había sido poseído por las personalidades de San Hipólito, Plotino, Atenodoro y de aquel amigo de Erasmo llamado Grocio. Y cuando consideraba los experimentos del Coronel de Rochas, a quien había leído en otros tiempos, estaba convencido de que Stainton Moses había sido, en vidas anteriores, aquellos otros hombres que en ocasiones parecían poseerle. En realidad, todas estas personalidades habitaron en él, eran los eslabones de la cadena de la reaparición.

Pero me detuve a pensar con mayor detenimiento en los experimentos del Coronel de Rochas. Aseguraba que por medio de la hipnosis había hecho retroceder en el tiempo a algunos pacientes, como demostró al describir el caso de Josephine. Josephine tenía dieciocho años y vivía en Voiron, en la región del Isère. Por medio de la hipnosis, el Coronel de Rochas la envió de vuelta a través de su adolescencia, su infancia, su niñez, su lactancia, a través de la silenciosa oscuridad del útero materno, y todavía más allá, a través de la silenciosa oscuridad del tiempo en que ella, Josephine, aún no había nacido, hasta la luz y la vida de una existencia anterior, cuando era un viejo grosero y amargado llamado Jean-Claude Bourdon, que había servido en la Séptima Artillería en Besançon y que murió a los setenta años, tras una larga temporada postrado en la cama. Sí, ¿y acaso el Coronel de Rochas no hipnotizó a su vez a esta sombra de Jean-Claude Bourdon, de modo que también él se aventuró hacia atrás en el tiempo, a través de la infancia, el nacimiento y la oscuridad del que todavía no ha nacido, hasta que encontró de nuevo una luz y una vida en la que, bajo el nombre de Philomène Carteron, había sido una vieja perversa?

Pero por más que lo intentara una y otra vez con mi trocito de paja que brillaba en la celda de castigo, no lograba conseguir una conciencia tan clara de la existencia de ninguna personalidad anterior. Llegué a convencerme, después de los fracasos de mis experimentos, de que sólo a través de la muerte podría, clara y coherentemente, resucitar los recuerdos de mis vidas anteriores.

No obstante, las mareas de la vida se agitaban con fuerza en mi interior. Yo, Darrell Standing, me resistía con tal fuerza a morir que no iba a consentir que el alcaide Atherton y el capitán Jamie acabaran conmigo. Eran tan grandes mis ansias de vivir que a veces creo que esa es la razón por la que sigo aquí, comiendo y durmiendo, meditando y soñando, escribiendo este relato sobre mis muchas vidas y aguardando la inevitable soga que pondrá un fugaz límite a mi prolongada existencia.

Y entonces llegó la muerte en vida. Aprendí el truco. Me lo enseñó Ed Morrell, como verá más adelante. Todo empezó con el alcaide Atherton y el capitán Jamie. Debieron sufrir un ataque de pánico al verse incapaces de olvidar la dinamita que creían escondida. Vinieron a mi celda y, sin rodeos, me dijeron que me pondrían la camisa de fuerza hasta hacerme morir si no confesaba dónde había escondido la dinamita. Y me aseguraron que podían hacerlo sin poner en peligro sus respectivas carreras. Mi muerte figuraría en los archivos de la prisión como un fallecimiento por causas naturales.

Por favor, querido ciudadano criado entre algodones, créame cuando le digo que todavía hoy en día se mata a hombres en las cárceles, como siempre se ha hecho desde que los hombres construyeron las primeras prisiones.

Conocía muy bien la agonía y el horror de la camisa de fuerza. ¡Aquellos hombres con el alma destrozada por la camisa de fuerza! He visto a muchos de ellos. Y he visto a hombres quedarse paralizados de por vida. He visto a hombres fuertes, tan fuertes que gracias a su formidable resistencia física habían soportado todos los brotes de tuberculosis de la prisión, debilitarse y morir en seis meses, destrozados tras un largo período en la camisa de fuerza. Por ejemplo, el Bizco Wilson, inesperadamente quebrado por el miedo, murió en la camisa de fuerza en sólo media hora mientras un estúpido médico de prisiones miraba y sonreía. Y he visto confesar a un hombre, después de media hora en la camisa, verdades y mentiras que le costaron muchos años de cárcel.

Yo también tuve mis propias experiencias. Hoy, medio millar de cicatrices cubren todo mi cuerpo, cicatrices que irán al patíbulo conmigo. Aunque viviera otros cien años, esas mismas cicatrices me acompañarían hasta la tumba.

Tal vez, querido ciudadano que permite y que paga a esos perros desgraciados para que ajusten las camisas de fuerza por usted, tal vez desconoce en qué consiste esta retorcida tortura. Permítame describirlo, para que entienda el método por el cual conseguí alcanzar la muerte en vida, dominar el tiempo y el espacio y saltar los muros de la cárcel para vagar por las estrellas.

¿Ha visto alguna vez una de esas lonas impermeables, o esas mantas de goma con ojales de latón en los bordes? Entonces imagine un trozo de lona resistente, de una longitud de cuatro pies y medio, con grandes y pesados ojales de latón a lo largo de ambos bordes. La anchura de esta lona nunca es lo suficientemente grande para abarcar un cuerpo humano; es también irregular, más amplia a la altura de los hombros y de las caderas, y más estrecha a la altura de la cintura.

La lona se extiende en el suelo. Al hombre que ha de ser castigado, o torturado para que confiese, se le ordena que se tumbe boca abajo sobre ella. Si se niega, se le golpea y maltrata. Después es él mismo quien se tumba por voluntad propia, que es la voluntad de esos perros sanguinarios, que es su voluntad, querido ciudadano, que alimenta y paga a esos perros sanguinarios para que lleven a cabo este trabajo por usted.

El preso está tumbado boca abajo. Se estiran los extremos de la camisa, tanto como sea posible, sobre la columna vertebral del hombre. Entonces, como si se tratara de un zapato, se pasa una cuerda a través de los ojales y se ata al hombre a la lona.

Sólo que nadie se ataría jamás los zapatos con tal fuerza. En la cárcel lo llaman cinchar. A veces, cuando los guardias son especialmente crueles, o cuando llegan órdenes desde arriba, presionan con los pies espalda del preso mientras tensan la cuerda todo lo que pueden.

¿Se ha atado alguna vez los cordones tan fuerte que, después de media hora, ha experimentado un dolor insoportable en el empeine provocado por la falta de circulación? ¿Y recuerda que tras unos minutos de semejante dolor, sencillamente ya no puede dar ni un solo paso y se ve obligado a detenerse y desatarse los cordones para atenuar la presión? Pues bien, en ese caso intente imaginar su propio cuerpo atado, pero mucho más ajustado, e intente imaginar que esa presión, en lugar de sentirla únicamente en el empeine, la siente en todo su tronco, comprimiéndole tanto que parece que su corazón, sus pulmones y el resto de sus órganos están a punto de explotar.

Recuerdo la primera vez que me pusieron la camisa de fuerza en el calabozo. Fue en los días en que comencé a actuar como un incorregible, poco después de mi ingreso en la cárcel, cuando estaba realizando mi tarea diaria en los telares. Aquel día acabé dos horas antes de lo establecido. Me enviaron a la camisa de fuerza aquella primera vez, según los registros de la prisión, por "roturas" y "desperfectos" en la tela; en resumen, porque mi trabajo era deficiente. Por supuesto, aquello era ridículo. En realidad me encamisaron porque yo, un nuevo recluso, un maestro de la eficacia, un experto diplomado en la eliminación de actividad superflua, había osado decirle al inútil del tejedor unas cuantas cosas que no conocía sobre su trabajo. Y aquel inútil, con el capitán Jamie delante, me llevó hasta una mesa en la que me mostraron telas espantosamente cosidas, que nunca podrían haber salido de mi telar. Tres veces me llevaron a la mesa. A la tercera llamada, según las normas de los telares, el recluso era castigado. Mi castigo consistió en permanecer veinticuatro horas en la camisa de fuerza.

Me arrastraron a los calabozos. Me ordenaron tenderme boca abajo sobre la lona extendida en el suelo. Me negué. Uno de los guardias, Morrison, me agarró por la garganta mientras Mobins, el ordenanza del calabozo, que también era un convicto, descargaba golpes sobre mí. Finalmente, me tumbé como ordenaron. Y, por los problemas que había causado, me cincharon con más ahínco del acostumbrado. Luego me dieron la vuelta como a un tronco, colocándome sobre la espalda.

No parecía tan malo al principio. Cuando cerraron la puerta, tras oír los ruidos del cerrojo, me quedé en la más completa oscuridad; eran las once en punto de la mañana. Durante unos minutos sólo noté una incómoda opresión que creí, ingenuamente, que desaparecería a medida que me fuera acostumbrando a ella. Sin embargo, el corazón comenzó a latirme fuertemente y los pulmones parecían incapaces de conseguir suficiente aire para mi sangre. La sensación de ahogo era aterradora y a cada latido el corazón amenazaba con hacer estallar mis debilitados pulmones.

Después de lo que entonces me parecieron horas, pero que hoy, por mi experiencia en la camisa de fuerza, calculo que no fue más de treinta minutos, comencé a gritar, a gemir, a dar alaridos, a aullar con la misma locura que precede a la muerte. Lo peor era el dolor que sentía en el corazón. Era un dolor agudo y muy preciso, parecido al causado por la pleuritis, sólo que éste me apuñalaba violentamente desde el mismo corazón.

Morir no es demasiado difícil, pero morir de aquel modo lento y horrible era enloquecedor. Igual que un animal salvaje enjaulado, experimenté el éxtasis del miedo y grité y aullé hasta que me di cuenta de que con aquel esfuerzo sólo conseguía apuñalar mi corazón con más fuerza y consumir gran parte del aire de mis pulmones.

Me abandoné a la inmovilidad durante un rato, que en aquellos momentos me pareció una eternidad, aunque ahora soy consciente de que no duró más de un cuarto de hora. Comencé a marearme debido a la asfixia, y mi corazón se sacudía con tal violencia que parecía que, con toda seguridad, haría explotar la lona que me amarraba. Perdí de nuevo el control y aullé terriblemente suplicando ayuda.

En medio de todo esto escuché una voz que venía del calabozo contiguo.

-Cállate -gritó, aunque apenas podía oírlo-. Cállate. Me estás cansando.

-¡Me muero! -grité.

-Pues intenta gritar para ti mismo y calla ya -fue la respuesta.

-¡Pero me estoy muriendo! -insistí.

-Entonces, ¿para qué preocuparse? -replicó la voz-. Muérete rápido y ya está. Sigue así y díñala pronto, pero no hagas tanto ruido. Estás interrumpiendo mis lindos sueños.

Estaba tan furioso por tamaña indiferencia que recuperé el control y ya no se me escaparon más que unos cuantos quejidos. Esto duró otra eternidad, posiblemente diez minutos; luego comenzó a extenderse por todo mi cuerpo una sensación de cosquilleo y de insensibilidad. Sentía cientos de alfileres y agujas clavadas en mi carne, pero logré contenerme. Cuando cesó el dolor de los dardos, permaneció la insensibilidad, que siguió extendiéndose por todo mi cuerpo. Una vez más me asusté.

-¿Cómo voy a pegar ojo así? -se quejó mi vecino-. Yo no estoy más contento que tú, ¿sabes? Mi camisa aprieta tanto como la tuya, y quiero dormir y olvidarme de todo.

-¿Cuánto tiempo llevas ahí? -pregunté, tomándolo por un recién llegado comparado con la eternidad que yo ya había sufrido.

-Desde anteayer -fue su respuesta.

-Quiero decir en la camisa de fuerza -le corregí.

-Desde anteayer, hermano.

-¡Dios mío! -grité.

-Sí, hermano, cincuenta horas seguidas, y no me oirás abrir la boca para quejarme. Me cincharon haciendo fuerza con los pies sobre mi espalda. Estoy bastante apretado, créeme. No eres el único que tiene problemas. Aún no llevas dentro ni una hora.

-¡Llevo aquí horas y horas! -protesté.

-Hermano, eso es lo que tú crees. Te estoy diciendo que no llevas dentro ni una hora. Oí cómo te ataban.

Aquello era increíble. En menos de una hora yo ya había muerto cientos de veces. ¡Y este vecino, tranquilo y sereno, con la voz queda y casi compasivo a pesar de la dureza de sus primeros comentarios, llevaba cincuenta horas en la camisa de fuerza!

-¿Cuánto más van a tenerte ahí metido? -pregunté.

-Sólo Dios lo sabe. El capitán Jamie me odia y no me sacará de aquí hasta que esté a punto de palmarla. Y ahora, hermano, te voy a contar el secreto. El único modo de sobrevivir es cerrar la boca y olvidar. Gritar y aullar no te servirá de mucho aquí abajo. Y la manera de olvidar es olvidarse *de todo*. Simplemente ponte a pensar en todas las chicas que has conocido. Eso te mantendrá ocupado. A lo mejor empiezas a sentirte algo atontado; bueno, pues te sientes atontado. Es lo mejor para pasar el rato. Y cuando ya no te sirvan las chicas, ponte a pensar en por qué te metieron esos tipos aquí dentro, lo que les harías si tuvieses una oportunidad, y en lo que les vas a hacer cuando la tengas.

Aquel hombre era Philadelphia Red. Estaba condenado a cincuenta años por un atraco cometido en las calles de Alameda. Y había cumplido una docena de años

cuando habló conmigo desde la camisa de fuerza; aquello ocurrió hace ya siete años. Era uno de los cuarenta condenados a cadena perpetua a quien Cecil Winwood se la había jugado. Por aquella infracción Philadelphia Red perdió todo su crédito. Ahora es un hombre de mediana edad y sigue todavía en San Quintín. Será un anciano cuando le dejen salir, si es que sobrevive.

Aguanté aquellas veinticuatro horas y desde entonces nunca he vuelto a ser el mismo. No, no estoy hablando de mi estado físico, aunque a la mañana siguiente, cuando me desataron, me sentía medio paralizado y tan abatido que los guardias estuvieron dándome patadas en las costillas para obligarme a levantarme. Mental y moralmente, era un hombre distinto. La tremenda tortura que había supuesto la camisa era una humillación y una afrenta a mi espíritu y a mi sentido de la justicia. Esa clase de disciplina no ablanda a un hombre. Salí de aquella primera experiencia en la camisa de fuerza rebosante de rabia y odio, sentimientos que no han hecho más que aumentar a lo largo de los años. ¡Dios mío, cuando pienso en las cosas que los hombres me han hecho! ¡Veinticuatro horas en la camisa de fuerza! Cómo iba yo a pensar aquella mañana, mientras me pateaban para que me levantase, que llegaría un día en el que veinticuatro horas en la camisa de fuerza no significarían nada; un día en el que, tras doscientas cuarenta horas encamisado, me encontrarían con la misma sonrisa en los labios.

Sí, doscientas cuarenta horas. Querido ciudadano criado entre algodones, ¿sabe usted lo que eso significa? Significan diez días y diez noches en la camisa de fuerza. Por su puesto, estas cosas no pasan en ningún lugar del mundo cristiano, mil novecientos años después del nacimiento de Cristo. No le estoy pidiendo que me crea. Ni yo mismo lo creo. Sólo sé que eso es lo que me ocurrió en San Quintín, y que sobreviví para reírme de ellos y para obligarles a colgarme por hacer sangrar por la nariz a un guardia. Escribo estas líneas hoy, en el año 1913; y hoy, en el año 1913, todavía hay hombres en camisas de fuerza en los calabozos de San Quintín.

Nunca, por muchas vidas que me sean concedidas, olvidaré mi despedida de Philadelphia Red aquella mañana. Él llevaba setenta y cuatro horas encamisado.

-Bueno, hermano, aún estás vivito y coleando -me llamó mientras me arrastraban desde mi celda hacia el pasillo de los calabozos.

-Cierra la boca, Red -le gruñó el sargento.

-Olvídame -fue la réplica.

-Al final tragarás, Red -le amenazó el sargento.

-¿Eso crees? -preguntó suavemente Philadelphia Red, y al momento su tono se volvió salvaje-. Mira, viejo asqueroso, tú nunca has sido nada, no habrías conseguido ni una comida gratis, y mucho menos el trabajo que tienes ahora, si no hubiese sido por la influencia de tu hermano. Y creo que todos sabemos a qué huele el lugar del que viene tu hermano.

Era admirable; el espíritu humano elevándose por encima de la adversidad, sin miedo al dolor que pudiera causarle ninguna de las bestias del sistema.

-Bueno, hasta pronto, hermano -Philadelphia se dirigió a mí-. Hasta pronto. Sé bueno y quiere mucho al alcaide. Y si les ves, diles que me viste, pero que nunca me viste tragar.

El sargento estaba rojo de ira y pagué la agudeza de Red con una lluvia de patadas y puñetazos.

El alcaide Atherton y el capitán Jamie se disponían a interrogarme en la celda de castigo número uno. El alcaide me dijo:

-Standing, vas a decirnos dónde está la dinamita o morirás en la camisa de fuerza. He tenido que vérmelas con presos mucho más duros que tú, y todos acabaron cantando. Así que elige: la dinamita o el hoyo.

-Me parece que el hoyo -respondí-, porque no sé nada de la dinamita.

Conseguí irritar al alcaide.

-Túmbate -ordenó.

Obedecí, pues había aprendido que luchar contra tres o cuatro hombres era una locura. Me dejaron atado durante cien horas. Cada veinticuatro horas me permitían beber un poco de agua. No me apetecía comer, aunque tampoco me ofrecieron alimento alguno. Hacia el final de aquellas cien horas, Jackson, el médico de la cárcel, examinó mi condición física varias veces.

Me había acostumbrado a la camisa de fuerza durante mis días de incorregible y ya no me causaba demasiado efecto. Naturalmente, me debilitó, hizo desaparecer mi vitalidad, pero había aprendido algunos trucos para robar un poco de espacio mientras me ataban. Al final de las primeras cien horas estaba extenuado, pero eso era todo. Me sometieron, tras una noche y un día de recuperación, a otra sesión de la misma duración. Y más tarde la extendieron a ciento cincuenta horas. La mayor parte del tiempo mi cuerpo permanecía totalmente insensible y mi mente deliraba, excepto en ocasiones en que me las arreglaba para dormir unas horas.

Más tarde, Atherton probó con algo diferente. Me sometieron a períodos irregulares de castigo y recuperación, de modo que nunca sabía cuándo me iban a encamisar. De este modo podía tener diez horas de recuperación y veinte de camisa, o descansar sólo durante cuatro horas. A cualquier hora se abría la puerta de mi celda y los guardias entraban para atarme de nuevo. A veces seguían cierta regularidad: durante tres días y tres noches, alternaban ocho horas encamisado y ocho fuera. Y cuando empezaba a acostumbrarme a este ritmo, lo cambiaban repentinamente y me tenían encamisado dos días y dos noches seguidas.

Y siempre la eterna pregunta: ¿dónde está la dinamita? A veces el alcaide Atherton se ponía furioso. En una ocasión, tras haberme sometido a muchas horas en la camisa, casi me suplicó que confesara. Llegó a prometerme tres meses de descanso, recuperación en el hospital y un trabajo de ordenanza en la biblioteca.

El doctor Jackson, un tipejo con escasos conocimientos de medicina, se mostraba cada vez más escéptico. Insistía en que la camisa de fuerza nunca me mataría. Sus comentarios irritaban aún más al alcaide.

-¡Estos miserables universitarios son capaces de burlarse del mismísimo diablo! -refunfuñó-. Son correosos y resistentes, pero acabaremos con él de todos modos. Standing, escúchame, esto no ha hecho más que empezar. Más te vale confesar ahora y ahorrarte problemas. Soy un hombre de palabra. Ya me has oído: la dinamita o el hoyo. Eso es todo. Tú decides.

-Espero que no crea que me callo porque estoy disfrutando con esto -conseguí decir jadeando, al tiempo que Carapastel Jones me apretaba la espalda con el pie para cincharme aún más fuerte, y yo tensaba los músculos intentando robar algo de espacio. -No tengo nada que confesar. Es más, daría mi mano derecha por llevarle hasta la dinamita.

-He tratado a muchos listillos como tú -dijo con sorna-. Os creéis vuestras propias ideas estúpidas. Os volvéis tozudos, como los caballos. Más fuerte, Jones, puedes apretarle mucho más fuerte todavía. Si no cantas, Standing, será el hoyo. Sabes que cumplo mis promesas.

Aprendí algo: uno se vuelve menos sensible al dolor a medida que se va debilitando. Y cuando está débil, se debilita con mayor lentitud. Todo el mundo sabe que los hombres fuertes sufren muchas más enfermedades que las mujeres o que los inválidos. A medida que se pierde fuerza, cada vez hay menos fuerza que perder. Cuando toda la carne superflua desaparece, lo que queda es materia fibrosa y resistente. Y eso es en lo que me convertí: un organismo fibroso que insistía en vivir.

Morrell y Oppenheimer sentían lástima por mí y me enviaban mensajes de consuelo y apoyo. Oppenheimer me aseguró que él también había pasado por aquello y por cosas peores, y había sobrevivido.

-No dejes que te venzan -deletreó con sus nudillos-. No dejes que te maten, porque eso es lo que quieren. Y no cantes.

-Pero no hay nada que cantar -deletreé golpeando la suela de mi zapato contra la rejilla, pues sólo podía comunicarme con los pies-. No sé nada de la maldita dinamita.

-Eso es -dijo Oppenheimer-. Un tipo duro, ¿verdad, Ed?

Esto me dio una idea de las pocas posibilidades que tenía de convencer al alcaide Atherton, cuya insistencia había convencido incluso a Jake Oppenheimer, quien me admiraba por la fortaleza con que mantenía la boca cerrada.

Durante este primer período en la camisa de fuerza me las arreglé para dormir bastante. Mis sueños eran extraordinarios. Eran vívidos y muy reales, como lo son la mayoría de los sueños, pero lo que los hacía extraordinarios era su coherencia y su continuidad. A menudo me dirigía a grupos de científicos, leyéndoles en voz alta informes sobre mis investigaciones, o sobre mis conclusiones de investigaciones y experimentos ajenos. Cuando despertaba, todavía resonaba mi voz y podía aún ver frases y párrafos enteros mecanografiados, que leía de nuevo hasta que la visión se desvanecía. Por cierto, quisiera señalar que el proceso de razonamiento empleado en estos discursos era invariablemente deductivo.

Había como una especie de granja enorme, que se extendía de norte a sur a lo largo de cientos de millas en algún lugar de las regiones cálidas, con un clima, una flora y una fauna muy parecidos a los de California. No una ni dos, sino miles de veces viajé por esta región onírica. Insisto en que siempre se trataba de la misma región. No había ninguna diferencia esencial en los distintos sueños. Siempre era un viaje de ocho horas a caballo desde los campos de alfalfa donde pacían mis vacas de jersey, hasta el pueblecito que estaba junto a la gran laguna seca, donde me subía a un pequeño tren de vía estrecha. Durante aquellas ocho horas de viaje, cada elemento del paisaje, cada árbol, cada montaña, cada vado y cada puente eran los mismos.

En esta organizada granja que veía en mis sueños había algunos detalles menores que sí cambiaban, de acuerdo con la estación del año y con el trabajo de los labradores. Así, con la ayuda de las cabras de angora, establecí una nueva granja en los pastos de las tierras altas, junto a mis campos de alfalfa. Y con cada visita notaba los cambios que habían tenido lugar entre una y otra.

¡Aquellas laderas cubiertas de broza...! Aún hoy puedo recordar cómo eran antes de llevar por primera vez a las cabras. Y recuerdo los primeros cambios: los caminos que comenzaban a formarse a medida que las cabras se abrían paso a bocados a través de los espesos matorrales; la desaparición de los arbustos más jóvenes y pequeños; las vistas que se abrían en todas direcciones entre los arbustos más viejos y más altos, con los que las cabras se alimentaban apoyándose en las patas traseras para llegar tan alto como podían; la dirección en la que se extendía la hierba de los pastos, siguiendo el claro que dejaban las cabras a su paso. Sí, y lo maravilloso de estos sueños era su continuidad. Llegó el día en que mis hombres, provistos de hachas, corta-

ron los arbustos más altos para que las cabras tuvieran acceso a las hojas, los brotes y las cortezas. Y llegó el día, en pleno invierno, en que apilaron los secos y desnudos esqueletos de aquellos arbustos y les prendieron fuego. Y llegó el día en que me llevé a mis cabras a otras laderas de broza impenetrable, con todo mi ganado detrás pastando en la suculenta hierba que había crecido donde antes sólo había broza. Y llegó el día en que moví de nuevo mi ganado, y mis hombres iban y venían por las laderas labrando aquella tierra maravillosamente fértil, extendiendo el humus en que plantar las semillas de mis futuras cosechas.

Sí, en mis sueños a menudo bajaba del pequeño tren, en el pueblo junto a la gran laguna, me subía a una carreta tirada por caballos de montaña, viajaba horas y horas a través de mis campos de alfalfa, llegaba a los pastos más altos donde mis cultivos de trigo, maíz y cebada estaban ya maduros y a punto para la cosecha y veía a mis hombres trabajar mientras más allá, siempre escalando, mis cabras se comían los arbustos de toda una ladera y la dejaban lista para un nuevo cultivo.

Pero sólo eran sueños, puros sueños, fantasías de mi deductiva mente subconsciente. Muy distintas a éstas, ya verá, fueron mis otras aventuras, cuando logré cruzar las puertas de la muerte y revivir la realidad de mis otras vidas anteriores.

Durante las muchas horas que pasaba despierto en la camisa de fuerza, pensaba en Cecil Winwood, el poeta impostor a quien debía todo este tormento y que gozaba ya de libertad. No, no le odiaba. Odio es una palabra demasiado débil. No hay palabras lo bastante fuertes para describir mis sentimientos. Sólo puedo decir que me corroía el deseo de venganza, y que me causaba un dolor que excedía los límites del lenguaje. No le hablaré de las horas que dediqué a planear castigos para él, ni de los diabólicos sistemas e instrumentos de tortura que inventé. Solamente un ejemplo: me apasionaba el antiguo método que consiste en atar un cuenco de hierro, con una rata dentro, al cuerpo de un hombre. El único modo que tiene la rata de escapar es a través del cuerpo. Como digo, me apasionó este método hasta que me di cuenta de que sería una muerte demasiado rápida, por lo que comencé a meditar sobre el método árabe de... pero he prometido no hablarle más de esto. Baste con decir que muchas de las horas que pasé allí despierto, casi enloquecido por el dolor, las dediqué a planear mi venganza contra Cecil Winwood.

9.

Aprendí algo de gran valor durante las largas y monótonas horas de vigilia: el dominio del cuerpo a través de la mente. Aprendí a sufrir en silencio, como sin duda alguna habrán aprendido todos los hombres que han realizado, como yo, cursos de doctorado en camisas de fuerza. No, no es fácil mantenerse sereno y relajado y tratar de olvidar el punzante y casi exquisito lamento de los nervios torturados.

Y fue este mismo dominio de la carne por medio del espíritu lo que me permitió practicar fácilmente el secreto que Ed Morrell me había revelado.

-¿Piensas que es el fin? -me preguntó Ed Morrell una noche golpeando con los nudillos.

Acababan de liberarme después de cien horas y estaba más débil de lo que nunca antes había estado. Tan cansado me hallaba, que a pesar de que todo mi cuerpo era un amasijo de cardenales y de sufrimiento, apenas era consciente de que tenía cuerpo.

-Parece el fin -le contesté-. Lo conseguirán si continúan.

-No lo permitas -me aconsejó-, hay una forma de evitarlo. Lo aprendí yo mismo, en los calabozos, una vez que a Massie y a mí nos dieron una buena. Yo salí adelante, pero Massie reventó. Si no hubiese sabido cómo evitarlo habría reventado yo tam-

bién. Se ha de estar muy débil antes de intentarlo. Si lo intentas cuando aún estás fuerte, fracasarás sin remedio y ya nunca podrás hacerlo. Cometí el error de contárselo a Jake cuando estaba todavía fuerte. Por supuesto, no lo consiguió y cuando lo necesitó otras veces, ya era demasiado tarde, porque su primer fallo lo había estropeado todo. Tampoco ahora se lo cree. Piensa que le estoy tomando el pelo. ¿No es así, Jake?

Y desde la celda número trece Jake respondió:

-No te lo tragues, Darrell. No es más que un cuento.

-Venga, dímelo -deletreé a Morrell.

-Por eso he esperado tanto, hasta que no pudieras más -continuó-. Ahora lo necesitas y te lo voy a contar. De ti depende. Si tienes voluntad puedes lograrlo. Yo lo he hecho ya tres veces y lo sé.

-Bien, ¿qué es? -pregunté impaciente.

-El secreto está en morir en la camisa, en tratar tú mismo de morir. Sé que aún no me entiendes, pero espera. Ya has visto cómo te entumeces en la camisa, cómo tu brazo o tu pierna se quedan dormidos. Eso no lo puedes evitar, pero puedes llegar a controlarlo. No esperes á que se te duerma una pierna. Ponte boca arriba, tan cómodo como puedas, y comienza a usar tu voluntad.

-Siempre debes pensar en esta idea y debes creer en ella ciegamente. Si no crees, no hay nada que hacer. Lo que debes pensar y creer es que tu cuerpo es una cosa y tu espíritu otra. Tú eres tú, y tu cuerpo es algo que no tiene importancia. Tu cuerpo no cuenta. Tú eres quien manda y no necesitas de tu cuerpo. Y una vez pienses y creas todo esto, has de ponerlo a prueba con toda tu voluntad. Has de conseguir que tu cuerpo muera. Comienzas con los dedos de los pies, uno a uno. Tratas de que tus dedos mueran. Deseas que mueran. Y si tienes fe y voluntad los dedos de tus pies morirán. Eso es lo más difícil, comenzar a morir. Una vez que el primer dedo está muerto, el resto es más fácil, porque ya no tienes que seguir esforzándote por creerlo. Lo sabes. Y entonces concentras toda tu voluntad en hacer morir al resto de tu cuerpo. Te lo digo, Darrell, lo sé. Lo he hecho tres veces. Una vez que empiezas a morir, ya es todo más fácil. Y lo más gracioso es que tú siempre estás ahí. Que los dedos de tus pies estén muertos no significa que tú estés muerto en absoluto. Al cabo de un rato tus piernas están muertas hasta las rodillas, luego hasta los muslos, y tú sigues siendo el mismo de siempre. Es tu cuerpo el que se está quedando fuera poco a poco. Y tú sigues siendo el mismo que eras antes de empezar.

-¿Y qué ocurre luego? -pregunté.

-Bueno, cuando todo tu cuerpo está muerto y tú sigues ahí, simplemente sales de tu piel y abandonas tu cuerpo. Y cuando lo dejas, dejas la celda. Los muros de piedra y las puertas de hierro sólo encierran cuerpos. No encierran espíritus. Tú mismo eres la prueba. Eres un espíritu fuera del organismo. Puedes mirar tu cuerpo desde fuera. Te digo que lo sé porque lo he hecho tres veces, he visto mi cuerpo ahí tumbado y yo estaba fuera de él.

-¡Ja, ja, ja! -Jake Oppenheimer deletreó su risa trece celdas más allá.

-¿Lo ves? Ese es el problema de Jake -continuó Morrell-. No se lo cree. La vez que lo intentó estaba demasiado fuerte y falló. Y ahora cree que estoy bromeando.

-Cuando mueres estás muerto, y los muertos, muertos están -replicó Oppenheimer.

-Te digo que he estado muerto tres veces -le replicó Morrell.

-Y resucitaste para contárnoslo -se burló Oppenheimer.

-Pero no olvides una cosa, Darrell -me dijo Morrell-, esto es algo muy delicado. Sientes constantemente que estás en peligro. No puedo explicarlo, pero yo siempre

pensaba que si estuviese lejos cuando vinieran a quitarme la camisa de fuerza, no podría regresar de nuevo a mi cuerpo. Quiero decir que mi cuerpo estaría muerto para siempre. Y no quería estar muerto. No quería dar esa satisfacción al capitán Jamie y a los demás. Pero te digo, Darrell, que si puedes controlarlo podrás reírte del alcaide. Una vez que tu cuerpo muera, no importará si te encamisan durante todo un mes. No sufres nada y tu cuerpo tampoco sufre. Créeme, hay casos de gente que ha dormido un año entero de un tirón. Eso es lo que pasará con tu cuerpo. Estará allí, dentro de la camisa de fuerza, sin dolor alguno, esperando a que regreses.

-Inténtalo. Te lo estoy diciendo en serio.

-¿Y qué pasa si no vuelve? -preguntó Oppenheimer.

-Entonces, digo yo, se reirán de él, Jake. A menos que, tal vez, se rían de nosotros por quedarnos en este sucio vertedero cuando podríamos salir tan fácilmente -respondió Morrell.

Y aquí se acabó la charla, porque Carapastel Jones, que se había despertado de mal humor, amenazó a Morrell y a Oppenheimer con dar parte por la mañana, lo que significaba la camisa de fuerza. A mí no me amenazó, porque sabía que a mí ya me tocaba de todos modos.

Permanecí en silencio durante mucho tiempo, tratando de ignorar el dolor de mi cuerpo mientras consideraba la propuesta de Morrell. Como he explicado antes, yo ya había intentado retroceder en el tiempo por medio de la autohipnosis para volver a mis vidas anteriores. Sabía que había tenido cierto éxito, pero todo lo que había experimentado no era más que un revuelo de apariciones que se fundían sin ningún orden y que al poco rato se desvanecían.

Sin embargo, el método de Morrell, que era justo lo contrario a mi método de autohipnosis, me fascinó. Con mi método, la conciencia era la primera en evadirse. Con el su yo, la conciencia perduraba hasta el final, y cuando ya estaba lejos del cuerpo pasaba a niveles tan sublimes que lo abandonaba, abandonaba la prisión de San Quintín y viajaba muy lejos, estando todavía consciente.

De todos modos valía la pena probar, concluí. Y a pesar de la actitud escéptica del científico que hay en mí, le creí. No tenía la menor duda de que lograría realizar lo que Morrell dijo haber conseguido tres veces. Quizá esta fe que me dominaba con tanta facilidad se debía a mi estado de debilidad extrema. Tal vez no tenía la fuerza suficiente para ser escéptico. Esta era la hipótesis que ya me había sugerido Morrell. Era una conclusión sencillamente empírica, y yo, como se verá, logré demostrarla empíricamente.

10.

A la mañana siguiente, el alcaide Atherton entró en mi celda resuelto a asesinarme. Con él estaban el capitán Jamie, el doctor Jackson, Carapastel Jones y Al Hutchins. Al Hutchins cumplía una sentencia de cuarenta años y tenía esperanzas de ser indultado. Había sido ordenanza durante cuatro años en San Quintín. Ésta es una situación privilegiada, ya que un ordenanza suele cobrar por sus servicios unos tres mil dólares al año. De ahí que Al Hutchins, en posesión de diez o doce mil dólares y una promesa de indulto, era alguien con quien se podía contar para encubrir los desmanes del alcaide.

Acabo de decir que el alcaide Atherton vino a mi celda con la intención de asesinarme. Se leía en su cara, y enseguida lo demostró.

-Examínele -ordenó al doctor Jackson.

Aquella criatura miserable me quitó la cochambrosa camisa que había llevado desde que me incomunicaron, y expuso mi pobre cuerpo castigado y dolorido, con la piel pegada a las costillas como un pergamino marrón a causa de las muchas sesiones en la camisa de fuerza. El examen resultó descaradamente superficial.

-¿Podrá resistirlo? -preguntó el alcaide.

-Sí -respondió el doctor Jackson.

-¿Qué tal el corazón?

-Espléndido.

-¿Cree que lo soportará otros diez días, doctor? -Seguro.

-No lo creo -dijo el alcaide-, pero lo intentaremos de todos modos. Túmbate, Standing.

Obedecí y me tendí boca abajo sobre la lona extendida. El alcaide pareció dudar por un instante.

-Date la vuelta -ordenó.

Hice varios intentos, pero me encontraba demasiado débil y no logré más que retorcerme, impotente.

-Está fingiendo -apuntó Jackson.

-No tendrá que fingir cuando acabe con él -repuso el alcaide-. Echadle una mano, no puedo perder más tiempo.

Así que me giraron y quedé boca arriba, mirando fijamente al alcaide.

-Standing -comenzó lentamente-, te he dado todas las oportunidades que he podido. Estoy más que harto de tu tozudez. Se me ha acabado la paciencia. El doctor Jackson dice que estás en condiciones de resistir diez días en la camisa. Tú mismo puedes calcular tus posibilidades. Pero te voy a dar la última oportunidad. Dinos dónde está la dinamita. En cuanto esté en mis manos te sacaré de aquí. Podrás bañarte, afeitarte y ponerte ropa limpia. Te dejaré holgazanear en el hospital durante seis meses y después podrás trabajar en la biblioteca. Más no se puede pedir. Además, no estarías delatando a nadie. Eres el único en San Quintín que sabe dónde está la dinamita. No herirás los sentimientos de nadie si terminas cediendo y todo irá mejor desde el momento en que lo hagas. De lo contrario...

Hizo una pausa y se encogió de hombros significativamente.

-De lo contrario, tus diez días empezarán ahora mismo.

La perspectiva era aterradora. Me hallaba tan débil que estaba tan seguro como el alcaide de que moriría en la camisa de fuerza. Y entonces recordé el consejo de Morrell. Aquel era el momento, la ocasión perfecta para ponerlo en práctica. Sonreí a Atherton, desafiante, puse toda mi fe en aquella sonrisa y en la propuesta que le iba a hacer.

-Alcaide -dije-, ¿ve cómo sonrío? Pues bien, si al final de los diez días, cuando me desate, le sonrío de este mismo modo, ¿entregará un paquete de tabaco Bull Durham y papel de fumar a Morrell y a Oppenheimer?

-¿No están como una cabra estos universitarios? -bramó el capitán Jamie.

El alcaide Atherton era un hombre colérico y tomó mi petición como una muestra de soberbia insultante.

-Sólo por eso te cincharemos con más fuerza -me informó.

-Le acabo de proponer un juego, señor alcaide -dije tranquilamente-. Cíncheme todo lo ajustado que quiera, pero si continúo sonriéndole dentro de diez días, ¿les dará el tabaco a Morrell y a Oppenheimer?

-Pues sí que estás seguro de ti mismo -replicó.

-Por eso le he hecho esta propuesta -contesté.

-Nos estamos volviendo religiosos, ¿eh? -añadió con sorna.

-No. Simplemente ocurre que tengo en mí más vida de la que usted pueda llegar a imaginar. Que sean cien días, si quiere, y aún así seguiré sonriendo -fue mi respuesta.

-Supongo que diez días serán más que suficientes, Standing.

-Esa es su opinión -dije-. ¿Está seguro? Si es así, ni siquiera perderá los diez centavos del paquete de tabaco. De todos modos, ¿qué es lo que le asusta?

-Por dos céntimos te partiría la cara a patadas ahora mismo -gruñó.

-Por mí no se detenga -me mostré insolentemente descarado-. Golpee tan fuerte como quiera y todavía me quedará la otra parte de la cara para sonreír. Entre tanto, mientras decide si hacerlo o no, supongo que aceptará mi propuesta.

Un hombre ha de estar terriblemente débil o profundamente desesperado para ser capaz de desafiar al alcaide en tales circunstancias. Y además de eso, debe también tener fe. Ahora sé que yo tenía fe y que actué en consecuencia. Creía en lo que Morrell me había contado. Creía en el poder de la mente sobre el cuerpo. Sabía que ni siquiera cien días en la camisa de fuerza podrían acabar con mi vida.

El capitán Jamie debió notar lo que me estaba pasando, pues dijo:

-Me acuerdo de un sueco que se volvió loco hace veinte años. Eso ocurrió antes de que llegara usted, señor alcaide. Había matado a un hombre tras una discusión por veinticinco centavos y fue condenado a perpetua por ello. Era cocinero y un día se volvió religioso. Decía que un carruaje de oro se acercaba para llevarle al cielo, y se sentó sobre un fogón al rojo vivo y cantó himnos y hosannas mientras se freía. Se lo llevaron de allí y a los dos días estiró la pata en el hospital. Estaba cocinado hasta el hueso. Y hasta el final juraba no sentir el calor. No se le escapó ni un solo grito.

-Nosotros haremos que Standing grite -dijo el alcaide.

-Ya que está tan seguro de ello, ¿por qué no acepta mi propuesta? -le reté.

El alcaide estaba tan enfadado que, si mi situación no hubiese sido tan desesperada, habría soltado una carcajada. Tenía la cara completamente roja. Apretaba los puños, y por un momento pareció estar a punto de saltar sobre mí y darme una paliza. Entonces, sin duda con esfuerzo, se logró controlar.

-De acuerdo, Standing -se burló-. Acepto. Pero veremos quién sonríe dentro de diez días. Dadle la vuelta, chicos, y apretad hasta que oigáis crujir sus costillas. Hutchins, demuéstrale cómo sabes hacerlo.

Me dieron la vuelta y me ataron como nunca antes lo habían hecho. El ordenanza demostró su habilidad. Intenté conservar el escaso espacio que tenía. Poco era, ya que hacía mucho que me había quedado sin carne, mis músculos se habían convertido en simples tiras pegadas a los huesos. No tenía ni fuerza ni modo de conservar más que una minúscula porción de holgura, y ese mínimo espacio me lo arrebató Hutchins, que había aprendido todas las argucias de la camisa de fuerza desde dentro de ella.

En el fondo, Hutchins no era más que un depravado, una criatura que una vez fue un hombre, pero que había sido corrompido por la esclavitud y la tiranía. Tenía diez o doce mil dólares y la libertad a la vista si obedecía las órdenes. Más tarde me enteré de que una mujer, fuera en algún sitio, seguía esperándole. El factor femenino explica muchas cosas acerca de los hombres.

Aquella mañana, por orden del alcaide, Al Hutchins trató de asesinarme. Me quitó el poco espacio que había logrado conservar, de este modo mi cuerpo se encontraba indefenso, y apoyando el pie sobre mi espalda mientras me ataba con más fuerza, me apretó como nadie había logrado hacerlo antes. Tan dura fue la presión de mis frágiles huesos sobre los órganos vitales, que en aquel momento sentí que la muerte venía hacia mí. Y aún así contaba con mi fe. No creía que fuese a morir. Sabía, y digo sabía, que no iba a morir. Todo me daba vueltas vertiginosamente, y el corazón me latía frenético desde las uñas de los pies hasta la coronilla.

-Muy bien ajustado -animó el capitán Jamie de mala gana.

-Ni hablar. Le digo que no hay nada que pueda hacerle daño, está como ido. Debería estar muerto hace mucho -dijo el doctor Jackson.

El alcaide Atherton, tras un duro esfuerzo, consiguió introducir un dedo entre mi espalda y las cuerdas. Puso un pie sobre mí, dejó caer todo su peso y estiró, pero las cinchas estaban tensas como el acero y no cedían ni un centímetro.

-Me quito el sombrero, Hutchins. Tú sí que sabes cómo hacer tu trabajo. Ahora dadle la vuelta y veamos cómo está -dijo.

Me dieron la vuelta y quedé boca arriba. Les miré fijamente con los ojos casi fuera de las órbitas. De algo estoy bien seguro: si me hubiesen atado de aquel modo la primera vez que me metieron en la camisa de fuerza, habría estado muerto en diez minutos. Pero estaba bien entrenado. Llevaba a mis espaldas más de mil horas en la camisa de fuerza y, además, tenía fe en todo lo que Morrell me había contado.

-Ríe ahora, maldito, ríe. A ver esa sonrisa de la que tanto hablas -me dijo el alcaide.

Y así, mientras mis pulmones luchaban por conseguir una pizca de aire, mientras mi corazón amenazaba con estallar, mientras mi mente se desbordaba, aún fui capaz, a pesar de todo, de esbozar una sonrisa para el alcaide.

11.

La puerta se cerró, dejando tan sólo un pequeño resquicio de luz, y me quedé a solas, tumbado sobre mi espalda. Gracias a un sistema que había aprendido hacía tiempo, me las arreglé para arrastrarme por el suelo, pulgada a pulgada, hasta que logré tocar la puerta con la suela de mi zapato derecho. Al instante sentí una inmensa alegría, pues ya no estaba completamente solo. Si fuera necesario, podría al menos comunicarme con Morrell por medio de los golpecitos.

Pero el alcaide Atherton debió dejar órdenes estrictas a los guardias, porque aunque logré llamar a Morrell y decirle que iba a tratar de poner en práctica sus consejos, no obtuve respuesta, probablemente porque los guardias le habían advertido. A mí ya no podían más que maldecirme, ya que dada la magnitud de mi castigo, cualquier amenaza, por terrible que fuese, estaría de más.

Recuerdo que en aquel momento sentí que una gran serenidad invadía mi mente. Mi cuerpo sufría la descomunal presión de la camisa, pero mi mente se hallaba tan ajena que no percibía el dolor más de lo que percibía el suelo bajo mi espalda o las paredes a mí alrededor. Nunca hubo un hombre con mejor condición mental y espiritual para aquel experimento. Obviamente, todo ello se debía al estado de debilidad extrema en el que me encontraba. Pero había algo más. Había aprendido por mí mismo a ignorar el dolor. No dudaba ni sentía temor alguno. En mi mente sólo parecía haber una fe absoluta en su propio poder. Esta pasividad era casi de ensueño, y tan firme que me llevó a un punto casi de exaltación.

Me concentré en mi voluntad. En ese momento sentí un cosquilleo por todo mi cuerpo, debido a la falta de riego sanguíneo. Concentré toda mi voluntad en el meñique de mi pie derecho y deseé que desapareciera de mi conciencia. Deseé que ese dedo muriera por completo sin que yo, su dueño, un ser completamente distinto a él, cambiara lo más mínimo. Se desató un duro combate, Morrell ya me lo había advertido, pero ni la más mínima duda me distrajo. Sabía que aquel dedo moriría, y enseguida sentí que estaba muerto. Había muerto, poco a poco, asesinado por mi voluntad.

El resto resultó mucho más fácil, aunque bastante lento. Articulación tras articulación, dedo a dedo, el proceso continuó su curso. Llegó un momento en el que ya no

existía carne bajo mis tobillos. Llegó un momento en que bajo mis rodillas ya no existía nada.

Era tal mi exaltación que no sentí el más mínimo interés en felicitarme por mi éxito. No prestaba atención más que a la lenta muerte de mi cuerpo. Hacía mi trabajo con la misma disciplina con la que un albañil coloca sus ladrillos, y una hora más tarde mi cuerpo estaba muerto hasta la cintura, y desde allí, en sentido ascendente, miembro a miembro, continué ayudando a la muerte a llegar hasta arriba.

Al llegar a la altura del corazón comencé a marearme y mi vista se enturbió. Ante el miedo a perder el sentido desvié mi concentración hacia los dedos de las manos. Mi mente se aclaró de nuevo, y así logré la muerte de mis brazos con mayor celeridad.

En aquel momento mi cuerpo ya estaba del todo muerto, a excepción de la cabeza y una parte del pecho. El estruendo y los golpes de mi corazón oprimido ya no resonaban en mi cabeza. Latía a un ritmo constante pero lento. Si en aquel momento me hubiera atrevido, habría llegado a gozar del cese de toda sensación.

Pero en este punto mi experiencia difiere de la de Morrell. Aunque todavía controlaba automáticamente mi voluntad, comencé a sentirme etéreo, como cuando uno se encuentra en la frontera entre el sueño y la vigilia. Sentía también como si mi cerebro se ensanchara prodigiosamente en el interior del cráneo. Percibí ocasionales ráfagas y destellos de luz, como si incluso yo mismo, el dueño de mi cuerpo, hubiese dejado de existir por un instante, y al instante hubiese vuelto allí de nuevo, ocupando el cuerpo que estaba asesinando.

Pero más desconcertante aún era la aparente dilatación del cerebro. Tenía la sensación de que la periferia de mi cerebro, sin haber atravesado siquiera el muro del cráneo, se hallaba ya fuera del cráneo mismo y en constante expansión. Junto a todo esto experimentaba las sensaciones más extraordinarias. El tiempo y el espacio, que a estas alturas eran todo lo que albergaba mi conciencia, sufrieron una ampliación descomunal. De este modo, sin llegar a abrir los ojos para comprobarlo, sabía que los muros de mi estrecha celda se habían ensanchado hasta convertirse en un amplio auditorio. Y mientras consideraba todo aquello, sabía que continuaban alejándose. Se me ocurrió de repente que si estuviese teniendo lugar una expansión similar en toda la cárcel, los muros exteriores de San Quintín se extenderían desde el océano Pacífico hasta el desierto de Nevada. Se me ocurrió también que, dado que la materia podía penetrar a través de la propia materia, los muros de mi celda podían penetrar los de la prisión, atravesarlos y de este modo sacar mi celda de la cárcel y ponerme en libertad. Por supuesto, aquello no era más que una fantasía, y por tal lo tomé en aquel momento.

La extensión del tiempo era igualmente notable. Mi corazón latía a intervalos muy prolongados, y traté de contar los segundos que pasaban entre un latido y otro. Al principio transcurrían unos cien segundos entre uno y otro, pero poco después los intervalos se extendieron tanto que me harté de contar.

Y mientras persistía y crecía esta ilusión sobre la extensión del tiempo y del espacio, me encontré a mí mismo enfrentándome a un nuevo problema. Morrell me había dicho que había conseguido liberarse de su cuerpo matándolo, o eliminándolo de su conciencia, que, de hecho, era lo mismo. Ahora bien, mi cuerpo se hallaba tan cerca de la muerte que sabía que, con un último impulso de mi voluntad, podía lograr que la parte de mi pecho que seguía viva dejara de estarlo. Pero, -y aquí estaba el problema, del que Morrell no me había advertido-, ¿debía desear que también mi cabeza muriera? Y en tal caso, independientemente de lo que le ocurriera al espíritu de Darrell Standing, ¿no estaría su cuerpo muerto para siempre?

Probé con el pecho y con el corazón, que latía muy lento. Mi decisión se vio recompensada. Ya no tenía pecho ni corazón. Ahora sólo era mente, alma, conciencia, como quiera llamarlo, incorporada a un cerebro nebuloso cuyo centro se hallaba todavía en mi cráneo, y que se expandía más allá de él.

Y entonces, tras un gran fogonazo, salí; ya estaba fuera. De un brinco había saltado por encima de los muros de la cárcel y había llegado, a través del cielo de California, a las estrellas. Y digo "estrellas". Estaba caminando por las estrellas. Era un niño, vestido con ligeras ropas de colores que brillaban a la serena luz de las estrellas. Llevaba esas ropas por los actores que había visto de niño en el circo, y por la concepción infantil que tenía de la vestimenta de los ángeles. Vestido de ese modo recorrí el espacio interestelar, entusiasmado por saberme al principio de una gran aventura, tras la cual me sería revelado el secreto supremo del universo. Llevaba en la mano una varita de cristal, y sabía que al pasar debía tocar con la punta todas y cada una de las estrellas. Sabía además que si dejaba de tocar tan sólo una de ellas me precipitaría a un abismo de castigo y culpabilidad eterno.

La búsqueda de estrellas continuó durante mucho tiempo. Cuando digo "mucho tiempo", lector, debe tener en cuenta la enorme extensión de tiempo que había tenido lugar en mi mente. Recorrí el espacio durante siglos, tocando cada una de las estrellas con mi varita. El camino se hacía más y más brillante. Me acercaba a la sabiduría infinita. No me equivocaba, ésta no era otra de mis vidas, no era una experiencia que hubiese sido mía alguna vez. Era consciente en todo momento de que era yo, Darrell Standing, quién recorría las estrellas y las tocaba con una varita de cristal. Sabía que nada de todo aquello era real, que nada de todo aquello había sido ni sería nunca real. Sabía que todo aquello no era más que una absurda orgía de la imaginación, como les ocurre a aquéllos que están bajo los efectos de las drogas, los que deliran o los que sencillamente están dormidos.

Y entonces, cuando todo iba tan bien en mi paseo celeste, la punta de mi varita falló y en ese mismo instante supe que había cometido un gran crimen. Sentí un golpe, un enorme y ensordecedor golpe, implacable e inexorable como la bola de hierro del destino, que resonó a través del universo. Todo el espacio sideral centelleó, se tambaleó y ardió en llamas.

Una agonía aguda y perturbadora me invadió, y al instante volví a ser Darrell Standing, el condenado a cadena perpetua, encamisado y recluido en la celda de castigo. Me di cuenta inmediatamente de la causa de aquello: Ed Morrell me llamaba con golpes de nudillo desde la celda número cinco; estaba deletreando un mensaje.

Le contaré algo que le ayudará a comprender la extensión de tiempo y espacio que experimentaba. Unos días más tarde le pregunté a Morrell qué era lo que había intentado transmitirme. Era un mensaje muy sencillo que decía: "Standing, ¿estás ahí?". Lo había deletreado rápidamente, mientras el guardia estaba lejos en el extremo opuesto del pasillo. Como le decía, lo deletreó con golpecitos muy rápidos. Y fíjese, entre el primer golpe y el segundo yo estaba fuera, lejos, entre las estrellas, vestido con mis ropas ligeras, tocando cada estrella a mi paso en busca de las fórmulas que explican el misterio último de la vida. Y, como antes, continué mi búsqueda durante siglos. Entonces llegó aquel aviso, la bola de hierro del destino, la agonía aguda y perturbadora, y me encontré de nuevo en mi celda de San Quintín. Oí el segundo golpe de nudillos de Morrell. El intervalo entre los dos no pudo durar más de una fracción de segundo, y aún así la extensión de tiempo era tan descabelladamente enorme que, en el curso de esa fracción de segundo, yo había estado muy lejos, vagando entre las estrellas durante siglos.

Ya sé, mi querido lector, que todo lo anterior resulta desconcertante. Estoy de acuerdo con usted. Es desconcertante. Sin embargo, fue toda una experiencia. Para mí resultó tan real como la serpiente que observa fijamente a un hombre que sufre *delirium tremens.*

Probablemente, a Ed Morrell debió costarle dos minutos redactar su pregunta. Y aun así, para mí transcurrieron milenios entre el primer golpecito de nudillos y el último. Ya no podía seguir caminando por mi senda de estrellas en aquella felicidad pura y sublime, pues mi camino estaba amenazado por el temor al inevitable anuncio que me rasgaría y me sacudiría de vuelta al infierno de la camisa de fuerza. Los milenios de peregrinaje por las estrellas serían milenios de temor.

Durante todo ese tiempo, sabía que eran los nudillos de Morrell los que me mantenían cruelmente sujeto a la tierra. Intenté comunicarme con él para pedirle que parase, pero había eliminado mi cuerpo de mi conciencia con tal perfección que me era imposible resucitarlo. Mi cuerpo yacía muerto en la camisa de fuerza, aunque yo continuaba viviendo dentro de mi cabeza. Me esforcé en vano por deletrear un mensaje con el pie. Intenté tomar conciencia de mi pie, pero había llevado a cabo mi experimento con tanta eficacia que ya no tenía pie alguno.

Luego, sin ser llamado a regresar -y ahora sé que fue así porque Morrell había acabado de deletrear su mensaje-, continué mi camino entre las estrellas. Después de aquello noté que me estaba quedando dormido, y la sensación era maravillosa. De vez en cuando, adormecido, me agitaba; por favor, querido lector, no pase por alto este verbo, me agitaba Movía las piernas y los brazos, consciente de las suaves y limpias sábanas que envolvían mi piel, con una sensación de enorme bienestar. ¡Ah, qué maravilla! Como un hombre sediento en el desierto sueña con manantiales y pozos de agua fresca, así soñaba yo con liberarme de la camisa de fuerza, con pureza en lugar de mugre, con una piel suave, limpia y sana en lugar de mi pellejo de pergamino arrugado. Pero mis sueños eran algo más que sueños, como pronto verá.

Me desperté, aunque no abrí los ojos. Y sepa que lo que ocurrió a continuación no fue ninguna sorpresa. Todo era natural y en absoluto inesperado. Yo era yo, no lo dude. Pero yo no era Darrell Standing. Darrell Standing ya no tenía nada que ver con quien yo era, como tampoco se parecía en nada la piel acartonada de Darrell Standing a la suave y lozana piel que yo tenía. Ni tampoco era consciente de la existencia de ningún hombre llamado Darrell Standing, ni podía serlo, puesto que Darrell Standing todavía no había nacido ni nacería en muchos siglos. Pero muy pronto, como le digo, entenderá todo esto.

Estaba allí tumbado con los ojos cerrados, escuchando. Desde el exterior llegaba el ruido de numerosos cascos desfilando ordenadamente por la calzada. Por el sonido acompasado y metálico de las botas de los hombres y los arneses de los caballos, supe que alguna tropa estaba pasando bajo mis ventanas. Me preguntaba, con cierta indiferencia, quién podría ser. Desde algún lugar, que sabía que era el patio de la posada, llegaba también un ruido de cascos y un relinchar impaciente que reconocí como el de mi caballo. Oía sus pasos, pasos pretendidamente cuidadosos, pero a la vez descaradamente ruidosos que intentaban despertarme.

-Pons -ordené, con los ojos todavía cerrados-, agua, agua fresca, rápido, mucha agua. Anoche bebí demasiado y la garganta me abrasa.

-Os habéis pasado el día durmiendo -me reprendió mientras me traía el agua.

Me incorporé, abrí los ojos y me acerqué la cubeta a los labios con las dos manos. Y mientras bebía, observaba a Pons.

Bien, tenga en cuenta dos cosas. Hablaba en francés, aunque no era consciente de ello. Y no fue hasta más tarde, de nuevo en mi celda, mientras recordaba todo esto

que le estoy contando, cuando supe que había estado hablando en francés. Y lo hablaba con soltura. Sin embargo yo, Darrell Standing, el que hoy escribe estas líneas desde la Galería de los Asesinos de la cárcel de Folsom, sólo sé el poco francés que aprendí en el instituto y que apenas me alcanza para leer. En cuanto a hablarlo, imposible. Tenía dificultades hasta para escoger un plato del menú.

Pero volvamos a lo anterior. Pons era un viejito pequeño y arrugado. Había nacido en nuestra casa; lo sé porque aquel mismo día me lo dijo. Tenía sesenta años, le faltaban casi todos los dientes, y a pesar de Una severa cojera que dificultaba sus movimientos, era un hombre muy despierto e incluso ágil. Me era tan familiar como la casa misma, pues había vivido en ella durante sesenta años. Había sido sirviente de mi padre antes incluso de que yo empezase a caminar, y tras la muerte de éste se había convertido en mi sirviente. La cojera le sobrevino en un campo de batalla en Italia, cuando las tropas a caballo cargaron contra él. Estaba arrastrando a mi padre para que no le alcanzaran los cascos de los caballos, cuando una lanza le atravesó el muslo, cayó y los animales pasaron sobre él. Mi padre, consciente pero incapaz de moverse a causa las heridas, fue testigo de todo. Y de este modo, como digo, Pons se ganó el derecho a ser tan familiar como le viniese en gana, y nunca se me ocurrió negarle aquel privilegio.

Pons sacudía la cabeza mientras yo saciaba mi tremenda sed.

-¿Has oído cómo hervía mi estómago? -reí mientras le devolvía la cubeta vacía.

-Como el de vuestro padre -dijo desesperanzado-. Pero vuestro padre aprendió con el tiempo, cosa que dudo que hagáis vos.

-Él padecía del estómago, y un simple trago de alcohol le hacía revolcarse de dolor. Es de sabios no beber cuando uno no soporta la bebida.

Mientras hablábamos, Pons me preparaba la ropa que había de vestir aquel día.

-Seguid bebiendo, señor, no os hará daño. Moriréis con el estómago sano -respondió.

-¿Quieres decir que tengo un estómago de hierro? -dije, fingiendo no haberle entendido.

-Quiero decir que... -comenzó a hablar, algo irritado, pero al momento se dio cuenta de que intentaba tomarle el pelo y se calló. Con un mohín de ironía en los labios, dejó mi nueva capa negra sobre la silla.

-Ochocientos ducados -dijo con sorna-, más de mil cabras y cien bueyes, simplemente para datos abrigo. Más de veinte granjas para cubrir la magnífica espalda de mi señor.

-Y por éste, cien excelentes granjas y uno o dos castillos, por no decir, tal vez, un palacio -dije, alargando mi mano y tocando el estoque que estaba en la silla.

-Todo eso lo ganó vuestro padre con su brazo derecho -replicó Pons-. Pero vuestro padre conservó todo lo que ganó.

En este punto Pons hizo una pausa para sostener con desprecio mi nuevo jubón de raso escarlata, una pieza magnífica en la que había derrochado una fortuna.

-Sesenta ducados por esto -me censuró Pons-. Vuestro padre habría enviado a todos los sastres y judíos del mundo a abrasarse en el infierno antes que pagar ese precio.

Y mientras nos vestíamos, es decir, mientras Pons me vestía, seguí bromeando.

-Está claro, Pons, que no te has enterado de las noticias -dije.

Enseguida aguzó los oídos como el viejo cotilla que era.

-¿Noticias? ¿Tal vez de la corte inglesa?

-No -negué con la cabeza-, noticias frescas tal vez para ti, pero ya conocidas por todos. ¿No te has enterado? Los filósofos de Grecia ya hablaban de ello hace dos mil

años. Por ello me compro estos ropajes, vivo en la corte y me he convertido en un galán. Verás, Pons, el mundo es un lugar horrible, la vida es algo muy triste, todos los hombres han de morir, y de este modo, todos los muertos... muertos están. Por tanto, para escapar de la angustia y la tristeza, los hombres de hoy en día, como yo mismo, buscan el placer y la tranquilidad en la locura del juego amoroso.

-Pero, ¿y las noticias, mi señor? ¿Qué es aquello de lo que los filósofos hablaban hace tanto tiempo?

-Que Dios está muerto, Pons -respondí solemnemente-. ¿No lo sabías? Dios está muerto, y pronto lo estaré yo también; por eso llevo veinte granjas colgadas a la espalda.

-Dios vive -afirmó fervientemente Pons-. Dios vive y su reino se aproxima. Os digo, señor, que se aproxima. Mañana mismo puede desaparecer la tierra.

-Eso decían en la Antigua Roma, Pons, cuando Nerón les convirtió a todos en antorchas para alumbrar sus juegos. Pons me miraba lastimeramente.

-Tanta sabiduría no puede ser buena -se quejó-. Siempre me opuse a ello. Pero vos habéis de satisfacer vuestros deseos y arrastrar mi viejo cuerpo con vos: estudios sobre astronomía y cálculo en Venecia, poesía y toda esa *fol-de-rols* italiana en Florencia, astrología en Pisa, y Dios sabe qué en ese país de chiflados llamado Alemania. ¡Al demonio los filósofos! Yo, Pons, vuestro siervo, un pobre viejo que no distingue una letra de una pica, os digo, mi señor, que Dios vive, y que está próximo el momento de aparecer ante él.

Hizo una pausa para recordar algo y añadió:

-El clérigo de quien hablasteis está aquí.

Al instante recordé mi compromiso.

-¿Por qué no me lo dijiste antes? -exigí enojado.

-¿Qué más da? -Pons se encogió de hombros-. Lleva ya dos horas esperando.

-¿Por qué no me has llamado?

Me contempló con sarcasmo.

-Y vos tambaleándoos hasta a la cama, gritando como un pollo: *¡canta cucú, canta cucú, cucú na na cucú, canta cucú, canta cucú!*

Se burló de mí cantándome al oído aquel estribillo con voz de falsete. Sin duda yo había vociferado aquella tontería cuando me fui a dormir.

-Tienes buena memoria -comenté secamente mientras me probaba la nueva capa azabache, que acabé lanzando a Pons para que la dejase a un lado. Él movió la cabeza despectivamente.

-No hace falta tener buena memoria, estuvisteis rugiendo sin parar hasta que la mitad de los clientes de la posada llamó a la puerta quejándose. Y cuando al fin pude me teros en la cama, ¿no me llamasteis y me ordenasteis que, aunque fuese el mismo diablo quien llamara, dijese que mi señora dormía? ¿Y acaso no me llamasteis de nuevo y, agarrándome con fuerza del brazo, tanto que aún lo tengo amoratado, me ordenasteis que, si amaba la vida, no os despertase salvo por una sola cosa?

-¿Y qué cosa era ésa? -me apresuré a preguntarle, pues era incapaz de imaginarme lo que podía haber llegado a decir.

-Para traeros el corazón de un tal Martinelli, un buitre negro, le llamasteis; el corazón de Martinelli humeante sobre una fuente dorada. Dijisteis que la fuente debía ser de oro, y que debía despertaros cantando *¡canta cucú, canta cucú, canta cucú!,* por lo que comenzasteis a enseñarme la canción, *canta cucú, canta cucú.*

En cuanto Pons repitió el nombre, supe que se trataba del clérigo Martinelli, quien llevaba dos horas esperando en la sala de al lado.

Cuando Martinelli entró y me saludó, supe al fin mi nombre completo. Yo era el Conde Guillaume de Sainte-Maure. El clérigo era un italiano pequeño y de tez oscura, enjuto como si ayunase o como si estuviese debilitado por un hambre inhumana; sus manos eran pequeñas y delgadas como las de una mujer. Pero sus ojos... sus ojos eran malvados y esquivos, rasgados y de gruesos párpados, agudos como los de un hurón y a la vez indolentes como los de un lagarto al sol.

-Os habéis retrasado mucho, Conde de Sainte-Maure -dijo tan pronto como Pons hubo abandonado la sala-. Aquél a quien sirvo se está impacientando.

-Cambiad vuestro tono, padre -le interrumpí molesto-. Recordad que ya no estáis en Roma.

-Mi augusto señor... -comenzó a decir.

-Augusto en Roma, tal vez -le interrumpí de nuevo- pero esto es Francia.

Martinelli se encogió de hombros con aparente indiferencia, pero el brillo de sus ojos le delataba.

-A mi augusto señor le preocupan sus asuntos con Francia; la dama no es para vos -dijo tranquilamente-. Mi señor tiene otros planes... -se humedeció los labios y añadió-, otros planes para la dama... y para vos.

Por supuesto, la dama a quien se refería era la gran Duquesa Philippa, viuda de Geoffrey, el último Duque de Aquitania. Y aunque gran duquesa, y viuda, Philippa era una mujer, una mujer joven, alegre, bella y, a fe mía, hecha para mí.

-¿Cuáles son sus planes? -pregunté sin rodeos.

-Grandes, grandes planes, Conde de Sainte-Maure, demasiado grandes para que yo pueda siquiera imaginarlos, y mucho menos para que pueda discutirlos con vos o con nadie.

-Sí, sí, ya sé que hay grandes planes en marcha en las altas esferas, y que los gusanos se retuercen bajo tierra -dije.

-Me avisaron de que erais testarudo, pero yo he de cumplir órdenes.

Martinelli se levantó para marcharse, y yo me levanté con él.

-Ya dije que sería inútil -continuó-, pero al menos se os ha concedido una última oportunidad para que cambiéis de parecer. Mi augusto señor ha sido todo lo justo que ha podido.

-Muy bien, meditaré sobre ello -dije con ligereza mientras conducía al clérigo hacia la puerta.

Se detuvo de repente en el umbral.

-Ya pasó el tiempo de meditar -replicó-. Lo que he venido a buscar es una decisión.

-Lo pensaré -repetí, y luego añadí-, y si los planes de la dama no coinciden con los míos, tal vez vuestro señor consiga lo que desea. Pero recuerde, padre, que él no es mi señor.

-Vos no le conocéis -dijo solemnemente. -Ni deseo conocerle -añadí.

Y después escuché el paso ágil y ligero del enigmático clérigo mientras bajaba las escaleras.

Si quisiera dar cuenta detallada de todo lo que vi durante aquel día en que fui el Conde de Sainte-Maure, no bastarían diez libros del tamaño del que estoy escribiendo. He de saltarme mucho; de hecho, he de saltarme casi todo, pues hasta ahora no he sabido de ningún condenado cuya pena haya sido aplazada para que pueda completar sus memorias; al menos no en California.

Cuando salí a cabalgar aquel día me encontré con el París de hace siglos. Las calles estaban escandalosamente sucias y mugrientas. Pero debo saltarme todo esto, todo lo que pasó aquella tarde, los torneos al otro lado de las murallas, la gran *fete* ce-

lebrada por Hugh de Meung, y todo el festival de comida y bebida en el que apenas participé. Sólo relataré el final de la aventura, que comienza cuando estaba galanteando con Philippa en persona; Dios mío, ¡qué bella y maravillosa mujer! Una gran dama, sí, pero ante todo, y sobre todo, una mujer.

Reíamos y bromeábamos mientras a nuestro alrededor se agolpaba la alegre multitud; pero tras nuestras bromas se ocultaba la pasión contenida de un hombre y una mujer cruzando el umbral del amor, y sin embargo todavía inseguros el uno del otro. No osaré describirla. Era pequeña, delgada... pero ya estoy describiéndola. Sólo diré que ella era la única mujer en el mundo para mí, y no podía permitir que el largo brazo de aquel viejo de Roma recorriese media Europa para interponerse entre mi dama y yo.

Y entonces el italiano Fortini se apoyó en mi hombro y me susurró:

-Tengo que hablar con vos.

-Tendrá que esperar -respondí secamente.

-Yo no espero a nadie -fue su respuesta.

Y entonces me acordé del clérigo Martinelli y del viejo de Roma, y sentí que la sangre me hervía en las venas. Estaba muy claro, todo estaba acordado. Dudé por un momento mientras Fortini me sonreía insolentemente.

Debí haber permanecido sereno, pero la ira roja comenzó a apoderarse de mí. Todo aquello era obra del sacerdote. El tal Fortini, pobre en todo excepto en linaje, era considerado como el mejor espada que había salido de Italia en diez años. Esa noche era Fortini; si no era capaz de cumplir con las órdenes del viejo romano, habría otro dispuesto a ello al día siguiente, y otro al día siguiente. Y si todos fracasaban, entonces quedaría el puñal en la espalda o el veneno en mi copa de vino, en la carne o en el pan.

-Estoy ocupado -dije-. Marchaos.

-Se trata de algo urgente -fue su respuesta.

Habíamos elevado la voz, y Philippa nos oyó.

-Marchaos, perro italiano -le dije-, alejaos de aquí. Os atenderé en breve.

-Ya ha salido la luna -dijo-. La hierba está seca y en perfecto estado; no hay rocío. Más allá del estanque hay un pequeño claro, tranquilo y privado.

-En breve atenderé vuestros deseos -mascullé impaciente.

Pero él insistía en esperar junto a mí.

-En breve -repetí- atenderé vuestros deseos.

En ese momento habló Philippa:

-Satisfaced el deseo del caballero, Sainte-Maure. Atendedle ahora. Y que la fortuna os acompañe -se detuvo para hacer una seña a su tío, Jean de Joinville, de los Joinville de Anjou.

-Que la fortuna os acompañe -repitió, y acercándose a mí, susurró-. Mi corazón se va con vos, Sainte-Maure. No os demoréis. Estaré esperando en el salón.

Yo estaba en el séptimo cielo. Mis pies no tocaban el suelo. Aquélla fue la primera manifestación sincera de su amor, y tras escucharla me sentía capaz de matar a veinte Fortinis.

Jean de Joinville tomó a Philippa del brazo y se alejó con ella; Fortini y yo lo dispusimos todo de inmediato. Nos separamos para buscar cada uno a un compañero y luego reunirnos todos en el lugar acordado, más allá del estanque. Encontré primero a Robert Lanfranc, y después a Henry Bohemond. Pero antes tuve un encuentro desafortunado. Se trataba de Guy de Villehardouin, un joven provinciano recién llegado a la Corte, altivo y orgulloso. Era pelirrojo. Tenía los ojos azules, pequeños y muy

juntos, y su piel, como correspondía al resto de su físico, era sonrosada y poblada de pecas. Parecía estar muy alterado.

Cuando pasé junto a él me empujó bruscamente. Por supuesto, lo hizo deliberadamente. Se enfureció y echó mano a su estoque.

-Parece que el viejo romano tiene muchas y extrañas armas -pensé, y con una reverencia le dije a aquel fanfarrón-. Os ruego perdonéis mi torpeza. Ha sido culpa mía. Perdonad, Villehardouin.

Pero no iba a ser tan fácil apaciguarle. Mientras se sulfuraba más y más, logré atraer la atención de Robert Lanfranc y le hice una seña para que se acercase. Le conté lo sucedido.

-Sainte-Maure os ha pedido disculpas -le explicó-. Os ha rogado que le perdonéis.

-Es cierto, así es -interrumpí con tono cordial-. Y os ruego de nuevo que me perdonéis, Villehardouin, por mi gran torpeza. Os pido disculpas mil veces. La culpa fue mía, aunque no me di cuenta. En mi apuro por acudir a una cita cometí una torpeza, una lamentable torpeza, mas sin intención alguna.

¿Qué podía hacer aquel idiota sino aceptar a regañadientes mis disculpas? Pero sabía que al cabo de unos días, o tal vez horas, el joven fanfarrón conseguiría que midiésemos nuestros aceros sobre la hierba.

Lo único que le dije a Lanfranc fue que le necesitaba, y él no quiso saber mucho más. Era un joven enérgico, de unos veinte años, que había luchado en España y tenía muy buenos antecedentes sobre la hierba. Sus ojos negros brillaron cuando supo de qué se trataba, y tal fue su entusiasmo que él mismo se encargó de avisar a Henry Bohemond.

Cuando, tras pasar el estanque, llegamos hasta el claro, Fortini y sus dos amigos estaban ya esperando. Uno de ellos era Félix Pasquini, sobrino del Cardenal Pasquini, tan fiel a su tío como su tío lo era al viejo romano. El otro era Raoul de Goncourt, cuya presencia me sorprendió, pues su bondad y su nobleza no encajaban con el resto.

Nos saludamos con corrección, y con corrección abordamos el asunto. No se trataba de nada nuevo para ninguno de nosotros. La hierba estaba en buen estado, tal y como se me había prometido. No había rocío, la luna brillaba; Fortini y yo sacamos nuestras armas.

De algo estaba seguro: aunque se me tenía por uno de los mejores espadas de Francia, Fortini era mejor que yo. Pero sabía también que aquella noche llevaba conmigo el corazón de mi dama, y esa noche, gracias a mí, habría un italiano menos en el mundo. Digo que lo sabía. No tenía la menor duda al respecto. Y mientras nuestros estoques se cruzaban, pensé en cuál sería el mejor modo de matarle. Evitaría un enfrentamiento prolongado. Mi estilo siempre había sido rápido y deslumbrante. Es más, debido a los últimos meses de parranda y a todas esas noches en las que acababa cantando *"canta cucú, canta cucú ",* sabía que no estaba en condiciones de aguantar un enfrentamiento prolongado. Mi decisión fue rápida y tajante.

Pero el estilo rápido y deslumbrante no bastaba para sorprender a alguien tan diestro como Fortim. Además, la fortuna quiso que Fortim, el impasible, incansable y resistente Fortini, eligiera también aquella noche el estilo rápido y deslumbrante.

Fue un combate duro y enervante, pues del mismo modo en que yo había advertido su intención de acabar con aquello lo más pronto posible, el también se había percatado de la mía. Dudo que hubiera sido capaz de llevar a cabo mi estratagema a plena luz del día. La tenue luz de la luna me ayudó, como me ayudó el intuir lo que él tenía en mente. Se trataba de un ataque sorpresa, un movimiento ordinario pero muy peligroso que cualquier principiante conoce y que se ha cobrado la vida de muchos

hombres que lo intentaron sin éxito. De hecho, supone un peligro tan extremo para el que lo intenta que muy pocos espadachines lo utilizan.

No llevábamos ni un minuto luchando cuando vi que, a pesar del inicial despliegue de movimientos ofensivos y del alarde de virtuosismo, Fortini preparaba este ataque sorpresa. Esperaba a que yo me abalanzara sobre él y, en lugar de esquivarme, medir el impulso de mi empuje, desviarlo con un giro de muñeca y clavarme el estoque aprovechando la inercia de mi cuerpo. Complicado, sí, complicado incluso a la luz del día. Si se demoraba una fracción de segundo, me pondría en guardia y estaría a salvo; si se retrasaba, aunque sólo fuera una fracción de segundo, mi estocada le entraría de lleno.

-¿Así que rápido y deslumbrante? -pensé- Muy bien, mi querido italiano, será rápido y deslumbrante, sobre todo rápido.

En cierto modo se trataba de un ataque sorpresa contra otro, pero pensaba sorprenderle en el momento justo siendo más rápido que él. Y lo fui. Como ya he dicho, llevábamos tan sólo un minuto luchando cuando ocurrió. ¿Rápido? Mi embestida y mi estocada fueron una. Una explosión, un instante. Fortini intentó desviar mi acero y atravesarme con el suyo, pero fue su hoja la que se desvió. Pasó como un relámpago junto a mi pecho y se perdió en el aire. Y entonces mi acero le alcanzó, le atravesó a la altura del corazón desde un costado al otro.

Resulta extraño quitarle la vida a un hombre con la espada. Sentado aquí, en mi celda, dejo de escribir por un momento mientras medito sobre ello. Y he meditado sobre ello muchas veces, sobre aquella noche a la luz de luna hace ya mucho tiempo, cuando le di a aquel perro italiano una lección de rapidez. Me resultó muy fácil atravesarle el pecho. Cualquiera pensaría que iba a ser más difícil. Hubiese encontrado mayor dificultad si la punta de mi estoque hubiese tocado hueso, pero aquella vez sólo encontró su carne, y la atravesó fácilmente. Todavía hoy, mientras escribo, puedo recordar aquella sensación. El acero de mi espada atravesó al italiano con la misma facilidad con que un alfiler atravesaría una ciruela. Aunque en aquel momento no resultó asombroso para Guillaume de Sainte-Maure, si que lo es para mí, Darrell Standing, que ahora, muchos siglos después, reflexiono sobre ello. Es tan fácil matar a un hombre con un arma tan tosca como una hoja de acero... los hombres son frágiles como cangrejos, tan tiernos, tan vulnerables...

Pero volvamos a la luz de la luna sobre la hierba. Mi estocada dio en el blanco y hubo una pausa. Fortini no cayó al instante, ni yo saqué la hoja. Durante un segundo nos mantuvimos quietos, yo con las piernas separadas, la espalda arqueada y todavía alerta; Fortini con su acero tan lejos de mí que su mano y su empuñadura descansaban ligeramente sobre mi costado izquierdo. Su cuerpo estaba rígido, pero sus ojos todavía brillaban.

Tan rígidos permanecimos durante aquel segundo, que juro que aquellos que nos rodeaban no fueron inmediatamente conscientes de lo que había ocurrido. Entonces Forti ni dio un grito ahogado y tosió levemente. La rigidez de su postura disminuyó. La empuñadura y la mano que descansaban sobre mi costado izquierdo temblaron, luego el brazo cayó hacia un lado hasta que la punta del estoque rozó la hierba. Por entonces Pasquini y de Goncourt habían acudido en su ayuda, y el se hundía en sus brazos. A fe mía que resultó más duro extraer el acero que clavarlo. Su carne se aferraba a él, como recelosa de dejarle salir. Créame, fue necesario un tremendo esfuerzo para recuperar mi espada.

Mas el dolor causado con la retirada del arma debió devolverle a la vida con una punzada, ya que se quitó de encima a sus amigos, se irguió y puso su estoque en posición de guardia. Yo hice lo mismo, asombrado de ver que le había atravesado el

cuerpo a la altura del corazón y no le había dañado ningún órgano vital. Pero en aquel momento, sin dar tiempo a que sus amigos le cogiesen, le fallaron las piernas y cayó pesadamente sobre la hierba. Le tendieron boca arriba, pero ya estaba muerto; su rostro se mostraba espectral a la luz de la luna, y su mano derecha todavía sujetaba el estoque.

Sí, en verdad resulta asombrosamente fácil matar a un hombre.

Rendimos un saludo de respeto a sus amigos, y ya estábamos a punto de partir cuando Félix Pasquini me detuvo.

-Perdonadme ahora -le dije-. Dejémoslo para mañana.

-No tenemos más que movernos unos pasos hacia un lado, donde la hierba esté seca -insistió.

-Dejadme entonces que la humedezca por vos, Saint-Maure -solicitó Lanfranc, deseoso de acabar con un italiano.

Negué con la cabeza.

-Pasquini es mío -respondí-. Será el primero mañana.

-¿Acaso quedan más? -preguntó Lanfranc.

-Preguntad a de Goncourt -sonreí-. Imagino que estará ansioso por ser el tercero.

Ante esto, de Goncourt mostró una afligida conformidad. Lanfranc le miró inquisitivamente y de Goncourt asintió.

-Y supongo que tras él vendrá el gallito -continué.

Y mientras hablaba, Guy de Villehardouin, el del cabello rojizo, se acercaba hacia nosotros cruzando la hierba bañada por la luna.

-Al menos dejad que ése sea para mí -gritó Lanfranc, que ardía en deseos de luchar.

-Preguntadle a él -añadí riendo; después me volví hacia Pasquini-. Mañana. Decidme la hora y el lugar y no faltaré.

-La hierba está en excelentes condiciones, el lugar es espléndido y por Dios que haréis compañía a Fortini esta noche -insistió una vez más.

-Con mayor placer disfrutaría de la compañía de una amiga -repliqué en tono irónico-. Ahora, con vuestro permiso, he de irme.

Pero me bloqueó el paso.

-Quien haya de acompañarle, que lo haga esta noche -dijo.

En aquel momento mi furia comenzó a crecer.

-Sirves bien a tu señor -contesté con sorna.

-No sirvo más que a mi satisfacción -fue su respuesta-. No atiendo a los deseos de ningún señor.

-Perdonadme si me atrevo a deciros la verdad -dije.

-¿Cuál es? -preguntó.

-Que sois un mentiroso, Pasquini, un mentiroso como todos los italianos.

Se volvió al instante hacia Lanfranc y Bohemond.

-Ya le habéis oído. Después de esto no me negaréis que sea mío esta noche -replicó.

Aquéllos dudaron y me miraron para averiguar mis deseos. Pero Pasquini no esperó.

-Y si tenéis escrúpulos -se apresuró a añadir-, dejadme que os los arranque.

Y escupió sobre la hierba a mis pies. En ese momento mi ira creció hasta hacerse más fuerte que yo. La ira roja, así la llamo, un deseo absolutamente dominante e incontenible de matar y destruir. Me olvidé de que Philippa me esperaba en el salón principal. No pensaba más que en aquel agravio, la interferencia imperdonable de aquel viejo canoso en mis asuntos, el clérigo recadero, la insolencia de Fortini, el

descaro de Villehardouin, y ahora Pasquini, erguido ante mí y escupiendo a mis pies. Veía todo rojo. Pensaba todo en rojo. Observé a todas aquellas criaturas, fétidas y malolientes, que deberían haberse encontrado fuera de mi camino, fuera del mundo. Al igual que un león atrapado en la red ruge enloquecido contra las mallas, así rugía yo contra aquellas criaturas. Me rodeaban entre todos. En verdad, me encontraba en la trampa. La única salida era reducirles, aplastarles contra el suelo y acabar con ellos.

-Muy bien -dije calmado, aunque me sentía tan encolerizado que mi cuerpo temblaba convulso-. Seréis el primero, Pasquini. ¿Y vos, de Goncourt, el segundo? ¿y Villehardouin el último?

Todos asintieron, y Pasquini y yo nos preparamos para hacernos a un lado.

-Puesto que tenéis prisa -me propuso Henry Bohemond-, y son tres, al igual que nosotros, ¿por qué no acabamos con esto de una vez?

-¡Sí, sí! -gritó Lanfranc enérgico-. De Goncourt es vuestro; dejad a de Villehardouin para mí.

Pero detuve a mis compañeros.

-Están aquí porque han sido enviados -les expliqué-. Es a mí a quien desean, con tanto ahínco que a fe mía que me han contagiado su apetito, de modo que los quiero a todos para mí solo.

Advertí que Pasquini se inquietaba debido al retraso que provocaba mi discurso, por lo que decidí inquietarle aún más.

-Con vos, Pasquini -anuncié-, me batiré en breve. No me gustaría que os demoraseis mientras Fortini aguarda compañía. A vos, Raoul de Goncourt, os castigaré como merecéis por mezclaros con tales camaradas. Os estáis volviendo gordo y blando. Me tomaré el tiempo necesario para derretir vuestra grasa y para que vuestros pulmones resuellen y silben como un fuelle agujereado. Y en cuanto a vos, Villehardouin, todavía no he decido de qué manera mataros.

Y de este modo saludé a Pasquini antes de comenzar con el asalto. Sí, aquella noche me sentía extrañamente endiablado. Rápido y deslumbrante, como había de ser. A pesar de la inquietud que le había provocado, fue cauto. No obstante, impuse rapidez al juego y, bajo aquella tenue luz, guiados más por el tacto que por la vista, nuestros aceros no dejaban de cruzarse.

Apenas había transcurrido un minuto del duelo cuando llevé a cabo mi truco. Fingí resbalar ligeramente con un pie, y al recuperarme simulé perder el contacto con la espada de Pasquini. Lanzó una estocada vacilante y fingí nuevamente, esta vez realizando una parada innecesaria, quedando consiguientemente al descubierto; éste era el cebo que le había puesto para hacerle entrar. Y funcionó. Como un relámpago intentó sacar ventaja de lo que él tomó como un descuido involuntario. Su estocada fue directa y decidida, y volcó todo el peso de su cuerpo y toda la fuerza de su voluntad en el ataque. Pero yo estaba esperándole. Mi acero rozó el suyo ligeramente y nuestras hojas se deslizaron. Con la firmeza justa y suficiente giré la muñeca y desvié su acero con mi empuñadura. El empuje fue extremadamente leve, cuestión de pulgadas, lo suficiente como para hacer que la punta pasase junto a mí y rasgase mi jubón de raso. Por supuesto, su cuerpo siguió al estoque en la entrada a fondo mientras, a la altura del corazón, la punta de mi arma encontró su cuerpo. Extendí mi brazo recto y rígido, como el acero que se alargaba en su extremo, y, tras el brazo y el acero, mi cuerpo se erguía firme y sólido.

A la altura del corazón, como digo, mi espada se introdujo en el costado de Pasquini por la derecha, pero no salió por la izquierda; cuando casi le había atravesado tropezó con una costilla (¡matar a un hombre es un trabajo de carniceros!), de tal mo-

do que la fuerza le hizo perder el equilibrio y cayó de espaldas al suelo. Mientras caía, saqué de un tirón mi arma de su cuerpo.

De Goncourt se dirigió hacia él, pero éste le hizo señas para que me atendiese. Pasquini no murió tan rápido como Fortini; tosió y escupió, y ayudado por Villehardouin, apoyó su codo en el suelo, descansó en su mano la cabeza y tosió y escupió nuevamente.

-Que tengáis un viaje agradable, Pasquini -le deseé riendo-. Rogad por que sea rápido, pues la hierba sobre la que yacéis se está mojando, y si no os dais prisa cogeréis un resfriado mortal.

Y como me dispuse a comenzar con de Goncourt de inmediato, Bohemond protestó, aduciendo que debería descansar un poco.

-Ni hablar -repuse-. Todavía no he entrado en calor -y dije a de Goncourt-, ahora os haré bailar y resollar. ¡En guardia!

Pero de Goncourt no estaba en absoluto decidido. Resultaba obvio que luchaba por obligación. Su estilo era anticuado, como es lógico en un hombre de mediana edad, y sin embargo no era un espadachín mediocre. Se mostraba frío, resuelto y calculador. Pero distaba mucho de ser brillante, y la seguridad de que finalmente sería derrotado mermaba su coraje. Podía haber sido mío una veintena de veces, pero esperé; ya he dicho que me sentía endemoniado. Le fatigué hasta el máximo. Conseguí mantenerle de cara a la luna, de modo que no pudiese verme claramente, pues yo luchaba envuelto en mi propia sombra. Y mientras le agotaba hasta hacerle resollar, tal como había predicho, Pasquini, que observaba con la cabeza apoyada en su mano, tosió y escupió sus últimos restos de vida.

-Ahora os toca a vos, de Goncourt -anuncié-. Ya veis que os encontráis a mi merced. Puedo mataros cómo más me plazca. Preparaos, estad dispuesto, pues éste es el modo que he elegido.

Y diciendo esto, simplemente pasé de cuarta a tercia y, cuando consiguió recuperarse y esquivar la jugada, volví a entrar en cuarta, abrí, dirigí mi estocada directa a la altura del corazón y le atravesé. En aquel momento, tras contemplar el desenlace, Pasquini enterró su cara en la hierba, se agitó un instante y después se quedó finalmente inmóvil.

-Vuestro señor tendrá cuatro siervos menos esta noche -aseguré a Villehardouin, momentos antes de que nos dispusiéramos a comenzar nuestro combate.

¡Y vaya combate! El chico resultaba ridículo. No conseguía imaginar en qué escuela de esgrima habría sido entrenado. Parecía un completo payaso. “Un trabajo corto y sencillo”, fue mi opinión. Cuando llevaba jugando con él y riéndome de su torpeza unos minutos, se enfureció tanto que olvidó las frágiles nociones de la poca esgrima que conocía. Con un amplio movimiento de estoque, como si fuese un instrumento pesado y de filo cortante, lo hizo silbar por el aire y me golpeó en la coronilla. Me quedé pasmado. Jamás me había sucedido lance tan absurdo. Se hallaba completamente al descubierto y podría haberle atravesado directamente. Pero, como ya he dicho, estaba asombrado, y lo siguiente que sentí fue la punzada del acero cuando este provinciano patoso cargó hacia mí como un toro y me atravesó, hasta que la empuñadura tropezó en mi costado y caí hacia atrás.

Mientras caía pude ver la inquietud en los rostros de Lanfranc y Bohemond y la desmedida satisfacción en el rostro de Villehardouin.

Pero no llegué a tocar la hierba. Apareció una niebla de luces destelleantes, un trueno en mis oídos, la oscuridad, una tenue luz brillante que crecía lentamente, un dolor desgarrador e incontrolable más allá de toda descripción, y por último escuché la voz de alguien que decía:

-No siento nada.

Conocía la voz. Era la del alcaide Atherton. Y me reconocí como Darrell Standing, recién llegado, a través de los siglos, de vuelta a la infernal camisa de fuerza en San Quintín. Y supe que las yemas de los dedos que sentía en mi cuello eran las del alcaide Atherton. Y sabía también que los dedos que los sustituyeron eran los del doctor Jackson. Fue su voz la que dijo:

-No sabe tomarle el pulso a un hombre en el cuello. Aquí, justo aquí, ponga sus dedos donde están los míos. ¿Lo nota? Ya me lo imaginaba. El corazón está débil, pero es constante como un cronómetro.

-Sólo lleva así veinticuatro horas -dijo el capitán Jamie-, y jamás se había encontrado en una situación tan mala.

-Está fingiendo, eso es lo que pasa, créame -agregó Al Hutchins, el recluso de confianza.

-No sé, cuando el pulso de un hombre es así de bajo, hace falta un experto para encontrárselo -insistió el capitán Jamie.

-Yo lo aprendí en la camisa de fuerza -dijo con sorna Al Hutchins-. Y le hice desatarme, capitán, cuando usted pensaba que había acabado conmigo.

-¿Qué opina, doctor? -preguntó el alcaide Atherton.

-Le digo que el funcionamiento del corazón es espléndido -fue su respuesta-. Por supuesto que se encuentra débil, no cabe esperar otra cosa. Le digo que Hutchins tiene razón. Este hombre está fingiendo.

Me levantó un párpado con su dedo pulgar, y en ese momento abrí el otro ojo y miré hacia el grupo que se encontraba agachado ante mí.

-¿Qué le había dicho? -exclamó triunfante el doctor Jackson.

En ese momento, aunque creí que mi cara se rasgaría por el esfuerzo, reuní toda mi voluntad y esbocé una sonrisa.

Acercaron un poco de agua a mis labios y bebí con verdadera avidez. Debe recordar que durante todo aquel tiempo yací boca arriba, indefenso, con los brazos inmovilizados a lo largo del cuerpo en el interior de la camisa de fuerza. Cuando me ofrecieron comida, el pan duro de la cárcel, sacudí la cabeza. Cerré los ojos para indicarles que su presencia me cansaba. El dolor causado por mi vuelta a la vida resultaba insufrible. Sentía cómo mi cuerpo resucitaba, y en mi mente perduraba imborrable el recuerdo de Philippa, que me esperaba en el salón principal; estaba ansioso por escapar y regresar de nuevo a aquel día y aquella medianoche que acababa de vivir en la antigua Francia.

De este modo, incluso con todos ellos a mi alrededor, me esforcé por eliminar la vida corporal de mi conciencia. Tenía prisa por marchar, pero la voz del alcaide Atherton me retuvo.

-¿Hay algo de lo que quieras quejarte? -preguntó.

En ese momento no deseaba más que una cosa, que no me desataran.

-¿Podría ceñirme un poco más la camisa de fuerza? -susurré-. Está demasiado suelta, me pierdo en ella. Hutchins es un estúpido sin remedio, un payaso. No tiene ni idea de cómo cinchar a un recluso. Alcaide, debería enviarle a la sala de telares. Es mejor maestro en ineficacia que el titular actual, que aunque es estúpido no lo es tanto como él. Ahora salgan de aquí, todos ustedes, a no ser que se les ocurra algo más que hacerme, en cuyo caso les ruego que se queden. Les invito de todo corazón a hacerme compañía, si es que su debilitada imaginación ha ideado una nueva tortura para mí.

-Es un lerdo incorregible-sentenció el doctor.

-Standing, de veras que eres asombroso -dijo el alcaide-. Tienes una voluntad de hierro, pero te juro que te machacaré.

-Y usted tiene el corazón de un conejo -repliqué-. Con una décima parte de la tortura que hasta ahora he soportado, a usted se le abría salido el corazón de conejo por esas orejas puntiagudas.

Aquello fue un toque de gracia, porque el alcaide tenía unas orejas muy poco comunes. Al criminólogo Lombroso le habrían interesado mucho, estoy convencido.

-Por lo que a mí respecta -continué-, me río de usted y espero que la sala de telares sufra la peor suerte posible: que usted se haga cargo de ella. ¡Infeliz! Me tiene a sus pies y está descargando toda su rabia sobre mí, y todavía sigo vivo y riéndome en su cara. ¿Inútil usted? No podría ni matar a una rata acorralada con un cartucho de dinamita, de dinamita de verdad, no como la que se empeña en creer que he escondido en algún lugar.

-¿Algo más? -preguntó cuando acabé mi discurso.

Y entonces brilló en mi mente aquello que había dicho a Fortini cuando me molestó con su insolencia.

-Largaos, perro callejero del presidio -añadí-. Alejad vuestros ladridos de mi puerta.

Debía ser algo terrible para el alcaide ser desafiado de tal modo por un recluso indefenso. Palideció de ira y su voz temblaba mientras me amenazó:

-¡Por Dios, Standing, que acabaré contigo!

-Sólo hay una cosa que podría hacer -dije-, atarme la camisa con más fuerza, la encuentro penosamente holgada. Si no puede hacerlo, váyase. Y tómese su tiempo en regresar.

¿Qué más represalias puede tomar el alcaide de una prisión sobre un recluso a quien ya se le están aplicando los peores castigos? Es posible que al alcaide Atherton se le ocurriese alguna otra amenaza, pues comenzó a hablar. Pero mí voz se había fortalecido con el ejercicio y empecé a entonar *"canta cucú, canta cucú, canta cucú",* y seguí cantando hasta que cerraron la puerta y corrieron los pestillos y cerrojos.

12.

Ahora que ya había aprendido el truco, todo era más sencillo. Y sabía que cuantas más veces recorriese el camino, tanto más fácil sería. Una vez establecida una línea de resistencia, las próximas sesiones serían más largas y fructíferas. Y de este modo, como verá, en poco tiempo mis excursiones desde San Quintín a otras vidas eran casi automáticas

Cuando el alcaide Atherton y sus esbirros se hubieron ido, no me llevó más que unos minutos hacer regresar a aquella pequeña muerte las partes de mi cuerpo que habían resucitado. Se trataba de la muerte en vida, pero no era más que una especie de pequeña muerte, parecida a la muerte temporal que produce una anestesia.

Así, desde todo aquello tan sórdido y vil, desde la brutal soledad de la camisa de fuerza, las moscas que zumbaban, las tinieblas y las conversaciones de nudillos de los muertos en vida, salté al tiempo y al espacio.

Primero llegaron las tinieblas. Después fui consciente, poco a poco, de otras cosas. Primero, el polvo. Lo sentía en mis fosas nasales, seco y acre. Cubría mi rostro, lo sentía en los labios, en mis manos, especialmente cuando rozaba mis dedos con la yema del pulgar.

Enseguida fui consciente del continuo movimiento. A mi alrededor todo giraba y se tambaleaba. Oía un traqueteo y un chirrido constantes, y supe que se trataba, sin

duda, de ruedas que rechinaban sobre ejes y golpeaban contra las rocas y la arena. Llegaron hasta mí las voces de hombres hastiados, maldiciendo y gruñendo a los fatigados animales que se arrastraban con pesadez.

Abrí los ojos llenos de polvo, y me entró más polvo todavía. El polvo acumulado cubría la manta en la que estaba tumbado. Sobre mi cabeza, un techo arqueado de lona se tambaleaba y vibraba; miles de motas descendían pesadamente por los halos de luz que se filtraban a través de los agujeros de la lona.

Yo era un niño, un chico de ocho o nueve años, y estaba cansado. Junto a mí, una mujer de rostro sucio y demacrado mecía a un bebé entre sus brazos. Era mi madre; lo sabía sin lugar a dudas, y también supe, al mirar a través del túnel de lona de la carreta, que la espalda del hombre sentado en el pescante era la de mi padre.

Cuando comencé a trepar por la carga que había sobre la carreta, mi madre me dijo con voz cansada y quejumbrosa:

-¿No puedes estarte quieto ni un minuto, Jesse?

Ese era mi nombre, Jesse. No conocía mi apellido, aunque sí oí a mi madre llamar a mi padre John. Recuerdo vagamente que escuché a los demás hombres, de vez en cuan do, dirigirse a mi padre como Capitán. Sabía que era el jefe de aquella caravana y que todo el mundo le obedecía. Arrastrándome, llegué hasta la abertura de la lona y me senté junto a mi padre. El polvo que levantaban los carros y los cascos de los animales hacía que el aire fuese reseco y sofocante, denso como la niebla; el sol brillaba sin fuerza, casi sin alumbrar.

No sólo la luz rojiza de la puesta de sol era siniestra, también lo era todo lo que me rodeaba: el paisaje, la expresión en el rostro de mi padre, la agitación del bebé en brazos de mi madre, los seis caballos que conducía mi padre, que parecían no tener color alguno, tal era la pesada capa de polvo que les cubría...

El paisaje era árido, desolado. Las bajas colinas se extendían sin fin sobre el horizonte. Tan sólo se veía, aquí y allá, algún matorral reseco y mustio por el calor. Las colinas, des nudas, estaban formadas por arena y rocas. Nuestro camino seguía los asientos arenosos que se habían formado entre las colinas, cuencas peladas con escasos zarzales y matas de hierba marchita que crecían de forma irregular. No se veía agua ni señal de ella, tan sólo hondonadas que recordaban antiguas lluvias torrenciales.

Mi padre era el único que tenía caballos en su carreta. Las carretas rodaban en fila, y cuando la caravana giró serpenteante pude ver que las otras iban tiradas por bueyes. Tres o cuatro yuntas tiraban también, débilmente, de cada carro, y los hombres caminaban a su lado, hundiendo los pies en la arena y animando con sus varas a los animales, que avanzaban reacios. Conté, al tomar una curva, todas las carretas. Sabía que eran cuarenta, incluyendo la nuestra, pues las había contado otras veces. Las volví a contar, como hace un niño cuando quiere librarse del aburrimiento. Eran cuarenta, todas cubiertas de lona, enormes, rudimentarias, tambaleándose y trastabillando, rechinando y chirriando sobre la arena, las rocas y las matas de salvia.

A derecha e izquierda de nosotros, dispersos a lo largo de la caravana, cabalgaban entre doce y quince hombres y jóvenes. Llevaban rifles de cañón largo sobre el arzón. Cuando alguno de ellos se acercaba a nuestra carreta, podía ver que sus caras, polvorientas, también estaban demacradas y tensas como la de mi padre. Y mi padre, al igual que ellos, tenía a mano un rifle de cañón largo.

A un lado había un grupo de enjutos bueyes que cojeaban doloridos a causa de los yugos, y que se detenían de vez en cuando a mordisquear las escasas matas de hierba seca; a veces eran arreados por los jóvenes de rostros agotados que les rodeaban. Los mugidos de estos bueyes resultaban tan inquietantes como todo lo que me rodeaba.

Recordaba remotamente haber vivido, siendo un chiquillo, junto a la ribera arbolada de un arroyo. Y con el balanceo del carro y el vaivén en el pescante, junto a mi padre, regresaba continuamente a aquella vida junto al agua que corría entre los árboles. Tenía la sensación de haber vivido y viajado en una carreta durante mucho tiempo, en esa misma caravana.

Pero aún más fuerte era la sensación que tenía, al igual que todo el grupo, de encaminarnos hacia nuestra condena. Parecíamos una marcha fúnebre. Nadie reía, nunca oí una expresión de alegría. Nunca nos acompañó la paz ni la tranquilidad. Los rostros de los hombres y jóvenes que escoltaban la caravana se mostraban lúgubres, inflexibles, desesperanzados. A menudo, mientras avanzábamos a través del polvo del crepúsculo, buscaba en vano algún indicio de esperanza en la expresión de mi padre. No diré que el rostro de mi padre, demacrado y polvoriento, reflejara desesperanza. Más bien se mostraba obstinado, firme y preocupado.

La caravana pareció estremecerse de miedo. Mi padre y yo levantamos la cabeza. Nuestros caballos también levantaron sus pesadas cabezas, olisquearon el aire en interminables bocanadas y de pronto salieron al galope. Los caballos de los escoltas aceleraron su ritmo. La manada de bueyes trató de salir en estampida. Casi resultaba ridículo. Las pobres bestias, tremendamente débiles, corrían torpemente. Eran como esqueletos al galope envueltos en pellejos raídos, pero le sacaron ventaja a los jóvenes arrieros, aunque por poco tiempo. Después volvieron a trotar con impaciencia, a trompicones, con las pezuñas doloridas, sin reparar en los matojos de hierbas secas.

-¿Qué ocurre? -preguntó mi madre desde el interior del carro.

-Agua. Debe ser Nephi -respondió mi padre.

Y mi madre añadió:

-¡Gracias a Dios! Y puede que nos vendan comida.

Nuestras carretas entraron en Nephi a través del polvo color sangre, rechinando y crujiendo, chirriando y traqueteando. En aquel lugar había una docena de casuchas dispersas sobre el terreno. El paisaje era tan árido como el que acabábamos de atravesar. No había árboles, tan sólo matojos y arena áspera, pero se notaba que alguno de los campos había sido cultivado, y se veía algún que otro cercado. También había agua. En el arroyo no fluía la corriente, y sin embargo el lecho estaba húmedo, con pequeños charcos aquí y allá, en los que los bueyes y los caballos ensillados sumergían el hocico hasta los ojos.

-Ese debe ser el molino de Bill Black, del que nos hablaron -dijo mi padre, señalando una cabaña a mi madre, que miraba ansiosa por encima de nuestros hombros.

Un hombre viejo, con una camisa de ante, el cabello largo, enmarañado y requemado por el sol, se acercó hasta nuestro carro y habló con mi padre. El terreno era llano, y gracias a esto y a la habilidad de nuestros hombres, se maniobró fácilmente; cuando fue dado el alto, las carretas formaban un círculo. Todos íbamos de acá para allá en medio de una ordenada confusión. De los carros salieron numerosas mujeres con el rostro agotado y lleno de polvo, como el de mi madre. También apareció una multitud de niños, al menos cincuenta, a quienes yo parecía conocer de toda la vida; había alrededor de cuarenta mujeres, que comenzaron a realizar los preparativos para la cena.

Mientras algunos hombres cortaban ramas de salvia y nosotros, los niños, las acercábamos hasta las pequeñas hogueras, otros hombres desenganchaban los bueyes de los yugos y les dejaban salir en estampida en busca de agua. Otros, en grandes grupos, movían las carretas para colocarlas de cara al círculo. Cada carreta estaba perfectamente encajada junto a otra, tanto las de delante como las de atrás. Bloquearon los grandes frenos y amarraron con cadenas todas las ruedas. A los niños nada de

esto nos resultaba nuevo. Era señal de que acampábamos en una tierra hostil, donde quizá tuviésemos problemas. Sólo quedaba un carro sin amarrar al círculo, que servía de puerta. Más tarde, como ya sabíamos, los animales serían conducidos al interior del círculo, antes de que el campamento se acostara y el carro que servía de puerta se encadenara junto a los otros. Mientras tanto, durante horas, los hombres y los niños apacentarían a los animales en busca de la escasa hierba existente.

Mientras se trabajaba en el campamento, mi padre y otros hombres, incluyendo el viejo de pelo largo y requemado, se alejaron a pie en dirección al molino. Recuerdo que todos nosotros, los hombres, las mujeres e incluso los niños, nos detuvimos para verlos partir. Parecía que su misión fuere muy importante.

Mientras estuvieron fuera, otros hombres, desconocidos habitantes de Nephi, curioseaban por el campamento. Eran blancos como nosotros, pero sus rostros eran duros, adustos y sombríos, y parecía molestarles nuestra presencia. Se percibía un mal ambiente en el aire, y trataron premeditadamente de provocar a nuestros hombres. Pero las mujeres advirtieron a los hombres y a los jóvenes para que no pronunciaran ni una palabra.

Uno de los desconocidos se acercó a nuestra hoguera, donde mi madre se encontraba sola, cocinando. Yo acababa de aparecer con una brazada de matojos y me detuve a escuchar, mirando fijamente al intruso, a quien odiaba porque el odio estaba en el aire, porque sabía que todas y cada una de las personas de nuestra caravana odiaba a estos extraños de piel blanca, y porque por culpa de ellos nos habíamos visto obligados a acampar en círculo.

Aquel extraño tenía los ojos azules, la mirada fría, dura y penetrante. Su pelo estaba lleno de arena y sólo tenía la barbilla afeitada, y por debajo de esta, cubriendo el cuello y extendiéndose hasta las orejas, le brotaba una barba rojiza con mechones grises. Mi madre no le saludó, ni el extraño a ella. Estaba ahí parado, y se quedó un rato mirándola. Luego se aclaró la garganta y dijo con desprecio:

-Seguro que piensas que hubiese sido mejor no salir de Missouri.

Vi a mi madre apretar los dientes antes de contestar.

-Somos de Arkansas.

-Supongo que tenéis buenas razones para ocultar vuestra procedencia -dijo entonces aquel hombre-, vosotros, que expulsasteis de Missouri a los elegidos del Señor.

Mi madre no respondió.

-Ya ves. Ahora venís a quejaros y a rogarnos que os demos pan, a nosotros, a quienes perseguíais.

Y ante aquello, de repente, a pesar de ser tan sólo un niño, conocí la furia, la antigua e intolerante ira roja, siempre incontenible e indómita.

-¡Mentiroso! -salté-. No somos de Missouri, no le rogamos a nadie, no somos mendigos. Tenemos dinero para pagar.

-¡Cállate, Jesse! -gritó mi madre, tapándome la boca con rapidez. Luego dijo al extraño- Váyase y deje en paz al chico.

-¡Voy a llenarte el cuerpo de plomo, condenado mormón! -le grité sollozando, y corrí alrededor de la hoguera para evitar que mi madre me tapara la boca.

En cuanto al hombre, no se molestó en lo más mínimo. Yo estaba en guardia, pues no sabía cuál podría ser la reacción violenta de aquel extraño, y le observé receloso mientras él me contemplaba con la mayor gravedad.

Finalmente habló, y habló de un modo solemne, negando ceremoniosamente con la cabeza, como si estuviese deliberando una sentencia.

-Un hijo de su padre -dijo-. La nueva generación es tan mala como la anterior. Toda la casta está maldita. No existe salvación para los jóvenes ni para los viejos. No hay expiación posible. Ni siquiera la sangre de Cristo podría lavar vuestras infamias.

-¡Maldito mormón! -fue todo lo que pude articular-. ¡Maldito mormón! ¡Maldito mormón! ¡Maldito mormón! Hasta que se hubo alejado seguí maldiciéndole y corriendo alrededor de la hoguera, esquivando los manotazos de mi madre.

Cuando regresaron mi padre y los hombres que le habían acompañado, el trabajo del campamento cesó y todos los rodearon nerviosos. Mi padre sacudió la cabeza de un lado a otro.

-¿No venderán? -preguntó una mujer.

Negó nuevamente con la cabeza.

Habló un hombre gigantesco de unos treinta años, ojos azules y barba rubia, que se había abierto paso abruptamente hasta el centro de la multitud.

-Dicen que tienen harina y provisiones para tres años, Capitán -comenzó-. Siempre han vendido a los inmigrantes, y ahora se niegan. Su batalla no es contra nosotros. Su batalla es con el gobierno, y lo están pagando con nosotros. No es justo, no es justo, Capitán. Y nosotros, con las mujeres y los niños, California a meses de distancia, el invierno aproximándose y nada más que desierto de por medio; no tenemos comida para sobrevivir a todo eso.

Se detuvo un instante para dirigirse a la multitud.

-¿Acaso no es verdad? No sabéis lo que es el desierto. Os digo que esto es el paraíso, pastos celestiales y ríos de leche y miel, comparado con lo que vamos a encontrarnos.

-Le digo, Capitán, que necesitamos conseguir harina primero. Si no quieren vendérnosla, entonces debemos ir y cogerla.

Muchos de los hombres y mujeres comenzaron a gritar asintiendo, pero mi padre les mandó callar levantando la mano.

-Estoy de acuerdo con todo lo que dices, Hamilton -comenzó.

Pero los gritos ahogaron su voz y tuvo que alzar la mano nuevamente.

-Excepto con una cosa que no has tenido en cuenta, una cosa que todos debemos tener en cuenta. Brigham Young ha declarado la ley marcial, y Brigham Young tiene un ejército. Podríamos dejar limpio Nephi en un abrir y cerrar de ojos y llevarnos todas las provisiones que pudiésemos cargar. Pero no llegaríamos muy lejos. La gente de Brigham se echaría sobre nosotros y nos eliminarían en otro abrir y cerrar de ojos. Tú lo sabes. Yo lo sé. Todos lo sabemos.

Sus palabras convencieron a los oyentes, que ya parecían convencidos de antemano. Lo que les había dicho no era nada nuevo, sencillamente lo habían olvidado por la furia y la desesperada necesidad.

-Nadie lucharía con más ganas que yo por aquello que es justo -continuó mi padre-. Pero ocurre que no nos podemos permitir una pelea ahora. Si comenzara una lucha no tendríamos ninguna oportunidad. Y debemos acordarnos de nuestras mujeres y de nuestros niños. Debemos mantener la calma a cualquier precio, y aguantar todo lo que nos digan.

-¿Pero qué haremos con el desierto? -gritó una mujer que mecía un bebé en sus brazos.

-Hay varios pueblos antes de llegar al desierto -respondió mi padre-. Fillmore está a sesenta millas al sur. Luego llega Corn Creek. Y Beaver se encuentra a otras cincuenta millas. Luego está Parowan. Después, a veinte millas, Cedar City. Cuanto más nos alejemos de Salt Lake, más fácil será que nos vendan provisiones.

-¿Y si no lo hacen? -insistió la misma mujer.

-Entonces nos habremos librado de ellos -respondió mi padre-. Cedar City es nuestra última posibilidad. Tendremos que seguir adelante, eso es todo; y dar gracias a Dios por habernos librado de ellos. A dos días de viaje hay un lugar con buenos pastos y agua. Lo llaman Mountain Meadows. Nadie vive allí, y podremos dejar que descanse el ganado antes de enfrentarnos al desierto. Tal vez podamos cazar alguna pieza. Y si las cosas se ponen muy mal, continuaremos avanzando hasta donde podamos, luego abandonaremos los carros, cargaremos lo que sea posible en los animales y haremos el último tramo a pie. Podemos ir comiéndonos el ganado poco a poco. Más vale llegar a California sin nada a la espalda que dejarnos los huesos en el camino. Y eso es lo que pasará si comenzamos una refriega.

Con los reiterados avisos finales contra la violencia verbal o de acción, la improvisada reunión se disolvió. Me costó dormirme aquella noche. Todo lo ocurrido durante el día había avivado mi odio contra los mormones, tanto que todavía estaba despierto cuando mi padre entró sigiloso al carro, después de su último turno de vigilancia nocturna. Creyeron que estaba dormido, pero escuché a mi madre preguntarle si pensaba que los mormones nos dejarían partir en paz de sus tierras. Tenía la cara vuelta hacia otro lado, y mientras se quitaba una bota le contestó, convencido, que estaba seguro de que los mormones nos dejarían ir si nadie del grupo creaba ningún problema.

Pero en ese momento vi su cara a la luz de una pequeña vela, y su rostro no mostraba ni un ápice de la confianza que su voz parecía expresar. Así me quedé dormido, angustiado por el fatal destino que se proyectaba sobre nosotros y reflexionando sobre Brigham Young, que anegaba mi imaginación infantil como un ser temible, maligno, como el mismísimo diablo con sus cuernos y rabo.

Me desperté en la celda de incomunicación con el dolor de la camisa de fuerza. A mi alrededor se encontraban los cuatro de siempre: el alcaide Atherton, el capitán Jamie, el doctor Jackson y Al Hutchins. Forcé la esperada sonrisa y luché por no perder el control bajo el agudo tormento de la falta de circulación. Bebí el agua que acercaron a mis labios y rechacé el pan que me ofrecieron. Me negué a hablar. Cerré los ojos e intenté regresar al círculo de carretas encadenadas en Nephi. Pero, como mis visitantes se quedaron allí charlando, no logré escapar.

Tampoco pude evitar escuchar un fragmento de la conversación.

-Exactamente igual que ayer -dijo el doctor Jackson-. No ha cambiado nada.

-Entonces, ¿lo soportará? -preguntó el alcaide Atherton.

-Sin lugar a dudas. Las próximas veinticuatro horas las pasará igual que las anteriores. Es duro como el acero, ya le digo. Si no supiera que es imposible, diría que está drogado.

-Yo conozco su droga -dijo el alcaide-. Su droga es la fuerza de voluntad. Apuesto a que si se lo propusiera sería capaz de caminar descalzo sobre piedras candentes, como esos sacerdotes kanakas de los mares del sur.

Tal vez me llevé conmigo la palabra “sacerdote” en otro de mis viajes a través del tiempo. Tal vez sólo fuera una pista, aunque lo más seguro es que fuera casualidad; en cualquier caso desperté tumbado sobre un suelo de piedra y me hallé boca arriba, con los brazos cruzados. Allí tumbado, con los ojos cerrados, medio dormido, me froté los codos con las palmas y me di cuenta de que tenía unos callos enormes. Pero esto no me sorprendió. Acepté los callos como algo perfectamente normal.

Abrí los ojos. Me hallaba en una pequeña cueva, de algo menos de tres pies de altura. Hacía mucho calor. El sudor bañaba toda la superficie de mi cuerpo. Las gotas corrían por mi piel. Iba vestido únicamente con un mugriento trapo. Mi piel tenía un

color caoba. Estaba extremadamente flaco y parecía orgulloso de ello, como si fuese un logro estar tan delgado. Estaba especialmente orgulloso de mis prominentes y dolorosas costillas. Contemplar los huecos entre ellas me proporcionaba una sensación solemne de euforia, casi de beatitud.

También tenía las rodillas llenas de callos, como los codos. Estaba muy sucio. La barba, que había sido rubia alguna vez, pero que ahora estaba llena de pelusas y de manchas marrones, me llegaba enredada hasta el estómago. El pelo largo, igualmente enredado y sucio, me cubría los hombros, y algunos mechones se me metían en los ojos, y continuamente debía apartarlos con las manos. Otras veces, sin embargo, me contentaba con observar como un animal salvaje a través de un matorral.

A la entrada de mi oscura cueva, la luz del día levantaba un muro. Al cabo de un rato me arrastré hacia la entrada, y para sentirme aún más incómodo, me tumbé bajo el sol ardiente, sobre el estrecho saliente de una roca. Aquel terrible sol me abrasaba por completo, y cuanto más me quemaba, más me deleitaba con él, o mejor dicho conmigo mismo, pues era yo el dueño y señor de mi carne, y por ello superior a sus demandas y a sus protestas. Cuando encontraba debajo de mí algún saliente afilado, colocaba mi cuerpo sobre él y atormentaba mi carne en un puro éxtasis de dominio y purificación.

Era un día muy caluroso, sin un soplo de aire en todo el valle hacia el que a veces dirigía la mirada. Muchos pies más abajo el río corría lento. La orilla opuesta era llana, arenosa y se extendía por el horizonte. De las aguas surgían grupos dispersos de palmeras.

A este lado, erosionados por el recodo del río, se elevaban acantilados escarpados. Más allá del recodo veía, desde mi nido en las alturas, cuatro figuras colosales esculpidas en piedra viva. Sus tobillos alcanzaban la estatura de un hombre. Aquellos cuatro colosos estaban sentados con las manos sobre las rodillas y los brazos derrumbados, y al menos tres de ellos miraban fijamente al río. Del cuarto no quedaba nada por encima de las rodillas, solamente las enormes manos apoyadas sobre ellas. A sus pies, ridículamente pequeña, se agazapaba una esfinge, que así y todo era más alta que yo.

Observé con desprecio aquellas imágenes esculpidas y escupí mientras miraba. No sabía si se trataba de dioses o de reyes olvidados, pero para mí representaban la vanidad y la futilidad del hombre y de sus ambiciones.

Sobre el recodo del río, las aguas y las riberas arenosas reinaba un cielo azul, sin una sola nube que lo manchara.

Las horas iban pasando mientras yo me abrasaba al sol. A menudo, durante períodos bastante largos, me olvidaba del calor y del dolor y me sumía en sueños, visiones y recuerdos. Todo lo que conocía, los colosos desconchados, el río, la arena, el sol y el cielo de latón, podía desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. En cualquier momento las trompetas de los arcángeles podrían sonar, las estrellas podrían desplomarse, los cielos se enroscarían como un pergamino y Dios podría llegar con sus tropas para el momento del Juicio Final.

Ah, lo sabía con tanta seguridad que me estaba preparando para tan sublime acontecimiento. Por eso me encontraba allí, rodeado de mugre, harapos y desdichas. Era humilde y sumiso, despreciaba las frágiles necesidades y pasiones de la carne. Pensé con desdén, y con cierta satisfacción, en las lejanas ciudades de la llanura que había conocido y que se levantaban impertérritas, con toda su pompa y concupiscencia, tan cercanas al día final. Sí, lo verían pronto, pero sería tarde para ellas. Y yo habría de verlo también, pero estaba preparado. Y me elevaría entre sus gritos y lamentos, renacido, glorioso, y ocuparía un lugar merecido y justo en la Ciudad de Dios.

A veces, entre sueños y visiones, reflexionaba sobre antiguas controversias y discusiones. Sí, Novato tenía razón al opinar que a los apóstatas penitentes no se les debería permitir la entrada en las iglesias. Tampoco cabía duda de que el sabelianismo lo concibió el demonio, al igual que a Constantino, archidemonio, mano derecha del diablo.

Continuamente volvía a la contemplación de la naturaleza de la unidad de Dios y revisaba las opiniones de Noeto, el sirio. Prefería, sin embargo, las reflexiones de mi amado maestro, Atrio. En verdad, si la razón humana pudiese determinar algo preciso, habría existido un tiempo, en el proceso natural de la creación, en que el Hijo no existiese. En la naturaleza de la descendencia debió haber un tiempo en que el Hijo comenzara a existir. Un padre ha de ser mayor que su hijo. Pensar de otro modo suponía blasfemia y menosprecio a Dios.

Y recordaba los días de mi juventud en los que había estado sentado a los pies de Atrio, presbítero de la ciudad de Alejandría, a quien el blasfemo y herético Alejandro había arrebatado el obispado.

Sí, había asistido al Concilio de Nicea y había visto como evitaban el asunto. Y recordaba cuando el Emperador Constantino desterró a Atrio por su honestidad, y también cuando Constantino se arrepintió por razones de Estado y ordenó a Alejandro (el otro Alejandro, por tres veces maldito, obispo de Constantinopla) que recibiese a Atrio a la mañana siguiente. Y, ¿acaso no murió Atrio aquella misma noche en la calle? Dijeron que murió de una violenta enfermedad causada por las plegarias que Alejandro hizo a Dios. Pero yo sabía, al igual que el resto de mis compañeros arrianos, que aquella violenta afección no fue más que el veneno que le suministró el propio Alejandro, obispo de Constantinopla y envenenador del diablo.

Entonces apreté mi cuerpo contra la afilada piedra, y convencido murmuré:

-Dejad que los judíos y los paganos se mofen de nosotros. Dejadles triunfar, pues su tiempo es breve, y para ellos no existirá más tiempo que éste.

A menudo, mirando por encima de las rocas del río, hablaba en voz alta conmigo mismo. Tenía fiebre, y de vez en cuando bebía un poco de agua de un hediondo odre. Lo mantenía colgado al sol para que el mal olor de la piel aumentase y para no obtener refresco alguno con el agua. Había comida sobre el suelo inmundo de mi cueva, unas cuantas raíces y un pedazo de masa de cebada rancia; tenía hambre, pero no comía.

Todo lo que hice aquel día bendito y eterno fue sudar y tostarme bajo el sol, mortificar mi carne enjuta sobre la piedra, contemplar la desolación, resucitar viejos recuerdos, y mascullar en voz alta mis convicciones.

Y cuando el sol se puso sobre el horizonte, en rápido crepúsculo, miré por última vez el mundo que pronto desaparecería. A los pies de aquellos colosos logré distinguir las formas de bestias que se guarecían en lo que una vez fue la obra soberbia del hombre. Y con los gruñidos de los animales me arrastré hasta mi agujero, donde, farfullando y entre alucinaciones, presa de febriles fantasías y rezando para que el último día llegara pronto, me sumí en las tinieblas del sueño.

Recobré la conciencia en la celda de incomunicación, donde me rodeaba el habitual cuarteto de torturadores. -Blasfemo y hereje alcaide de San Quintín -me mofé tras haber ingerido gran cantidad del agua que me habían llevado a los labios-, dejad que los carceleros y los ordenanzas consigan su triunfo, pues su tiempo es breve y para ellos no existe más tiempo que éste.

-Ha perdido la cabeza -dijo el alcaide Atherton.

-Se burla de usted -juzgó acertadamente el doctor Jackson.

-Pero rehusa todo alimento -protestó el capitán Jamie.

-¿Y qué? Podría ayunar cuarenta días sin que ello le perjudicase en absoluto -respondió el doctor.

-Por supuesto -añadí-, y cuarenta noches también. Háganme el favor de ajustarme la camisa de fuerza y salgan de aquí.

El ordenanza intentó introducir su dedo índice entre las cuerdas.

-Ni siquiera con poleas se podría ajustar media pulgada más.

-¿Tienes alguna queja, Standing? -preguntó el alcaide.

-Sí -respondí-. Dos.

-¿Cuáles son?

-En primer lugar -comencé-, la camisa no está bien apretada. Hutchins es un burro. Podría ajustármela al menos diez pulgadas si quisiera.

-¿Cuál es la segunda? -preguntó el alcaide Atherton.

-Que usted fue engendrado por el diablo, querido alcaide.

El capitán Jamie y el doctor Jackson aguantaron la risa, y el alcaide abandonó la celda con un bufido.

De nuevo a solas, me esforcé por volver a la oscuridad y regresar al círculo de carretas en Nephi. Sentía curiosidad por conocer qué suerte les esperaba a nuestras cuarenta carretas en aquella tierra desolada y hostil; sin embargo, no me interesaba averiguar lo que había ocurrido con el sucio ermitaño de las costillas destrozadas y con su apestoso odre. Y regresé, pero no regresé a Nephi, o al Nilo, sino a...

Pero debo hacer una pausa en este punto, querido lector, para explicar algunas cosas y facilitar así su mejor comprensión. Es absolutamente imprescindible, pues dispongo de un tiempo muy reducido para completar mis memorias en la camisa de fuerza. En breve, dentro de muy poco tiempo, me sacarán de aquí para colgarme. Aunque tuviera un millar de vidas, no podría completar los últimos detalles de mis experiencias en la camisa de fuerza. Es por esto que he de abreviar mi narración.

En primer lugar he de decir que Bergson estaba en lo cierto. La vida no puede explicarse en términos intelectuales. Como dijo Confucio hace mucho tiempo: “Si sabemos tan poco de la vida, ¿qué podemos saber de la muerte?” Y somos verdaderamente ignorantes, pues no podemos entenderla. Sólo conocemos la vida como fenómeno, como un salvaje podría conocer una dínamo, pero no sabemos nada de su verdadera naturaleza.

En segundo lugar, Martinetti se equivoca cuando afirma que la materia es el único misterio y la única realidad. Opino, y recuerde, mi querido lector, que cuento con cierta autoridad, opino que la materia es sólo una ilusión. Comte llamaba al mundo, que equivale a la materia, el gran fetiche, y coincido con Comte.

La vida sí que es realidad y misterio. La vida difiere mucho de ser mera materia, en el sentido más elevado del término. La vida persiste. La vida es el hilo de fuego que persiste en todas las formas de la materia. Yo lo sé. Yo soy vida. He vivido en diez mil generaciones distintas. He vivido millones de años. He tenido muchos cuerpos. Yo, el dueño de todos esos cuerpos, he persistido. Yo soy la vida. Yo soy la chispa insaciable que eternamente deslumbra y asombra al rostro del tiempo, siempre formando mi voluntad y mi pasión en ese torpe conjunto de la materia llamado cuerpo, en el que transitoriamente he habitado.

Este dedo, que con tanta celeridad percibe las sensaciones, tan sutil al tacto, tan delicado en sus muchas destrezas, tan firme y resistente al doblarse, flexionarse o contraerse, este dedo no soy yo. Cortadlo. Yo sigo vivo. El cuerpo estará mutilado, yo no. Mi espíritu está completo.

Muy bien. Cortad todos mis dedos. Sigo existiendo. El espíritu está entero. Cortadme ambas manos. Cortadme ambos brazos hasta los hombros. Cortadme ambas piernas hasta la cadera. Y yo, invencible e indestructible, sobreviviré. ¿Soy acaso menos por estas mutilaciones? Ciertamente no. Rapadme el pelo. Rajadme con cuchillas afiladas los labios, la nariz, las orejas, y sacadme los ojos de raíz; y allí, lloriqueando en un cráneo deforme, adherido a un cuerpo destrozado y rajado, allí, prisionero de la carne, todavía seguiré existiendo, íntegro e infinito.

Sí, y el corazón todavía me late. Muy bien. Arrancadme el corazón, o mejor, introducid los restos de mi carne en una máquina con cien cuchillas, que yo, yo, ¿no lo entienden? estaré fuera; mi espíritu, el misterio, el fuego de la vida, seguirán su camino. No he perecido. Tan sólo el cuerpo perece, y yo no soy cuerpo.

Sé que el coronel de Rochas decía la verdad cuando contaba que, mediante un simple ejercicio de voluntad, había enviado a aquella muchacha llamada Josephine, en trance hipnótico, de vuelta por los dieciocho años que ella había vivido, de vuelta a través del silencio y de las tinieblas anteriores a su nacimiento, de vuelta a la luz de su existencia previa, cuando era un viejo postrado en cama, un antiguo artillero llamado Jean-Claude Bourdon. Y creo que el coronel de Rochas hipnotizó a esta sombra resucitada del viejo, a quien, de nuevo mediante su voluntad, hizo retroceder los sesenta años de existencia, de vuelta a la oscuridad y de ahí, nuevamente, a la luz del día en que había existido en el cuerpo de una anciana cascarrabias llamada Philomène Carteron.

¿No le he demostrado previamente, mi querido lector, que en épocas anteriores, habitando varios cuerpos, he sido el conde Guillaume de Sainte-Maure, un ermitaño egipcio sucio y sin nombre, y un niño llamado Jesse, cuyo padre dirigía cuarenta carretas durante la gran emigración hacia el Oeste? ¿Y no soy acaso ahora, mientras escribo estas líneas, Darrell Standing, condenado a muerte en la cárcel de Folsom, quien fue una vez catedrático de agronomía en la Facultad de Agricultura de la Universidad de California?

La materia es una gran ilusión. Es decir, la materia es forma y la forma es sólo una visión. ¿Dónde se encuentran ahora las rocas escarpadas de aquel acantilado del antiguo Egipto, donde yo me guarecía como un animal mientras soñaba con la ciudad de Dios? ¿Dónde se encuentra ahora el cuerpo de Guillaume de Sainte-Maure, que murió sobre la hierba bajo la luz de la luna hace mucho tiempo, en manos del violento Guy de Villehardouin? ¿Dónde se encuentran ahora las cuarenta carretas que formaban aquel círculo en Nephi, y todos aquellos hombres y mujeres y niños que se refugiaban en el interior? Todas estas cosas ya no existen, pues eran meras formas, flujos de la materia convertidos en forma otra vez. Se han extinguido y ya no existen.

Y ahora todo se simplifica. El espíritu es la realidad que perdura. Yo soy espíritu, y subsistiré. Yo, Darrell Standing, que he habitado muchísimos cuerpos, escribiré unas cuantas líneas más de estas memorias y me extinguiré. La forma que soy, que es mi cuerpo, se desmoronará cuando haya pendido de la soga el tiempo necesario, y nada quedará de él en este mundo material; permanecerá su recuerdo en el mundo espiritual. La materia no tiene memoria, pues sus formas se desvanecen, y aquello que en dicha forma permanece grabado perecerá con ella.

Tan sólo un inciso más antes de regresar a mi relato. Jamás, en todos mis peregrinajes a través de la oscuridad de las otras vidas que me han pertenecido, he sido capaz de guiar mis andanzas a un destino particular. De este modo, en mi intento por regresar a la vida del niño Jesse en Nephi, tuve experiencias nuevas que pertenecieron a vidas anteriores. Posiblemente, todo sea dicho, he vivido experiencias relacionadas con Jesse en una veintena de ocasiones, algunas veces cuando era pequeño

en los poblados de Arkansas, y al menos en una docena de ocasiones continué la historia en el punto en el que la dejé en Nephi. Supondría una pérdida de tiempo contarlo todo otra vez; así que, sin perjuicio alguno hacia la veracidad de mi narración, eludiré una gran parte que resulta imprecisa, enrevesada y repetitiva. Relataré los hechos de la forma en que los he unido, sacados de tiempos diferentes, tal y como los viví.

13.

Mucho antes de que despuntasen los primeros rayos de sol, el campamento de Nephi ya estaba en pie. Condujeron al ganado fuera para que bebiese y pastase. Mientras los hombres desencadenaban las ruedas y separaban los carromatos, las mujeres se preparaban para cocinar cuarenta desayunos sobre otras tantas fogatas. Al frío del amanecer, los niños nos apiñábamos alrededor del fuego, compartiendo el calor con el último relevo del turno de noche que esperaba, somnoliento, el café.

Se requiere mucho tiempo para poner en marcha una gran caravana como la nuestra. El sol había salido una hora antes y el calor era ya sofocante cuando abandonamos Nephi hacia las zonas arenosas. Nadie nos vio marchar. Todos prefirieron quedarse dentro de sus casas, haciendo nuestra partida tan siniestra como la llegada del día anterior.

Otra vez sufrimos largas horas de calor abrasador y polvo. No encontramos ni un solo rastro humano, ni ganado ni cercas; por la noche formamos nuestro círculo de carretas junto a un arroyo seco, en cuya arena húmeda cavamos numerosos hoyos que lentamente se llenaron con el agua filtrada.

Aquel viaje se convirtió en una experiencia angustiosa. Acampamos una y otra vez, con las carretas siempre en círculo, y todos teníamos la sensación de ser arrastrados hacia una condena segura.

Recorríamos una media de quince millas al día. Lo sé porque mi padre había dicho que nos encontrábamos a sesenta millas de Fillmore, la siguiente población mormona, y hasta llegar a ella acampamos en tres ocasiones, lo que supuso cuatro días de viaje. Desde Nephi hasta el último campamento recuerdo que transcurrieron dos semanas, o quizás algo menos.

Los habitantes de Fillmore fueron hostiles, como todos los que nos encontramos desde Salt Lake. Se burlaron de nosotros cuando quisimos comprar comida, y nos insultaban diciéndonos que éramos de Missouri.

Cuando entramos en aquel lugar vimos, amarrados ante la casa más grande de las doce que componían el poblado, dos caballos ensillados y desfallecidos, cubiertos de polvo y con regueros de sudor. El viejo que he mencionado, el de pelo largo y requemado y camisa de ante, que debía ser una especie de teniente de mi padre, se acercó al galope hasta nuestra carreta y, alzando la cabeza, señaló a los animales ensillados y exhaustos.

-No son malos esos caballos, capitán -refunfuñó en voz baja-. ¿Por qué demonios les han hecho cabalgar tanto si no es por nosotros?

Pero mi padre ya se había fijado en la condición física de aquellos dos animales, y yo había visto su reacción; le había visto abrir los ojos, apretar los labios, y quedarse pensativo durante un rato, como confuso. Aquello fue todo. Pero yo até cabos y supe que esos dos cansados caballos eran un mal augurio.

-Supongo que nos tienen vigilados, Laban -fue el único comentario de mi padre.

Fue en Fillmore donde vi a un hombre al que volvería a ver más adelante. Era alto, ancho de espaldas y de mediana edad; aparentaba gozar de buena salud y de una gran fortaleza, no sólo física sino también mental. A diferencia de los hombres que

estaba acostumbrado a tener a mi alrededor, él iba bien afeitado. Su boca era extraordinariamente amplia, con los labios delgados y metidos hacia adentro, como si le faltasen muchos dientes. Tenía la nariz cuadrada, larga y gruesa. Su cara era igualmente cuadrada y sus pómulos anchos, debajo de los cuales resaltaba una maciza mandíbula, rematado el rostro por la frente despejada, inteligente. Sus ojos, bastante pequeños, eran los más azules que había visto nunca.

Fue en el molino de harina de Fillmore donde le vi por primera vez. Mi padre, con unos cuantos más de nuestra compañía, había ido hasta allí para intentar comprar harina, y yo, desobedeciendo a mi madre y empujado por la curiosidad de contemplar de cerca al enemigo, les había seguido sin ser descubierto. Este hombre era uno de los cuatro o cinco que acompañaban al molinero durante el encuentro.

-¿Se ha fijado en ese hombre tan bien afeitado? -dijo Laban a mi padre mientras volvían hacia el campamento.

Mi padre asintió.

-Es Lee -continuó Laban-. Le vi en Salt Lake. Es un gran pecador. Según dicen, tiene diecinueve esposas y cincuenta hijos, y es un verdadero fanático religioso. ¿Por qué nos estará persiguiendo a través de esta tierra alejada de la mano de Dios?

Continuamos el fatigoso viaje. Los pequeños poblados, situados allá donde lo permitían el agua y la tierra, distaban entre veinte y cincuenta millas, extendiéndose entre terrenos arenosos, alcalinos y secos. Y en cada lugar intentábamos, sin conseguirlo, comprar alimentos. Nos lo negaban con desprecio, y nos preguntaban quién de nosotros les había vendido comida a ellos cuando los expulsaron de Missouri. Resultaba inútil decirles que éramos de Arkansas, ellos insistían en que éramos de Missouri.

En Beaver, a cinco días de viaje de Fillmore, vimos de nuevo a Lee. Y de nuevo vimos caballos cansados ante las casas.

Cedar City era el último asentamiento. Laban, que se había adelantado al galope, regresó para informar a mi padre. Su primera noticia era importante.

-He visto a Lee esfumarse tan pronto como he llegado, capitán. Y hay más hombres y caballos de los que caben en Cedar City.

Sin embargo, no tuvimos problemas en aquel poblado. Aparte de negarse a vendernos alimento, nos dejaron tranquilos. Las mujeres y los niños permanecieron en sus casas, y aunque vimos a algunos hombres, al contrario que en otras ocasiones éstos no entraron en nuestro campamento para insultarnos.

Fue en Cedar City donde murió el bebé de los Wainwright. Recuerdo a la señora Wainwright llorando y suplicando a Laban que intentase conseguir un poco de leche.

-La leche podría salvar la vida del bebé -dijo-. Y tienen leche de vaca, he visto las vacas con mis propios ojos. Por favor, Laban, inténtelo, no le pasará nada. Lo único que puede suceder es que se nieguen a dárnosla. Pero no lo harán. Dígales que es para un niño, para un bebé de pecho. Las mujeres mormonas tienen corazón de madre; no podrán negarle un poco de leche a una criatura.

Y Laban lo intentó. Pero no llegó a ver a ninguna mujer mormona, tal y como le contó a mi padre más tarde. Sólo vio hombres, y éstos le dieron la espalda.

Aquel era el último reducto mormón. Después se extendía el vasto desierto, y más allá la tierra prometida, ¡ay!, la tierra de los sueños, California. Por la mañana temprano, cuando nuestras carretas abandonaban el lugar, sentado junto a mi padre en el pescante, vi a Laban dar rienda suelta a sus sentimientos. Nos habíamos alejado tal vez media milla, casi habíamos encumbrado una colina y Cedar City se nos perdía de vista cuando Laban dio la vuelta a su caballo, lo detuvo y se irguió sobre los estribos. Se detuvo justo sobre la tumba recién cavada del bebé de los Wainwright; no era la

primera vez que enterrábamos a uno de los nuestros desde que cruzáramos los montes Wasatch.

Era un hombre extraño. Enjuto y envejecido, de largo rostro y mejillas hundidas, de pelo enmarañado y requemado que le caía sobre su camisa de ante, más abajo de los hombros; su cara estaba desfigurada por el odio y la furia que genera la impotencia. Sujetando las bridas y el rifle con la misma mano, alzó el puño que tenía libre hacia Cedar City.

-¡Que Dios os maldiga a todos! -gritó-. ¡A vuestros hijos y a vuestros futuros descendientes! ¡Que la sequía destruya vuestras cosechas para que os tengáis que alimentar con arena y con el veneno de las serpientes! ¡Que el agua de vuestras fuentes se convierta en tierra amarga! ¡Que...

En este punto sus palabras dejaron de oírse, pues los carros comenzaron su marcha; seguía con el puño en alto y los hombros levantados, lo que indicaba que no había hecho más que comenzar a maldecir. Era evidente que expresaba un sentimiento general; muchas mujeres se asomaron desde sus carros agitando sus descarnados antebrazos, sus puños huesudos y temblorosos, maldiciendo a todos y cada uno de los mormones. Un hombre que caminaba sobre la arena y aguijoneaba a los bueyes del carro que avanzaba detrás del nuestro, estalló en carcajadas y agitó su picana en el aire. Fue extraño escuchar aquella risa, nadie se había reído en nuestra caravana desde hacía mucho tiempo.

-¡Qué se vayan al infierno, Laban! -le animó-. ¡Estoy contigo!

Y mientras pasaba la caravana de carretas, continué mirando a Laban, de pie sobre los estribos, junto a la sepultura del bebé. Verdaderamente era un tipo raro, con aquel pelo largo y los mocasines y las polainas deshilachadas. Su camisa de ante estaba tan raída que en vez de los lustrosos flecos, no se veían más que hilachos andrajosos. Todo él estaba como envuelto en jirones que se agitaban al viento. Recuerdo que de su cintura colgaban sucios mechones de pelo que, tiempo atrás, solían mostrarse de un negro resplandeciente después de mojarse bajo la lluvia. Sabía que eran cabelleras indias, y verlas siempre me asustaba.

-Le hará bien -comentó mi padre, más para sí mismo que para mí-. Llevaba días esperando que se desahogase.

-Ojalá volviese para arrancar un par de cabelleras más -dije.

Mi padre me miró socarronamente.

-No te gustan los mormones, ¿verdad, hijo?

Negué con la cabeza y sentí cómo me invadía un odio indescriptible.

-Cuando sea mayor -añadí enseguida-, voy a llenarles el cuerpo de plomo.

-¡Jesse! -oí la voz de mi madre desde el interior del carro-. ¡Cierra la boca ahora mismo! Y tú deberías estar avergonzado por dejar hablar así al niño -dijo a mi padre.

Tras dos días de viaje llegamos a Mountain Meadows, y allí, lejos ya del último poblado, fue la primera vez que no formamos el círculo con las carretas; había mucho espacio entre ellas y no se encadenaron las ruedas. Se hicieron los preparativos necesarios para permanecer allí una semana. El ganado debía descansar antes de enfrentarse al verdadero desierto, aunque en realidad todo lo que veíamos parecía bastante desierto. Por todos lados había arena, aunque se veían algunos matorrales y arbustos. La tierra era arenosa, pero al menos crecía un poco de hierba, más de la que habíamos encontrado en muchos días. A menos de cien pies brotaba una exigua fuente que apenas alcanzaba para nuestras necesidades. Un poco más allá, en las laderas de las colinas, había pequeños charcos donde abrevaba el ganado.

Acampamos temprano aquel día, y como pensábamos permanecer allí durante una semana, las mujeres recogieron la ropa sucia para lavarla al día siguiente. Todo el

mundo trabajó hasta la caída del sol. Mientras algunos hombres arreglaban los arreos, otros reparaban los armazones y herrajes de las carretas. Continuamente se calentaba y martilleaba el hierro, se ajustaban tuercas y tornillos. Recuerdo que me acerqué a Laban, que hasta el anochecer estuvo sentado con las piernas cruzadas, a la sombra de una carreta, cosiendo un par de mocasines. Era el único hombre de nuestra caravana que usaba mocasines y piel de ante; tengo la sensación de que él no era parte de nuestro grupo cuando partimos de Arkansas. Tampoco tenía esposa, hijos ni carreta. Sus únicas posesiones eran su caballo, su rifle, la ropa que llevaba puesta y un par de mantas que guardaba en el carro de los Mason.

A la mañana siguiente tuvimos mala suerte. Estábamos a dos días de viaje del último puesto mormón. La noche anterior, sabiendo que no había indios en las inmediaciones y sin temor alguno, habíamos dejado por primera vez las carretas sin encadenar en círculo, no habíamos recogido al ganado ni habíamos establecido vigilancia nocturna.

Mi despertar fue como una pesadilla. Sentí un ruido muy fuerte, como una explosión. Me desperté medio atontado y durante los primeros instantes traté de identificar los ruidos de aquel estruendo que todavía continuaba. Oía rifles que disparaban cerca de nosotros y también en la lejanía, gritos e insultos de los hombres, mujeres aterradas y llantos de los niños. Después pude identificar el silbido de las balas y el sonido de las que chocaban contra la madera, el hierro de las ruedas y la parte inferior de las carretas.

Cuando quise incorporarme, mi madre, que se estaba vistiendo, me agachó de un manotazo. Mi padre, que ya estaba levantado y fuera del carro, entró de repente.

-¡Fuera de ahí! -gritó-. ¡Rápido, al suelo!

No perdió el tiempo. Me agarró rápidamente y me lanzó por la parte trasera de la carreta. Apenas tuve tiempo de hacerme a un lado cuando mi padre, mi madre y el bebé cayeron sobre el lugar de donde yo me había retirado.

-¡Aquí, Jesse! -me gritó mi padre, y me uní a él para hacer un agujero en la arena y cubrirnos con la rueda del carro. Lo hicimos con las manos, apresuradamente. Mi madre se unió también.

-¡Sigue cavando, hazlo más profundo! -ordenó mi padre.

Se levantó y salió a toda prisa, bajo la luz plomiza, dando órdenes mientras corría. (Por entonces ya conocía mi apellido. Me llamaba Jesse Fancher, y mi padre era el capitán Fancher.)

-¡Al suelo! -le oí gritar-. ¡Protegeos detrás de las ruedas y cavad agujeros en la arena! ¡Sacad a vuestras mujeres y niños de las carretas! ¡No disparéis! ¡Cesad el fuego! ¡Preparaos para cuando ataquen! ¡Que los hombres solteros se reúnan con Laban a la derecha, con Cochrane a la izquierda y conmigo en el centro! ¡Y no os levantéis, arrastraos!

Pero no atacaron. Durante un cuarto de hora continuaron los disparos irregulares. El mayor daño nos lo hicieron en el primer momento, cuando los disparos alcanzaron por sorpresa a varios de nuestros hombres que se habían levantado temprano a preparar las fogatas. Los indios -pues Laban afirmaba que eran indios- disparaban sobre nosotros desde campo abierto y tumbados en el suelo. Mientras amanecía, mi padre preparó a todos para el ataque. Estaba muy cerca del hoyo donde estábamos mi madre y yo, y le oí gritar:

-¡Ahora! ¡Todos juntos!

Desde la izquierda, la derecha y el centro, nuestros rifles abrieron fuego. Asomé la cabeza para mirar y pude distinguir a más de un indio herido. El fuego de éstos cesó de inmediato y les vi retroceder a pie, arrastrando consigo a sus muertos y heridos.

En aquel instante nos pusimos todos a trabajar. Mientras remolcábamos las carretas y las encadenábamos en círculo -hasta las mujeres y los niños empujaban con fuerza las ruedas-, hicimos balance de nuestras pérdidas. Por un lado, y esto era lo más grave, todos nuestros animales se habían escapado. Por otro, siete de nuestros hombres yacían junto a las hogueras que habían encendido. Cuatro estaban muertos y tres moribundos. Las mujeres se encargaban de cuidar a los heridos. El pequeño Rish Hardacre había sido alcanzado en el brazo por una bala. No tenía más de seis años; le recuerdo boquiabierto, sentado en las rodillas de su madre, mientras su padre le vendaba la herida. El pequeño Rish había dejado de llorar. Veía las lágrimas rodar por sus mejillas mientras él miraba sorprendido un hueso astillado que le salía del antebrazo.

Encontraron a la abuela White muerta en la carreta de los Foxwell. Era una vieja gorda e indefensa que no hacía más que sentarse y fumar su pipa. Era la madre de Abby Foxwell. Y la señora Grant también había muerto. Su marido permanecía sentado junto a su cuerpo, muy callado. No había lágrimas en sus ojos; simplemente permaneció sentado, con el rifle sobre sus rodillas, y todos le dejaron a solas.

Bajo la dirección de mi padre todos trabajaban sin descanso. Los hombres cavaron un foso enorme en el centro del corral, formando un gran parapeto con la arena extraída. Desde los carros hasta este foso las mujeres arrastraron mantas, comida y todo lo necesario. Todos los niños ayudamos. No se escuchaba gimoteo ni alboroto alguno; había mucho trabajo por hacer, y todos nosotros éramos gente nacida para trabajar.

El gran foso central estaba destinado a las mujeres y los niños. Bajo las carretas, alrededor de todo el círculo, se cavó una zanja poco profunda y se alzó un terraplén que serviría de parapeto para los combatientes.

Laban regresó de una exploración. Nos dijo que los indios se habían retirado media milla y que estaban celebrando un consejo. También les había visto trasladar a seis de los suyos fuera del terreno, tres de los cuales, dijo, estaban muertos.

De vez en cuando, durante la mañana de aquel primer día, observamos las nubes de polvo que advertían de los movimientos de un número considerable de jinetes. Estas nubes venían hacia nosotros, rodeándonos. Pero no vimos criatura viviente alguna. Una nube de polvo se alejaba de nosotros. Era inmensa, y todo el mundo decía que se trataba de nuestro ganado, que estaba siendo conducido lejos de allí. Y nuestras cuarenta carretas, que habían atravesado las Montañas Rocosas y medio continente, permanecieron allí, formando un círculo, indefensas. Sin ganado no podíamos seguir adelante.

A mediodía Laban regresó de otra exploración. Había visto más indios que se acercaban desde el sur, lo que demostraba que nos estaban cercando. En ese momento vimos una docena de hombres blancos que cabalgaban por la cima de la colina situada al Este y que nos observaban.

-Eso lo prueba todo -dijo Laban a mi padre-. Han puesto a los indios en nuestra contra.

-Son blancos como nosotros -oí cómo se quejaba Abby Foxwell a mi madre-. ¿Por qué no se nos unen?

-No son blancos -salté, vigilando el movimiento de la mano de mi madre-. Son mormones.

Aquella noche, cuando oscureció, tres de nuestros jóvenes se escabulleron del campamento. Les vi irse. Eran Will Aden, Abel Milliken y Timothy Grant.

-Se dirigen hacia Cedar City en busca de ayuda -dijo mi padre a mi madre mientras cenaba un rápido bocado.

Mi madre sacudió la cabeza.

-Hay muchos mormones cerca del campamento. Si ellos no nos ayudan, y no parece que vayan a hacerlo, la gente de Cedar City tampoco lo hará -dijo.

-Pero hay buenos mormones y malos mormones... -comenzó mi padre.

-Hasta ahora no hemos encontrado ninguno bueno -replicó ella, cortante.

No oí regresar a Abel Milliken y a Timothy Grant entrada la mañana, pero no tardé en enterarme. Todo el campamento estaba abatido por las noticias que traían. No habían recorrido más que unas millas cuando fueron desafiados por los blancos. Tan pronto como Will Aden dijo que formaban parte de la compañía de Fancher y que iban a Cedar City en busca de ayuda, le dispararon. Milliken y Grant consiguieron escapar. La noticia acabó con la última esperanza que existía en los corazones del grupo. Los blancos estaban detrás de los indios, y la maldición que habíamos presentido durante tanto tiempo caía al fin sobre nosotros.

El segundo día, por la mañana, nuestros hombres fueron a por agua y les dispararon. El manantial estaba tan sólo a cien pies del círculo, pero el camino que llevaba hasta él se encontraba vigilado por los indios, que ahora ocupaban la colina situada al Este. Estaban muy cerca, pues la colina no estaría a más de quince varas. Pero los indios no tenían demasiada puntería, y nuestros hombres trajeron el agua sin ser alcanzados.

Con la excepción de algún tiro ocasional que llegaba hasta el campamento, la mañana transcurrió tranquila. Nos habíamos sentado en el foso, y acostumbrados como estábamos a una vida dura, nos resultaba suficientemente cómodo. Por supuesto, no era agradable para los familiares de los muertos, y además había que cuidar de los heridos. Yo me escabullía constantemente de la vigilancia de mi madre, empujado por una curiosidad insaciable, ansioso por saber lo que estaba ocurriendo, y me las arreglé para ver gran parte de lo que sucedía. Dentro del círculo, en el lado sur del gran foso, se había cavado un agujero para enterrar a los siete hombres y a las dos mujeres, todos juntos. Sólo la señora Hastings, que había perdido a su marido y a su padre, causaba problemas. Gritaba y lloraba sin cesar, y pasó mucho tiempo hasta que las mujeres lograron calmarla.

En la colina del este los indios mantenían un alboroto y unos gritos tremendos. Sin embargo, a excepción de algún tiro esporádico, no hicieron nada más.

-¿Qué ocurre con esos malditos desgraciados? -se quejaba Laban, impaciente-. ¿Es que no pueden decidir lo que hacer y hacerlo de una vez?

Hizo mucho calor en el foso aquella tarde. El sol ardía bajo un cielo despejado, y no había viento. Los hombres, cargados con sus rifles en las zanjas, bajo las carretas, permanecían a la sombra; pero el gran foso en el que nos hacinábamos un centenar de mujeres y niños estaba expuesto al intenso sol. Y en él estaban también los heridos, sobre los que se levantaron toldos hechos con mantas. En el foso estábamos todos apiñados, y yo siempre me escapaba a la línea de fuego y armaba grandes jaleos para llevarle mensajes a mi padre.

Nuestro gran error había sido no formar el círculo de carretas alrededor del manantial, debido al revuelo del primer ataque, porque no sabíamos con qué rapidez nos alcanzaría el segundo. Ahora era demasiado tarde; a sólo quince varas de la posición de los indios, no nos atrevíamos a desencadenar las carretas. Dentro del corral, al sur de las tumbas, construimos una letrina, y al norte del foso, en el centro, un par de hombres, bajo las órdenes de mi padre, cavaron un pozo para sacar agua.

A media tarde vimos de nuevo a Lee. Iba a pie, cruzando diagonalmente el prado que había al noroeste, fuera del alcance de los disparos de nuestros rifles. Mi padre

enarboló una sábana de mi madre sobre un par de palos atados. Esa era nuestra bandera blanca, pero él no la vio y continuó su camino.

Laban quería salir y dispararle, pero mi padre le detuvo y le dijo que era evidente que los blancos todavía no sabían qué hacer con nosotros, y que un disparo a Lee les haría tomar rápidamente una mala decisión.

-Toma, Jesse -me dijo mi padre, rasgando una tira de la sábana y atándola a una pértiga-. Coge esto, ve afuera e intenta hablar con ese hombre. No le digas nada de lo que nos ha ocurrido. Sólo intenta que venga aquí a hablar con nosotros.

Mientras me disponía a obedecer y mi pecho se hinchaba de orgullo por mi misión, Jed Dunham gritó que quería ir conmigo. Jed tenía más o menos mi edad.

-Dunham, ¿puede tu hijo ir con Jesse? -preguntó mi padre al suyo- Así se vigilarán el uno al otro para no meterse en líos.

Y así fue como Jed y yo, dos niños de nueve años, salimos con la bandera blanca a conversar con el líder de nuestros enemigos. Pero Lee no quería hablar. Cuando nos vio acercarnos se escabulló. No logramos aproximarnos a él, y al cabo de un rato debió esconderse entre los arbustos, pues no volvimos a echarle el ojo, aunque sabíamos que no podía haberse escapado de allí sin ser visto.

Jed y yo recorrimos cientos de yardas entre los arbustos a nuestro alrededor. No nos habían dicho hasta dónde podíamos llegar, y como los indios no nos disparaban, continuamos andando. Estuvimos fuera unas dos horas; si uno de nosotros hubiese estado solo, habría regresado en un cuarto de hora. Pero Jed me daba valor, y yo a él.

Nuestra imprudencia resultó de provecho. Caminamos bajo la bandera blanca un largo trecho y vimos que habían sitiado nuestro campamento. Al sur de nuestro asentamiento, a menos de media milla de distancia, divisamos un gran campamento indio. Más allá, en la pradera, vimos a unos niños indios cabalgando velozmente sobre sus caballos.

También había posiciones indias en colina del este. Nos las arreglamos para trepar a la cima de manera que pudiésemos observar su ubicación. Estuvimos media hora in tentando contarlos y concluimos, haciendo un cálculo aproximado, que debía haber al menos unos doscientos. Vimos hombres blancos hablando con ellos.

Al nordeste de nuestro campamento, a menos de cien yardas, descubrimos un gran grupo de blancos bajo una elevación de tierra. Y más allá logramos ver cincuenta o sesenta caballos ensillados. A una milla, hacia el norte, vimos una pequeña nube de polvo que se acercaba. Jed y yo esperamos hasta ver a un hombre entrar al galope en el campamento de los blancos.

Cuando regresamos al círculo de carretas, lo primero fue una bofetada de mi madre por haber estado fuera tanto tiempo; pero mi padre nos elogió a Jed y a mí cuando le dimos toda la información.

-Es probable que nos ataquen ahora, capitán, hay que estar alerta -dijo Aaron Cochrane a mi padre-. El hombre que los chicos han visto ha ido allí por alguna razón. Los blancos están frenando a los indios mientras esperan nuevas órdenes. Tal vez ese hombre traiga la orden final. Desde luego no ahorran en caballos, eso téngalo por seguro.

Media hora después de nuestro regreso, Laban intentó realizar un reconocimiento del terreno llevando la bandera blanca. Pero no se había alejado del círculo ni veinte pies cuando los indios abrieron fuego contra él y tuvo que regresar a la carrera.

Justo antes de la puesta de sol, yo me encontraba en el foso con el bebé en brazos mientras mi madre extendía las mantas para dormir. Había tan poco espacio y estábamos tan apretujados que muchas mujeres habían dormido la noche anterior sentadas, con la cabeza sobre las rodillas. A mi lado, tan cerca que me tocaba el hombro

cada vez que extendía los brazos, Silas Dunlap se estaba muriendo. Un disparo le había alcanzado en la cabeza durante el primer ataque, y estuvo todo el día delirando, cantando canciones que recordaba. Una de ellas, que cantaba una y otra vez, ponía frenética a mi madre:

Dijo el primer diablo al segundo diablo:
-Dame un poco de tabaco de tu vieja petaca.
Y el segundo diablo le contestó al primero:
-Ahorra hermano, y tendrás siempre llena la petaca.

Me encontraba sentado justo a su lado, con el bebé en brazos, cuando el ataque estalló sobre nosotros. Anochecía y yo no le quitaba los ojos de encima a Silas Dunlap, que se estaba muriendo. Su mujer, Sarah, tenía una mano apoyada sobre la frente de éste. Tanto ella como su tía Martha lloraban en silencio. Y entonces se oyeron explosiones y balas de cientos de rifles. Era obvio que se habían desplegado de este a oeste, a través de la zona norte, para cosernos a balazos en nuestras posiciones. Nos agazapamos en el foso todo lo que pudimos. Los niños más pequeños comenzaron a llorar asustados mientras las mujeres trataban de calmarles.

Debieron caer sobre nosotros miles de disparos en los minutos siguientes. ¡Cómo me habría gustado escaparme del foso y atrincherarme bajo las carretas, desde donde los hombres mantenían un fuego constante pero irregular! Cada uno disparaba cuando tenía a un hombre a tiro. Pero mi madre sospechaba de mí, y me hizo agacharme y continuar con el bebé en brazos.

Estaba mirando a Silas Dunlap, que todavía temblaba, cuando mataron al bebé de los Castleton. Dorothy Castleton, que no tendría más de diez años, lo tenía en brazos cuando murió. A ella no le pasó nada. Les oí contarlo. Al parecer una bala había chocado en la parte alta de una carreta y rebotado hacia el foso. Había sido un accidente, dijeron, y si no se repetían accidentes como ese, allí donde estábamos, estábamos a salvo.

Cuando volví a mirar, Silas Dunlap estaba muerto, y sufrí una extraña decepción, me sentí engañado por no haber presenciado aquel acontecimiento tan especial. Nunca había visto morir a un hombre ante mis ojos.

Dorothy Castleton estaba histérica por lo ocurrido, gritó y gimió durante mucho rato, contagiando a la señora Hastings. Fue tal el alboroto que mi padre envió a Watt Cummings a ras tras hasta donde estábamos para averiguar qué había ocurrido.

El tiroteo cesó bien entrada la noche, aunque se oyeron tiros dispersos durante toda la noche. Dos de nuestros hombres resultaron heridos en este segundo ataque y les trajeron al foso. Bill Tyler había muerto en el acto; lo enterraron con los otros junto a Silas Dunlap y al bebé de los Castleton, en medio de la oscuridad.

Durante toda la noche los hombres se relevaron unos a otros para cavar más profundo, pero no encontraron más que arena húmeda. Algunos hombres intentaron conseguir un cubo de agua del manantial, pero les dispararon y abandonaron su propósito cuando Jeremy Hopkins resultó herido en la mano izquierda, a la altura de la muñeca.

A la mañana siguiente el calor y la sequía eran peores que nunca. Nos despertamos sedientos, y además no se había podido cocinar nada. Teníamos las bocas tan secas que no podíamos comer. Intenté tragar un pedazo de pan duro que me dio mi madre, pero no pude. Los disparos comenzaban y cesaban intermitentemente. A veces llegaban cientos de balazos hasta el campamento, otras se sucedía una tregua en que no se escuchaba ni un disparo. Mi padre les recordaba continuamente a los hombres que no malgastasen las balas porque andábamos cortos de municiones.

Los hombres cavaban en el pozo sin descanso. Era ya tan profundo que tenían que sacar la arena con cubos. Los hombres que la sacaban quedaban expuestos al tiroteo, y uno de ellos, Peter Bromley, quien dirigía los bueyes de la carreta de los Bloodgood y era el prometido de Jane Bloodgood, fue alcanzado en el hombro. Jane salió del foso de un salto y bajo las balas, corrió hacia él y le trajo a cubierto. Hacia el mediodía el pozo se derrumbó y hubo que trabajar con rapidez para sacar a los dos hombres que se habían quedado enterrados bajo la arena. Les llevó más de una hora sacar a Amos Wentworth. Después de aquello, taparon el pozo con tablones de los bajos de los carros y siguieron cavando. Pero todo lo que consiguieron sacar fue arena húmeda, y aunque ya habían cavado veinte pies, el agua no se filtraba.

Por entonces las condiciones en el foso eran terribles. Los niños se quejaban por la sed y los bebés, roncos de tanto llorar, seguían llorando. Robert Carr, otro herido, yacía a diez pies de mi madre y de mí. Había enloquecido y sacudía sus brazos en alto pidiendo agua. Algunas de las mujeres habían casi enloquecido como él y no cesaban de gritar contra los mormones y los indios. Muchas rezaban sin cesar, y las tres hermanas mayores de los Demdike cantaban salmos junto a su madre. Otras cogían arena húmeda extraída del fondo del pozo y la ponían sobre los cuerpos desnudos de los bebés para refrescarlos.

Los dos hermanos Fairfax no pudieron soportarlo más y, con cubos en las manos, se arrastraron por debajo de un carro y se apresuraron hacia el manantial. Giles no iba ni por la mitad del camino cuando cayó. Royer llegó y regresó sin ser herido. Trajo consigo dos cubos medio llenos, pues el agua se le había caído mientras corría. Giles regresó arrastrándose, y cuando le ayudaron a entrar al foso sangraba por la boca y no paraba de toser.

No se pudo hacer mucho con dos medios cubos de agua para un centenar que éramos, sin contar a los hombres. Sólo bebieron un poco los bebés, los niños pequeños y los heridos. Yo no conseguí ni un sorbo, pero mi madre humedeció un trapo en unas cucharaditas de agua que había conseguido para el bebé. Ella ni siquiera la probó, y me dejó el jirón de trapo húmedo para que lo masticase.

La situación empeoró indescriptiblemente durante la tarde. El sol ardía y no soplaba ni una ligera brisa, con lo que nuestro agujero en la arena se convirtió muy pronto en un horno asfixiante. Nos aturdían continuamente las explosiones de los rifles y los gritos de los indios. Sólo de vez en cuando mi padre permitía algún tiro desde nuestra trinchera, y únicamente disparado por nuestros mejores tiradores, como Laban o Timothy Grant. Pero sobre nosotros caía un chorro de plomo continuo. Sin embargo, no hubo más accidentes; nuestros hombres permanecieron agachados en las trincheras, sin disparar. Hubo tan sólo cuatro heridos, uno de ellos de gravedad.

Mi padre vino desde la trinchera durante una tregua. Se sentó durante unos minutos entre mi madre y yo, sin hablar. Parecía estar escuchando los gemidos y los llantos que suplicaban agua. Una vez salió del foso y se acercó al pozo a investigar. No trajo más que arena mojada que dispuso en una espesa capa sobre el pecho y los hombros de Robert Carr. Después fue junto a Jed Dunham y su madre y envió a alguien a las trincheras en busca del padre de Jed. Estábamos tan apretados que cuando alguien entraba al foso tenía que arrastrarse cuidadosamente entre los cuerpos que allí yacían.

Después de un rato mi padre regresó arrastrándose hasta nosotros.

-Jesse -preguntó-, ¿te dan miedo los indios?

Negué con la cabeza enérgicamente, adivinando que iba a ser enviado en otra misión de honor.

-¿Te dan miedo los malditos mormones?

-Ningún maldito mormón me asusta -respondí, aprovechando la oportunidad de maldecir a nuestros enemigos sin temer la mano de mi madre.

Percibí una pequeña sonrisa en sus cansados labios cuando escuchó mi respuesta.

-Muy bien, Jesse, ¿irás con Jed al manantial a por agua? -preguntó.

Yo estaba entusiasmado.

-Os vamos a disfrazar a los dos de niñas -continuó-, puede que así no disparen.

Insistí en ir tal como era, un varón que usaba pantalones, pero acepté la idea cuando mi padre sugirió que buscaría a algún otro chico para que se disfrazase y acompañase a Jed.

Trajeron un arcón de la carreta de los Chattox. Las hermanas Chattox eran dos gemela de aproximadamente nuestra estatura. Varias mujeres se acercaron a ayudar. Nos pusieron las mudas de domingo, que habían venido desde Arkansas en el arcón.

Mi madre, preocupada como estaba, dejó al bebé con Sarah Dunlap y vino a la trinchera conmigo. Allí, bajo un carro y protegidos por el parapeto de arena, Jed y yo recibimos nuestras últimas instrucciones. A continuación nos deslizamos hasta el exterior y nos pusimos en pie. Íbamos vestidos casi iguales, medias blancas, vestidos blancos, una gran banda azul en la cintura y sombreritos también blancos. Íbamos cogidos de la mano, y en cada una de nuestras manos libres cargábamos dos pequeños cubos.

-Id con calma -nos advirtió mi padre cuando comenzamos a avanzar-. Caminad despacio, como las niñas.

No nos dispararon ni una sola bala. Llegamos a la fuente a salvo, llenamos los cubos y nos sentamos para tomar un gran trago. Con un cubo lleno en cada mano iniciamos el trayecto de vuelta. Y tampoco nos dispararon.

No puedo recordar cuántos viajes hicimos, quizás quince o veinte. Caminamos despacito, siempre cogidos de la mano, siempre regresando lentamente con nuestros cubos de agua. Era increíble cuán sedientos nos encontrábamos. Nos sentamos varias veces a tomar largos tragos.

Pero fue demasiado para nuestros enemigos. No podía creer que los indios retuvieran el fuego durante tanto tiempo, niñas o no, de no ser que obedecieran órdenes de los blancos que estaban con ellos. De repente, cuando Jed y yo nos disponíamos a comenzar otra excursión, un rifle disparó un tiro desde la colina india, y después otro.

-¡Volved! -gritó mi madre.

Miré a Jed y vi que él me miraba a mí. Sabía que era muy obstinado y que estaba decidido a ser el último en volver. Así que comencé a avanzar, y en ese mismo momento avanzó él.

-¡Jesse! -gritó mi madre. Y por su voz supe que me esperaba más que una simple bofetada a la vuelta.

Jed me ofreció su mano, pero yo me negué.

-A por ella -dije.

Y mientras corríamos a toda prisa a través de la arena parecía que todos los rifles de la colina india dispararan a la vez. Llegué a la fuente un poco antes que él, por lo que tuve que esperar a que llenase los cubos.

-Ahora corre -dijo él; y supe, por el modo pausado de llenar sus cubos, que quería ser el último.

Así que me agaché y, mientras le esperaba, observé el polvo que levantaban las balas. Comenzamos juntos el trayecto de vuelta.

-No tan rápido -le advertí-, o derramarás la mitad del agua.

Mi observación le molestó y se hizo el vago ostensiblemente. A mitad de camino tropecé y caí de cabeza. Una bala, que cayó justo delante de mí, me llenó los ojos de arena. En ese momento creí que me había alcanzado un tiro.

-Lo has hecho a propósito -refunfuñó Jed mientras me ponía en pie; se había quedado esperándome.

Capté su idea. Él pensó que me había caído deliberadamente para derramar el agua y regresar a por más. La rivalidad entre nosotros era muy seria, tanto que de inmediato me aproveché de lo que me había imputado y corrí hacia el manantial. Y Jed Dunham, menospreciando las balas que levantaban polvo a su alrededor, permaneció de pie a campo abierto y me esperó. Regresamos uno al lado del otro, recibiendo honores a pesar de nuestra insensatez. Pero cuando entregamos el agua, Jed tan sólo tenía un cubo lleno. Una bala había atravesado el otro.

Mi madre me dio un sermón sobre la desobediencia. Seguramente sabía que mi padre no le permitiría que me abofetease después de la hazaña realizada; mientras me ser moneaba, mi padre me guiñó un ojo por encima del hombro de mi madre. Era la primera vez que mi padre me hacía un guiño.

De regreso al foso, Jed y yo nos convertimos en héroes. Las mujeres lloriqueaban y nos bendecían y besaban y vapuleaban. Confieso que yo estaba tremendamente orgulloso por las demostraciones de afecto, aunque, al igual que Jed, dejé claro que no me habían gustado. Pero Jeremy Hopkins, con su muñón izquierdo vendado, dijo que estábamos hechos de la materia de la que estaban hechos los hombres blancos como Daniel Boone, Kit Carson y David Crockett. Aquello me enorgulleció mucho más que todo lo demás.

Al final del día me estuvo molestando la arena que se me había metido en el ojo a causa del balazo en el suelo. Lo tenía inyectado en sangre, dijo mi madre; me dolía mucho, tanto si lo mantenía abierto como si lo cerraba, probé de las dos maneras.

Las cosas estaban más calmadas en el foso, pues todos pudimos beber agua, aunque no sabíamos cuándo volveríamos a conseguirla. Además, casi nos habíamos quedado sin munición. Después de buscar por todas las carretas, mi padre consiguió cerca de dos kilos de pólvora. Poca más quedaba en las latas de los hombres.

Recordaba el ataque del día anterior, al anochecer, y esta vez me anticipé y salí gateando hasta la trinchera antes de la puesta del sol. Me acerqué sigilosamente a Laban. Estaba ocupado mascando tabaco y no se dio cuenta dé mi presencia. Le observé durante un rato, temiendo que al descubrirme me mandase de vuelta. Echaba una larga mirada fuera, entre las ruedas de los carros, mascaba durante un momento y luego escupía cuidadosamente en un pequeño agujerito que había hecho en la arena.

-¿Qué tal va eso? -pregunté. Así solía dirigirse él a mí.

-Bien -respondió-. Bastante mejor, Jesse, ahora que puedo volver a mascar tabaco. Tenía la boca seca y no había podido mascar desde que salió el sol hasta que trajiste el agua.

En ese momento un hombre asomó la cabeza y los hombros por encima de la colina del nordeste, ocupada por los blancos. Laban le apuntó con su rifle durante un largo minuto. Después sacudió la cabeza.

-Cuatrocientos metros. No, no me arriesgo. Puede que le dé y puede que no, y tu padre está bastante preocupado por la pólvora.

-¿Qué posibilidades tenemos? -pregunté al estilo de los hombres, ya que desde mi hazaña con el agua me sentía valiente como un adulto.

Laban pareció considerar su respuesta cuidadosamente antes de responder.

-Jesse, no te voy a negar que estamos en un maldito agujero. Pero saldremos de aquí, por supuesto que saldremos, puedes apostar hasta el último dólar a que lo haremos.

-Algunos de nosotros no lo haremos -objeté.

-¿Quién, por ejemplo? -interrogó.

-Por ejemplo Bill Tyler, la señora Grant, Silas Dunlap y el resto.

-¡Caramba, Jesse! Esos ya están bajo tierra. ¿Acaso no sabes que todo el mundo tiene que enterrar a sus muertos a lo largo del camino? Ha sido así desde hace miles de años y se seguirá haciendo mientras haya vivos. Jesse, la vida y la muerte van mano a mano. Y nacemos tan deprisa como morimos; incluso creo que más rápido, porque crecemos y nos multiplicamos. Y en cuanto a ti, tú podrías haber muerto esta tarde trayendo agua. Pero estás aquí, ¿verdad?, hablando conmigo y deseoso de crecer y ser el padre de una gran familia en California. Dicen que en California todo crece mucho.

Su tono jovial me animó a hablarle de algo que tenía en mente hacía mucho tiempo.

-Laban, supongamos que te matan aquí.

-¿A quién? ¿A mí? -gritó.

-Digo "supongamos" -expliqué.

-Ah, de acuerdo. Sigue. Supongamos que me matan.

-¿Me darás tus cabelleras?

-Tu madre te daría una buena bofetada si te pillara con ellas -dijo, tratando de ganar tiempo.

-No tengo por qué llevarlas cuando ella esté cerca. Pero si te matan, Laban, alguien tiene que quedarse con las cabelleras. ¿Por qué no yo?

-¿Por qué no? -repitió-. De acuerdo, ¿por qué no tú? Muy bien Jesse. Me gustas, y tu padre también. Si me matan, las cabelleras son tuyas, y el cuchillo de cortar cabelle ras también. Timothy Grant está de testigo. ¿Has oído eso, Timothy?

Timothy dijo que sí, y yo me tendí, enmudecido, sobre la sofocante trinchera, tan emocionado por mi buena fortuna que no tuve palabras para agradecérselo.

La idea de acercarme a la trinchera quedó recompensada. Al anochecer hubo otro ataque, nos dispararon miles de tiros, que afortunadamente no rozaron a ninguno de los nuestros. Por otro lado, aunque disparamos apenas una treintena de balazos, vi cómo Laban y Timothy Grant mataban cada uno a un indio. Laban me dijo que solamente habían disparado los indios. Estaba seguro de que ni un solo blanco había usado su arma, hecho que le extrañaba profundamente. Los blancos no nos ofrecieron ayuda pero tampoco nos atacaron, y durante todo el tiempo estuvieron realizando negociaciones con los indios que nos estaban disparando.

A la mañana siguiente cayó sobre nosotros la crueldad de la sed. Me levanté con la primera luz del alba. Había caído un rocío denso y los hombres, mujeres y niños lamían los arneses de los carros, los frenos, las cubiertas de las ruedas...

Se decía que Laban había regresado de una exploración justo antes de que amaneciese; que había reptado hasta las posiciones de los blancos, que ya estaban en pie, y que les había visto rezar en un gran círculo a la luz de las hogueras. También contó que había escuchado en sus rezos palabras referidas a nosotros y a lo que nos iban a hacer.

-Que Dios les envíe la luz, pues -escuché como le decía una de las hermanas Demdike a Abby Foxwell.

-Y pronto -respondió Abby Foxwell-, pues no sé qué haremos un día entero sin agua y sin pólvora.

Aquella mañana no ocurrió nada. No se oyó ni un disparo. Tan sólo ardía el sol a través del reposado aire. Nuestra sed aumentó y pronto los bebés comenzaron a llorar y los niños pequeños a gimotear y a quejarse. Al mediodía Will Hamilton tomó dos grandes cubos y partió hacia la fuente. Pero antes de que saliera de debajo del carro, Ann Demdike corrió hacia él, le rodeó con sus brazos e intentó evitar su partida. El habló con ella, la besó y se fue. No le dispararon ni una sola vez, ni tampoco cuando regresó cargado con el agua.

-¡Demos gracias al Señor! -gritó la vieja señora Demdike-. ¡Es una señal, se han compadecido!

Esta era la opinión de un gran número de mujeres.

Alrededor de las dos de la tarde, después de haber comido y haber recuperado los ánimos, apareció un hombre blanco portando una bandera blanca. Will Hamilton salió a conversar con él, regresó y habló con mi padre y con el resto de nuestros hombres, y después salió de nuevo para hablar con el desconocido. Más allá pudimos ver a un hombre de pie y mirándonos, a quien reconocimos como Lee.

Nos invadió el entusiasmo y la agitación. Las mujeres se sentían tan aliviadas que lloraban y se besaban unas a otras; la vieja señora Demdike y las demás cantaban aleluyas y daban gracias a Dios. La propuesta, que nuestros hombres aceptaron, consistía en salir del foso bajo la bandera blanca y así estar protegidos de los indios.

-Tenemos que hacerlo -oí que mi padre decía a mi madre.

Él estaba sentado, con los hombros caídos y abatido, sobre la lanza de un carro.

-¿Pero qué pasará si ellos intentan traicionarnos? -preguntó mi madre.

Mi padre se encogió de hombros.

-Tenemos que confiar en ellos-respondió- No nos queda munición.

Algunos de nuestros hombres desencadenaron una carreta y la movieron unos pies. Corrí para ver qué estaba sucediendo. Entró Lee, montado a caballo y seguido de dos carretas vacías, cada una conducida por un hombre. Todo el mundo se aglomeró alrededor de Lee. Éste dijo que les había costado mucho alejar a los indios de nosotros y que el Mayor Higbee, con una milicia mormona de cincuenta hombres, estaba preparado para tomarnos bajo su mando.

Pero lo que hizo sospechar a mi padre, a Laban y a algunos hombres fue que Lee dijera que debíamos dejar todos nuestros rifles en uno de los carros, para no provocar a los indios. De ese modo pareceríamos prisioneros de la milicia mormona.

Mi padre se puso en pie y estaba a punto de rechazar la propuesta cuando miró a Laban, quien le dijo en voz baja:

-No vamos a hacer más uso de ellos en nuestras manos que en la carreta; no nos queda pólvora.

Dos de los heridos, que no podían caminar, fueron colocados en las carretas y junto a ellos pusieron a los niños pequeños. Lee parecía elegirlos en dos grupos, menores y mayores de ocho años. Jed y yo éramos bastante grandes para nuestra edad, aparte de tener nueve años, de modo que Lee nos puso en el grupo de los mayores y nos dijo que caminaríamos con las mujeres.

Cuando cogió el bebé de los brazos de mi madre y lo metió en la carreta, ésta comenzó a protestar. Luego le vi apretar los labios y ceder. Era una mujer de ojos grises, robusta, de mediana edad, de huesos grandes y llena de energía. Pero el largo viaje y todas las penalidades sufridas habían hecho mella en ella, se le habían hundido las mejillas, estaba flaca y demacrada y, al igual que el resto de mujeres de la compañía, en su rostro asomaba una expresión de ansiedad continua e inquietante.

Cuando Lee explicó el orden de la marcha, Laban se acercó a mí. Lee dijo que las mujeres y los niños caminarían en primer lugar, seguidos de las dos carretas. Después

los hombres, en fila, seguirían a las mujeres. Cuando Laban escuchó esto vino hasta mí, desató las cabelleras de su cinturón y las ató a la mía.

-Pero todavía no te han matado -protesté.

-Apuesta tu vida a que no lo harán -respondió suavemente-. Simplemente he cambiado de planes, eso es todo. Esto de llevar las cabelleras es algo pagano y sin importancia.

Se detuvo un instante, como si hubiese olvidado algo. Después, tras dar media vuelta para alcanzar a los hombres de su compañía, me dijo por encima de su hombro:

-Bueno, adiós, Jesse.

Me estaba preguntando por qué decía adiós cuando un blanco entró montado a caballo. Dijo que el mayor Higbee le había enviado para decirnos que nos diésemos prisa porque los indios atacarían en cualquier momento.

De este modo comenzó la marcha, con los dos carros a la cabeza. Lee caminaba junto a las mujeres y los niños. Detrás de nosotros, a unos cien pies, caminaban nuestros hombres. Cuando salimos del círculo vimos la milicia a poca distancia. Llevaban sus rifles y estaban dispuestos en hilera, separados unos de otros por seis pies. Mientras pasábamos no pude evitar fijarme en la solemnidad de sus rostros. Parecía un cortejo fúnebre. Las mujeres también lo notaron, y algunas de ellas se echaron a llorar.

Yo caminaba detrás de mi madre. Había elegido este lugar a propósito para que no viese las cabelleras. Detrás de mí venían las hermanas Demdike, dos de ellas ayudando a su madre. Escuchaba a Lee repetir a los hombres que conducían las carretas que no fuesen tan rápido. Un hombre, que según una de las hermanas Demdike debía ser el mayor Higbee, nos observaba desde su caballo. No había ni un solo indio a la vista.

Cuando los hombres llegaron a la altura de la milicia, mientras me volvía para ver dónde estaba Jed Dunham, ocurrió todo. Oí al Mayor Higbee gritar en voz alta:

-¡Cumplid con vuestro deber!

Todos los rifles de la milicia parecieron dispararse al mismo tiempo, y nuestros hombres fueron cayendo muertos. Las Demdike cayeron todas a la vez. Me volví rápida mente para ver cómo estaba mi madre, y ya estaba en el suelo. Justo a nuestro lado, salieron de detrás de los arbustos cientos de indios, todos disparando. Vi a las dos hermanas Dunlap salir corriendo por la arena y las seguí, porque tanto los blancos como los indios intentaban matarnos a todos. Y mientras corría vi al conductor de una de las carretas disparar a los dos heridos. Los caballos del otro carro cabeceaban encabritados mientras el conductor intentaba agarrarlos.

Mientras corría tras las hermanas Dunlap se hizo la oscuridad sobre mí. Todos los recuerdos acaban ahí, porque Jesse Fancher acabó para siempre. La forma que ocupaba Jesse Fancher, el cuerpo que era suyo, simple materia aparente, pasó como una aparición y dejó de existir. Pero el espíritu inmortal no desapareció. Continuó existiendo, y en su nueva encarnación se convirtió en el espíritu que vivía en el interior del cuerpo conocido como Darrell Standing, a quien pronto ahorcarían y enviarían a la nada, donde van todas las apariciones.

Hay en Folsom un condenado a cadena perpetua, Matthew Davies, un viejo pionero, que es ordenanza del cadalso y de la cámara de ejecución. Es ya anciano, y en el pasado cruzó con su gente las grandes llanuras. He hablado con él, y me ha confirmado la masacre en la que Jesse Fancher falleció. Cuando este viejo recluso era un niño, se hablaba mucho en su familia de la masacre en las praderas de Mountain

Meadows. Los niños que había en los carros, dijo, se salvaron, porque eran demasiado jóvenes para contar lo ocurrido.

Todo tal y como se lo he contado. Nunca, durante mi vida como Darrell Standing, he leído una sola línea ni he escuchado una sola palabra con respecto a la Compañía Fancher que pereció en Mountain Meadows. Sin embargo, todo esto llegó hasta mí en la prisión de San Quintín. No pude crear todo de la nada, como tampoco podía sacar la dinamita de la nada. Todo esto, todos los hechos que he relatado, sólo tienen una explicación. Han salido de mi espíritu, el espíritu que, a diferencia de la materia, nunca perece.

Para cerrar este capítulo les diré que, según Matthew Davies, algunos años después de la masacre los oficiales del gobierno de los Estados Unidos prendieron a Lee. Fue ejecutado en Mountain Meadows, en el mismo lugar donde estuvieron nuestras carretas.

14.

Cuando terminaron mis primeros diez días en la camisa de fuerza, el doctor Jackson me devolvió la conciencia levantándome el párpado con su dedo pulgar. Abrí los ojos y escupí una sonrisa a la cara del alcaide Atherton.

-Demasiado repugnante para vivir y demasiado miserable para morir -fue su único comentario.

-Ya han pasado los diez días, alcaide -susurré.

-Muy bien, vamos a desatarte -bramó.

-No me refiero a eso -dije-. Ya ha visto mi sonrisa. Recuerde que tenemos una pequeña apuesta pendiente. No se moleste en desatarme. Tan sólo entregue el tabaco y el papel de fumar a Morrell y a Oppenheimer. Y por si acaso, aquí tiene otra sonrisa.

-Conozco a los tipos como tú, Standing -comenzó a sermonear-. Pero no conseguirás nada con esto. Si no acabo contigo, serás tú quien rompa todos los récords de la camisa de fuerza.

-Ya lo ha hecho -dijo el doctor Jackson-. ¿Dónde se ha visto un hombre que logre sonreír después de diez días de un suplicio como éste?

-Tonterías -respondió Atherton-. Desátale, Hutchins.

- ¿Por qué? ¿A qué tanta prisa? -inquirí con un débil suspiro, pues tanto había disminuido la vida en mi interior que necesitaba de todas las fuerzas que poseía y toda mi voluntad para ser capaz siquiera de susurrar-. ¿A qué tanta prisa? No he de coger ningún tren, y me encuentro tan cómodo que preferiría no ser molestado.

Pero me desataron, me desenrollaron y quedé fuera de la fétida lona, sobre el suelo, inerte e indefenso.

-No me extraña que se sienta cómodo -dijo el capitán Jamie-. No siente nada; está paralizado.

-Paralizada su abuela -añadió con sorna el alcaide-. Ponedle en pie y veréis cómo se mantiene.

Hutchins y el doctor me arrastraron hasta ponerme en pie.

-¡Ahora, andando! -ordenó el alcaide.

La vida no puede volver de golpe a un cuerpo que ha estado prácticamente muerto durante diez días, así que, sin fuerza alguna en mi carne, me fallaron las rodillas, me tambaleé y caí de lado, haciéndome un tajo en la frente con la pared.

-Ya ve -dijo el capitán Jamie.

-Buena actuación -replicó Atherton-. Este hombre es capaz de cualquier cosa.

-Tiene razón, alcaide -susurré desde el suelo-. Lo hice a propósito. Tenía ensayada la caída. Levánteme otra vez y lo repetiré. Le prometo que se reirá.

No me detendré a contar la agonía que supone el regreso de la circulación sanguínea. Acabó convirtiéndose en algo habitual, y es la causa de las marcas y arrugas que adornan mi cara y que arrastraré hasta el cadalso.

Cuando por fin me dejaron, me quedé tumbado el resto del día, aturdido y medio inconsciente. Existe lo que se conoce como anestesia del dolor, engendrada por un dolor tan agudo que uno acaba totalmente insensible. Yo he conocido esa anestesia.

Por la tarde ya era capaz de arrastrarme por la celda, pero todavía no podía ponerme en pie. Bebí mucha agua y me limpié lo mejor que pude; pero hasta el día siguiente no pude comer nada, y entonces sólo logre hacerlo gracias a mi gran fuerza de voluntad.

El plan, según me había comunicado el alcaide Atherton, consistía en dejarme descansar y recuperarme durante unos días, y después, si todavía no había confesado dónde estaba la dinamita, pasaría otros diez días en la camisa de fuerza.

-Siento causarle tantos problemas, alcaide -le dije-. Es una lástima que no haya muerto en la camisa para que deje usted de sufrir.

Dudo que en aquel momento pesara más de noventa libras. Dos años antes, cuando las puertas de San Quintín se cerraron por primera vez detrás de mí, pesaba más de ciento sesenta y cinco. Parecía increíble que pudiese perder una onza más y seguir con vida. En los meses siguientes seguí bajando de peso, onza a onza, hasta que llegué a pesar ochenta o noventa libras. Sí sé que algo más tarde, después de salir de la celda de incomunicación y golpear al guardia Thurston en la nariz, pesaba ochenta y nueve libras, porque me pesaron mientras me afeitaban y lavaban para llevarme al juicio en San Rafael.

Hay quien no se explica cómo los hombres se vuelven duros. El alcaide Atherton era un hombre duro. Él me convirtió en un hombre duro, y mi tenacidad le volvió a él todavía más cruel. Pero nunca consiguió matarme. Fueron necesarias las leyes del estado de California, un juez aficionado a los ahorcamientos y un gobernador severo para enviarme al cadalso por golpear a un guardia con el puño. Siempre diré que aquel guardia tenía la nariz más blanda que he conocido nunca. En aquel momento yo era un esqueleto debilucho y ciego como un murciélago. A veces me pregunto si de veras le sangró la nariz. Por supuesto, él juró que sí en el estrado. Pero he conocido a guardias que, bajo juramento, han cometido perjurios más graves.

Ed Morrell estaba impaciente por saber si había continuado con el experimento, pero cuando intentó comunicarse conmigo, Smith, el guardia que se encontraba de servicio en aquel momento, le hizo callar.

-No pasa nada, Ed -deletreé-. Tú y Jake quedaos callados y os lo contaré todo. Smith no puede evitar que escuchéis, ni tampoco puede impedirme que os lo cuente. Me han hecho ya lo peor, y todavía sigo aquí.

-¡Corta ya, Standing! -rugió Smith desde el otro extremo del pasillo.

Smith era un individuo taciturno y peculiar, el más cruel y vengativo de todos los guardias. Solíamos hacer apuestas sobre si su mujer le engañaba o si sufría de indigestión crónica.

Continué golpeando con los nudillos y se acercó a la puerta de mi celda para lanzarme una mirada de odio.

-Te he dicho que pares -gruñó.

-Lo siento -respondí suavemente-, pero tengo el presentimiento de que voy a continuar con mi conversación. Y, por cierto, perdone que le haga una pregunta personal, ¿qué va a hacer al respecto?

-Te voy a... -incapaz de concluir su amenaza, demostró una vez más que tenía la cabeza hueca.

-¿Y bien? -le animé-. ¿Qué hará, rezar?

-Traeré al alcaide -dijo sin convicción.

-Sí, por favor. Un hombre mucho más encantador, sin duda. Un brillante ejemplo de la refinada influencia que hay en nuestras prisiones. Tráigale de una vez. Estoy deseando hablarle de usted.

-¿De mí?

-Sí, de usted precisamente -continué-. Usted insiste, grosero y con malos modos, en interrumpir mi conversación con los demás invitados de este mesón.

Y vino el alcaide Atherton. La puerta estaba abierta y entró en mi celda con aire arrogante. Pero yo estaba a salvo. Ya me había llevado el peor castigo y me encontraba, de este modo, fuera de su alcance.

-¡Te vas a quedar sin comida! -me amenazó.

-Como prefiera -respondí-. Ya estoy acostumbrado. No he probado bocado en diez días y, ¿sabe una cosa?, intentar comer algo no sería más que una maldita molestia.

-Vaya, estás intentando amenazarme, ¿verdad? Una huelga de hambre, ¿no?

-Perdone -dije con tono malhumorado aunque cortés-. La propuesta es suya, no mía. Intente ser lógico por una vez. Confío en que me creerá si le digo que su falta de lógica resulta más difícil de soportar que sus torturas.

-¿Vas a dejar golpear con los nudillos? -preguntó.

-No; perdóneme por irritarlo, pero siento una necesidad compulsiva e irrefrenable de hablar con los nudillos...

-Te enviaré de nuevo a la camisa de fuerza -interrumpió.

-Hágalo, se lo ruego. Adoro la camisa de fuerza, practicamente soy su hijo. Engordo cada vez que estoy encamisado. Mire este brazo -me levanté la manga y le mostré un bíceps tan debilitado que al flexionarlo parecía una cuerda.

-Es un bíceps de herrero, ¿verdad, alcaide? Échele una mirada a este bárbaro pecho. Sandow habría visto peligrar sus medallas. Y mi abdomen, madre mía, mire, me estoy volviendo tan corpulento que mi caso será un escándalo de sobrealimentación penitenciaria. Tenga cuidado, señor alcaide, o los contribuyentes se le echarán encima.

-¿Vas a dejar de golpear con los nudillos? -rugió.

-No, y le agradezco su amable preocupación. Tras largas deliberaciones he resuelto continuar con mi charla.

Me miró fijamente por un momento y después, vencido por su propia impotencia, se volvió para marcharse.

-Una sola pregunta, si me permite.

-¿Qué ocurre? -preguntó por encima del hombro.

-¿Qué va a hacer al respecto?

Tal fue su cólera que no puedo explicarme todavía cómo no sufrió una apoplejía.

Hora tras hora, después de la apresurada salida del alcaide, golpeteé sin cesar mis aventuras. Pero hasta la noche, cuando entró Carapastel Jones a hacer su turno y al momento se quedó dormido, no pudieron Morrell y Oppenheimer participar en la conversación.

-Puros sueños -fue el veredicto de Oppenheimer.

Sí, pensaba yo; nuestras experiencias son la sustancia de nuestros sueños.

-Cuando yo era mensajero nocturno fumé opio alguna que otra vez -continuó Oppenheimer-. Y te digo que conmigo no funciona eso de las visiones. Supongo que es lo que hacen todos los escritores de novelas, fumar para avivar su imaginación.

Pero Ed Morrell, que había peregrinado por las mismas sendas que yo, aunque con resultados distintos, creyó mi relato. Me dijo que cuando su cuerpo moría en la camisa de fuerza y abandonaba la prisión, continuaba siendo Ed Morrell. Nunca experimentó existencias anteriores. Cuando su espíritu erró libre, erró siempre en el presente. Según nos dijo, del mismo modo que podía abandonar su cuerpo y contemplarlo yaciendo encamisado sobre las losas de la celda, también podía salir de la cárcel y, siempre en el presente, visitar San Francisco y ver lo que estaba ocurriendo. De este modo había visitado a su madre dos veces, y en ambas ocasiones la encontró dormida. Cada vez que se transfiguraba en ese espíritu errante decía no tener poder sobre las cosas materiales. No podía abrir o cerrar una puerta, mover un objeto, hacer un ruido o manifestar su presencia. Por otra parte, las cosas materiales no tenían poder sobre él. Las puertas y las paredes no eran ningún obstáculo. La entidad, o la cosa real que él era, no era más que un espíritu.

-La tienda de la esquina, a media manzana de la casa de mi madre, cambió de dueño -nos dijo-. Lo supe porque tenía un letrero diferente. Tuve que esperar seis meses hasta que pude escribir mi primera carta, y en ella le pregunté a mi madre sobre eso. Y contestó que sí, que había cambiado.

-¿Leíste aquel letrero del local? -preguntó Jake Oppenheimer.

-Por supuesto que lo leí -respondió Morrell-. ¿Cómo podría, si no, saberlo?

-De acuerdo -golpeó el incrédulo Oppenheimer-. Puedes demostrármelo fácilmente. Cuando alguna vez nos pongan un guardia amable para hacer el turno, nos dejará echar una mirada al periódico; tú haz que te encamisen, sal de tu cuerpo y acércate hasta San Francisco. Déjate caer entre la Tercera y el Mercado sobre las dos o las tres de la mañana, cuando están saliendo de imprenta los periódicos. Lee las últimas noticias. Luego vuelve rápidamente a San Quintín, antes de que la edición de la prensa cruce la bahía, y cuéntame lo que hayas leído. Entonces, si lo que me dices aparece en ese periódico, me apunto contigo a uno de esos viajecitos.

Era una buena prueba. No podía más que coincidir con Oppenheimer en que era una prueba absoluta. Morrell dijo que aceptaría el reto en otra ocasión, que le desagradaba tanto el proceso de dejar su cuerpo que no lo intentaría hasta que no tuviera que soportar otro castigo en la camisa de fuerza.

-Eso es lo que hacen todos, nunca sacan nada provechoso -le criticó Oppenheimer-. Mi madre creía en los espíritus. Cuando era niño ella los veía y hablaba con ellos, le daban consejos. Pero nunca sacó de ellos nada de provecho. Los espíritus no le decían dónde podría encontrar trabajo el viejo, o dónde encontrar una mina de oro, o cómo ganar en la lotería china. Sólo le decían sandeces. Lo único que le dijeron fue que el tío de mi padre tenía bocio, o que el abuelo del viejo había muerto de tisis galopante, o que nos íbamos a mudar de casa en cuatro meses, lo cual era fácil de adivinar, porque nos mudábamos un promedio de seis veces al año.

Creo que si Oppenheimer hubiese tenido la posibilidad de conseguir una buena educación, se habría convertido en un Marinetti o en un Haeckel. Era un hombre terrenal, y su devoción por lo real y su lógica eran admirables. “Demuéstramelo”, era la regla por la que se guiaba. No albergaba ni un ápice de fe. Eso es lo que Morrell señalaba una y otra vez. La falta de fe había hecho que Oppenheimer no lograse alcanzar la pequeña muerte en la camisa de fuerza.

Como verá, querido lector, no todo era desesperación en aquella situación de aislamiento. Con tres mentes como las nuestras, había para pasar el rato. Bien puede ser

que aquello nos mantuviese alejados de la locura, aunque debo admitir que Oppenheimer se pudrió durante cinco años completamente solo e incomunicado, antes de la llegada de Morrell, y aún así se mantuvo muy cuerdo.

Por otro lado, no caiga en el error de pensar que aquella vida en las celdas de aislamiento se asemejaba a una salvaje orgía de comunión despreocupada y de excitante búsqueda psicológica. Sufríamos mucho y terriblemente. Nuestros guardias eran unos brutos, eran bestias salvajes. Nos rodeaba la mezquindad. La comida era inmunda, monótona, insustancial. Tan sólo los hombres, con fuerza de voluntad, podían sobrevivir con aquellas raciones tan desequilibradas. Yo sé que si nuestras reses, cerdos y ovejas que ganaron el premio en el concurso de granjas de la Universidad de Davis, hubiesen sido alimentados con una ración tan científicamente desequilibrada como la que allí recibíamos, sin duda alguna habrían desfallecido y muerto en poco tiempo.

No teníamos libros para leer. Nuestra conversación por medio de golpes de nudillo era una violación de las reglas. El mundo, por lo que a nosotros respectaba, prácticamente no existía. Se trataba más bien de una especie de mundo fantasmal. Oppenheimer, por ejemplo, nunca había visto un automóvil o una motocicleta. Ocasionalmente se filtraba alguna noticia, y eran siempre vagas, irreales y antiguas. Oppenheimer me dijo que no se enteró de la guerra entre Rusia y Japón hasta dos años después de que terminase.

Estábamos enterrados en vida. El aislamiento era una gran tumba, nuestra tumba, en la que, de vez en cuando, nos comunicábamos a golpe de nudillo como fantasmas en una sesión de espiritismo.

¿Noticias? Los hechos más insignificantes eran noticias para nosotros. Un cambio de panadero, que descubríamos por el sabor del pan; o ¿por qué Carapastel Jones había sido suspendido de trabajo durante una semana? ¿por vacaciones o por enfermedad?; o ¿por qué habían relevado a Wilson tras permanecer en el turno de noche solamente diez días?; ¿dónde le habían puesto a Smith el ojo morado? Podíamos especular sobre cosas tan triviales como esas durante toda una semana.

Era un acontecimiento tener a un convicto entre nosotros durante un mes. Sin embargo, no aprendíamos nada de estos huéspedes temporales, todos ellos Dantes estúpidos y anacrónicos, que permanecían en nuestro infierno durante un período demasiado corto como para aprender nuestro código de nudillos, antes de que les enviasen de vuelta al radiante mundo de los vivos.

Aún así, repito, no todo resultaba tan trivial en nuestra morada de sombras. Por ejemplo, enseñé a Oppenheimer a jugar al ajedrez. Tenga en cuenta el tremendo logro que su pone enseñarle a un hombre que se encuentra a trece celdas de distancia, por medio del golpeteo de nudillos, a visualizar un tablero de ajedrez, a ver todas las piezas, peones y posiciones, a conocer las diferentes jugadas y movimientos, y enseñarle todo esto tan a conciencia que finalmente fuimos los dos capaces de jugar partidas de ajedrez completas con sólo nuestras mentes. ¿Dije finalmente? Finalmente, y esto supone otro tributo a la magnificencia de la mente de Oppenheimer, acabó convirtiéndose en mi maestro, él, que no había visto a un jugador de ajedrez en su vida.

¿Qué imagen de un alfil se formaba en su mente, por ejemplo, cuando le deletreaba alfil por medio de los signos de nuestro código? Le hice esta pregunta, en vano, en numerosas ocasiones. Y en vano intentó describirme con palabras la imagen mental de algo que jamás había visto, pero que aún así era capaz de manejar con tal maestría que lograba confundirme a menudo durante el juego.

Me basta con ver aquellas demostraciones de voluntad y espíritu para concluir, como suelo hacer a menudo, que es precisamente ahí donde reside la realidad. Tan sólo el espíritu es real. La carne es algo fantasmagórico y espectral. Explíqueme có-

mo, repito, cómo puede la materia o la carne en cualquiera de sus formas jugar al ajedrez sobre un tablero imaginario, con piezas imaginarias, a través de un vacío de trece celdas, utilizando como único medio de comunicación unos sencillos golpes de nudillos.

15.

Una vez fui Adam Strang, un marino inglés. El período en el que viví, por lo que puedo adivinar, fue alrededor de 1550 y 1650; y llegué a viejo, como enseguida podrá comprobar. He lamentado terriblemente, desde que Ed Morrell me enseñara a lograr la pequeña muerte, no haber sido un estudiante de historia más aplicado. Habría sido capaz de identificar y situar gran parte de lo que es oscuro para mí. Pero así estoy obligado a tantear y adivinar el camino de mis existencias por las distintas épocas y lugares.

Lo que me resulta extraño acerca de mi vida como Adam Strang es lo poco que recuerdo de los primeros treinta años. De las muchas veces en las que, durante las sesiones en la camisa de fuerza, he sido Adam Strang, siempre he tenido al menos treinta años, con gran estatura y músculos desarrollados.

Yo, Adam Strang, tomo conciencia en un grupo de islas bajas y arenosas de algún lugar bajo el ecuador, en lo que debe ser la parte occidental del Océano Pacífico. Allí es donde vivo, y parece que lo haya hecho durante algún tiempo. En esas islas hay miles de habitantes, pero yo soy el único hombre blanco. Los nativos son de una magnífica raza, musculosos, altos y de amplios hombros. No es raro encontrarse hombres de más de seis pies de estatura. El rey, Raa Kook, mide por lo menos seis pies con seis pulgadas, y aunque debe pesar más de trescientas libras está tan bien proporcionado que no se le podría considerar gordo. Muchos de sus subordinados son similares a él, y las mujeres no son mucho más pequeñas que los hombres.

Existen numerosas islas en el archipiélago, y Raa Kook es el rey de todas ellas, aunque el grupo de islas situadas al sur es un foco de frecuentes revueltas. Estos nativos con los que vivo son polinesios; lo sé porque tienen el pelo lacio y negro y la piel de un cálido tono marrón dorado. Su idioma, que hablo con asombrosa facilidad, es rico y musical, con pocas consonantes. Amantes de las flores, la música, el baile y los juegos, son sencillos y casi infantiles en sus diversiones, pero crueles y salvajes en la guerra.

Yo, Adam Strang, conozco mi pasado, aunque parece que no pienso mucho en él. Vivo el presente. No me aflige el pasado ni el futuro. Soy descuidado, imprudente e incauto, feliz por la mera existencia y lleno de energía. Me contento con el pescado, la fruta, la verdura y las algas para llenar el estómago. Ocupo un lugar importante junto al rey Raa Kook, superior a cualquier otro, incluso a Abba Taak, que se encuentra por encima del sacerdote. Ningún hombre se atreve a levantar la mano contra mí. Soy tabú, sagrado como la sagrada casa de la canoa, bajo cuyo suelo descansan los restos de sólo Dios sabe cuántos antiguos reyes pertenecientes al linaje de Raa Kook.

Recuerdo todo lo que ocurrió durante el naufragio, del que soy el único superviviente; recuerdo el gran viento, y a todos los que murieron ahogados, pero no suelo pensar en la catástrofe. Cuando pienso en tiempos pasados, pienso en mi infancia junto a las faldas de mi madre inglesa, una mujer pechugona de piel lechosa y cabello dorado. Vivía en una pequeña aldea formada por una docena de casitas con los techos de paja. Escucho otra vez los mirlos y los tordos sobre los setos, y vuelvo a ver campanillas en los robledales y sobre el césped aterciopelado. Y sobre todo recuerdo un semental de patas peludas que bajaba a menudo por la estrecha calle, bailando,

haciendo cabriolas y relinchando suavemente. Aquella bestia enorme me asustaba, y cada vez que me encontraba con ella corría gritando a esconderme en las faldas de mi madre.

Pero ya basta. No es la infancia de Adam Strang lo que voy a contarle.

Viví durante varios años en islas cuyos nombres desconozco, donde sé que yo era el único hombre blanco. Estaba casado con Lei-Lei, la hermana del rey, que medía seis pies y pico, y por ese pico me superaba en altura. Yo tenía una espléndida figura masculina, de amplios hombros, pecho erguido y buena constitución. Las mujeres de cualquier raza, como enseguida verá, me miraban con muy buenos ojos. Mi piel era lechosa como la de mi madre. Tenía los ojos azules. Mi bigote, barba y cabellos eran dorados, como en los retratos de los reyes del Mar del Norte. Seguramente descendía de aquella vieja raza, fuertemente arraigada en Inglaterra, y aunque nací en una casita en el campo, todavía corría por mis venas la sal del mar, de modo que muy pronto me convertí en un lobo de mar. Eso es lo que era, no un oficial ni un caballero, sino un curtido lobo de mar.

Resulté de gran valor para Raa Kook, de ahí la protección real que me ofrecía. Sabía trabajar el hierro, que el naufragio había llevado a la tierra de Raa Kook por primera vez. De vez en cuando navegábamos en las canoas diez leguas hacia el noroeste para traer hierro del naufragio. El casco se había partido con un arrecife y permanecía hundido a quince brazas. Y de allí lo sacaban los nativos, buceadores magníficos y sumamente habilidosos bajo el agua. Conseguí alcanzar las quince brazas, pero nunca logré igualarles en sus hazañas marinas. En tierra, gracias a mi fuerza y a mi entrenamiento inglés, podía derrotarles a todos. Les enseñé también a pelear con bastones, hasta que el juego se convirtió en una plaga y muchos se rompieron la cabeza con la novedad.

Del barco salvamos también el diario de navegación, roto y deshecho por el mar, y con la tinta tan corrida que apenas podía ser descifrado. Sin embargo, con la esperanza de que algún erudito pueda quizás situar los hechos que voy a contar, aquí incluyo un fragmento. Quizás la ortografía, tan peculiar, pueda dar alguna pista. Fíjese en que aunque se utiliza la letra s, a menudo es reemplazada por la letra f.

"Con el viento a nuestro favor, tuvimos la oportunidad de examinar y secar algunas de nuestras provisiones, casi todo jamón chino y pescado seco. También se realizó un servicio religioso en la cubierta. Por la tarde, el viento soplaba del fur, con soplos frefcos pero secos; de efte modo pudimos, a la mañana siguiente, limpiar las cubiertas, ademáf de desinfectar el navío con pólvora."

Pero debo apresurarme, pues mi relato no es el de Adam Strang, el lobo de mar que naufragó en una isla de coral, sino el de Adam Strang, más tarde conocido como Yi-Yong-ik, el Poderoso, que una vez fue el favorito de Yunsan, el amante y esposo de Lady Om, de la casa real de los Min, y que durante mucho tiempo mendigó por los pueblos de todas las costas y caminos de Cho-Sen. (¡Ajá, ahí le he pillado! Cho-Sen significa la Tierra de la Mañana Tranquila. Más tarde la llamarían Corea.)

Recuerde que fue hace tres o cuatro siglos cuando yo, el primer hombre blanco, viví en las islas coralinas de Raa Kook. En aquellas aguas y por aquella época las quillas de los barcos eran poco comunes. Podría haber acabado mis días en aquel lugar donde el hielo no existía, en paz y opulencia bajo el sol, de no haber sido por el Sparwehr. El Sparwehr era un mercante holandés que desafiaba los mares inexplorados, buscando nuevas tierras más allá de las Indias. Y me encontraron a mí en su lugar.

¿Acaso no he dicho que yo era un hombre alegre, un gigante de barba rubia, un niño irresponsable que se negaba a crecer? Con escasos remordimientos, cuando llenaron de agua los barriles del Sparwehr abandoné a Raa Kook y su agradable tierra, abandoné a Lei-Lei y a todas sus hermanas engalanadas de flores y, con una gran sonrisa en los labios, me alejé navegando, de nuevo como un lobo de mar, bajo las órdenes del capitán Johannes Maartens.

Fueron maravillosas aventuras aquéllas a bordo del Sparwehr. Íbamos en busca de nuevas tierras, de seda y especias, aunque no hallamos más que fiebres, muertes violen tas y paraísos pestilentes donde la enfermedad y la belleza compartían la misma sepultura. El viejo Johannes Maartens, en cuyo impasible rostro cuadrado de oso pardo no asomaba indicio alguno de romanticismo, buscaba con ahínco la isla de Salomón, las minas de Golconda, e incluso ¡ay!, la antigua Atlántida, que esperaba encontrar todavía a flote. Y en su lugar encontró antropófagos y cazadores de cabezas que vivían sobre las ramas de los árboles.

Desembarcamos en islas extrañas, de orillas golpeadas por el mar y cumbres cubiertas de humo, donde pequeños seres -mitad hombre, mitad animal- que emitían unos gemidos similares a los de los monos, colocaban en los caminos del bosque espinas y trampas con estacas, y nos lanzaban astillas envenenadas en el silencio crepuscular de la selva; cuando alguna de aquellas astillas alcanzaba a uno de nuestros hombres, moría gritando de dolor. También encontramos a otros hombres, más fieros y grandes, que se enfrentaron a nosotros en las playas, a cielo abierto, disparándonos una lluvia de lanzas y flechas, mientras grandes tambores y pequeños tam-tams llamaban a la guerra, retumbando y repiqueteando a través de valles poblados de árboles y de colinas sobre las que se levantaban señales de humo.

Hendrik Hamel era el sobrecargo y copropietario del Sparwehr; lo que no le pertenecía a él era propiedad del capitán Johannes Maartens. Éste hablaba un poco de inglés, Hendrik Hamel no mucho más. Los marineros con los que me reunía hablaban solamente holandés. Pero créame, un lobo de mar puede, si hace falta, aprender holandés e incluso coreano, como verá enseguida.

Finalmente llegamos a un país que sí estaba en el mapa, Japón. Pero sus gentes no quisieron saber nada de nosotros; dos oficiales con espadas y majestuosas ropas de seda que fascinaron al capitán Johannes, subieron a bordo y muy educadamente nos pidieron que nos marcháramos. Bajo aquellas suaves maneras se escondía la furia de una raza guerrera, y sin dudarlo decidimos seguir nuestro camino.

Cruzamos los estrechos de Japón, y estábamos penetrando en el Mar Amarillo de camino a China cuando el Sparwehr chocó contra las rocas. Aquel viejo barco era una chalana destartalada, tan torpe y con el casco tan sucio, lleno de restos marinos, que resultaba casi imposible cambiar de dirección. Lo más que podía alcanzar eran seis puntos de viento, y entonces se inclinaba hacia arriba y hacia abajo, sin rumbo, como una hoja en el aire. Las galeras parecían veleros a su lado. Mantener un rumbo fijo era impensable; cambiar de dirección requería todas las manos. Y en estas condiciones fuimos alcanzados por un huracán que sacudió nuestras almas durante cuarenta y ocho horas.

Dirigimos el barco hacia tierra firme bajo la fría luz de un atardecer tormentoso, a través de un oleaje tan alto como las montañas. Era invierno, y a través de las ráfagas de nieve vislumbramos la imponente costa; si se le puede llamar costa a un grupo de rocas tan accidentado. Había islas e islotes rocosos, y más allá, montañas oscuras cubiertas de nieve, y elevados acantilados por todas partes, demasiado abruptos para que la nieve reposara en ellos, con salientes de cabos, cumbres y pedazos de roca que se veían sobre el mar revuelto.

El lugar hacia el que nos dirigíamos no tenía nombre, y nada parecía indicar que hubiera sido visitado por navegantes. Sus costas aparecían como simples líneas en nuestros mapas. De todo ello podíamos deducir que sus habitantes serían tan poco hospitalarios como el pedazo de tierra que podíamos ver.

El Sparwehr dirigió la proa hacia el acantilado. El fondo escarpado suponía un grave peligro, y finalmente el prominente bauprés de nuestra nave chocó contra las rocas y se partió brusca y rápidamente. Los tablones que sujetaban el trinquete cedieron, y entre un estrepitoso estallido de sogas y vergas nos precipitamos contra el acantilado.

Una gran oleada nos arrastró a Johannes Maartens y a mí y rodamos sobre la cubierta hasta el centro del barco, desde donde nos abrimos paso hasta el extremo alto del castillo de proa. Otros se unieron a nosotros. Nos amarramos con rapidez y nos contamos. Éramos dieciocho, el resto había desaparecido.

Johannes Maartens me tocó en el hombro y señaló hacia arriba a través de la cascada de agua salada que nos escupía el arrecife. Entendí lo que trataba de decirme. Veinte pies por debajo de la cofa, el trinquete rechinaba y crujía al chocar contra una roca del acantilado. Más arriba de la roca había una hendidura. Quería saber si yo podía saltar desde el mástil hasta la hendidura. La distancia era a veces de seis pies, y a veces de hasta veinte, ya que el mástil se tambaleaba con los golpes del casco sobre el que se apoyaba su extremo astillado.

Comencé el ascenso. Los demás no esperaron; uno a uno se fueron desatando y me siguieron en la escalada por el peligroso mástil. Teníamos motivos para apresurarnos, ya que en cualquier momento el Sparwehr podía hundirse en las profundidades de las aguas. Calculé mi salto y me lancé, planeando sobre la hendidura torpemente, y al caer me preparé para echar una mano a los que saltaran después. El trabajo era lento. Estábamos empapados y medio congelados por el viento helado. Además, teníamos que calcular los saltos atentos a los movimientos del casco y a la oscilación del mástil.

El cocinero fue el primero en caer. Se precipitó desde el extremo del mástil y dio varias volteretas en su caída. Un golpe de mar le lanzó contra el acantilado. El grumete, un joven barbudo de unos veinte años, resbaló, se balanceó unos segundos colgado del mástil y se estampó contra las rocas. Otros dos siguieron el camino del cocinero. El capitán Johannes Maartens fue el último en llegar. Una hora más tarde el Sparwehr se hundió, desapareciendo en las profundidades marinas.

Durante dos días y dos noches estuvimos en el acantilado, a punto de perecer, pues no había forma de subir o bajar. Al tercer día nos encontró una embarcación de pescado res. Los hombres iban completamente vestidos de un blanco sucio, con el pelo largo recogido en una especie de nudo sobre la cabeza; era el nudo matrimonial, como más tarde sabría, y también algo muy útil a lo que agarrarse cuando una discusión iba más allá de las palabras.

La embarcación regresó al poblado en busca de ayuda; fueron necesarios la mayor parte de los habitantes y casi todo el día para bajarnos de allí. Era gente pobre y desgracia da; su comida resultaba repugnante incluso para el estómago de un lobo de mar como yo. El arroz era marrón como el chocolate, medio cubierto de cáscara y restos de basura, astillas y porquerías indescriptibles, y teníamos que hacer una pausa para sacar de la boca, con el pulgar y el índice, todo lo que no podíamos tragar. También comían una especie de mijo y encurtidos muy picantes de variedades increíbles.

Las paredes de las casas estaban construidas con tierra, y los techos con paja. Bajo el suelo estaba el escape de humo de la cocina, que calentaba las habitaciones a su paso. Allí nos quedamos descansando durante días, aliviándonos con su tabaco suave

e insípido, que fumábamos en pipas de una yarda de largo, con pequeños cuencos en el extremo.

También tenían una bebida ácida y caliente, de aspecto lechoso, que se subía a la cabeza sólo si se tomaba en grandes dosis. Después de tragar galones de aquello, juro que no menos, comencé a cantar, bastante borracho, como hacen todos los lobos de mar del mundo. Animados por mi éxito, los otros continuaron bebiendo y al poco tiempo todos estábamos alborotando, sin preocuparnos por el vendaval que azotaba las playas o por haber naufragado en una tierra alejada de los mapas y de la mano de Dios. El viejo Johannes Maartens reía y berreaba y se golpeaba los muslos siguiendo el compás como cualquiera de nosotros. Hendrik Hamel, un holandés de pelo castaño, y de brillantes y pequeños ojos negros, conocido por su sangre fría y su gran aplomo, estaba tan endemoniado como nosotros, y soltaba las monedas que hicieran falta para conseguir más de aquel brebaje lechoso. Nuestro comportamiento era escandaloso, pero las mujeres no cesaban de traernos bebida, y toda la gente se agolpaba en la atestada habitación para ver nuestras payasadas.

El hombre blanco ha dado la vuelta al mundo, y ha conseguido dominarlo gracias -estoy convencido- a su imprudente descuido. Ésta ha sido su manera de actuar, aun que, por supuesto, siempre ha estado guiado por la impaciencia y el deseo de conseguir riquezas. No se explica si no que el capitán Johannes Maartens, Hendrik Hamel y los otros doce lobos de mar, borrachos como cubas, cantáramos tan fuerte como podíamos en aquel poblado de pescadores, mientras el viento helado soplaba a través del Mar Amarillo.

Lo poco que habíamos visto de la tierra y los habitantes de Cho-Sen no nos impresionaba. Si la miseria de aquellos pescadores era una muestra de la vida en la zona, podíamos entender porqué esta tierra no había sido visitada por los navegantes. Pero pronto sabríamos que estábamos equivocados. Al parecer los jefes de la isla habían enviado noticias al continente, y una mañana anclaron cerca de la playa tres grandes juncos con doble mástil.

Cuando los sampanes llegaron a la orilla, el capitán Maartens se mostró muy interesado, pues volvieron a aparecer las sedas. Una docena de guardias vestidos con sedas de varios colores rodeaban a un coreano robusto, cubierto también con sedosas telas de diversos tonos pálidos. Kwan Yung-jin, así se llamaba, era un yang-ban, o noble; también era lo que podríamos llamar un magistrado o gobernador de la provincia, lo que significa que era él quien cobraba los diezmos y tributos.

También llegaron a tierra un centenar de soldados, que se dirigieron hacia el interior del poblado. Iban armados con tridentes y pequeñas hachas, cargaban una especie de cañones tan colosales que se necesitaban dos hombres para transportarlos, uno para llevarlo y situar el trípode en que descansar la boca del arma, y otro para cargarlo y disparar.

Y así fue como conocimos a Kwan Yung-jin. Los jefes de la población le temían por una buena razón que no tardaríamos en conocer. Di un paso adelante para ofrecerme como intérprete, pues ya conocía algunas palabras coreanas, pero él frunció el ceño y me apartó a un lado. No me preocupaba, yo era tan alto como él, pesaba veinticuatro libras más, mi tez era blanca y mi cabello dorado. Se dio la vuelta y se dirigió al jefe del pueblo mientras sus seis hombres, vestidos con ropajes sedosos, trataban de rodearnos. Mientras hablaba, llegaron más soldados con tablones al hombro. Estos tablones medían seis pies de largo y dos de ancho, y tenían unas tablillas en el medio. Cerca de uno de los extremos había un agujero redondo tan amplio como el cuello de un hombre.

Kwan Yung-jin dio una orden. Varios soldados se aproximaron a Tromp, que estaba sentado, cuidando a un borracho. Tromp era un tipo bastante estúpido, de pensamientos y movimientos lentos, y antes de que se diese cuenta tenía uno de aquellos tablones, que se abrían y se cerraban como unas tijeras, sujeto alrededor del cuello. Al verse en semejante aprieto, comenzó a rugir y a agitarse como una fiera y tuvimos que apartarnos para no golpearnos con los extremos del tablón.

Entonces comenzaron los problemas; Kwan Yung-jin tenía la intención de ponernos los tablones a todos nosotros. ¡Como luchamos, a puñetazo limpio, con un centenar de soldados ayudados por otros tantos aldeanos, mientras Kwan Yung-jin se mantenía apartado, envuelto en sus sedas y mirándonos con desdén señorial! En aquel momento me gané el nombre de Yi Yong-ik, el Poderoso. Mucho después de que nuestra compañía fuese sometida y apuntalada, todavía seguía yo luchando. Mis puños tenían la dureza de dos magníficos martillos, y me sobraban músculos y voluntad para dirigirlos.

Afortunadamente, pronto me di cuenta de que los coreanos no entendían de puñetazos y carecían de las más ligeras nociones de defensa. Fueron cayendo como bolos, unos sobre otros. Pero Kwan Yung-jin era mi objetivo, y lo único que le salvó fue la intervención de sus compañeros. Eran criaturas débiles. Hice con ellos un revoltijo y conseguí manchar sus sedas antes de que la multitud se me echase encima. Eran muchos, paraban mis golpes mientras yo desviaba los suyos, y los de atrás empujaban sobre mí a los que estaban más cerca. ¡Y cómo los derribaba! Al final se retorcían a mis pies. Pero para entonces la mayor parte del pueblo y las tripulaciones de los tres juncos estaban sobre mí, y yo estaba cada vez más agotado. Me entablaron con facilidad.

-¡Dios de los cielos! ¿Ahora qué? -preguntó Vandervoot, uno de los grumetes, cuando fuimos arrastrados a bordo de uno de los juncos.

Estábamos sentados sobre la cubierta, amarrados como aves de corral, y en cuanto la brisa puso en movimiento la embarcación rodamos por la cubierta, con tablones y todo, hasta ir a parar a los imbornales de sotavento. Desde lo alto, Kwan Yung-jin nos miraba indiferente, como si no nos viese. Durante muchos años Vandervoot fue conocido entre nosotros como "Ahora qué, Vandervoot". ¡Pobre diablo! Murió una noche congelado en las calles de Keijo, cuando cerraron todas las puertas prohibiéndole la entrada.

Al llegar al continente nos llevaron a una prisión inmunda y plagada de insectos. Fue nuestra presentación en los círculos oficiales de Cho-Sen. No obstante, más adelante me vengaría por todos nosotros de Kwan Yung-jin, en los días en que Lady Om se enamoró de mí y compartió conmigo su poder.

Permanecimos en aquella prisión durante muchos días. Más tarde conocimos la razón. Kwan Yung-jin había enviado un despacho a Keijo, la capital, para averiguar cuáles eran las órdenes reales respecto a nosotros. Mientras tanto fuimos tratados como animales. Desde el amanecer hasta que oscurecía, numerosos nativos asediaban los barrotes de nuestras ventanas, pues nunca antes habían visto a alguien de nuestra raza. La audiencia no estaba formada sólo por la chusma. También las damas, transportadas en palanquines sobre los hombros de los culíes, venían a ver a los extraños diablos expulsados por el mar. Mientras sus guardias retiraban al populacho a latigazos, ellas nos contemplaban con timidez durante largo tiempo. Veíamos poco de ellas, tenían el rostro cubierto, de acuerdo con las costumbres del país. Sólo las bailarinas, las mujeres de clase baja y las viejas podían ser vistas con el rostro descubierto.

He pensado a menudo que Kwan Yung-jin sufría de indigestión y que cuando sus ataques se agudizaban la pagaba con nosotros. En cualquier caso, sin causa ni razón

aparente, cuando se le ocurría nos sacaba fuera de la prisión y éramos apaleados ante los gritos de la multitud. La raza asiática es cruel como una bestia y se deleita con el espectáculo del sufrimiento humano.

Nos complació que, con la llegada de Kim, llegase el fin de nuestras palizas. ¿Kim? Todo lo que puedo decir, y lo mejor que puedo decir, es que era el hombre con la piel más blanca que encontré en Cho-Sen. Capitaneaba a quince hombres cuando le conocí, y estuvo a cargo de la guardia de palacio antes de que yo le cubriese de glorias mayores. Finalmente, moriría por el bien de Lady Om y por el mío. Kim... bueno, Kim era Kim.

En cuanto llegó, hizo que nos quitasen los tablones del cuello y que nos alojasen en la mejor posada que había en el lugar. Todavía éramos prisioneros, pero prisioneros de honor, con una guardia montada de quince soldados. Al día siguiente partimos por la carretera real, catorce marineros montados a horcajadas sobre caballos enanos, típicos de Cho-Sen, y nos encaminamos hacia el mismo Keijo. El emperador, según me dijo Kim, había expresado su deseo de contemplar la rareza de los diablos marinos.

El viaje duró varios días, atravesando gran parte del territorio de Cho-Sen de norte a sur. Por casualidad sucedió que, tras desmontar por primera vez y mientras daba un paseo para ver cómo alimentaban a aquellos caballos enanos, presencié algo que me hizo vociferar hasta que toda la tripulación se apresuró hasta allí:

-¿Ahora qué, Vandervoot?

Tan cierto como que estoy vivo es que alimentaban a aquellos caballos con sopa de alubias, sopa de alubias caliente, y no probaron otra cosa durante el viaje que no fuese aquella sopa. Era la costumbre del país.

Eran verdaderos caballos enanos. En una apuesta con Kim levanté uno de ellos y, a pesar de sus gritos y su resistencia, me lo puse sobre los hombros, de modo que los hombres de Kim, que ya habían oído mi nuevo nombre, me llamaron Yi Yong-ik, el Poderoso. Kim era un hombre grande y robusto como el resto de los coreanos, que son una raza musculosa, y él se vanagloriaba de ello. Pero siempre que medimos nuestras fuerzas conseguí dominarle. Y los soldados y los boquiabiertos vecinos miraban y murmuraban "Yi Yo ng-ik".

En cierto modo éramos una feria de animales salvajes. La voz se fue corriendo, y en cada aldea toda la muchedumbre concurría junto al camino para vernos pasar. Se trataba de una procesión circense sin fin. En los pueblos, por la noche, la multitud nos acechaba en nuestras pensiones, y no conseguíamos descansar hasta que los soldados la alejaban con lanzas y golpes. Pero primero Kim llamaba a los luchadores más fuertes del lugar para deleitarse viendo cómo yo les machacaba y les tiraba al barro.

No había pan, pero comíamos arroz blanco, una clase de carne que luego supimos que era perro y que se comía habitualmente en Cho-Sen, y unos encurtidos endiabladamente picantes que uno acababa disfrutando. Y tenían bebida, bebida de verdad, no aquella porquería lechosa, sino un líquido blanco y ácido destilado del arroz; una pinta de aquello podría matar a un debilucho, y emborrachar y hacer enloquecer a un hombre fuerte. En la ciudad amurallada de Chong-ho tumbé a Kim y a los notables de la ciudad con este brebaje. Y nuevamente murmuraron todos "Yi Yongik", y las noticias sobre mi audacia se extendieron con rapidez incluso a Keijo y a la Corte del Emperador.

Yo era más un invitado de honor que un prisionero, y cabalgaba siempre junto a Kim, con mis largas piernas tocando casi el suelo y rozando el barro con los pies cuando el terreno se hundía. Kim era joven. Kim era humano. Kim era universal. Era un hombre de verdad en cualquier lugar, en cualquier país. Los dos hablábamos, reí-

amos y bromeábamos durante todo el día y la mitad de la noche. Terminé por entender el idioma; de todas formas tenía un don para ello. Incluso Kim se maravillaba del modo en que llegué a dominar la lengua. Y aprendí también los distintos puntos de vista, el humor coreano, los puntos débiles y los delicados. Kim me enseñó canciones sobre flores, sobre el amor, sobre la bebida. Una de las últimas la había inventado él; le referiré el final mediante un burdo intento de traducción. Kim y Pak, en su juventud, hicieron el juramento de abstenerse de la bebida, pero rompieron el pacto al poco tiempo. Kim y Pak, ya viejos, cantaban:

¡No, no, fuera de aquí! Pues el cuenco embriagador
volverá a enfrentar mi alma a su cabal decisión
de no gustar tal brebaje. ¡Mas esperad, buen amigo!
¿Podríais decirme acaso dónde venden vino tinto?
¿Cómo es eso? ¿Allí decís? ¿Justo detrás de aquel pino?
Que la suerte os acompañe, pues yo hacia él me encamino.

Hendrik Hamel, intrigante y astuto, siempre me animó y me instó a seguir una extraña carrera por conseguir los favores de Kim, no sólo para mí sino, a través de mí para sí mismo y para toda la compañía. Menciono a Hendrik Hamel como mi consejero porque tuvo mucho que ver con lo que ocurrió seguidamente en Keijo para ganar los favores de Yunsan, el corazón de Lady Cm y la indulgencia del Emperador. Yo poseía la determinación y la intrepidez necesarias para llevar a cabo el juego que tenía entre manos; pero admito con toda sinceridad que la mayor parte de la astucia que requería me fue procurada por Hendrik Hamel.

Viajamos hacia Keijo, cruzando una ciudad amurallada tras otra, a través de nevadas tierras montañosas pobladas de innumerables valles fértiles. Y cada tarde las señales de humo de las hogueras se extendían por las cimas a lo largo de todo el país. Kim siempre observaba este despliegue nocturno. Desde las costas de Cho-Sen, me explicó, se extendían aquellas cadenas de fuego hasta Keijo llevando su mensaje al Emperador. Una hoguera significaba que la tierra se encontraba en paz; dos significaban revuelta o invasión. Nunca vimos más de una. Y siempre, mientras cabalgábamos, Vandervoot cerraba la marcha preguntándose "Dios de los cielos, ¿ahora qué?"

Finalmente llegamos a Keijo, una enorme ciudad donde la población, a excepción de los nobles o yang-bans, vestía de blanco. Kim me explicó que eso servía para conocer la casta de cada cual. De ese modo, con una sola mirada, uno podía conocer el status de un individuo por el grado de limpieza o suciedad de sus vestimentas. Resulta lógico que un criado, que no tiene más ropa que la que viste, vaya extremadamente sucio. Del mismo modo, un individuo con ropajes de un blanco inmaculado, tendrá seguramente muchos atuendos y lavanderas que los mantengan inmaculados. Los yang-bans, cuya ropa estaba tejida con sedas de tonos claros, estaban excluidos de tales normas.

Tras descansar en una posada durante varios días, tiempo que utilizamos para lavar nuestras vestimentas y curar las heridas causadas por el naufragio y el viaje, fuimos llevados ante el Emperador. En el amplio espacio abierto ante el muro del palacio había colosales perros tallados en piedra, que más bien parecían tortugas, agazapados sobre enormes pedestales, también de piedra, que medían dos veces la estatura de un hombre alto. Las murallas del palacio eran descomunales y hechas de piedra, tan gruesas que podían desafiar las embestidas del más poderoso de los cañones en un ataque que durase un año. La entrada tenía ella sola el tamaño de un palacio, elevándose como una pagoda con diferentes niveles, todos ellos con tejados de bellas baldo-

sas. Una elegante escolta de soldados hacía guardia en la entrada. Kim me dijo que eran los Tigres Cazadores de Pyeng-yang, los más fieros y terribles luchadores con los que contaba Cho-Sen.

Pero basta. La simple descripción del palacio del Emperador abarcaría un millar de valiosas páginas de mi narración. Será suficiente decir que conocimos el poder en toda su expresión material. Sólo una civilización profunda, vasta, antigua y sólida podría construir edificios tan colosales.

Como lobos de mar que éramos, no fuimos conducidos a la sala de audiencias, sino a la de fiestas. El banquete tocaba a su fin, y todo el público se encontraba de buen humor. ¡Y qué público! Altos dignatarios, príncipes, nobles con sus espadas, pálidos sacerdotes, oficiales de alto rango dorados por el sol, damas de la Corte con rostros descubiertos, kisangs pintadas, o bailarinas, que descansaban después de entretenerlos, amas que acompañaban a las jóvenes, siervas, eunucos, lacayos y centenares de esclavos palaciegos.

Sin embargo, todos se apartaron cuando el Emperador, con un grupo de seguidores de confianza, avanzó para contemplarnos. Para ser asiático era un monarca alegre. No ten dría más de cuarenta años, y su tez pálida jamás había visto el sol; era barrigón y de piernas débiles. Aún así, alguna vez había sido un hombre gallardo, como atestiguaba su frente que aún conservaba cierta honorabilidad. Pero tenía ojos legañosos y párpados endebles; los labios le temblaban debido a los muchos excesos que se permitía, planeados y promovidos, como más tarde averiguaría, por Yunsan, el más astuto de los sacerdotes budistas.

Con nuestras ropas de marineros resultábamos una tripulación muy colorida, y colorida fue la recepción a nuestra llegada. Las iniciales exclamaciones de sorpresa causadas por nuestro aspecto se convirtieron en sonoras carcajadas. Las ki-sangs nos invadieron arrastrándonos, haciéndonos sus prisioneros, dos o tres de ellas alrededor de cada uno de nosotros, dirigiéndonos como osos bailarines y haciéndonos parecer bufones. Era humillante, sí, pero ¿qué podíamos hacer nosotros, pobres lobos de mar? ¿Qué podía hacer el viejo Johannes Maartens, rodeado de mujeres risueñas que le retorcían la nariz, pellizcaban sus brazos y le hacían cosquillas hasta que se ponía a brincar? Para escapar de aquel tormento, Hans Amden despejó un espacio a su alrededor y fingió un ataque de nervios, hasta que finalmente toda la Corte rompió a reír.

Para mí, que había sido un buen compañero de Kim durante muchos días, todo aquello resultaba humillante. Resistí las cosquillas y pellizcos de las ki-sangs. Permanecí erguido, con los brazos cruzados, sin que consiguieran arrancarme el más mínimo movimiento. Así que acabaron por abandonarme en busca de una presa más fácil.

-¡Por el amor de Dios, hombre, haz algo! -murmuró Hendrik Hamel, que había conseguido llegar hasta mí arrastrando a tres chicas ki-sangs.

Bastante hizo con conseguir hablar, pues cada vez que abría la boca se la llenaban de dulces.

-Sálvanos de esta locura -insistió, agachando la cabeza para evitar aquellas manos llenas de golosinas-. Debemos mantener nuestra dignidad, compréndelo, la dignidad. Esto acabará con nosotros. Nos están convirtiendo en animales amaestrados, en simples juguetes. Cuando se cansen de nosotros nos echarán. Trata de mantenerte así, aléjalas. Exige respeto, respeto para todos nosotros.

Apenas se le oía, porque para entonces las ki-sangs le habían atiborrado la boca de caramelos hasta hacerle enmudecer.

Tal y como he dicho, yo tenía la determinación y la audacia necesarias, y estrujé mi cerebro de marinero para saber qué hacer. Un eunuco del palacio que me hacía

cosquillas en el cuello con una pluma me dio la solución. Ya había llamado la atención por mi actitud distante e insensible ante los ataques de las ki-sangs, de modo que muchos espectadores miraban cómo el eunuco me provocaba. No hice ningún gesto, ningún movimiento, hasta que estuvo situado a la distancia adecuada. Entonces, sin girar la cabeza ni el cuerpo, le propiné una bofetada con el reverso de la mano completamente abierta. Mis nudillos aterrizaron en su mejilla y en su mandíbula. Se escuchó un crujido similar al del palo mayor al romperse por la fuerza del viento. Salió disparado, aterrizando sobre grupo de personas a una docena de pies de distancia.

Cesaron las carcajadas, tan solo se escucharon exclamaciones de sorpresa, rumores y el murmullo de "Yi Yong-ik". Crucé de nuevo los brazos y permanecí quieto y con aire altivo. Estoy seguro de que yo, Adam Strang, entre otras cosas, tenía alma de actor. Vea lo que ocurrió. Ahora yo era el más importante de mi grupo. Con orgullo y desdén sostuve sus miradas y les hice bajar los ojos a todos menos a una joven mujer, a quien juzgué como una distinguida dama de la Corte debido a la riqueza de sus vestidos y a la media docena de muchachas que revoloteaban a su alrededor. Se trataba de Lady Om, princesa de la dinastía Min. ¿Dije que era joven? Era de mi edad, treinta, y a pesar de toda su belleza estaba soltera, como sabría más tarde.

Sólo ella siguió mirándome sin apartar sus ojos, hasta que terminé por volver la cabeza. Me resistía a admitir que había sido vencido por una mujer, y mis ojos, desviados, se iluminaron ante la derrota vergonzosa de mis camaradas, y los juegos de las ki-sangs me dieron el pretexto que necesitaba. Di unas palmadas enérgicas, a la manera asiática.

-¡Ya basta! -bramé en su propio idioma y en la forma en que uno se dirige a sus subordinados.

Sí, yo tenía garganta y pecho de toro, y mis rugidos alcanzaron los tímpanos de todos. Mi orden, impactante y sonora, había hecho temblar el aire sagrado del palacio del Emperador.

La enorme sala estaba aterrorizada. Las mujeres, boquiabiertas, se acercaban unas a otras como buscando protección. Las ki-sangs liberaron a los marinos y retrocedieron entre tontas risitas. Sólo Lady Om permaneció inmóvil, pero continuó mirándome fijamente a los ojos.

La gran sala quedó en silencio, como si todos esperasen algún castigo. Una multitud de ojos iba y venía tímidamente del Emperador a mí y de mí al Emperador. Decidí mantenerme firme y en silencio, con los brazos cruzados, altanero y distante.

-Habla nuestro idioma -anunció finalmente el emperador, y juro que la multitud contuvo la respiración de tal modo que la sala entera se convirtió en un suspiro inmenso.

-Lo hablo desde que nací -mi ingenio marinero se precipitaba tras aquella locura que se me había ocurrido-; ya lo hablaba en el vientre de mi madre. Fui la maravilla de mi tierra. Los sabios venían desde lejos para verme y para oírme, pero nadie conocía las palabras que yo pronunciaba. En los muchos años que han pasado desde entonces, he olvidado gran parte, pero ahora, en Cho-Sen, las palabras regresan a mí como antiguos amigos de la infancia.

Lo cierto es que les impresioné. El emperador tragó saliva y preguntó con labios temblorosos:

-¿Cómo puedes explicarlo?

-Soy un accidente -respondí, siguiendo la dirección caprichosa tomada por mi ingenio-. Los dioses del nacimiento fueron descuidados y me dejaron por error en una tierra lejana entre gente extraña. Soy coreano, y ahora he vuelto al fin a mi hogar.

¡Qué murmullo tan agitado! El mismísimo emperador interrogó a Kim.

-Siempre ha sido así, siempre ha hablado nuestra lengua, desde el mismo momento en que salió del mar -mintió Kim como el buen amigo que era.

-Traedme mis ropajes de yang-ban, como me corresponde -interrumpí- y podréis ver que es cierto.

Mientras me alejaba les dije a las ki-sangs.

-Y dejad a mis esclavos tranquilos; han recorrido una larga distancia y están agotados.

En la otra habitación, Kim espantó a los lacayos y él mismo me ayudó a cambiarme. Como yo, ignoraba qué nos iba a ocurrir, pero era un buen amigo.

Lo gracioso fue que cuando regresé, hablando coreano con alguna dificultad, justificada por la larga ausencia, allí estaban Hendrik Hamel y el resto, demasiado testarudos para aprender aquella lengua, sin comprender una palabra de lo que decía.

-Tengo la sangre de la casa de los Koryu -dije al emperador-, quienes reinaron en Songdo hace muchos años, cuando mi casa se construyó sobre las ruinas de Silla.

Todo era Historia Antigua que me había contado Kim en el largo recorrido hasta el palacio; la cara de éste se iba transformando mientras me escuchaba repetir las lecciones que me había enseñado.

Cuando el emperador me preguntó por mis acompañantes le expliqué:

-Son mis esclavos, todos excepto el viejo patán -señalé a Johannes Maartens-, quien es el hijo de un hombre libre.

Le dije a Hendrik Hamel que se acercase.

-Éste nació en la casa de mi padre. Es hijo de un esclavo nacido antes aún que mi padre. Estamos muy unidos. Somos de la misma edad, nacimos el mismo día, y ese día mi padre me lo entregó.

Más tarde, Hendrik Hamel se impacientó por saber todo lo que había dicho y cuando se lo dije me reprochó mi actitud y se enfadó bastante.

-Ahora ya está toda la carne en el asador, Hendrik -le dije-. Lo que he hecho ha sido una estupidez. Pero hecho está. Ni tú ni yo podemos volver atrás. Debemos representar nuestros papeles y tratar de salvar el pellejo.

Taiwun, el hermano del emperador, era el más bebedor entre los bebedores de la corte, y en el transcurso de la noche me retó a beber. El emperador estaba encantado, y ordenó a otros doce de los bebedores más nobles que se uniesen a nosotros. Las mujeres se retiraron y comenzamos el juego. Le pedí a Kim que se quedase conmigo, y a mitad de la velada, a pesar de los gestos de advertencia de Hendrik Hamel, les ordené a él y al resto de la compañía que se retirasen, no sin antes solicitar y conseguir para ellos alojamiento en palacio.

Al día siguiente circularon por el palacio los rumores de mi hazaña; dejé a Taiwun y a sus compañeros roncando sobre las alfombras, mientras yo fui caminando hasta mi cama sin necesidad de ayuda. Jamás, en los días que siguieron, Taiwun dudó de mi origen coreano. Sólo un coreano, aseguraba, podía poseer una cabeza tan firme.

El palacio era una auténtica ciudad. Nosotros nos alojábamos en una suerte de residencia de verano que se hallaba algo más apartada. Yo ocupaba las dependencias del príncipe, y Hamel, Maartens y el resto de marineros hubieron de contentarse con el resto.

Fui llamado ante Yunsan, el sacerdote budista que ya he mencionado anteriormente. Era la primera vez que nos veíamos. Hizo que todos, incluso Kim, se retirasen, y nos sentamos en una habitación en penumbra, a solas. ¡Señor, Señor, qué hombre, qué mente tenía Yunsan! Intentó sondear mi alma. Conocía otras tierras y otros lugares que nadie en Cho-Sen soñaba conocer. ¿Creyó él la historia de mi naci-

miento? No puedo saberlo, pues su rostro se mostraba inmutable, como una estatua de bronce.

Lo que Yunsan pensaba sólo él podía saberlo. Pero en él, sacerdote enjuto y de pobres ropajes, podía sentir el poder que dominaba el palacio y todo Cho-Sen. Sentí también, a lo largo de la conversación, que pretendía utilizarme para algún fin. Ahora bien, ¿había sido esta idea sugerida por Lady Om? Dejé que Hendrik Hamel meditara sobre aquello. Yo sabía poco y me importaba menos, pues siempre vivía el momento y dejaba que otros predijesen, se las arreglasen por ellos mismos y penasen por su ansiedad.

Respondí también a los llamados de Lady Om y seguí a un eunuco de rostro acicalado y pies felinos a través de los silenciosos pasillos del palacio hasta llegar a sus aposentos. Se hospedaba como correspondía a una princesa de su sangre. También ella poseía un palacio propio, entre estanques de lotos y bosques de árboles centenarios cuya altura, sin embargo, no alcanzaba la mitad de la mía; había estanques de azucenas rodeados por puentes de bronce, tan delicados y extraños que parecían diseñados por expertos joyeros, y un bosquecillo de bambú ocultaba su palacete, separándolo del gran palacio.

Mi cabeza giraba vertiginosamente. Como lobo de mar que era, conocía muy bien a las mujeres, y el hecho de que hubiese enviado a alguien a buscarme me producía algo más que simple curiosidad. Había oído historias de amor entre hombres comunes y reinas, y me preguntaba si mi fortuna probaría la veracidad de las mismas.

Lady Om no perdió el tiempo. Estaba rodeada de mujeres, pero no les prestaba más atención que un carretero a sus caballos. Me senté a su lado sobre mullidas alfombras que ocupaban la mitad de la sala, y me acercaron vino y dulces, servido todo sobre unas mesitas menudas de un pie de alto, con incrustaciones de perlas.

Señor, Señor, no podía evitar mirarle a los ojos... Pero espere, no se equivoque, lector, Lady Om no era estúpida. Ya he dicho que tenía mi edad, treinta años, y poseía el aplomo y el porte de una mujer madura. Sabía lo que quería y lo que no quería. Por eso nunca se había casado; toda la presión que la Corte asiática podía ejercer sobre una mujer resultó inútil cuando intentaron obligarle a que se casara con Chong Mong-ju. Era éste un primo lejano de la gran familia Min, nada ingenuo tampoco, que intentó con avaricia conseguir el poder y perturbar a Yunsan, quien a su vez luchaba por retener el dominio y mantener en el palacio y en Cho-Sen un ordenado equilibrio. De este modo Yunsan se alió en secreto con Lady Om, la salvó de su primo y la utilizó para cortarle a éste las alas. Pero basta de intrigas. Tardé mucho en enterarme de todo, y fue gracias a las confidencias de Lady Om y a las conclusiones de Hendrik Hamel.

Lady Om era una verdadera flor. Mujeres como ella no nacen con frecuencia, en el mundo entero apenas surgen dos cada siglo. Las reglas y las convenciones no le afectaban. La religión, para ella, consistía en una serie de abstracciones, en parte aprendidas de Yunsan y en parte ideadas por ella misma. La religión vulgar, la religión pública, sostenía, no era más que un instrumento para mantener a millones de personas en su sitio. Ella tomaba sus propias decisiones y tenía un corazón muy femenino. Era una belleza, sí, una belleza universal. Sus enormes ojos negros no eran rasgados como los asiáticos. Eran alargados, pero en la justa medida, con una ligera inclinación que les daba mucha picardía.

Ya he dicho que no era ingenua. La situación me fascinaba, la princesa y el lobo de mar, el amor a punto de desbordarse. Me exprimía los sesos en busca de la astucia necesaria para salir del paso digna y virilmente. En este primer encuentro mencioné

lo que ya había dicho en la Corte, que yo era un verdadero coreano con la sangre de la antigua casa Koryu.

-Dejémoslo así -dijo, rozando mis labios con su abanico de plumas de pavo real-. No más historias para niños. Quiero que sepas que para mí eres mejor y más importante que cualquier Koryu. Tú eres...

Hizo una pausa y yo esperé, viendo crecer el atrevimiento en sus ojos.

-Tú eres un hombre -continuó-, ni en mis mejores sueños podría haber imaginado que existía en el mundo un hombre como tú.

¡Dios mío! ¿Qué podía hacer un pobre lobo de mar como yo? Este marinero, he de admitir, enrojeció hasta que los ojos de Lady Om se convirtieron en dos pozos gemelos de picardía, y la delicia de su provocación me hizo estrecharla entre mis brazos. Ella rió seductora y tentadora, y llamó a sus mujeres con unas palmadas; entonces supe que, por esta vez, la visita había terminado. Y supe también que habría otras audiencias, que tenía que haber otras audiencias.

De vuelta con Hamel, mi cabeza era un torbellino.

-Mujeres -dijo él, tras meditar profundamente. Me miró y suspiró con envidia-. Son tus músculos, Adam Strang, ese cuello de toro y ese pelo rubio. Bueno, ese es el juego, amigo. Diviértela y todo irá bien para nosotros. Diviértela, yo te enseñaré cómo.

Me molesté profundamente. Yo era un lobo de mar, sí, pero también un hombre, y no necesitaba ayuda de ningún otro para resolver mis asuntos con las mujeres. Puede que Hendrik Hamel fuera uno de los propietarios del Sparwehr, con amplios conocimientos de navegación y de las estrellas, y que fuese muy versado en la lectura, pero con las mujeres no era mejor que yo.

Sus delgados labios dibujaron una sonrisa y preguntó:

-¿Te gusta mucho Lady Om?

- Un lobo de mar sabe siempre lo que hace -traté de ganar tiempo.

-¿Cuánto te gusta? -repitió, taladrándome con sus ojos redondos.

-Lo suficiente; más que suficiente, diría.

-Entonces gánatela -ordenó- y algún día conseguiremos un barco y escaparemos de esta maldita tierra. Daría la mitad de la seda de las Indias por una buena comida cristiana.

Me miró atentamente.

-¿Crees que te la puedes ganar? -preguntó.

Aquel desafío consiguió provocarme. Sonrió con satisfacción.

-Pero no demasiado rápido -me aconsejó-. Las cosas rápidas son cosas baratas. Ponte un precio. Evita demasiada amabilidad. Dale valor a ese cuello de toro y a ese pelo rubio, y da gracias a Dios por tenerlos, ya que a los ojos de una mujer son más valiosos que el cerebro de una docena de filósofos.

Los días que siguieron fueron confusos y extraños; audiencias con el emperador, borracheras con Taiwun, reuniones con Yusan, y muchas horas con Lady Cm. Además, pasé la mitad de las noches, por orden de Hamel, aprendiendo de Kim todas las nimiedades de la etiqueta y las costumbres cortesanas, la historia de Corea y de sus dioses antiguos y actuales, las formas de discurso cortés, noble y culí. Nunca un lobo de mar trabajó tan duro. Yo era un muñeco, una marioneta de Yunsan, que me necesitaba; una marioneta de Hamel, que manejaba los asuntos de tal manera que, de no ser por él, me habría hundido. Sólo con Lady Om era un hombre, no un muñeco... y aún así, aún así, cuando miro hacia atrás y reflexiono sobre aquel tiempo, tengo mis dudas. Creo que Lady Om también me manejaba a su antojo, y me utilizaba para satisfacer los deseos de su corazón. Y lo consiguió. En poco tiempo ella era el deseo de

mi corazón, y tan apremiante era este deseo, que ni mi voluntad ni la suya ni la de Hendrik Hamel ni la de Yunsan podían alejar mis brazos de ella.

Entretanto, sin embargo, me vi envuelto en una trama palaciega que no podía comprender. Sabía tan sólo que iba en contra de Chong Mong-ju, el noble primo de Lady Om. Más allá de lo que podía adivinar había camarillas, y camarillas dentro de otras camarillas, que hacían del palacio un laberinto que se extendía por las Siete Costas. Pero no me preocupaba, eso era asunto de Hendrik Hamel. Le informaba de todo lo que ocurría en su ausencia, y él, con el ceño fruncido, sentado en la oscuridad durante horas, como una paciente araña, desenredaba la madeja y tejía una nueva tela. Como mi esclavo acompañante, insistía en atenderme en todo momento, aunque a veces Yunsan le mandaba dejarnos a solas. Por supuesto también rechazaba su compañía durante los encuentros con Lady Om, aunque solía relatarle, por encima, lo ocurrido; a excepción de los momentos de mayor ternura, que no eran asunto suyo.

Creo que Hamel se contentaba con permanecer detrás y hacer su papel. Tenía demasiada sangre fría como para no saber que el riesgo era mío. Si yo prosperaba, él prosperaba. Si me hundía en la ruina, él podría salir arrastrándose como un hurón. Estoy convencido de que ése era su razonamiento, pero no le sirvió para salvarse, como pronto verá.

-Quédate a mi lado - le dije a Kim-, y todo aquello que desees será tuyo. ¿Tienes algún deseo?

-Me gustaría dirigir a los Tigres Cazadores de Pyeng-Yang, y también a la guardia de palacio -respondió.

-Espera -dije-, y lo tendrás, tal y como te he dicho.

No estaba en mis manos. Pero aquel que no posee nada puede administrar el mundo con generosidad; y yo, que no poseía nada, le di a Kim la capitanía de la guardia de palacio. Lo mejor de todo es que cumplí mi promesa. Kim llegó a dirigir a los Tigres Cazadores, aunque le llevó a un triste final.

Había dejado las intrigas y las maquinaciones para Hamel y Yunsan, que eran los políticos. Yo era simplemente hombre y amante, y disfruté mucho más que ellos. Imagíneselo, un endurecido lobo de mar alegre, irresponsable, ignorando el pasado y el futuro, comiendo y bebiendo con reyes, poseedor del amor de una princesa, y con cerebros como el de Hamel y Yunsan planeando y ejecutando todo por mí.

Más de una vez sospechó Yunsan que había otra mente detrás de la mía, pero cuando investigó a Hamel, éste se mostró como un estúpido esclavo, mil veces menos interesa do en cuestiones políticas y de Estado que en mi salud y mi comodidad, y locuazmente preocupado por los concursos de bebida con Taiwun. Creo que Lady Om adivinó la verdad y la guardó para sí; no era astucia lo que deseaba, sino, tal y como Hamel había dicho, un cuello de toro y una melena rubia.

Ocurrieron entre nosotros muchas cosas que no relataré, aunque Lady Om ya es polvo, polvo querido, desde hace siglos. No podía renunciar a ella, ni ella a mí; cuando un hombre y una mujer desean unir sus corazones, pueden rodar cabezas e incluso caer reinos, pero ellos no renunciarán.

Llegó el momento en que se planeó nuestro matrimonio, al principio en absoluto secreto, como si no fuese más que un simple rumor que corriese de eunucos a sirvientas en las oscuras esquinas de palacio. Pero en un palacio los rumores de los pinches de cocina llegan hasta el trono. Pronto hubo mucho que hacer. El pulso de todo Cho-Sen latía en palacio, y si el palacio temblaba, Cho-Sen se estremecía. Y había motivos para temblar. Nuestro matrimonio podía ser un golpe directo entre los ojos de Chong Mong-ju. Éste consiguió el apoyo de la mitad del clero provincial que, en pro-

cesiones de una milla de largo, peregrinó hasta las puertas de palacio provocando el pánico del emperador.

Pero Yunsan se mantuvo firme como una roca. La otra mitad del clero provincial le apoyaba, además de todo el sacerdocio de las grandes ciudades como Keijo, Fusan, Song do, Pyen-Yang, Chenampo y Chemulpo. Yunsan y Lady Om, entre ellos, enredaron al emperador. Según me contó ella misma más tarde, le convenció con lágrimas histéricas y amenazas de escándalo que harían temblar el trono. Y para rematarle, en el momento adecuado, Yunsan complació al emperador con nuevos excesos que había estado preparando desde hacía tiempo.

-Debes dejarte el cabello largo para el moño matrimonial -me advirtió Yunsan un día, y sus severos ojos centellearon con un aire burlón que nunca había visto en él.

Debe saber que no se había conocido jamás un enlace entre una princesa y un lobo de mar, ni siquiera entre un descendiente de antigua sangre Koryu, que no tenía poder ni territorio alguno, ni símbolos visibles de rango. Así que se promulgó por decreto imperial que yo era el príncipe de Koryu. A continuación, tras romperle los huesos y decapitar al entonces gobernador de cinco provincias, partidario de Chong Mong-ju, fui nombrado gobernador de las siete provincias del antiguo Koryu. En Cho-Sen el siete es el número mágico. Para completar ese número tomaron dos provincias de las manos de otros dos partidarios de Chong Mong-ju.

¡Señor, Señor, un lobo de mar... y enviado hacia el norte por la Ruta Mandarina con quinientos soldados y un séquito a mis espaldas! Yo era el gobernador de siete provincias, donde me esperaban cincuenta mil soldados. Tenía a mi disposición el control de la vida, la muerte y la tortura. Poseía un tesoro y un tesorero, por no hablar del regimiento de escribas. También me esperaban un millar de cobradores de impuestos que exprimían a los extenuados granjeros hasta sacarles la última moneda.

Las siete provincias constituían la región del norte. Más allá se encontraba lo que ahora es Manchuria, por aquel entonces conocida como el país de Hong-du, o de las "Cabezas Rojas". Se trataba de atracadores salvajes, que en ocasiones atravesaban el Yalu en grandes grupos e invadían como langostas el norte de Cho-Sen. Se decía que practicaban el canibalismo. Sé por experiencia que eran unos luchadores terribles y que nunca se daban por vencidos.

Fue un año arrollador. Mientras Yunsan y Lady Om en Keijo consumaban la desgracia de Chong Mong-ju, yo procedía a crearme una reputación propia. Por supuesto, contaba con Hendrik Hamel a mi lado, pero yo era la cabeza visible. Hamel, a través de mí, enseñó a nuestros soldados instrucción y tácticas de lucha, además de métodos para hacer frente a la estrategia de los Cabezas Rojas. Fue una gran campaña, y aunque duró todo un año, al final la frontera norte encontró la paz y en nuestro lado del Yalu no quedaron más Cabezas Rojas que las muertas en combate.

No sé si esta invasión de los Cabezas Rojas se recuerda en la Historia Occidental, pero si es así, ésta dará una pista de la fecha en que sucedió lo que estoy relatando. Tengan otra pista: ¿Cuándo fue Hideyoshi el Shogun de Japón? En mi época escuché los ecos de dos invasiones, durante la generación anterior, conducidas por Hideyoshi a través del corazón de Cho-Sen, desde Fusan, al sur, hasta el norte, donde se hallaba Pyeng-Yang. Fue este Hideyoshi quien envió de vuelta a Japón miríadas de cubos llenos de orejas y narices de coreanos muertos en la batalla. Hablé con muchos ancianos y ancianas que habían estado en la lucha y que escaparon de la matanza.

Volvamos a Keijo y a Lady Om. ¡Señor, qué mujer! Durante cuarenta años fue mi esposa. No se alzó ninguna voz discrepante contra nuestro matrimonio. Chong Mong ju, arrancado del poder y sumido en la desgracia, se había retirado a amargarse en algún lugar de la lejana costa noroeste. El poder de Yunsan era absoluto. Noche tras

noche, las luces de las hogueras enviaban su mensaje de paz a lo largo del territorio. Las piernas del emperador se debilitaron y sus ojos se nublaron aún más a causa de las ingeniosas diabluras que Yunsan había preparado para él. Lady Om y yo logramos satisfacer los deseos de nuestros corazones. Kim estaba al mando de la guardia de palacio. A Kwan Yung-jin, el gobernador provincial que nos había golpeado y apuntalado el cuello con tablones cuando naufragamos, le dejé sin poder y le prohibí aparecer dentro de las murallas de Keijo.

Ah, y Johannes Maartens. A un lobo de mar, como yo, se le enseña la disciplina a golpes y, a pesar de mi reciente ascenso a la nobleza, no podía olvidar que él había sido mi capitán durante los días en que andábamos a la búsqueda de las Indias a bordo del Sparwehr. De acuerdo con mi primera historia narrada ante la Corte, él era el único hombre libre de mi séquito. El resto de los marineros, al ser considerados esclavos míos, no podían aspirar a convertirse en oficiales de ningún tipo bajo la corona. Pero Johannes sí podía, y lo hizo. ¡Viejo zorro astuto! Poco pude suponer sus intenciones cuando me pidió que le convirtiese en gobernador de la mísera y pequeña provincia de Kyong-ju. Kyong-ju no era rica en pesca ni en agricultura. Apenas se recaudaban impuestos, y el gobernador no poseía más que un honor vacío de poder. El lugar era en verdad un cementerio, un cementerio sagrado, ya que en la Montaña de Tabong se encontraban sepultados los huesos de los antiguos reyes. Más vale ser gobernador de Kyong-ju que siervo de Adam Strang, supuse que pensaba; y nunca sospeché que tuviera más razón que el miedo a la soledad para llevarse consigo a cuatro marineros.

Los dos años siguientes fueron espléndidos. Goberné mis siete provincias con los yang-bans que Yunsan puso a mi disposición. Todo lo que se requería de mí era una inspección ocasional en compañía de Lady Om. Ella poseía un palacio de verano en la costa sur que visitábamos muy a menudo. El resto del tiempo lo dedicaba a diversiones variadas. Me convertí en mecenas del deporte de lucha libre, resucité el tiro con arco entre los yang-bans, y de vez en cuando cazábamos tigres en las montañas del norte.

Las mareas de Cho-Sen eran algo digno de ser visto. En la costa nordeste apenas variaban un pie, pero en nuestra costa oeste la marea muerta alcanzaba casi los sesenta pies. A Cho-Sen no llegaban nunca mercaderes extranjeros. No se emprendía viaje alguno más allá de sus costas ni a ellas arribaban gentes desconocidas. Esto se debía a la política de aislamiento que mantenía desde tiempos inmemoriales. Una vez cada diez o veinte años, llegaba algún que otro embajador chino, pero solían venir por tierra, rodeando el Mar Amarillo a través de Hong-du y bajando por la Ruta Mandarina hasta Keijo. El viaje completo duraba un año. Su misión era exigir de nuestro emperador una ceremonia simbólica de reconocimiento del antiguo protectorado chino.

Hamel, tras haber maquinado sus planes durante mucho tiempo, estaba ya dispuesto a actuar. Parecía que ya no necesitaba más Indias que Cho-Sen siempre y cuando pudiera dirigirlo a su manera. Nunca me había inspirado confianza, pero cuando trató de convertirme en almirante de la flota de juncos de Cho-Sen, y mostró una sospechosa curiosidad por los lugares donde estaba guardado el tesoro imperial, comencé a atar cabos.

Lo cierto es que a mí no me importaba dejar Cho-Sen si era en compañía de Lady Om. Cuando le puse al corriente de los nuevos planes ella me dijo, mientras me abrazaba, que yo era su rey y que donde quiera que yo fuese siempre me seguiría. Como verá, lo que me dijo era cierto.

Fue todo culpa de Yunsan por dejar con vida a Chong Mong-ju. Aunque tampoco fue todo culpa suya. No podía haber hecho otra cosa. A pesar de haber perdido los

favores de la Corte, Chong Mong-ju seguía siendo muy popular entre el clero provincial. Yunsan se vio obligado a competir con él, y Chong Mong-ju, que aparentemente se hallaba retirado en la costa nordeste, no estaba ni mucho menos descansando. Sus emisarios, principalmente sacerdotes budistas, andaban de un lado a otro consiguiendo que incluso el más insignificante magistrado se uniera a su causa. Hace falta tener la fría paciencia de un asiático para concebir y ejecutar conspiraciones como aquélla. La fuerza que tenía Chong Mong-ju en palacio creció mucho más de lo que Yunsan podía siquiera imaginar. Chong Mong-ju sobornó a los guardias de palacio, los Tigres Cazadores de Pyeng-Yang, a quienes Kim dirigía. Y mientras Yunsan seguía sumido en la ignorancia, yo dedicaba mis días a Lady Om y al deporte, Hendrik Hamel ultimaba sus planes para saquear el Tesoro Imperial, y Johannes Maartens conspiraba entre las tumbas de la Montaña de Tabong, las argucias de Chong Mong-ju dieron al fin su fruto.

¡Dios mío, qué terrible tormenta la que estalló El estallido de la conspiración fue prematuro. Fue Johannes Maartens quien precipitó la catástrofe; sus errores fueron de enorme utilidad para Chong Mong-ju.

Vea lo que ocurrió. Las gentes de Cho-Sen eran fanáticos del culto a sus ancestros, y ese viejo pirata holandés, cegado por el oro, no hizo otra cosa que saquear las tumbas repletas de tesoros de los antiguos reyes de Silla, enterrados hacía largo tiempo. La misma noche del saqueo él y sus cuatro marineros viajaron bordeando la costa. Pero al día siguiente cayó una densa niebla y se perdieron de camino al junco que Johannes Maartens había dejado escondido. Al llegar a tierra fueron rodeados por los hombres de Yi Sun-si, el magistrado local, partidario de Chong Mong-ju. Sólo Herman Tromp logró escapar con vida, y fue por él que supe aquella historia.

Aquella noche, a pesar de que las noticias del sacrilegio se extendían por todo Cho-Sen y los oficiales de la mitad de las provincias norteñas se habían sublevado, Keijo y la Corte dormían ignorantes. Por orden de Chong Mong-ju, las hogueras nocturnas enviaban mensajes de paz, mientras sus mensajeros reventaban los caballos por los caminos de Cho-Sen. Tuve la fortuna de ver llegar a uno de aquellos mensajeros a Keijo. Al anochecer, mientras cabalgaba hacia el exterior por la gran puerta de la capital, vi caer rendido a un caballo y al exhausto jinete tambalearse; poco podía imaginar yo las noticias que traía aquel hombre.

Su mensaje prendió la revolución en palacio. No se me esperaba hasta medianoche, y a medianoche todo había pasado ya. A las nueve los conspiradores consiguieron retener al emperador en sus aposentos. Le obligaron a ordenar la comparecencia de los responsables de todos los departamentos y, según se presentaban, uno a uno y ante sus ojos, eran degollados. Entretanto, los Tigres Cazadores se habían sublevado. Yunsan y Hendrik Hamel recibieron una terrible paliza y fueron hechos prisioneros. Los otros siete marineros, junto con Lady Om, escaparon de palacio gracias a la intervención de Kim, quien cortó el camino, espada en mano, a sus propios Tigres Cazadores, hasta que le derribaron y pasaron sobre él. Para su desgracia, las heridas no le mataron.

Como un golpe de viento en una noche de verano, la revolución de palacio pasó volando y desapareció. Chong Mong-ju quedó al mando. El emperador le concedía cuanto deseaba. Tras el escándalo del sacrilegio de las tumbas reales, todo Cho-Sen aplaudía a Chong Mong-ju. Continuamente caían cabezas de oficiales que eran remplazados por personas que Chong Mong-ju designaba, pero nadie se alzó contra el tirano.

En cuanto a nuestra suerte: Johannes Maartens y sus tres marineros, tras ser exhibidos en público para que la muchedumbre de la mitad de los pueblos y ciudades

amuralla das de Cho-Sen les escupiese, fueron enterrados hasta el cuello ante la puerta de palacio. Les daban agua para que siguieran vivos por más tiempo y suplicaran por la comida, sabrosa y humeante, que cada hora colocaban ante ellos. Dicen que el viejo Johannes Maartens fue quien más tiempo vivió; su espíritu no le abandonó hasta pasados quince largos días.

A Kim le machacaron lentamente hasta la muerte, hueso a hueso. Hamel fue ejecutado a paletazos, golpeado hasta morir ante los gritos de alegría del populacho de Keijo. Yun san murió como había vivido: con coraje. Estaba jugando una partida de ajedrez con el carcelero cuando un mensajero de Chong Mong-ju llegó con una copa envenenada.

-Aguardad un momento -dijo-. Deberíais tener un poco más de educación y no molestar a un hombre a mitad de una partida de ajedrez. Me lo beberé tan pronto como acabe la partida.

Y mientras el mensajero esperaba, Yunsan terminó de jugar, ganó, y sólo entonces se bebió la copa.

Hace falta ser asiático para templar y dominar la cólera y llevar a cabo una venganza lenta y persistente. Esto es lo que Chong Mong-ju hizo con Lady Om y conmigo. No nos mató. Ni siquiera nos encarceló. Lady Om fue degradada de todo rango y despojada de todas sus posesiones. Se promulgó un decreto imperial, que fue enviado hasta la última de las aldeas de Cho-Sen, por el que nadie podía matarme, ya que pertenecía a la casa de los Koryu. Más tarde también se ordenó que nadie debía matar a los ocho marineros que habían sobrevivido, ni tampoco ayudarles; debían vivir como mendigos. Y en eso nos convertimos Lady Om y yo, en simples mendigos.

Siguieron cuarenta años de persecución, pues el odio de Chong Mong-ju hacia Lady Om y hacia mí era eterno, y por desgracia vivió una larga vida, tan larga como nuestra maldición.

Ya he mencionado antes que Lady Om era una mujer maravillosa. Me faltan palabras para expresar mi agradecimiento hacia ella. He oído en algún lugar que una gran dama le dijo a su amante: “Me conformo con un techo y un mendrugo de pan siempre que tú me acompañes”. Lady Om fue más allá, pues a menudo no disponíamos ni de un mendrugo de pan, y el cielo era nuestro techo.

Todos nuestros esfuerzos por escapar de la miseria acababan frustrados por Chong Mong-ju. En Song-do transportaba leña, y Lady Om y yo compartíamos una choza que, durante el crudo invierno, nos resultaba infinitamente más cómoda que el cielo descubierto. Pero Chong Mong-ju me encontró, me dieron una terrible paliza, me pusieron una tabla al cuello y nos enviaron de nuevo a los caminos. Aquel invierno fue terrible, el invierno en que el pobre “Ahora qué” Vandervoot murió congelado en las calles de Keijo.

En Pyeng-yang trabajé de aguador. Sepa que esta vieja ciudad, cuyos muros eran ya antiguos en tiempo de David, era considerada una canoa por sus habitantes, que creían que perforar un pozo dentro de sus murallas supondría el hundimiento de la ciudad. A lo largo del día miles de culíes transportaban enormes cántaros sobre sus hombros, yendo y viniendo desde la orilla del río hasta las puertas de la ciudad. Me convertí en uno de ellos, hasta que Chong Mongju me encontró y de nuevo me golpearon, me pusieron la tabla y me echaron a los caminos.

Siempre ocurría lo mismo. En el lejano Wiju me convertí en carnicero de perros; mataba a los animales en la calle, cortaba y colgaba los cuerpos y curtía las pieles bajo la mugre de los pies de los paseantes, tendiéndolas sobre el suelo sucio, con la cara hacia arriba. Pero Chong Mong-ju me encontró. Fui ayudante de tintorero en Pyonhan, minero en busca de oro en Kang-wun, fabricante de cuerdas y cordeles en

Chiksan. Trencé sombreros de paja en Padok, recogí hierba en Whang-hai, y en Masenpo me vendí a un granjero para quien trabajaba el doble de lo habitual, por menos del sueldo de un culí. Pero no había lugar al que no llegara el largo brazo de Chong Mong-ju para castigarme y empujarme de nuevo a los caminos.

Lady Om y yo buscamos durante dos años la raíz del ginseng silvestre de montaña, tan escaso y estimado por los médicos que con la venta de una sola raíz podríamos haber vivido cómodamente durante un año. Encontramos una sola de estas raíces, y cuando estaba a punto de venderla fui apresado, me confiscaron la raíz y me dieron una paliza mayor que las anteriores, además de volver a apuntalarme el cuello con aquellas tablas.

Por donde quiera que fuéramos los miembros de la Hermandad de Mercaderes informaban a Chong Mong-ju en Keijo sobre nuestras idas y venidas y sobre lo que hacíamos. Solamente dos veces me encontré cara a cara con él. La primera vez fue durante una tormenta en una helada noche de invierno, en las altas montañas de Kang-wun. Gracias a unas pocas monedas habíamos conseguido que nos dejasen dormir en la esquina más sucia y fría de la enorme sala de una posada. Estábamos a punto de tomar nuestra insípida sopa de alubias, la que tomaban los caballos, que cocinaban con abundante ajo y un pequeño trozo de carne de buey viejo, cuando se oímos el tintineo de las campanitas de bronce de un poney y las pisadas de los cascos. Se abrieron las puertas y entró Chong Mong-ju, imagen del bienestar, la prosperidad y el poder, sacudiéndose la nieve de sus pieles mongolas de incalculable valor. Hicieron sitio para él y para sus doce criados, y de pronto sus ojos se posaron casualmente sobre nosotros.

-Los bichos de la esquina, échenlos fuera -ordenó.

Y sus jinetes nos azotaron con sus látigos y nos echaron a la tormenta. Pero más adelante habría otro encuentro, muchos años después, como verá.

No había modo de escapar. Nunca se nos permitió cruzar la frontera norte. Nunca se nos permitió poner un pie en un sampán para escapar por mar. La Hermandad de Mercaderes llevaba la orden de Chong Mong-ju a cada aldea y a cada alma de Cho-Sen. Era un hombre marcado.

¡Señor, Señor, Cho-Sen!, conozco cada uno de tus caminos, cada paso de tus montañas, todas tus ciudades amuralladas y hasta la más pequeña de tus aldeas. Durante cuarenta años vagué por tus tierras muriendo de hambre, y Lady Om vagó conmigo. ¡Qué de cosas llegamos a comer! Restos de carne de perro, pútrida e invendible, que nos arrojaban los burlones carniceros; minari, un tipo de berro recogido de las estancadas charcas cenagosas; kimchi estropeado que revolvería el estómago de los campesinos y que se podía oler a más de una milla. ¡Ay!, he robado los huesos de los perros, he recogido los granos de arroz perdidos en las calles, en noches heladas he robado a los ponis un poco de su templada sopa de alubias.

No es extraño que sobreviviese. Sabía que existían dos cosas que me mantenían vivo: la primera era tener a Lady Om a mi lado; la segunda era mi fe absoluta en que llegaría el día en que apretaría con mis dedos la garganta de Chong Mong-j u.

Las puertas de Keijo, a las que llegábamos una y otra vez en busca de Chong Mong-ju, se cerraban siempre ante nosotros, y seguimos errando durante décadas, recorriendo Cho-Sen, donde cuyas calles y caminos conocían la vieja historia de nuestras sandalias. Nuestra historia y destino se extendió a lo largo de toda aquella tierra. No había hombre, mujer o niño que no supiese de nuestro castigo. Algunos culíes y mercaderes insultaban a Lady Om, y comprobaban a cambio la fuerza de mis garras en sus moños, la dureza de mis nudillos en sus rostros. Ancianas que vivían en lejanas aldeas perdidas en la montaña miraban a la vagabunda que me acompañaba,

la antigua Lady Om, y suspiraban y sacudían la cabeza mientras los ojos se les empañaban de lágrimas. Y a algunas mujeres jóvenes les asomaba la compasión en el rostro al contemplar los bultos que debía acarrear sobre los hombros, el azul de mis ojos y el largo cabello rubio de aquél que un día fue príncipe de Koryu y gobernador de varias provincias. A veces, grupos de chiquillos nos golpeaban en los talones, nos abucheaban y nos insultaban.

Más allá de Yalu había un enorme desierto, de cuarenta millas, que constituía la frontera norte y que se extendía de mar a mar. No era realmente un desierto, sino tierras que habían sido arrasadas deliberadamente de acuerdo con la política de aislamiento de Cho-Sen. A lo largo y ancho de las cuarenta millas, todas las granjas, aldeas y ciudades habían sido destruidas. Era tierra de nadie, infestada de animales salvajes y atravesada por compañías de Tigres Cazadores a caballo, cuyo cometido era matar a todo ser humano que encontrasen. No había modo de escapar de ellos ni de huir por mar.

Con el paso de los años mis siete compañeros marineros visitaron con frecuencia Fusan. Fusan estaba situado en la costa sudeste, donde el clima era más templado. Pero más que el clima, lo importante era que estaba muy cerca de Japón. A través de angostos estrechos, un poco más allá de donde alcanzaba la vista, estaba la única esperanza de escapar, Japón, donde indudablemente arribaba algún que otro barco procedente de Europa. Conservo muy presente la visión de aquellos siete hombres envejecidos sobre los acantilados de Fusan, anhelando con toda su alma atravesar aquel mar por el que jamás volverían a navegar.

A veces se divisaba juncos japoneses y otras embarcaciones, pero nunca hondeaban banderas conocidas de la vieja Europa en lo alto de sus mástiles. Los años fueron pasando, y los siete marineros, Lady Om y yo, a medida que nos acercábamos a la vejez, dirigíamos con mayor frecuencia nuestros pasos hacia Fusan. Y los años siguieron pasando, pero nunca conseguimos reunirnos todos juntos. Hans Amden fue el primero en morir. Jacob Brinker, su compañero de viaje, nos dio la noticia. Brinker fue el último de los siete, y murió casi a los noventa años, pocos meses después de la muerte de Tromp. Recuerdo muy bien a aquella pareja hacia el final de sus días, cansados y muy débiles, con sus harapos de mendigo y sus cuencos para las monedas, contándose viejas historias al sol, uno junto al otro, riendo y bromeando con voces chillonas como las de los chiquillos. Tromp divagaba continuamente sobre cómo Johannes Maartens y los otros marineros saquearon a los reyes en la Montaña de Tabong, embalsamados en sus ataúdes de oro con una sirvienta también embalsamada a cada lado; y cómo aquéllos que antaño fueron poderosos se desmenuzaban y se iban convirtiendo en polvo en pocas horas, mientras los marineros blasfemaban y sudaban intentando subir los ataúdes a los juncos.

Tan cierto como que el día es día, el viejo Johannes Maartens se habría escapado y habría atravesado el Mar Amarillo con su tesoro si no hubiese sido por la niebla que lo cubrió todo al día siguiente y que le hizo perderse. ¡Maldita niebla! Le hicieron una canción, una canción que escuché por todo Cho-Sen y que odié hasta el día de mi muerte. Estos son dos de sus versos:

"Ynaggukeni chajin anga
Wheanpong tora deunda.
(La espesa niebla oriental
el pico Whean envolvió.)

Durante cuarenta años fui un mendigo en Cho-Sen. De los catorce hombres que naufragamos, sólo yo sobreviví. Lady Om era tan resistente como yo, y envejecimos juntos. Se convirtió en una mujer pequeña, marchita y sin dientes, pero siempre fue una mujer maravillosa, y mi corazón fue suyo hasta el final. A pesar de ser un anciano de setenta años todavía conservaba gran parte de mi fuerza. Tenía la cara arrugada, mi cabello rubio se había vuelto blanco, y mis amplios hombros se habían encogido, pero todavía conservaba la fuerza de mis días de lobo de mar en los pocos músculos que me quedaban.

Y gracias a esa fuerza fui capaz de hacer lo que a continuación le relataré. Ocurrió una mañana de primavera, no muy lejos de los acantilados de Fusan, junto a la carretera, donde Lady Om y yo nos calentábamos al sol. Estábamos sentados sobre el polvo, vestidos con nuestros harapos de mendigos, ya sin orgullo, y aún así me estaba riendo a carcajadas de alguna graciosa ocurrencia de Lady Om, cuando una sombra cayó sobre nosotros. Era la gran litera de Chong Mong-ju, cargada por ocho culíes y acompañada de dos escoltas, una delante y otra detrás, y de varios sirvientes que revoloteaban a su alrededor.

Habían pasado dos emperadores, una guerra civil, la gran hambruna y una docena de revoluciones en palacio, y todavía Chong Mong-ju conservaba su poder en Keijo. Debía tener unos ochenta años aquella mañana primaveral sobre el acantilado, cuando hizo una señal con su mano casi paralizada para que la litera se detuviese y poder descansar; aquel viejo, el mismo que nos había castigado durante una eternidad, miró hacia nosotros.

-Ahora, mi rey -me susurró Lady Om, y después se volvió para suplicar limosna a Chong Mong-ju, fingiendo no reconocerle.

Y supe qué era lo que tenía en mente. ¿Acaso no lo habíamos planeado juntos durante cuarenta años? Por fin había llegado el momento. También yo fingí no reconocer a mi enemigo y, simulando una estúpida senilidad, me arrastré hacia la litera rogando piedad y caridad.

Los sirvientes me habrían apartado de no ser por la voz temblorosa del viejo Chong Mong-ju que los retuvo. Se incorporó apoyando su inestable codo y, con la otra mano, también temblorosa, corrió las cortinas de seda para contemplarnos. Su viejo rostro marchito se transfiguró y se recreó mirándonos.

-¡Oh, mi Rey! -me susurró Lady Om con voz suplicante, y sentí una vez más su amor eterno y su fe en mí.

La ira roja comenzó a crecer en mi interior, luchando contra mi voluntad para ser libre. No es extraño que el esfuerzo por controlarme me hiciera temblar. Por fortuna tomaron el temblor como un gesto de debilidad causado por la edad. Mantuve en alto mi cuenco y gemí débilmente, empañando mis ojos de lágrimas para ocultar el fuego azul que ardía en ellos, mientras calculaba la distancia y el impulso del salto.

De repente fui arrastrado por una llamarada de ira roja; se oyó el crujido de las cortinas y las barras y los gritos agudos de los sirvientes mientras mis manos se cerraban sobre la garganta de Chong Mong-ju. La litera se desplomó y ya no sabía si me encontraba arriba o abajo, pero nunca dejé de apretar.

En medio de toda aquella confusión de cojines, plumas y cortinas, apenas me alcanzaban los golpes de los sirvientes. Pero pronto llegaron las escoltas y comencé a sentir los látigos en mi cabeza, mientras una multitud de manos tiraba de mí. Estaba mareado, pero no inconsciente, y extasiado hundía mis dedos en aquel delgado y viejo cuello que había anhelado durante tanto tiempo.

Mientras los golpes seguían lloviendo sobre mi cabeza, mis pensamientos giraban vertiginosamente, y llegué a verme como un bulldog inglés de apretadas mandíbulas.

Chong Mong-ju no consiguió escapar, y sé que estaba bien muerto cuando la oscuridad, como una anestesia, cayó sobre mí, cerca de los acantilados de Fusan, junto al Mar Amarillo.

16.

Cuando el alcaide Atherton piense en mí, no se sentirá demasiado orgulloso. Le he enseñado lo que es el espíritu, le he dado una lección de humildad con mi propio espíritu alzándose invulnerable y triunfante sobre todas sus torturas. Estoy sentado en Folsom, en la Galería de los Asesinos, esperando mi ejecución; el alcaide Atherton todavía conserva su cargo en San Quintín, y reina sobre los presos encerrados entre sus muros. Y aún así, en el fondo de su corazón sabe que yo soy más grande que él.

En vano trató el alcaide de derrotar mi espíritu. En muchas ocasiones, no me cabe la menor duda, se hubiera alegrado si yo hubiese muerto en la camisa de fuerza. Aquel siniestro interrogatorio continuó durante mucho tiempo. Como él mismo me decía una y otra vez, tenía dos opciones, la dinamita o la muerte.

El capitán Jamie era un veterano en el calabozo de los horrores, pero llegó el día en que se derrumbó, abatido por la presión que yo ejercía sobre él y sobre el resto de mis torturadores. Tan desesperado estaba que se atrevió a decirle al alcaide que se lavaba las manos. Desde aquel día hasta el final de mi tortura, jamás puso un pie en las celdas de aislamiento.

Sí, y también llegó el día en que el alcaide Atherton comenzó a asustarse, aunque insistía en torturarme para que le dijera donde estaba la inexistente dinamita. Ya hacia el final, Jake Oppenheimer consiguió atemorizarle todavía más. Oppenheimer era osado y muy franco, había soportado todos los infiernos de la prisión, y gracias a su voluntad de hierro permanecía con vida. Morrell me contó el incidente completo. Yo estaba inconsciente en la camisa de fuerza cuando ocurrió.

-Alcaide -dijo Oppenheimer-, no sabe dónde se está metiendo. No se trata simplemente de matar a Standing. Se trata de matar a tres hombres, porque le juro que si lo mata, tarde o temprano Morrell y yo haremos correr la voz de un extremo a otro de California. Usted elige. O deja en paz a Standing o nos mata a los tres. Standing consigue sacarle de quicio, yo también, y también Morrell. No es usted más que un apestoso cobarde, y no tiene el valor ni las agallas para ese sucio trabajo de carnicero que tanto le gustaría hacer.

A Oppenheimer le cayeron cien horas en la camisa de fuerza por aquello, y cuando le desataron escupió al alcaide a la cara y recibió cien más. Esa vez, cuando le soltaron, el alcaide se cuidó de no estar dentro de la celda. Sin duda estaba impresionado por las palabras de Oppenheimer.

Pero el doctor Jackson era el peor de todos. Todo aquello era un juego para él, y estaba ansioso por saber cuánto más podría soportar antes de derrumbarme.

-Este hombre es capaz de soportar veinte días seguidos -comentó al alcaide en mi presencia.

-No tiene usted ni idea -le interrumpí-, puedo soportar cuarenta días. ¡Vaya! Puedo soportar cien días, siempre que se trate de alguien como usted.

Y acordándome de mis tiempos de lobo de mar, de la paciencia con la que esperé cuarenta años hasta que logré estrangular a Chong Mong-Ju, añadí:

-Vosotros, perros carceleros, no sabéis lo que es un hombre. Medís a los demás en el espejo de vuestra cobardía. Miradme bien, yo soy un hombre. Vosotros no sois más que marionetas. Yo soy vuestro señor. No podéis arrancar de mí una sola queja,

y os parece extraordinario porque sabéis muy bien con qué facilidad gritaríais vosotros.

Sí, les puse en su sitio, les llamé sapos despreciables, sanguijuelas del infierno, babosas repugnantes. Yo estaba por encima de ellos, más allá de ellos. Eran esclavos, y yo era un espíritu libre. Era sólo mi cuerpo el que estaba encerrado; yo no estaba encerrado. Había logrado dominar mi cuerpo, y el tiempo, en su espacio infinito, era mío para vagar por él mientras mi cuerpo, que ni siquiera sufría, yacía dentro de la camisa de fuerza.

Les conté a mis dos camaradas muchas de mis aventuras. Morrell me creyó, pues él también había disfrutado de los encantos de la pequeña muerte. Pero Oppenheimer, aun que fascinado por mis relatos, se mantuvo escéptico hasta el final. Él lamentaba, con una ingenuidad a veces realmente conmovedora, que yo hubiese dedicado mi vida a la ciencia de la agricultura y no a escribir novelas.

-Pero hombre -intentaba razonar con él-, ¿qué puedo saber yo sobre Cho-Sen? Puedo identificarlo con lo que hoy se llama Corea, y eso es todo, pues hasta ahí llega lo que he leí do. Por ejemplo, ¿cómo puede ser que sepa algo sobre el kimchi? Y sé lo que es el kimchi. Es una especie de sauerkraut. Cuando se estropea apesta. Te digo que cuando fui Adam Strang comí kimchi miles de veces. Conozco el buen kimchi, el mal kimchi y el kimchi estropeado. Sé que el mejor es el que cocinan las mujeres de Wosan. ¿Y cómo puedo saber eso? No está en mi mente, en la mente de Darrell Standing. Estaba en la mente de Adam Strang, quien, a través de sucesivos nacimientos y muertes, me legó sus experiencias a mí, Darrell Standing, junto con el resto de experiencias de aquellas otras vidas en las que intervino. ¿Lo ves, Jake? Así es como nace el hombre, como crece y como el espíritu se desarrolla.

-Venga, baja de la nube -me replicó frenético con sus nudillos-. Escúchame tú ahora. Yo soy Jake Oppenheimer. Siempre he sido Jake Oppenheimer. No hay nadie más en mi interior. Lo que sé, lo sé por ser Jake Oppenheimer. Ahora veamos, ¿qué es lo que sé? Te diré una cosa. Sé lo que es el kimchi, es una especie de sauerkraut que se hace en un país conocido antiguamente como Cho-Sen. Las mujeres de Wosan hacen el mejor kimchi, y cuando se estropea apesta. No interrumpas, Ed. Espera a que despache al profesor.

-Dígame, profesor, ¿cómo sé yo todo esto del kimchi? No está en el contenido de mi memoria.

-Sí lo está -salté-. Yo lo puse ahí.

-De acuerdo. Entonces, ¿quién lo puso en tu mente?

-Adam Strang.

-Tu abuela. Adam Strang es un sueño. Lo leíste en algún sitio.

-Nunca -aseguré-. Lo poco que leí de Corea fue la correspondencia militar durante la guerra entre Japón y Rusia.

-¿Recuerdas todo lo que leíste? -preguntó Oppenheimer.

-No.

-¿Has olvidado algo?

-Sí, pero...

-Eso es todo, gracias -me cortó, como hace un abogado cuando logra una confesión definitiva de un testigo.

Era imposible convencer a Oppenheimer de mi sinceridad. Insistió en que me inventaba todo a medida que lo iba contando, aunque aplaudía lo que él llamaba mi "continuará", y cuando me dejaban descansar de la camisa de fuerza me rogaba que le contara algún capítulo más.

-Y ahora, profesor, sáltate toda esa palabrería intelectual y cuéntanos algo más sobre el kisang y los lobos de mar -decía, interrumpiendo las discusiones metafísicas entre Ed Morrell y yo-. Y dinos de paso qué le ocurrió a Lady Om cuando aquel marido con cuello de toro estranguló y mató al viejo chino.

¡La de veces que he dicho que la forma muere! Déjeme repetirlo. La forma muere. La materia no tiene memoria. Sólo el espíritu recuerda, como aquí, en las celdas de la prisión, después de muchos siglos, todo lo que ocurrió con Lady Om y Chong Mong-Ju permaneció en mi mente, y así lo transmití a Jake Oppenheimer, y él me lo transmitió de nuevo en el argot californiano. Y ahora se lo he transmitido a usted, querido lector. Intente eliminarlo de su mente. No puede. Mientras viva, lo que le he contado habitará en su mente. ¿Espíritu? Nada es permanente excepto él. La materia fluye, se cristaliza y fluye de nuevo, y jamás se repiten sus formas. Las formas se desintegran convirtiéndose en una nada eterna, desde la cual no hay retorno. La forma es aparente, y pasa, como pasaron las formas físicas de Lady Om y de Chong Mong-Ju. Pero el recuerdo de ellos permanece, siempre permanecerá mientras el espíritu resista, y el espíritu es indestructible.

-Hay algo que está clarísimo -fue la conclusión de Oppenheimer a mi aventura de Adam Strang-, y es que, para ser un respetable profesor universitario, has dado demasiadas vueltas por los garitos de Chinatown. Malas compañías, ya sabes. Me imagino que eso es lo que te trajo aquí.

Antes de regresar a mis aventuras me veo obligado a relatar un incidente ocurrido en las celdas de aislamiento. Es importante por dos cosas. Muestra el asombroso poder mental de aquel chico del lumpen llamado Jake Oppenheimer, y es en sí mismo la prueba irrefutable de mis experiencias mientras estaba en la pequeña muerte.

-Dime, profesor -me deletreó Oppenheimer un día-, cuando nos relatabas la increíble historia de Adam Strang, recuerdo que mencionaste que jugabas al ajedrez con ese borracho de la realeza, el hermano del emperador. ¿Era ese ajedrez como el nuestro?

Por supuesto, tuve que responder que no lo sabía, que no recordaba los detalles tras regresar a mi estado normal, y por supuesto, él se rió abiertamente de lo que llamó mis trampas. Pero aún así yo recordaba que en mi aventura como Adam Strang había jugado con frecuencia al ajedrez. El problema era que cada vez que regresaba a mi estado consciente en la celda de aislamiento, los detalles, tanto los más banales como los más complejos, se desvanecían en mi memoria.

Recuerde que por razones prácticas he recopilado mis experiencias en la camisa de fuerza, intermitentes y repetitivas, en una narración coherente y consecutiva. Nunca sabía de antemano a dónde me llevarían mis viajes a través del tiempo. Por ejemplo, he regresado una veintena de veces a Jesse Fancher en el círculo de carretas en Mountain Meadows. En un período de diez días en la camisa de fuerza, he ido hacia atrás de vida en vida, a menudo saltándome series completas de vidas que en otros momentos he recorrido, de vuelta a la época de la prehistoria, y desde allí a los días previos a la civilización.

Decidí que en mi siguiente regreso de la vida de Adam Strang, fuese cuando fuese, debía concentrarme inmediatamente en los recuerdos del juego de ajedrez. Como estaba sujeto al azar, tuve que soportar las burlas de Oppenheimer durante un mes entero, antes de que por fin me llegara la suerte. Y entonces, tan pronto como salí de la camisa y mi circulación se restableció, comencé a narrar a golpes de nudillo todo lo que recordaba.

De hecho, enseñé a Oppenheimer el juego que Adam Strang había jugado en Cho-Sen siglos atrás. Era diferente del ajedrez occidental, y aún así los fundamentos

eran los mismos, lo que nos remite a un posible origen común, probablemente hindú. En lugar de nuestros sesenta y cuatro cuadros hay ochenta y uno. Nosotros tenemos ocho peones en cada banda, ellos nueve, y aunque las limitaciones son similares, el principio de los movimientos es diferente.

Además, en el juego de Cho-Sen hay veinte piezas y peones en lugar de nuestros dieciséis, y están dispuestas en tres filas en lugar de dos. Así, los nueve peones se sitúan en la primera fila, en la central hay dos piezas similares a nuestras torres, y en la última se sitúan los reyes, flanqueados en orden por la "moneda de oro", "la moneda de plata", "el caballero" y "la lanza". Observese que en el juego de Cho-Sen no hay reina. Otra variación importante es que la pieza ganada no se retira del tablero, sino que se convierte en propiedad del que la gana y por tanto juega para él.

Enseñé a Oppenheimer este juego, mucho más difícil que el nuestro, he de admitir, si se tiene en cuenta la captura, la reconquista y el movimiento continuo de peones y piezas. Recuerde que no nos calientan las celdas; sería una crueldad arrebatar a los convictos de la dureza de los elementos. Oppenheimer y yo olvidamos los días monótonos y fríos de aquel invierno gracias al ajedrez de Cho-Sen.

Pero el hecho de que trajese el juego hasta San Quintín a través de los siglos tampoco le convenció. Insistió en que lo había leído en algún sitio, y aunque lo había olvidado, lo leído permanecía en mi mente y había regresado durante uno de mis sueños. Así fue como analizó mi situación.

-¿Qué impide que lo hayas inventado encerrado en la celda de aislamiento? -era su hipótesis-. ¿Acaso no inventó Ed la comunicación mediante golpes de nudillo? ¿Y acaso no hemos mejorado en eso tú y yo a lo largo del tiempo? ¡Te pillé! Te lo has inventado. Oye, paténtalo. Recuerdo que hace tiempo, siendo yo mensajero, un tipo inventó una estupidez llamada Tigs in Clover" y se hizo millonario.

-No puedo patentarlo -respondí-. Sin duda los asiáticos han estado jugando a esto durante miles de años. ¿No te digo que no lo he inventado yo?

-Pues entonces lo debes haber leído, o has visto a algún amarillo jugando a este ajedrez en alguno de esos garitos en los que estuviste -fue lo último que dijo.

Pero tengo algo más que contarle. Hay un asesino japonés en Folsom, o había, porque fue ejecutado la semana pasada. Hablé de este tema con él, y el juego que Adam Strang jugaba y que yo enseñé a Oppenheimer era muy parecido al japonés, al menos estos dos juegos tienen mucho más parecido entre sí de lo que cada uno de ellos tiene con el juego occidental.

17.

Recordará, lector, cómo al comienzo de mi relato, cuando yo era un chico en una granja de Minnesota, observé aquellas fotografías de Tierra Santa y reconocí muchos lugares, e incluso señalé los que habían cambiado. También recordará que cuando describí la escena de la curación de los leprosos, le dije al misionero que yo era un hombre grande con una gran espada que, montado a caballo, contemplaba el suceso.

Aquel incidente de la infancia fue tan sólo una de esas nubes de gloria, como diría Wordsworth. Yo, Darrell Standing, no entré a este mundo sin recuerdos. Pero los recuerdos de otros tiempos y lugares que brillaban en mi conciencia infantil pronto se desvanecieron y se perdieron. En realidad, como ocurre con todos los niños, las tinieblas de la prisión de mi cuerpo se cerraron sobre mí y ya no pude recordar mi pasado. Cada hombre tiene un pasado tan grande como el mío, pero pocos han tenido la suerte de sufrir durante varios años la incomunicación y la camisa de fuerza. Esa ha sido

mi suerte, y gracias a ello fui capaz de recordar una vez más aquellos tiempos en los que contemplaba, montado sobre la grupa de un caballo, la curación de los leprosos.

Me llamaba Ragnar Lodbrog, y es cierto que era un hombre muy grande. Les sacaba media cabeza a todos los romanos de mi legión. Pero eso fue más tarde, cuando tras mi viaje de Alejandría a Jerusalén me pusieron al mando de una legión. Tuve una vida ajetreada. Libros y libros y años de escritura no serían suficientes para recordarla toda, así que habré de resumir y contarle solamente una parte.

Nunca conocí a mi madre. Me dijeron que nací en un barco, durante una tormenta en el Mar del Norte, y que mi madre era una prisionera capturada durante el saqueo de una fortaleza en la costa. Nunca supe su nombre; murió durante la tempestad. Era del norte de Dinamarca, o al menos eso me hizo creer Lingaard. Me contó mucho más de lo que yo podía recordar a esa edad, y aun así no fue demasiado lo que pudo decirme. Me habló de una batalla naval, del saqueo, el pillaje, las antorchas, de una huida en veloces barcos tratando de evitar los arrecifes, del dolor, la matanza y la lucha contra las aguas heladas. ¿Quién podría, en un momento así, reparar en una mujer moribunda que estaba a punto de dar a luz? Fueron muchos los que murieron, y los hombres se fijaron en las mujeres que quedaron vivas, no en las muertas.

Los incidentes sucedidos después de mi nacimiento calaron profundamente en mi imaginación infantil, como me contó el viejo Lingaard. Él estaba ya demasiado viejo para realizar trabajos duros, por lo que hizo de cirujano, de sepulturero y de partero para ayudar a las prisioneras que se amontonaban en el centro del barco. Así nací yo, en mitad de la tormenta, bañado con la espuma de las encrestadas olas del mar salado.

No tenía muchas horas de vida cuando Tostig Lodbrog puso sus ojos en mí por primera vez. Suya era aquella nave, y suyos los otros siete barcos que habían participado en el saqueo, se habían escapado y navegaban a través de la tormenta. A Tostig Lodbrog le llamaban Muspell, que significa "El Ardiente", pues siempre estaba irritado y furioso. Era valiente, pero también muy cruel en ocasiones; lo cierto es que el suyo no era un corazón demasiado piadoso. Al final de una batalla en Hasfarth, todavía empapado del sudor de la lucha, devoró el corazón de Ngrun. Vendió a su hijo Garulf como esclavo a los jutos. También recuerdo que en Brunanbuhr solía pedir el cráneo de Guthlaf para usarlo de copa.

Cuando la tempestad hubo amainado, Lingaard me llevó a la cubierta ante él. Yo no tenía más que unas horas de vida, y me habían envuelto en una piel de lobo cubierta por el salitre. Al haber sido mi nacimiento prematuro, era un ser realmente minúsculo.

-¡Vaya, ja, ja, ja! ¡Un enano! -gritó Tostig, retirando de sus labios un jarro de aguamiel para mirarme.

Dicen que me agarró de un pie con sus dedos pulgar e índice y, sin la piel de lobo, me balanceó al viento helado.

-¡Una cucaracha, un renacuajo, un piojo! ¡Ja, ja, ja! -y me apretujó con sus enormes dedos, cada uno de ellos más grueso que mis piernas, aseguraba Lingaard.

De pronto, se le ocurrió otra idea.

-El chiquitín está sediento, démosle de beber.

Y entonces me metió, cabeza abajo, en la jarra de aguamiel. Y, de no haber sido por Lingaard, me habría ahogado en aquella bebida para hombres, yo que en mis pocas horas de vida ni siquiera había probado la leche materna. Pero cuando éste me sacó de la cuba, Tostig Lodbrog le golpeó furioso y le tiró al suelo. Rodamos por la cubierta del barco, y los enormes perros cazadores de osos, capturados en la lucha contra los daneses, se abalanzaron sobre nosotros.

¯¡Ja, ja, ja! -rugió Tostig Lodbrog, mientras el viejo y yo éramos atacados y acosados por los perros.

Pero Lingaard logró ponerse en pie, salvándome, aunque la piel de lobo cayó a la cubierta.

Tostig Lodbrog acabó su bebida y me miró; Lingaard sabía que era inútil esperar clemencia, pues no la habría.

-No es mayor que mi pulgar -dijo Tostig-. Por Odín que estas mujeres danesas pertenecen a una raza ruin. Engendran enanos en lugar de hombres. ¿Para qué sirve esta cosa? Nunca será un hombre. Escucha, Lingaard, críale para que sea mi camarero en Brunanbuhr. Y cuida de que los perros no se lo traguen creyendo que es un pedazo de carne sobrante de la mesa.

No supe en mucho tiempo lo que era una mujer. Lingaard fue mi comadrona y mi niñera, y por cuna tuve las cubiertas mojadas de los barcos, las patadas de los hombres, las batallas y las tormentas. Sólo Dios sabe cómo logré sobrevivir, pero lo cierto es que crecí bastante rápido, y llegó un día en el que Tostig ya no pudo meterme en una jarra, por grande que ésta fuera. Aquella era su broma favorita. Tenía un sentido del humor bastante rudo, aunque él lo consideraba muy ingenioso. Mis primeros recuerdos son los barcos de proa afilada de Tostig Lodbrog, los guerreros y sus alborotos en el festín de Brunanbuhr cuando dejábamos los botes varados junto a los helados fiordos. Yo me había convertido en camarero, y aún recuerdo los días en que llevaba la calavera de Guthlaf llena de vino hasta la cabecera de la mesa, donde se sentaba Tostig bramando al cielo. Todos aquellos hombres estaban locos, pero no me resultaba extraño, pues no conocía nada distinto. Eran hombres de mal carácter y siempre dispuestos a luchar. Su imaginación era tan feroz como su apetito y su sed. Y crecí como ellos. ¿De qué otro modo podría haber crecido?

¡Ah!, yo también tenía la ira dentro de mí, y no me fue difícil practicarla. Tenía ocho años cuando enseñé los dientes por primera vez; ocurrió en un gran festín en el Brunanbuhr, al que asistieron como invitados el jefe Agard y los jutos, que llegaron en sus tres grandes barcos. Yo estaba de pie junto a Tostig Lodbrog, sujetando la humeante y apestosa calavera de Guthlaf llena de vino caliente. Y allí me quedé mientras Tostig maldecía a los daneses del norte, y siguió maldiciendo durante un buen rato hasta que de repente, enfurecido, comenzó a injuriar a las mujeres del norte. El recuerdo de mi madre danesa hizo despertar en mi interior a la ira roja, y la furia me empujó a golpearle con el cráneo de Guthlaf. Quedó quemado, cegado y empapado por el vino, y mientras se tambaleaba tratando de agarrarme con sus descomunales zarpas, le asesté con mi daga tres puñaladas en la barriga, en el muslo y en las nalgas.

El jefe Agard desenvainó su espada gritando:

-¡Un osezno! ¡Un osezno! ¡Por Odín, dejad que el osezno luche!

Y allí, entre el alboroto ensordecedor de Brunanbuhr, el frágil camarero del norte luchó con el poderoso Lodbrog. Y cuando de un solo golpe fui despedido, aturdido y sin aliento, hasta el centro de aquella enorme mesa, derribando jarras y cacharros, Lodbrog rugió:

-¡Deshaceos de él! ¡Echadle a los perros!

Pero el jefe Agard salió en mi defensa y le pidió a Lodbrog que me cediese como un regalo en señal de amistad.

Y así, tras el deshielo, me dirigí hacia el sur a bordo de una de las naves del jefe Agard. Me nombró camarero y portador de su espada, y cambiaron mi nombre por el de Ragnar Lodbrog. El país de Agard, una tierra triste y monótona, envuelta en niebla y pantanos, colindaba con la de los frisios. Allí viví durante tres años, hasta la muerte

de Agard, y siempre estuve firme y obediente a su lado, ya estuviera cazando lobos o bebiendo en el gran salón donde su Elgiva, su joven esposa, solía sentarse rodeada de sus doncellas. Nuestras correrías nos llevaban a menudo hasta el sur, a lo largo de lo que ahora es la costa de Francia, y aprendí que en el sur las estaciones son más cálidas, el clima más suave y las mujeres más dulces.

De uno de aquellos viajes regresamos con Agard herido de muerte y agonizando. Quemaron su cuerpo en una enorme pira, con Elgiva, vestida con un corsé dorado, cantando a su lado. Muchos esclavos de la familia, adornados con collares de oro, se quemaron con ella, y también nueve siervas y ocho esclavos anglos de noble cuna que habían sido capturados en la batalla. Y también se quemaron varios halcones vivos y dos chicos halconeros que los sujetaban.

Pero yo, el camarero, Ragnar Lodbrog, me salvé de la quema. Tenía ya once años, me sobraba valor y nunca había llevado sobre mi cuerpo ropa alguna. Las llamas se alzaron, y cuando Elgiva entonó sus cánticos fúnebres y los esclavos y las siervas gritaban aterrados por la cercanía de la muerte, rompí mis ataduras, salté y corrí hasta alcancar la zona pantanosa, todavía con mi collar de esclavo al cuello, huyendo de los perros que habían soltado para cazarme.

En los pantanos había hombres salvajes, hombres que no tenían dueño, esclavos liberados y bandidos proscritos que eran cazados por deporte, como se cazaba a los lobos.

Durante tres años no tuve techo, ni tampoco hoguera en la que calentarme, y crecí duro como la escarcha. Habría robado alguna mujer a los jutos de no ser porque, desgraciadamente, los frisos me dieron caza tras una persecución de dos días. Me quitaron el collar de oro y me canjearon por dos perros lobos, entregándome a Edwy, un sajón, quien me puso un collar de hierro alrededor del cuello y más tarde me entregó, junto con otros cinco esclavos, a Athel, de los anglos del este. Fui esclavo y guerrero hasta que me perdí durante una incursión hacia el este, más allá de nuestras fronteras, y fui capturado por los hunos; allí fui porquero hasta que logré escapar hacia el sur a través de los bosques; fui admitido como hombre libre entre los teutones, que eran muchos, pero que vivían en pequeñas tribus y se dirigían hacia el sur empujados por el avance de los hunos.

Desde el sur llegaron los romanos, también grandes guerreros, obligándonos a retroceder de nuevo hacia los hunos. Finalmente nos vimos obligados a presentar batalla, y les enseñamos a los romanos lo que era luchar, aunque, a decir verdad, también ellos nos enseñaron algo.

Siempre recordaba la soleada costa meridional que había divisado desde los barcos de Agard, y el destino quiso que un día cayese prisionero de los romanos y regresara a aquel mar que no había visto desde mis días con los anglos del este. Me convertí en un esclavo remero en las galeras y por fin, como remero, llegué a Roma.

La historia de cómo me convertí en un hombre libre, en un ciudadano, en un soldado, y cómo a la edad de treinta años viajé hasta Alejandría, y de ahí a Jerusalén, es demasiado larga. Me he visto obligado a relatarle mi bautizo en la jarra de aguamiel de Tostig Lodbrog y los años que siguieron, para que se haga una idea de qué clase de hombre era cuando crucé al galope la Puerta de Jaffa y se posaron sobre mí todas las miradas.

Tenían motivos para mirarme. La suya era una raza bajita, de huesos delgados y músculos débiles; aquellos judíos y romanos no habían contemplado nunca a un hombre rubio como yo. A través de las estrechas callejuelas se apartaban a un lado y se paraban a observar, con asombro, a aquel hombre rubio que venía del norte, o sólo Dios sabía de qué remotas tierras.

Casi todas las tropas de Pilatos estaban formadas por auxiliares, a excepción de un puñado de romanos que hacían guardia en los alrededores de palacio, y de otros veinte que cabalgaban conmigo. Generalmente los auxiliares eran buenos soldados, aunque nunca tan dignos de confianza como los romanos. Ellos eran mejores guerreros que nosotros, los hombres del norte, que combatíamos encolerizados y furiosos. Los romanos se mantenían siempre serenos y juiciosos.

La noche de mi llegada, conocí en casa de Pilatos a una amiga de su esposa, que formaba parte de la corte de Antipas. La llamaré Miriam, pues ése era el nombre con el que la amé. Si pensara que es posible describir el encanto de las mujeres, describiría a Miriam. Pero, ¿cómo describir las emociones con palabras? El encanto de la mujer es indescriptible.

En general, toda mujer posee un cierto encanto para todos los hombres. Cuando este encanto se torna personal, lo llamamos amor. Miriam tenía ese encanto especial. Era una mujer excepcional, y utilizo este adjetivo deliberadamente. Su cuerpo era magnífico, imponente, superior a la media judía tanto en estatura como en figura. Aristócrata por naturaleza, todo en ella era generoso y lleno de elegancia. Era inteligente, ingeniosa y, por encima de todo, de una feminidad abrumadora. Como verá, fue su feminidad lo que al final nos traicionaría a los dos. Morena, de piel aceitunada y rostro ovalado, su cabello era tan negro que resplandecía azulado, y sus ojos parecían dos negros pozos gemelos. Lo cierto es que el nuestro fue un encuentro de dos perfectos arquetipos del hombre rubio y la mujer morena.

Y fue un encuentro instantáneo. No hubo espera, duda o incertidumbre alguna. Fue mía desde el primer momento en que la vi, y también ella supo que yo, de entre todos los hombres, le pertenecía. Mientras me dirigía resuelto hacia ella, se incorporó del sillón, como si fuera a acercarse a mí, y entonces nos miramos, y estuvimos mirándonos hasta que la esposa de Pilatos, una mujer delgada y nerviosa, se puso a reir tímidamente. Presenté mis respetos a las dos, y me pareció ver como Pilatos lanzaba una mirada de complicidad a Miriam, como diciendo "¿No es lo que te prometí?" Y es que había sabido de mi llegada gracias a Sulpicius Quirinius, el legado de Siria. Pilatos y yo nos habíamos conocido tiempo atrás, mucho antes de que fuera enviado a Jerusalén.

Hablamos largo y tendido aquella noche, sobre todo Pilatos, quien me explicó detalladamente la situación local; parecía sentirse solo y ansioso por compartir sus preocupaciones con alguien, incluso por recibir consejo. Pilatos tenía el carácter firme de los romanos, con la suficiente imaginación e inteligencia como para hacer respetar la férrea política de Roma, y no excesivamente irritable ante las situaciones tensas.

Sin embargo, estaba claro que aquella noche estaba preocupado. Los judíos le habían puesto muy nervioso. Eran demasiado inquietos e inestables, y además eran astutos en extremo. El carácter romano era directo y franco, a diferencia de los judíos, que nunca se enfrentaban directamente a nada, salvo cuando eran obligados a ello. La irritación de Pilatos se debía, tal y como el mismo me explicó, a que los judíos conspiraban constantemente para utilizarle en sus disputas religiosas. Yo sabía bien que Roma no solía interferir en las cuestiones religiosas de los pueblos conquistados, pero los judíos siempre creaban conflictos y conferían un tinte político a hechos que nada tenían que ver con la política.

Pilatos se mostró elocuente al hablar sobre las diversas sectas, los alzamientos provocados por el fanatismo y las continuas revueltas.

-Lodbrog -dijo-, uno nunca puede predecir si una ligera nube de verano se convertirá en una tormenta. Estoy aquí para mantener el orden y la calma. Y muy a mí pesar han convertido el lugar en un gallinero. Antes preferiría gobernar las lejanas

tierras escitas o a los salvajes britanos que a estas gentes que nunca se ponen de acuerdo en lo que a Dios se refiere. Ahora mismo hay un hombre en el norte, un pescador que ahora es predicador y hace milagros, que podría, dentro de poco, tratar de ocupar mi lugar.

Aquélla fue la primera vez que oí hablar de un hombre llamado Jesús, pero no le di demasiada importancia. Hasta mucho tiempo después no recordaría haber oído hablar de él, y para entonces la pequeña nube se había convertido en una terrible tormenta.

-Me he informado sobre él. No es un político, de eso no hay duda. Pero estáte seguro de que Caifás, y también Anás, harán de este pescador un asunto político con que azuzar a Roma y arruinarme.

-Ese Caifás... he oído que es un alto dignatario de los judíos, pero, ¿quién es Anás? -pregunté.

-El sumo sacerdote, un sinvergüenza -explicó Pilatos-. Caifás fue nombrado por Grato, y es la sombra y la voz de Anás.

-Nunca te han perdonado aquel pequeño asunto de los escudos votivos -bromeó Miriam.

Al oír esto, como si le hubiesen metido el dedo en la llaga, Pilatos comenzó a narrarnos el episodio, que en un principio no había sido más que eso, una anécdota, pero que casi acaba con él. Con la mayor inocencia del mundo había colocado ante su palacio dos escudos con inscripciones votivas, y como consecuencia se desencadenó una tormenta sobre su cabeza, y los judíos escribieron y entregaron sus quejas a Tiberio, quien las aprobó y reprendió a Pilatos.

Me alegró poder charlar con Miriam un poco más tarde. La esposa de Pilatos ya me había hablado de ella. Pertenecía a la antigua realeza; su hermana era esposa de Filipo, tetrarca de los gaulonitas y Betania. Filipo, a su vez, era hermano de Antipas, tetrarca de Galilea y Perea. Ambos eran hijos de Herodes, a quien los judíos llamaban "El Grande". Miriam vivía en la corte con ambos, pues también ella tenía su sangre real. De niña había sido prometida en matrimonio a Arquelao, por entonces gobernador de la provincia de Jerusalén. Sin embargo, había heredado una enorme fortuna, y por tanto no se vio obligada a casarse. Además, era una mujer de carácter fuerte y sin duda difícil de complacer en asuntos tan delicados como el casamiento.

Sin duda algo flotaba en el aire, pues al poco rato Miriam y yo estábamos hablando de religión. Lo cierto es que los judíos eran tan aficionados a discutir de asuntos religiosos como nosotros a la lucha y los festines. Durante mi estancia en aquel país no dejé ni un solo momento de escuchar las eternas discusiones sobre la vida y la muerte, la ley y Dios. Pilatos no creía en dioses ni en demonios ni en nada parecido. La muerte era para él la oscuridad del sueño eterno; y aún así, durante sus años en Jerusalén, tuvo siempre que soportar aquella locura religiosa. Le contaré algo: en una ocasión, en un viaje a Idumea, me acompañaba un joven ayudante, un chiquillo que casi no podía ensillar un caballo, y que sin embargo podía hablar hasta quedarse sin aliento, desde el amanecer hasta la puesta del sol, acerca de las más sutiles diferencias entre las enseñanzas de todos los rabinos conocidos desde Shemaiah hasta Gamaliel.

Pero volvamos a Miriam.

-Tú crees que eres inmortal -pronto se atrevió a desafiarme-. Entonces, ¿por qué no te gusta hablar de ello?

-¿Por qué discutir sobre lo que ya sé? -contesté.

-¿Pero tan seguro estás? -insistió-. Háblame de ello. ¿Cómo es vuestra inmortalidad?

Y tras hablarle de Niflheim y Muspell, del nacimiento del gigante Ymir de los copos de nieve, de la vaca Andhumbla, de Fenrir y Loki y los helados Jótuns, de Thor y Odin y de nuestra Valhala, ella comenzó a aplaudir y a gritar, con los ojos encendidos.

-¡Oh, eres un bárbaro, un niño grande! ¡Te crees las historias de las viejas niñeras! Pero tu espíritu, que es inmortal, ¿adónde irá cuando tu cuerpo muera?

-A Valhala, como ya te he dicho -respondí-, y mi cuerpo también.

-¿Para beber, comer, luchar...?

-Y para amar -añadí-. Debemos tener nuestras mujeres en el cielo, sino, ¿para qué sirve el cielo?

-No me gusta vuestro cielo -dijo-. Es un lugar de locos, lleno de bestias, de escarcha, tormentas y furia.

-¿Cómo es el vuestro? -pregunté.

-Allí es verano eternamente, siempre hay flores y frutas maduras.

Sacudí la cabeza y le dije:

-No me gusta vuestro cielo. Es un lugar triste y suave, un lugar para hombres débiles, para eunucos y gordos, sombras de lo que es un hombre de verdad.

-Mi cielo -dijo- es la morada de los bienaventurados.

-Valhala es la morada de los bienaventurados -contesté-. ¿A quién le importan las flores en un lugar donde siempre hay flores? En mi país, cuando el crudo invierno se marcha por fin y el sol aleja de nosotros las noches eternas, las primeras flores que brotan junto al borde del hielo derretido son señales de gozo, y las contemplamos con asombro.

-¡Y el fuego! -grité-, ¡El glorioso fuego! En tu cielo un hombre no puede apreciar la bendición de una buena hoguera bajo un techo, mientras afuera todo es viento y nieve.

-Qué tonto eres -me respondió-. Llamáis cielo a un fuego y a un techo en la nieve. En nuestro cielo nadie tiene que escapar del viento y la nieve.

-No -objeté-. Levantamos un techo y una hoguera para desde allí internarnos en el hielo y la tormenta, y volver más tarde a refugiarnos. El hombre ha nacido para luchar contra el hielo y la nieve, y esa misma lucha es su techo y su fuego. Lo sé, pues una vez viví durante tres años sin techo ni fuego. Nací en mitad de una tormenta, después de una batalla, y mis pañales fueron una piel de lobo. Mírame bien, y verás qué tipo de hombres habitan en Valhala.

Y me miró a conciencia, fascinada, y exclamó:

-¡Ay, gigante rubio! -y añadió pensativa- Casi me entristece pensar que tal vez no haya hombres así en mi cielo.

-No has de preocuparte -la consolé-. El mundo es grande y hay lugar para muchos cielos. Es posible que a cada uno le corresponda el cielo que su corazón desea. Seguro que hay un buen cielo más allá de la tumba. Y, no lo dudes, algún día dejaré nuestros festines y asaltaré vuestras costas soleadas, y te raptaré, como fue raptada mi madre.

Y entonces la miré, y ella también miró, y mantuve fija la mirada. ¡Por Odín, qué mujer!

No sé lo que podría haber pasado, pues Pilatos, que había terminado su conversación con Ambivio y que llevaba allí sentado un rato, sonriendo, rompió el silencio.

-¡Un rabino, un rabino teutón! -se burló-. Un nuevo predicador y una nueva doctrina han llegado a Jerusalén. Ahora tendremos más desacuerdos, más revueltas y más pro fetas lapidados. Que los dioses nos protejan, porque esto es una casa de locos. Lodbrog, no esperaba esto de ti. Pero ahí estás, divagando como un loco en el desier-

to acerca de lo que te ocurirá cuando mueras. Vive sólo una vida, Lodbrog, te ahorrará disgustos.

-¡Continúa, Miriam, continúa! -gritó su esposa.

Había estado atenta a nuestra discusión, extasiada, y al verla pensé que también ella se había contagiado de aquella locura religiosa de Jerusalén. El interés que mostraba por el tema me pareció excesivo. Era una mujer muy delgada, como consumida por la fiebre. Tenía la piel muy tirante. Daba la impresión de que se podía mirar al trasluz de sus manos. Era una buena mujer, pero demasiado nerviosa, y a veces fantaseaba sobre sombras, señales y malos augurios. Además le asaltaban visiones y decía escuchar voces. Yo nunca tuve paciencia para tales debilidades, pero sabía que era una mujer de buen corazón.

Al poco tiempo tuve que cumplir una misión para Tiberio, y mi mala suerte quiso que apenas viera a Miriam. Cuando regresé de la corte de Antipas, ella se había marcha do a Batanea, la corte de Filipo, donde estaba su hermana. Una vez más volví a Jerusalén, y aunque en realidad no necesitaba ver a Filipo, me acerqué hasta Batanea con la esperanza de encontrarme con Miriam.

Después tuve que viajar a Idumea. Viajé también a Siria por orden de Sulpicio Quirinius, quien sentía curiosidad por mis informes de primera mano sobre la situación en Jerusalén. En todos estos viajes por el país tuve la oportunidad de observar cuán extraños eran los judíos, con su eterna preocupación por Dios. En lugar de dejar que los sacerdotes se hiciesen cargo de estos temas, ellos mismos ejercían de predicadores a la menor ocasión, siempre que encontraran un oyente. Y oyentes había muchísimos.

Abandonaban sus ocupaciones para viajar por el país como mendigos, peleando y discutiendo con los rabinos en las sinagogas y a la entrada de los templos. Fue en Galilea, una región remota cuyos habitantes eran conocidos por su falta de sentido común, donde encontré el rastro de un hombre llamado Jesús. Al parecer había sido carpintero, más tarde pescador, y algunos de sus compañeros pescadores habían abandonado las redes para acompañarle en su vida errante. Algunos le consideraban un profeta, pero la mayoría de la gente opinaba que no era más que un loco.

Mi pobre ayudante, que decía saber sobre el Talmud más que nadie, despreciaba a Jesús, le llamaba rey de los mendigos y a su doctrina ebionismo, que significaba, tal y como me explicó, que tan sólo los pobres alcanzarían el cielo, mientras que los ricos y poderosos se quemarían eternamente en algún lago de fuego.

Pude observar que era costumbre en el país llamarse locos los unos a los otros. A mi juicio todos ellos estaban trastornados. Eran como una plaga. Exorcizaban demonios por medio de hechizos mágicos, curaban enfermedades con las manos, bebían veneno y jugaban con serpientes venenosas, o al menos eso me contaban. Se alejaban a morir de hambre en el desierto, y regresaban aullando nuevas doctrinas, reuniendo multitudes a su alrededor y fundando todo tipo de sectas.

-Por Odín -dije a Pilatos-, no les vendría mal un poco de la nieve y el frío de mi helado país. Este clima es demasiado amable. En lugar de guarecerse o cazar animales para sobrevivir, se dedican a adoctrinar a los demás.

-Y a alterar la naturaleza de Dios -corroboró Pilatos agriamente-. ¡Maldita doctrina!

-Lo mismo pienso yo -asentí-. Si salgo cuerdo de esta tierra de locos, pasaré por encima de cualquier hombre que se atreva a mencionarme lo que podría ocurrirme después de mi muerte.

Nunca había visto gente tan alborotada. Para ellos, todas las cosas del mundo eran pías o impías. Ellos, tan inteligentes a la hora de discutir hasta el hastío cualquier tema, parecían incapaces de entender la palabra "Estado". Todo lo político era religioso; todo lo religioso era político. Las águilas romanas, las estatuas romanas e incluso los escudos votivos de Pilatos eran insultos imperdonables hacia su religión.

El método romano de realizar el censo les resultaba una aberración, pero tenían que aceptarlo porque era la base del sistema tributario; y sin embargo era un crimen contra su ley y su Dios. ¡Ah, la ley! No se trataba de la ley romana, sino de su ley, a la que llamaban la ley de Dios. Había celotes capaces de matar a cualquiera que quebrantase esta ley. Y si a un procurador se le ocurría castigar a uno de aquellos fanático, podía provocar una revuelta o una insurrección.

Todo lo que esta extraña gente hacía lo hacía en nombre de Dios. Existían lo que los romanos llamaban taumaturgos, que hacían milagros para demostrar su doctrina. Siempre me ha parecido algo estúpido demostrar la veracidad de la tabla de multiplicar por medio de la conversión de un bastón en una serpiente, o incluso en dos serpientes. Más a eso se dedicaban los taumaturgos, y siempre entusiasmaban a la gente.

¡Cielo Santo, cuántas sectas! Fariseos, esenios, saduceos, infinidad de ellas. Tan pronto como ideaban una nueva argucia ya se había convertido en un asunto político. Coponio, cuarto procurador anterior a Pilatos, tuvo muchos problemas para aplacar a los gaulonitas que se sublevaron y llegaron hasta Gamala.

La última vez que pasé por Jerusalén, noté al instante la creciente excitación de los judíos. Iban de un lado a otro en grupos conversando y discutiendo. Algunos anunciaban el fin del mundo. A otros les bastaba con la inminente destrucción del Templo. Y algunos revolucionarios anunciaban que el invasor romano iba a ser expulsado y que el nuevo reino judío estaba a punto de comenzar.

También vi que Pilatos mostraba signos claros de una ansiedad creciente. Era evidente que le estaban causando muchos problemas y quebraderos de cabeza. Pero he de admitir que, como verá más adelante, les superó a todos ellos en astucia, y estoy seguro de que logró confundir a muchos de sus adversarios en las sinagogas.

-Si tuviera media legión de romanos -se quejaba- tomaría a Jerusalén por el cuello... y entonces, supongo, terminaría mi angustia.

Como yo, Pilatos no tenía demasiada fe en las tropas auxiliares, y sólo disponíamos de un puñado de soldados romanos.

Volviendo a lo anterior, me alojé en el palacio y para dicha mía Miriam estaba allí. Pero mi dicha distaba mucho de ser completa, pues hablamos únicamente de la situación del país, y era lo lógico, pues la ciudad entera parecía un enorme gallinero alborotado. Se acercaba la Pascua -un asunto religioso, por supuesto-, y miles de personas llegaban desde el campo para celebrar la festividad en Jerusalén. Los recién llegados eran verdaderos fanáticos, y la ciudad estaba plagada de ellos, tanto que muchos tuvieron que acampar fuera de las murallas. Yo estaba asombrado, y no era capaz de distinguir hasta qué punto todo aquello había sido provocado por las enseñanzas del pescador errante, o por el odio judío hacia Roma.

-Tan sólo una décima parte de esto, o incluso menos, se debe a la influencia de ese Jesús -respondió Pilatos a mi pregunta-. Caifás y Anás son los culpables. Saben bien lo que hacen. Tratan de desestabilizar la situación con el único propósito de causarme graves problemas.

-Sí, es cierto que Caifás y Anás tienen gran parte de culpa -dijo Miriam-, pero tú, Poncio Pilatos, eres romano y no puedes comprender todo esto. Si fueses judío te darías cuenta de que el asunto es muy serio, y que va más allá de una mera disputa entre los sectarios, o un intento por causarte a ti y a Roma más problemas.

-Puede que el pescador no sea más que un lunático, y sin embargo su locura no está libre de astucia. Predica la doctrina de los pobres; amenaza nuestras leyes, y nuestras leyes, como tú bien sabes, son nuestra vida. La solución es simple: o bien Caifás y Anás, o bien el pescador. Deben destruirle, o será él quien les destruya a ellos.

-¡Qué extraño! Un hombre tan sencillo, un pescador... -dijo, casi sin aliento, la mujer de Pilatos- ¿Qué clase de hombre puede tener semejantes poderes? Quisiera verle. Ojalá pudiera ver con mis ojos a un hombre tan notable.

Pilatos frunció el ceño al escuchar las palabras de su esposa.

-Si le quieres ver, no tienes más que pasearte por los antros de la ciudad -rió Miriam con desprecio-. Le encontrarás bebiendo vino o en compañía de mujeres. Jamás llegó a Jerusalén un profeta tan extraño.

-¿Y qué hay de malo en eso? -pregunté, poniéndome sin querer de parte del pescador-. ¿Acaso no bebo yo vino en abundancia y me paso las noches de aquí para allá, bus cando diversión? Lo que ese hombre hace lo hacen todos los hombres, a no ser que también yo esté loco, y no lo estoy.

Miriam negó con la cabeza mientras seguía hablando.

-No está loco; peor que eso, es peligroso. Todo ebionismo es peligroso. Pretende destruir lo establecido. Es un revolucionario. Destruirá lo poco que nos queda del estado judío y del Templo.

Pilatos sacudió la cabeza en desacuerdo.

-No es un político; me han informado sobre él. Es sólo un visionario, y no es en absoluto sedicioso. Incluso apoya el sistema de impuestos romano.

-Sigues sin entender nada -insistió Miriam-. No se trata de lo que dice sino, sino del efecto que pueden causar sus palabras, y eso le convierte en un revolucionario. Dudo que él mismo pueda sospechar los posibles efectos de sus actos. Ese hombre es como una plaga, y como tal debe ser erradicado.

-Deduzco de todo lo dicho que no se trata más que de un hombre sencillo y de gran corazón, sin intención perversa alguna -afirmé.

Y entonces les hablé de la curación de los diez leprosos que había presenciado en Samaria de camino a Jericó.

La mujer de Pilatos se sentó, fascinada por mi relato. A nuestros oídos llegaban gritos lejanos desde las abarrotadas calles, y supimos que los soldados trataban de mantener la calma.

-¿Y tú crees en milagros, Lodbrog? -preguntó Pilatos-. ¿Piensas que en un abrir y cerrar de ojos pudieron desaparecer todas las llagas de los leprosos?

-Les vi curarse -respondí-. Les seguí para asegurarme de ello. No les quedaba ni rastro de la lepra.

-¿Pero viste sus llagas antes de la curación? -insistió Pilatos.

Negué con la cabeza.

-Me dijeron que eran leprosos -admití-. Cuando les vi más tarde, parecían hombres que habían tenido lepra. Estaban aturdidos. Uno de ellos se sentó al sol y se buscó por todo el cuerpo alguna herida, y no cesaba de mirar y mirar, como si no lograra creer lo que veían sus ojos. Cuando le pregunté, no contestó; no miraba a ningún otro sitio más que a su propia piel. Estaba perplejo, sentado al sol, mirándose sin cesar.

Pilatos rió con desdén, y también observé cierto desdén en la sonrisa de Miriam. La esposa de Pilatos seguía sentada, inmóvil como un cadáver, con los ojos abiertos de par en par y la mirada perdida.

Ambivio habló:

-Según me dijo Caifás ayer mismo, el pescador asegura que Dios vendrá a la Tierra y creará un nuevo reino sobre el que imperará la ley del Señor.

-Que significará el fin del gobierno romano -interrumpí.

-Ésa es la trama de Caifás y Anás para confundir a Roma -explicó Miriam-. No es cierto, es una mentira que han inventado.

Pilatos asintió y preguntó:

-¿Nunca has leído en alguno de tus viejos libros alguna profecía que anuncie que los sacerdotes se volverán en contra de este pescador?

Ella asintió y le citó un pasaje. Le cuento esto para demostrar el profundo conocimiento que Pilatos tenía de este pueblo que tanto le costaba mantener en orden.

-Lo que he oído -continuó Miriam- es que este Jesús predica el fin del mundo y el reinado de Dios, no aquí sino en los cielos.

-Me han informado de ello. Es cierto. Este Jesús no niega la legitimidad de los impuestos romanos. Afirma que Roma reinará hasta que las leyes desaparezcan junto con el mundo. Empiezo a entender el juego de Anás -explicó Pilatos.

-Algunos de sus seguidores llegan a decir que es Dios -añadió Ambivio.

-No me han informado de que haya dicho tal cosa -replicó Pilatos.

-¿Por qué no? No es la primera vez que los dioses descienden a la Tierra.

-Fuentes de confianza -añadió Pilatos- me han contado que después del milagro de alimentar a una gran multitud con panes y peces, los estúpidos galileos querían nombrarle rey en contra de su propia voluntad. Para escapar de ellos huyó a las montañas. No está loco, es demasiado astuto para aceptar el destino que se le quería imponer.

-Y eso es precisamente lo que Anás tratará de hacer contigo -reiteró Miriam-. Dirán que él trata de erigirse en rey de los judíos; un ataque a las leyes romanas, por lo que Roma deberá tratar con él.

Pilatos se encogió de hombros.

-Más bien rey de los mendigos o de los soñadores. No es estúpido. Es un visionario, pero no aspira a ningún poder en este mundo. Que le acompañe la suerte en el otro mundo, porque allí estará fuera de la jurisdicción romana.

-Asegura que la propiedad es un pecado, y eso es lo que los fariseos no aceptan -dijo Ambivio.

Pilatos rió a mandíbula batiente.

-Este rey de los mendigos y sus compañeros pescadores todavía respetan la propiedad -explicó-, y sabed que hace tiempo tenían un tesorero. Judas, se llamaba, y se dice que robaba del dinero del grupo, que él administraba.

-¿Y Jesús no robó nada? -preguntó la esposa de Pilatos.

-No, fue judas, el tesorero -respondió Pilatos.

-¿Quién era Juan? -pregunté-. Sé que estuvo metido en algún lío y que Antipas le ejecutó.

-Otro más -respondió Miriam-. Nació cerca de Hebrón. Era un fanático y vivía en el desierto. Su seguidores -o quizás él mismo- aseguraban que era Elías, resucitado de entre los muertos. Elías era uno de nuestros antiguos profetas.

-¿Era un rebelde? -pregunté.

Pilatos sonrió y negó con la cabeza, luego añadió:

-Juan era un moralista. Es una historia muy larga, pero pagó por ello con su cabeza. No, no hubo ninguna intención política en aquel asunto.

-Algunos también dicen que Jesús es el hijo de David -observó Miriam-. Pero eso es absurdo. Nadie en Nazaret lo cree. Allí vive toda su familia, incluidas sus dos hermanas casadas, y todos le conocen. Son gente sencilla, nada fuera de lo común.

-Ojalá fuese así de simple el informe que tengo que enviar a Tiberio sobre todo este embrollo -se quejó Pilatos-. Y ahora que este pescador ha venido a Jerusalén, la ciudad está plagada de peregrinos dispuestos a crear problemas, y Anás no deja de sembrar cizaña.

-Antes de que nos demos cuenta logrará su propósito -predijo Miriam-. Ha dejado el problema en tus manos, y tendrás que solucionarlo.

-¿Qué problema? -preguntó Pilatos.

-La ejecución del pescador.

Pilatos sacudió la cabeza tercamente, pero su mujer gritó:

-¡No! ¡No! Sería un error terrible. Ese hombre no ha hecho daño a nadie. No ha ofendido a Roma.

Miró suplicante a Pilatos, que aún sacudía la cabeza.

-Que sean ellos mismos quienes le decapiten, como hizo Antipas -gruñó Pilatos-. No es que el pescador me importe demasiado, pero no me prestaré a sus artimañas. Si tienen que acabar con él, que lo hagan ellos. Eso es asunto suyo.

-Pero tú no debes permitirlo -exclamó la mujer de Pilatos.

-Si interfiero, tendré problemas para explicárselo a Tiberio-contestó.

-Pase lo que pase -continuó Miriam-, tendrás que dar explicaciones de todo esto, y pronto; Jesús ya ha llegado a Jerusalén con unos cuantos de sus pescadores.

Pilatos no podía ocultar la irritación que esta noticia le causaba.

-No tengo ningún interés en saber lo que hace, y espero no verle nunca.

-Estáte seguro de que Anás lo encontrará por ti -replicó Miriam- y lo traerá a tu puerta.

Pilatos se encogió de hombros, y ahí terminó la conversación. La esposa de Pilatos, nerviosa, mandó llamar a Miriam a sus aposentos, así que no pude hacer más que ir me a la cama y dormirme con el murmullo de la ciudad repleta de locos.

Todo sucedió con rapidez. Durante la noche la tensión en la ciudad había aumentado. Hacia mediodía, mientras cabalgaba con media docena de mis hombres, las calles estaban abarrotadas y las gentes se mostraban más reacias que nunca a cederme el paso. Si las miradas matasen, aquel día yo habría sido hombre muerto. Escupían abiertamente a mi paso, y por donde pasaba todo eran quejas e insultos.

De haberme hallado en cualquier otra ciudad, habría dado orden a mis hombres de usar sus espadas para acallar a aquellos escandalosos fanáticos. Pero estaba en Jerusalén, y aquella gente era incapaz de distinguir entre el estado y Dios.

Anás, el saduceo, había hecho un buen trabajo. Sin importar cuál fuera realmente su opinión y la del Sanedrín acerca del conflicto, estaba claro que había conseguido que la multitud pensara que la culpa de todo la tenía Roma.

Me encontré con Miriam entre la multitud. Iba a pie, acompañada solamente por una mujer. No era el momento de caminar por las calles vestida con ropas elegantes, y ves tía discretamente, con la cara cubierta, para poder pasar por una mujer judía de condición más baja. Pero a mis ojos no pudo ocultar su linaje, su porte y su andar elegante, tan distintos del resto de mujeres.

Sólo pudimos intercambiar unas pocas palabras, pues el camino se bloqueó al instante y la multitud comenzó a aglomerarse y a empujar a mis hombres y a los caballos. Miriam se refugió en una esquina, entre los muros de las casas.

-¿Han cogido ya al pescador? -pregunté.

-No; pero ya se encuentra al otro lado de la muralla. Ha llegado hasta Jerusalén montado en un asno, entre una multitud; a su paso, algunos pobres inocentes le han aclamado como el rey de Israel. Anás utilizará esto como excusa para presionar a Pilatos. Ese pescador es hombre muerto.

-Pero Pilatos no lo arrestará -dije.

Miriam negó con la cabeza.

-Anás se encargará de ello. Le llevarán ante el Sanedrín. Le sentenciarán a muerte. Puede que lo lapiden.

-Pero el Sanedrín no tiene poder para ejecutarlo -sostuve.

-Jesús no es romano -contestó ella-. Es judío. Por la ley del Talmud está condenado a muerte, porque ha blasfemado contra ella.

-El Sanedrín no tiene ese derecho.

-Pilatos no se opondría a ello.

-Pero es una cuestión de legalidad -insistí-. Ya sabes lo que piensan los romanos de la ley.

-Entonces Anás hará que sea Pilatos quien lo crucifique.

La fuerza de la muchedumbre arrastraba a nuestros caballos y nos empujaba a golpes. Algún fanático se había caído al suelo; sentí que mi caballo reculaba y pasaba por encima de él, y escuché sus gritos y las amenazas de sus compañeros. Llamé de nuevo a Miriam para decirle:

-Estás siendo muy dura con un hombre del que tú misma dices que no tiene maldad.

-Me preocupa lo que pueda pasar si sobrevive -respondió.

Y entonces un hombre saltó de entre la multitud, me agarró de una pierna e intentó derribarme. Inclinándome un poco hacia delante, le solté un tremendo golpe con la palma de la mano en la mejilla y la mandíbula. Los habitantes de Jerusalén no están acostumbrados a los golpes de un hombre de verdad. Desde entonces me he preguntado muchas veces si le rompí el cuello.

Volví a ver a Miriam al día siguiente, en el patio del palacio de Pilatos. Se encontraba como en medio de un sueño, apenas me veía y parecía no reconocerme; estaba rara, aturdida y como fascinada, y sus ojos vacíos me recordaron a los leprosos curados en Samaria.

Con gran esfuerzo volvió en sí, aunque no parecía la misma de antes. Algo había en sus ojos que no podía comprender. Jamás había visto una mirada así en ninguna mujer.

Se habría alejado sin tan siquiera saludarme si no me hubiese puesto delante de ella. Se detuvo un instante y murmuró unas palabras ininteligibles, pero su mirada seguía perdida.

-Lo he visto, Lodbrog. Lo he visto -susurró.

-Por todos los dioses, espero que a él no le haya afectado tanto verte a ti -reí.

Ni siquiera reparó en mi inoportuna broma, y se habría marchado si no me hubiese interpuesto en su camino.

-¿Quién es él? -le interrogué- ¿Alguien que ha resucitado de entre los muertos para encender esa extraña luz en tus ojos?

-Alguien que ha resucitado a los muertos -respondió-. Créeme, Jesús resucita a los muertos. Él es el Príncipe de la Luz, el Hijo de Dios. Le he visto. De veras creo que es el Hijo de Dios.

Poco pude entender de sus palabras salvo que había conocido a ese pescador errante y que se había contagiado de su locura. Aquella Miriam no era la misma que le había acusado de iniciar una plaga, y que había exigido que le exterminasen, como se ha de hacer con toda plaga.

-¡Te ha hechizado! -grité enfadado.

Sus ojos parecieron humedecerse y, mientras asentía, miraba al infinito.

-Oh, Lodbrog, Él está por encima todo, más allá de toda descripción. Al mirarle uno ve en Él la bondad y la compasión. Le he visto. Le he escuchado. Daré todo lo que poseo a los pobres y le seguiré.

Estaba tan convencida que tuve que aceptarlo, como había aceptado la fe de los leprosos de Samaria cuando se miraban la piel libre de llagas; pero me dolía ver cómo ese vagabundo milagrero había logrado engañar a una mujer como Miriam.

-Síguele -añadí con sorna-. Sin duda portarás una corona cuando llegue su reino.

Asintió sonriendo; en ese mismo instante le habría abofeteado. Me hice a un lado, y mientras avanzaba murmuró:

-Su reino no está aquí. Es el Hijo de David. Es el Hijo de Dios. Es todo lo que Él ha dicho ser, y todo lo que se ha dicho sobre Él.

-Un sabio de oriente -rió Pilatos entre dientes-. Es todo un pensador, este pescador analfabeto. He averiguado más sobre él, tengo noticias frescas. N siquiera necesita hacer milagros, es más sofisticado que todo eso. Le han puesto todo tipo de trampas y él se ha reído de ellas. Escucha esto.

Y me contó cómo Jesús había confundido a los que intentaban ponerle en evidencia cuando le llevaron a una mujer culpable de adulterio para que la juzgara.

-Y en cuanto a los impuestos -se regocijó Pilatos-, "*al César lo que es del César, a Dios lo que es de Dios",* les respondió. Ésa era la trampa de Anás, y Anás se quedó sin palabras. Por fin ha aparecido un judío que comprende la concepción romana del Estado.

Más tarde me encontré con la esposa de Pilatos. En cuanto la miré a los ojos supe que también ella había conocido al pescador.

-La Providencia yace en Su interior -me dijo-. Al contemplarlo, uno siente que es Dios quien vive en Su interior.

-¿Entonces, él es Dios? -pregunté sonriendo, por decir algo.

Negó con la cabeza.

-No lo sé; no lo dijo.

Un hechicero de mujeres, eso es lo que pensé al ver a aquella mujer alejarse flotando entre sueños y visiones.

Seguramente sabe, lector, lo que ocurrió después de todo aquello. Jesús me demostró que también era un hechicero de hombres. Hechizó a Pilatos y me hechizó a mí.

Después de que Anás enviara a Jesús ante Caifás, y el Sanedrín se reuniera en casa de éste y condenase a Jesús a muerte, lo llevaron ante Pilatos, escoltado por la multitud, para que fuera él quien lo ejecutara.

Sin embargo, Pilatos no quería ejecutarlo. No le interesaba en absoluto el pescador, tan sólo le preocupaban la paz y el orden. ¿Qué le importaba a Pilatos la vida de un hombre? Y aún así, cuando Pilatos salió malhumorado a atender a la multitud, quedó hechizado al instante por el pescador.

Yo lo sé; estaba presente. Era la primera vez que Pilatos le veía. Salió furioso del palacio. Los soldados estaban listos para desalojar del patio a aquellos indeseables alborotadores. Pero en cuanto Pilatos vio al pescador, la expresión de su rostro se tornó amable y serena. Dijo a la multitud que todo aquello no le concernía, que el pescador debía ser juzgado por sus propias leyes, ya que era judío y no romano. Nunca había visto a los judíos mostrar tanta obediencia a Roma. Gritaron que, de acuerdo con las leyes romanas, no les estaba permitido ajusticiar a un hombre.

Pilatos les dejó en el patio y se llevó a Jesús a la sala del tribunal, donde se quedó a solas con él. Desconozco qué es lo que ocurrió, pero Pilatos salió de allí cambiado. Si antes se había negado a ejecutarle por no prestarse a los juegos de Anás, ahora se negaba por respeto al pescador. Trataría de salvarle. Pero la multitud gritaba: "¡Crucifícale! ¡Crucifícale!"

Sepa, lector, que el esfuerzo de Pilatos fue sincero. Sepa que trató de engañar a la multitud, y por ello fingió que se burlaba de Jesús y le tachó de loco inofensivo. Se ofreció más tarde a liberarle, amparándose en la tradición de indultar a un prisionero cada año con motivo de la Pascua. Y entonces se corrió la voz entre los seguidores de los sacerdotes, que a gritos exigieron la liberación del asesino Barrabás.

Pilatos trató en vano de escapar a la confabulación de los sacerdotes. Entre burlas y bromas organizó una farsa. Llamó a Jesús Rey de los judíos y ordenó que fuera azotado. Esperaba que, entre risa y risa, se olvidaran al final de todo aquello.

Al menos puedo decir que ningún soldado romano tomó parte en lo que sucedió a continuación. Fueron los soldados de las tropas auxiliares quienes coronaron y vistieron a Jesús con una túnica, quienes pusieron el báculo en sus manos y quienes, de rodillas, le aclamaron como el Rey de los Judíos. Se trataba de un simple juego para aplacar a la multitud, pero no resultó.

Y fue entonces que miré a Jesús y descubrí su hechizo. A pesar de que era el blanco de las burlas y de todo tipo de vejaciones, él se mostraba majestuoso. Le contemplé en silencio, y su serenidad invadió mi alma. Me sentía calmado y tranquilo, y así es como debía ser. Todo estaba en orden. En el centro de aquel tumulto, a pesar del dolor, la serenidad de Jesús me llenaba de tranquilidad. En ningún momento sentí deseo alguno de salvar a aquel hombre.

Durante mi vida había visto a los hombres cometer tantas atrocidades que el comportamiento de aquella multitud apenas me afectaba. Estaba tranquilo; no tenía nada que decir, ni nada que opinar. Sabía que jamás entendería todo aquello, y así debía ser.

La tensión aumentaba, la muchedumbre pedía a gritos la muerte de Jesús. Pilatos volvió a la sala del tribunal. Había fracasado, y sólo le quedaba un argumento: Jesús había nacido en el territorio de Antipas, y por tanto pertenecía a su jurisdicción.

Pero el escándalo se había extendido ya fuera de palacio. En las calles la inmensa muchedumbre arrastraba y empujaba a nuestras tropas. Los disturbios y las escaramuzas amenazaban con desencadenar una guerra civil o una revolución. Los veinte legionarios que estaban bajo mis órdenes estaban preparados para lo que pudiese pasar; no mostraban ninguna simpatía hacia aquellos fanáticos, y estaban deseando que les diera la orden de limpiar el patio con sus espadas.

Cuando Pilatos volvió a salir al patio no fue capaz siquiera de hacer que le escucharan, pues el gentío gritaba enloquecido y hasta le acusaban de desobedecer a Tiberio. Junto a mí se encontraba un sucio fanático, de barba y cabellos largos, que no dejaba de armar escándalo, gritando sin cesar: "¡Tiberio es el emperador, no queremos rey! ¡Tiberio es el emperador, no queremos rey!" Perdí la paciencia. Los gritos y los gestos de aquel hombre me asqueaban. Fingí que perdía el equilibrio y le aplasté el pie con toda mi fuerza. El muy estúpido ni se enteró y siguió gritando: "¡Tiberio es el emperador, no queremos rey!"

Pilatos dudaba. Dejó de ser Pilatos, gobernador romano, para ser simplemente un hombre enfurecido ante aquella multitud de miserables que clamaban por la sangre de un espíritu tan dulce, sencillo, y bondadoso como el de Jesús.

Me miró, y por un momento me pareció que estaba a punto de darme una señal. Me moví hacia delante; pensé en abalanzarme con mi espada para animar a Pilatos a

que diera la orden de cargar contra toda esa chusma que no dejaba de gritar y alborotar.

Pero no fue la duda de Pilatos lo que me detuvo. Fue el pescador quien decidió por los dos. Jesús me miró. Me ordenó. Le digo que este pescador, este predicador errante arrastrado a la deriva desde Galilea, me detuvo. No pronunció una sola palabra, y sin embargo su orden era muy clara. Me quedé donde estaba.¿Quién era yo para ignorar la voluntad de un hombre tan sereno y justo como aquél? Por fin entendía el encanto del hombre que había hechizado a Miriam, a la mujer de Pilatos y al propio Pilatos.

Ya conoce el resto. Pilatos se lavó la sangre de Jesús de las manos, y ordenó que le crucificaran. La alborotadores estaban satisfechos, especialmente Anás, Caifás y el Sanedrín. No fue Pilatos, ni tampoco Tiberio ni los soldados romanos quienes crucificaron a Jesús. Los religiosos de Jerusalén fueron los responsables. Lo sé, estaba allí. Pilatos habría sido capaz de salvar a Jesús incluso a costa de su cargo político, y lo mismo habría hecho yo de no haber sido porque Jesús se negaba a que le salvaran.

Yo, Ragnar Lodbrog, jamás aprendí escribir ni a leer, pero a lo largo de mi vida he escuchado todo tipo de historias. Ahora sé que nunca aprendí tanto como en los años que pasé con los judíos. Aprendí sus leyes y su filosofía. Sin embargo, he hablado con sencillez y franqueza, como habla un hombre que ha nacido en los barcos de Tostig Lodbrog, y así le informé a Sulpicio Quirinius, en Siria, de todo lo que vi en Jerusalén.

18.

La muerte aparente es un hecho frecuente no sólo en el mundo vegetal y en las formas primarias de vida animal, sino también en el complejo y evolucionado organismo humano. Los faquires de la India son capaces desde hace siglos de llegar a este estado cataléptico por sí mismos; uno de sus trucos era el de ser enterrados vivos. En otras ocasiones, los médicos han diagnosticado la muerte de hombres que se encontraban en estados similares, ordenando que fueran enterrados cuando en realidad seguían vivos.

En San Quintín, en el tiempo que estuve en la camisa de fuerza, recurrí con frecuencia a estos métodos para lograr un estado similar. Recordaba haber leído que los campesinos del norte de Siberia practicaban técnicas de hibernación y dormían largos períodos de tiempo mientras duraba la temporada invernal, como hacen los osos y otros animales salvajes. Los científicos que han estudiado el comportamiento de estos hombres concluyeron que durante esta etapa, las funciones respiratorias y digestivas cesaban casi por completo, y que el ritmo cardíaco disminuía hasta niveles tan bajos que eran imperceptibles en los exámenes ordinarios realizados por los expertos. En este estado, las constantes vitales del organismo humano se encuentran en tal estado de suspensión que el agua y los alimentos que se necesitan para vivir resultan insignificantes. Sabiendo todo esto me atreví a desafiar al alcaide Atherton y al doctor Jackson y les reté a que me castigasen durante cien días seguidos en la camisa de fuerza. No se atrevieron a aceptar mi reto.

Sin embargo, me las arreglé sin beber agua y sin probar alimentos durante períodos de diez días. Me resultaba molesto que el infame médico de la cárcel, humedeciéndome los labios, me sacara de las profundidades de mi viaje a través del espacio y el tiempo y me devolviera al presente. Le hice saber al doctor que pretendía resistir sin agua y que por tanto me resistiría a cualquier intento de obligarme a beberla.

Por supuesto, tuvimos algunas discusiones, pero finalmente el doctor Jackson cedió ante mi voluntad. A partir de entonces, el espacio que los períodos de castigo en la camisa de fuerza ocupaban en la vida de Darrell Standing se redujo a poco más que un tic tac de reloj. En cuanto me ataban me sumergía con rapidez en ese estado de inconsciencia y oscuridad, y así lograba escapar del terrible sufrimiento que suponía el cese de la circulación sanguínea, e inmediatamente, yo, Darrell Standing, volvía a ver la luz y a encontrar de nuevo varias caras inclinadas sobre mí mientras me desataban; habían pasado, en un abrir y cerrar de ojos, diez días más.

¡Ah, la maravillosa gloria de aquellos días pasados en otros lugares! ¡Los viajes a través de la extensa cadena de existencias! ¡La larga oscuridad, la creciente luz nebulosa y el revoloteo de esos seres que aparecían iluminados bajo aquella luz!

He reflexionado mucho sobre la relación entre esos otros seres y yo mismo, y la relación de mis experiencias con la teoría moderna de la evolución. Con seguridad, puedo afirmar que mi experiencia se encuentra en total consonancia con las conclusiones evolucionistas.

Yo, como cualquier otro hombre, no soy más que un proceso de crecimiento. Mi existencia no comenzó al nacer ni al ser concebido. Fui creciendo, desarrollándome, a lo largo de miles de años. Todas las experiencias de esta vida y de muchas otras han ido formando la esencia de mi alma o de mi espíritu. Ellas son mi esencia. La materia no recuerda, porque la memoria es el espíritu. Yo soy ese espíritu formado por los recuerdos de mis infinitas reencarnaciones.

¿De dónde proviene el impulso de la ira roja que se apoderó de mí, de Darrell Standing, y que ha destrozado mi vida y me ha llevado a las celdas de castigo? Desde luego, no nació conmigo, no surgió cuando yo, Darrell Standing, fui concebido. Esta vieja ira roja es más antigua que mi madre, más aún que la madre del primer hombre de la humanidad. Mi madre, al concebirme, no creó esa apasionada osadía en mí. No siempre son las madres responsables del miedo o de la valentía de los hombres. Mucho antes del primer ser humano ya existían el miedo, la valentía, el amor, el odio, la ira... y todos esos sentimientos crecieron, se desarrollaron y se transformaron en la materia en que habrían de convertirse los hombres.

Yo soy mi pasado, como convendrá todo buen defensor de las leyes de Mendel. Todos mis seres anteriores y sus voces y ecos resuenan dentro de mí. La manera de asumir mis actos, el fuego de mis pasiones o el parpadeo de cada uno de mis pensamientos se encuentran moldeados por todas las demás existencias que me precedieron y que tomaron parte en el proceso de mi creación.

La esencia de la vida es moldeable, y al mismo tiempo, ésta nunca olvida el pasado. Moldéela como desee, que los recuerdos permanecerán. Se han criado muchos tipos de caballos, desde pesados Shires hasta Shedands enanos, pero todos provienen de los primeros: los caballos salvajes, domesticados por el hombre. Sin embargo no siempre puede el hombre impedir las coces de un caballo. Igual me ocurre a mí; yo, que desciendo de aquellos domadores de caballos, no he podido domar la ira roja.

Soy un hombre nacido de una mujer. Me quedan pocos días, y aun así la esencia de mi ser es indestructible. He sido mujer nacida de una mujer. He sido mujer y he dado a luz a mis hijos. Y volveré a nacer de nuevo. Sí, volveré a nacer incalculables veces; y todavía hay imbéciles que piensan que pueden quitarme la vida colgándome de una soga.

Sí, me ahorcarán pronto. Estamos a finales de junio. Dentro de poco intentarán engañarme, me sacarán de esta celda para darme un baño, de acuerdo con el régimen penitenciario, pero no me traerán de vuelta. Me vestirán con ropa limpia y me conducirán a la celda de la muerte. Allí me pondrán bajo una estricta vigilancia. Día y no-

che, dormido o despierto, siempre habrá alguien vigilándome para impedir que me asfixie bajo la manta y escape de la acción de la ley.

Siempre habrá una potente luz encendida, y una mañana, cuando me haya cansado lo suficiente, me conducirán al exterior con una camisa sin cuello y me dejarán caer por la trampilla. Lo sé. La soga se encargará de todo. Durante muchos meses el verdugo de Folsom habrá tensado y estirado la soga con grandes pesos hasta eliminar su elasticidad.

Sí, caeré con rapidez. Tienen ingeniosas tablas de cálculo que miden el recorrido de la caída en proporción con el peso de la víctima. Estoy tan delgado que tendrán que dejarme caer desde muy alto para conseguir que me rompa el cuello. Entonces los espectadores se quitarán el sombrero y, mientras yo me balanceo en al aire, los doctores pondrán el oído sobre mi pecho para contar los leves latidos de mi corazón, hasta que confirmen, finalmente, que he muerto.

Es grotesco, resulta ridícula la desfachatez de esos gusanos que creen que pueden matarme. No puedo morir. Soy inmortal, como ellos; la diferencia es que ellos no lo saben, y yo sí.

Una vez fui verdugo, o mejor dicho, ejecutor. ¡Lo recuerdo bien! Utilizaba la espada en lugar de la cuerda. La espada es un instrumento más valiente, aunque todos los métodos resulten igual de ineficaces. ¡Como si el espíritu pudiese ser atravesado por el acero o estrangulado con una soga!

19.

En San Quintín era considerado, junto con Oppenheimer y Morrell, quienes se pudrieron conmigo durante largos años de oscuridad, el preso más peligroso de la prisión. Me tenían también por el más duro, más incluso que Morrell y Oppenheimer. Por supuesto, cuando digo duro, quiero decir resistente. Es cierto que el alcaide Atherton trató una y otra vez de destrozar el cuerpo y el espíritu de mis dos compañeros, pero también es cierto que conmigo se ensañó mucho más que con ellos. Y resistí. La dinamita o el hoyo, ésa fue la amenaza del alcaide, amenaza que nunca se cumplió. Ni yo podía inventar la dinamita de la nada, ni él podía enviarme a la tumba.

Y no porque mi cuerpo fuera resistente, sino porque mi espíritu era resistente. Y era resistente porque a lo largo de todas mis vidas anteriores se había enfrentado a experiencias terriblemente duras.

Una de aquellas experiencias me persiguió durante mucho tiempo como una pesadilla. No tenía principio ni fin. Yo aparecía siempre en una pequeña isla rocosa, azotada por el oleaje. Era tan reducida que cuando había tormenta, las olas sobrepasaban su punto más alto. Llovía mucho. Vivía en una cueva, sometido a grandes penalidades, sin medios para hacer fuego y alimentándome de carne cruda.

Siempre sufría. No lograba entender qué hacía en medio de aquella situación. Y dado que era incapaz de elegir el destino de mis viajes en la camisa de fuerza, a menudo me veía obligado a revivir esta experiencia particularmente detestable. Mis únicos momentos felices eran cuando el sol brillaba y podía tumbarme en las rocas, librándome así del frío casi perpetuo que sufría.

Mi único entretenimiento eran un remo y una navaja. Pasaba mucho tiempo grabando en el remo letras minúsculas, y tallaba una muesca por cada semana que pasaba. Afilaba la navaja sobre una roca lisa, y la cuidaba como a mi propia vida. En realidad, era mi vida.

Tras numerosas idas y venidas, conseguí finalmente recordar, de vuelta en mi celda, la leyenda grabada en el remo. Al principio sólo podía recordar un pequeño

fragmento. Después resultó más sencillo, se trataba tan sólo de ir uniendo poco a poco las piezas. Por fin di con el texto completo:

Hago saber a la persona en cuyas manos caiga este remo, que Daniel Foss, nacido en Elkton, Maryland, en los Estados Unidos de América, y que partió del puerto de Filadelfia en 1809, a bordo del bergantín Negociator, con destino a la isla de Tonga, naufragó en el mes de febrero, en este islote desolado, donde levantó una choza y vivió varios años, alimentándose de focas, siendo el último superviviente de la tripulación del citado bergantín, que chocó contra una isla de hielo y se hundió el 25 de noviembre de 1809.

Eso era todo, pero gracias a ello aprendí mucho sobre mí mismo. Aunque hay algo que nunca logré aclarar, ¿estaba la isla situada en el Pacífico Sur o en el Atlántico Sur? Mis conocimientos de navegación son bastante escasos, y no sabría decir si el bergantín *Negociator* navegaba hacia Tonga pasando por el Cabo de Hornos o por el Cabo de Buena Esperanza. Para serle sincero, no supe en qué océano estaba la isla de Tonga hasta que me trasladaron a Folsom. El asesino japonés que he mencionado antes había navegado a bordo de los barcos de Arthur Sewall, y me dijo que la ruta más probable era la que bordeaba el Cabo de Buena Esperanza. En tal caso, sabiendo la fecha de partida desde Filadelfia y la fecha del naufragio, se podría determinar fácilmente de qué océano se trataba. Desgraciadamente, la fecha de partida es sencillamente 1809. El naufragio podía haber ocurrido tanto en un océano como en el otro.

Solamente una vez, en mis trances, tuve ocasión de revivir el período anterior a mi llegada a la isla. Comenzó en el momento en el que el bergantín golpeó el iceberg, y lo relataré, aunque sólo sea para mostrarle la manera fría y calculadora en la que planeaba todos mis actos. Fue esta conducta, como pronto verá, la que me permitió ser el único superviviente de la tripulación.

Dormía en mi litera del castillo de proa cuando un terrible estruendo interrumpió mi sueño. De hecho, como les ocurrió a los seis hombres que compartían camarote conmigo, me desperté al caer al suelo desde la litera. Supimos enseguida lo que había ocurrido. Los demás subieron a cubierta a medio vestir, pero yo sabía a qué atenerme y esperé. Sabía que si lográbamos salvarnos sería gracias al bote. Era imposible nadar en aquel mar helado, y nadie viviría mucho tiempo en el bote, a la intemperie, sin la ropa adecuada. Sabía además cuánto tiempo les llevaría echar el bote al agua.

Así, a la luz de las lámparas de aceite que se agitaban salvajemente, y entre el tumulto de los marineros que corrían de un lado a otro y los gritos de "¡Nos hundimos!", busqué en mi arcón las ropas adecuadas. Además, puesto que ellos ya no iban a hacer uso de las suyas, rebusqué también en los arcones de mis compañeros. Actué con rapidez pero con serenidad, y sólo cogí las ropas más abrigadas y resistentes. Me puse las cuatro mejores camisetas de lana que encontré, tres pares de pantalones y tres pares de gruesos calcetines. Me calcé las botas nuevas de Nicholas Wilton, más grandes e incluso más resistentes que las mías, y me puse también el chaquetón de Jeremy Nalor sobre el mío, y encima el de Seth Richard, que lo acababa de engrasar.

Dos pares de pesados mitones, la bufanda de John Robert que le había tejido su madre, y el gorro de piel de castor de Joseph Dawes completaban mi indumentaria. Los gritos eran cada vez más alarmantes, pero me tomé un último minuto para guardarme en los bolsillos todo el tabaco que encontré. Después subí a cubierta.

Atravesando las oscuras nubes, la luna iluminaba la brutal escena. Había aparejos rotos y hielo por todas partes. Las velas, las cuerdas y el palo mayor, que todavía seguía en pie, estaban cubiertos de carámbanos. El viento soplaba con fuerza, indicando

la proximidad de icebergs. Estaban bajando el bote por babor, y vi como algunos hombres, que resbalaban por la cubierta tratando de cargar los toneles de las provisiones, abandonaban la comida en su afán por huir. En vano el capitán Nicholl forcejeó con ellos. Una gran ola zanjó el asunto arrastrando los toneles sobre las cuadernas de la borda. Agarré al capitán por el hombro y le grité al oído que subiese a bordo del bote e impidiese a los hombres soltar amarras, mientras yo me encargaba de las provisiones.

Sin embargo, no me dejaron mucho tiempo. Apenas me las había arreglado, con ayuda de otro compañero, Aaron Northrup, para bajar media docena de toneles y barriles pequeños, cuando todos gritaron desde el bote que iban a soltar las amarras. Tenían sus motivos. Por barlovento se nos acercaba una montaña de hielo a la deriva, y por sotavento, muy cerca de la borda, había otra hacia la que nos aproximábamos.

Aaron Northrup saltó sin dudarlo. Yo me demoré un instante, a pesar de que el bote se alejaba, para buscar un lugar donde hubiera hombres robustos que con sus cuerpos amortiguaran mi caída. No tenía intención de embarcarme en tan azaroso viaje con algún miembro roto.

En la popa estaban el primer oficial, Walter Drake, el cirujano Arnold Bentham, Aaron Northrup y el capitán Nicholl, que iba al timón. El cirujano estaba inclinado sobre Northrup, que yacía en el fondo gimiendo. En su desafortunado salto se había roto la pierna derecha casi a la altura de la cadera.

Remando fuertemente conseguimos alejarnos cien yardas, y al volver la cabeza pude contemplar el aparatoso final del *Negociator*. Se quedó atrapado entre bloques de hielo, que lo aplastaron como aplastaría un niño una ciruela con los dedos. El silbido del viento y el rugido del agua no nos dejaban oír nada, pero el crujido de las firmes cuadernas del bergantín y de los baos de cubierta debieron ser tan ruidosos que habrían despertado a toda una aldea en una noche tranquila.

Lentamente los costados del bergantín quedaron aplastados, la cubierta descolló y el resto de la nave se hundió poco a poco hasta desaparecer por completo. Sentí mucho la destrucción del barco, pero al mismo tiempo me reconfortaba saberme tan abrigado dentro de mis cuatro camisas y mis tres abrigos.

Aun así la noche fue implacable y fría incluso para mí. Nadie iba tan abrigado como yo, pero lo que los otros debieran estar sufriendo no me importaba demasiado. Continuamente me frotaba la nariz, con uno y otro mitón alternativamente, para que no se me congelase. Sin dejar de pensar en mi hogar en Elkton, rezaba a Dios.

Al llegar la mañana hicimos balance de la situación. Para empezar, todos, menos dos o tres, sufrían de congelación. Aaron Northrup, incapaz de moverse con la cadera rota, era el peor de todos. En opinión del cirujano, ya nada podía hacerse por salvar sus pies congelados.

El bote llevaba demasiado peso, pues estábamos a bordo los veintiún hombres de la tripulación. Dos de ellos eran grumetes. Benny Hardwater apenas tenía trece años, y Lish Dickery, cuya familia era vecina de la mía en Elkton, acababa de cumplir los dieciséis. Nuestras provisiones consistían en trescientas libras de ternera y doscientas de cerdo. Había también tres pequeños toneles de agua y un barril de cerveza.

El capitán Nicholl admitió con franqueza que ignoraba si estábamos o no próximos a alguna tierra cercana. Lo único que podíamos hacer era buscar un clima más suave, y eso fue lo que hicimos. Soltamos nuestra pequeña vela y dirigimos la embarcación hacia el nordeste, empujados por el viento helado.

El problema de la comida se reducía a un simple cálculo aritmético. No tuvimos en cuenta a Aaron Northrup, pues sabíamos que muy pronto nos dejaría. A libra por día, nuestras quinientas libras de comida podían durar veinticinco días; a media libra,

cincuenta. Decidimos que sería media libra. Yo mismo dividí y repartí la carne, y aunque fui tan justo como buenamente pude, algunos de los hombres refunfuñaron. Además, de vez en cuando repartía equitativamente entre todos parte del tabaco que guardaba en los bolsillos, cosa que no podía sino lamentar, especialmente sabiendo que lo desperdiciábamos con éste o con aquél, que con seguridad no vivirían más de un día o, en el mejor de los casos, dos o tres.

Pronto llegaron las primeras muertes, debidas no al hambre, sino al frío asesino al que estábamos expuestos. Sobrevivir era una cuestión de resistencia, pero también de suerte. Yo era un hombre de constitución fuerte, y además bastante afortunado, considerando que estaba convenientemente abrigado y no tenía una pierna rota como Aaron Northrup. Aun así, éste era un hombre tan fuerte que, a pesar de ser el primero en sufrir síntomas de congelación, tardó varios días en morir. Vance Hathaway fue el primero de todos. Le encontramos al amanecer acurrucado en la proa, congelado. El grumete, Lish Dickery, fue el segundo. El otro grumete, Benny Hardwater, murió a los doce días.

Hacía tanto frío en el bote que el agua y la cerveza se solidificaron, y resultaba muy difícil dividir los trozos en partes iguales con el cuchillo de Northrup. Nos los metíamos en la boca y los chupábamos hasta que se derretían. Cuando había tormentas de nieve teníamos todo el líquido que queríamos, pero la nieve nos hacía llagas en la boca. No conseguíamos aliviar nuestra sed. Chupar la nieve o el hielo no hacía más que agravar la inflamación. Creo que esa fue la causa de la muerte de Lish Dickery. Perdió el juicio y estuvo delirando durante veinticuatro horas antes de morir. Murió suplicando que le diéramos agua, y sin embargo no murió de sed. Yo me resistía, no sin esfuerzo, a chupar hielo. Me contentaba con masticar tabaco.

Despojamos a los muertos de todas sus ropas. Habían llegado a este mundo desnudos, y desnudos cayeron por la borda al fondo del oscuro y frío océano. Por orden del capitán Nicholl, echamos a suertes quiénes se quedarían con las ropas, evitando así las posibles peleas. No era el momento de andarse con sentimentalismos. No había ni uno solo de nosotros que no sintiera una secreta satisfacción ante la idea de la muerte de otro.

Continuamos navegando en dirección nordeste, empujados por un frío viento del oeste, pero nuestra búsqueda de un clima más cálido resultaba inútil. La espuma del mar se guía congelándose en el fondo del bote, y yo continuaba picando la cerveza con el cuchillo de Northrup. Guardaba mi propio cuchillo en el bolsillo. Era de acero, con un filo muy cortante y resistente, y no quería estropearlo con el hielo.

Cuando ya habíamos tirado por la borda a la mitad de la tripulación, el bote se elevó considerablemente y nos era más fácil guiarlo y evitar las ráfagas de viento. Además, teníamos más espacio y podíamos estirarnos cómodamente.

La comida era una fuente constante de quejas. El capitán, el primer oficial, el cirujano y yo mismo resolvimos, tras discutirlo mucho, no aumentar la ración diaria de media libra de carne. Los seis marineros restantes, de los que Tobias Snow se erigió como portavoz, se quejaron diciendo que la muerte de la mitad de nosotros significaba que nuestras provisiones se habían duplicado, y que por tanto la ración debía ser elevada a una libra. Le respondimos que para que nuestras posibilidades de seguir con vida se doblaran, era necesario que siguiéramos con las raciones de media libra.

Es cierto que las ocho onzas de carne salada apenas nos daban para conservar algo de fuerza y resistir el severo frío. Estábamos cada vez más débiles, y nos congelábamos con mayor facilidad. Teníamos la nariz y las mejillas marcadas por el hielo. Era imposible mantenerse caliente, a pesar de que todos llevábamos más ropa que al principio.

A la quinta semana, la escasez de comida terminó convirtiéndose en un verdadero problema. Una noche, estando yo dormido, el capitán Nicholl sorprendió a Jud Hetchkins robando carne de cerdo de uno de los barriles. En cuanto el capitán dio la voz de alarma otros cinco marineros se lanzaron sobre nosotros blandiendo sus cuchillos. Tuvo lugar una violenta lucha bajo la tenue luz de las estrellas, y fue una bendición que el bote no volcara. Por suerte, las muchas camisas y abrigos que llevaba puestos me sirvieron de coraza, y las cuchilladas apenas me causaron unos cuantos rasguños.

Los demás estaban igualmente protegidos, y la lucha habría terminado en poco más que una simple pelea de no haber sido por el oficial Walter Dakon, un hombre fuerte y vigoroso, a quien se le ocurrió la idea de terminar con el incidente lanzando a los amotinados por la borda. El capitán Nicholl, el cirujano y yo nos unimos a él, y en un instante cinco de los seis hombres estaban en el agua o colgados de la borda. El capitán Nicholl y el cirujano estaban en el centro de la embarcación ocupándose del sexto, Jeremy Nalor, a quien tardaron poco en arrojar al mar, mientras el oficial golpeaba con un remo los dedos de los que colgaban de la borda. En aquel momento yo no hacía otra cosa más que vigilar que el bote no volcara, y así pude ver el trágico final del oficial. Cuando levantó el remo para machacarle los dedos a Seth Richards, éste se elevó por la borda en un último esfuerzo, rodeó al oficial con sus brazos y le arrastró consigo mientras caía al agua. El oficial no pudo liberarse, y se ahogaron juntos.

Sólo quedábamos con vida tres miembros de la tripulación: el capitán Nicholl, el cirujano Arnold Bentham y yo. En un abrir y cerrar de ojos habían caído al agua siete hombres. A mí me pareció una lástima haber desperdiciado tantas prendas de abrigo en el mar.

El capitán Nicholl y el cirujano eran hombres honrados. Cualquiera de los tres podría haber robado un pedazo de carne mientras los otros dos dormían, pero eso no sucedió nunca. Confiábamos plenamente los unos en los otros, y hubiéramos preferido morir antes que traicionar esa confianza.

Seguimos conformándonos con media libra de carne diaria, y tratamos de aprovechar los golpes de viento favorable para dirigirnos hacia el norte. Hasta el catorce de enero, siete semanas después del naufragio, no alcanzamos una latitud más cálida, y aun así el clima seguía siendo frío.

Hacia finales de aquel mes las provisiones estaban a punto de terminarse. Ya no quedaba cerdo, así que usábamos el barril para recoger y almacenar agua de lluvia. No quedaban tampoco muchas libras de carne de vaca, y en las nueve semanas que llevábamos en el bote no habíamos divisado tierra alguna. El capitán Nicholl tuvo que reconocer que, tras sesenta y tres días de inútiles cálculos, todavía no sabía dónde estábamos.

El veinte de febrero nos comimos el último pedazo de comida. Prefiero saltarme los detalles de lo mucho que ocurrió en los ocho días posteriores. Habíamos pasado hambre durante tanto tiempo que cuando se acabó la comida no tuvimos de dónde sacar fuerzas, y comenzamos a debilitarnos con mayor rapidez.

El veinticuatro de febrero consideramos la situación con calma. Éramos tres hombres de espíritu firme, llenos de vida y de energía, y no queríamos morir. Ninguno de nosotros se sacrificaría voluntariamente por los otros dos, pero acordamos lo siguiente: debíamos conseguir comida, debíamos decidir el asunto echándolo a suertes, y lo haríamos a la mañana siguiente si no había viento.

A la mañana siguiente sopló el viento, no mucho, pero lo suficiente para alcanzar los dos nudos en nuestro rumbo hacia el norte. Las mañanas del veintiséis y del vein-

tisiete sopló una brisa similar. Nos sentíamos espantosamente débiles, pero respetamos nuestra decisión y continuamos navegando.

Pero la mañana del veintiocho supimos que había llegado la hora. El bote se balanceaba fatigosamente sobre el mar liso, y las posibilidades de que se levantara el viento eran mínimas. Corté tres pedazos de tela de mi chaqueta, todos del mismo tamaño. De uno de ellos colgaba una hebra de hilo marrón, y acordamos que quien lo sacara, perdería. Metí los tres pedazos en mi gorro y lo cubrí con el del capitán Nicholl.

Estaba todo dispuesto, pero esperamos unos minutos para rezar en silencio, pues sabíamos que nuestro destino dependía de la voluntad de Dios. Yo estaba seguro de mi honradez y mis buenos sentimientos, pero también lo estaba de la honradez y buenos sentimientos de mis compañeros, así que no entendía cómo iba Dios a decidir entre los tres.

Como le correspondía por su rango, el capitán fue el primero en probar suerte. Metió una mano en el gorro y la dejó allí quieta unos segundos, con los ojos cerrados, moviendo los labios en una última plegaria. Sacó un trozo de tela que no _tenía hilo. Tuve que admitir que Dios había elegido con justicia, pues sabía que el capitán Nicholl había sido un hombre honrado y recto toda su vida.

Quedábamos el cirujano y yo, y uno de los dos había de morir. De acuerdo a su rango, era su deber ser el siguiente en elegir. Rezamos de nuevo, y mientras rezaba me esforcé por repasar mi vida y hacer un balance apresurado de todos mis méritos y de todas mis faltas.

Coloqué el gorro sobre mis rodillas y volví a taparlo con el del capitán. El cirujano metió la mano en él y estuvo removiendo durante un buen rato, mientras yo me preguntaba si sólo con el tacto podría averiguar que pedazo de tela era la buena.

Sacó por fin la mano, y al abrirla vimos que de la tela colgaba el hilo marrón. Al instante me sentí infinitamente agradecido a Dios por su bendición, y decidí que en adelante me mantendría más fiel que nunca a sus mandamientos. Lo siguiente que pensé fue que el capitán y el cirujano estaban unidos por vínculos de jerarquía más fuertes que los que tenían conmigo, y que por ello se sentirían tremendamente decepcionados con el resultado, aunque también estaba convencido de que los dos eran hombres de honor y que el resultado no alteraría lo que habíamos acordado.

Y estaba en lo cierto. El cirujano extendió su brazo desnudo, y sacó su cuchillo, dispuesto a cortarse las venas. Antes, sin embargo, quiso pronunciar unas palabras:

-Soy de Norfolk, Virginia -dijo-, donde espero que estén ahora mi esposa y mis tres hijos. Lo único que os pido es que, si Dios os ayuda y os libra de este trance, y tenéis la suerte de regresar a casa, informéis a mi desdichada familia de mi fatal destino.

A continuación nos pidió cortésmente unos minutos para poner en orden sus asuntos con Dios. Ni el capitán Nicholl ni yo pudimos decir nada, pero asentimos con los ojos llorosos.

Sin duda, Arnold Bentham era el más sereno de los tres. Yo sentía una inmensa angustia, y estoy seguro de que el capitán sufría del mismo modo. Pero, ¿qué podíamos hacer? Aquella era la voluntad de Dios.

Pero entonces, cuando Arnold Bentham se disponía a clavarse el cuchillo, no pude contenerme más y les grité:

-¡Esperad! Si hemos resistido hasta ahora, podremos resistir un poco más. Esperemos hasta el anochecer. Si para entonces no ha ocurrido nada que cambie nuestro oscuro destino, entonces, Arnold Bentham, harás lo que hemos acordado.

Miró al capitán Nicholl buscando su aprobación, y él no pudo más que asentir. No podía pronunciar ni una sola palabra, pero la expresión de sus húmedos ojos azules dejaban claro que estaba totalmente de acuerdo.

Apenas había transcurrido un cuarto de hora cuando una leve brisa del oeste, gélida y húmeda, crispó nuestras mejillas. A los cinco minutos la vela estaba henchida y Arnold Bentham dirigía el timón.

-Guardad las pocas fuerzas que os queden. -dijo- Dejad que agote las mías para que aumenten vuestras posibilidades de sobrevivir.

Así que él se encargó de llevar el timón, y el capitán y yo nos quedamos tumbados en el fondo del bote, soñando con visiones fugaces de los seres queridos que se encontraban muy lejos de nosotros, al otro lado del mundo.

La brisa fresca pronto se convirtió en un viento cada vez más violento. Las nubes en el cielo anunciaban la proximidad de una tormenta. Hacia mediodía Bentham se desmayó, y el capitán y yo evitamos que el bote volcara sujetando el timón con nuestras cuatro manos. Una vez lo tuvimos controlado, decidimos relevarnos cada quince minutos. Estábamos tan débiles que los turnos no podían ser mucho más largos.

A media tarde el mar estaba muy revuelto.. De seguir adentrándonos en aquellos mares embravecidos, corríamos el peligro de volcar. Una y otra vez nos rogó Arnold Bentham que echáramos el ancla. Sabía que seguíamos navegando con la esperanza de evitar que tuviera que cumplir su promesa. Era un hombre noble, y también lo era el capitán Nicholl. Durante aquella larga y penosa tarde di gracias a Dios repetidas veces por haberme permitido conocer a hombres como aquéllos.

Yo fui el primero que lo vi. Arnold Bentham y el capitán Nicholl yacían en el fondo del bote como muertos, y yo estaba llevando el timón cuando lo vi. El bote, cuyas velas se agitaban peligrosamente con viento enloquecido, se había elevado sobre el oleaje cuando pude ver, a muy poca distancia frente a mí, el islote de roca azotado por el mar. Estaba a menos de media milla. Grité con fuerza para que los otros dos se levantaran y vieran lo que yo estaba viendo.

-Directo hacia allí, Daniel -me ordenó el capitán-. Puede que encontremos una cala.

Al momento volvimos a elevarnos sobre el oleaje y vimos que en aquella costa no había cala alguna.

-Directo hacia allí, Daniel. Seamos sensatos, estamos demasiado débiles para enfrentarnos de nuevo al mar y al viento.

Tenía razón, y obedecí. Se quitó el reloj y lo miró. Le pregunté la hora. Eran las cinco en punto. Se acercó a Arnold Bentham y le estrechó la mano, y luego me miraron los dos. Sabía que se trataba de la despedida, pues ¿qué posibilidades teníamos, débiles como estábamos, de llegar con vida hasta las rocas?

A veinte pies de la costa perdí el control de la embarcación. En un abrir y cerrar de ojos el barco volcó y me encontré nadando en el agua salada. No volví a ver a mis compañeros. Afortunadamente pude mantenerme a flote sobre el timón, que todavía tenía entre las manos. Y entonces, en el momento y lugar precisos, un golpe de mar me lanzó hasta un ligero desnivel en la parte superior de una de aquellas elevadas y terribles rocas. No estaba herido. No estaba ni tan siquiera magullado. Renqueando, logré arrastrarme y trepar hasta alejarme del devorador oleaje del mar.

En cuanto supe que estaba a salvo me detuve y me quedé de pie durante un rato, dando gracias a Dios por mi enorme fortuna. El bote estaba roto en mil pedazos. Aunque no los vi, podía imaginarme el estado en que habrían quedado los cuerpos del capitán Nicholl y de Arnold Bentham. Vi un remo junto a las rocas y me acerqué a cogerlo. Entonces caí de rodillas y sentí que me iba a desmayar. Pero antes, movido

por mi instinto de marinero, arrastré mi cuerpo por las rocas hasta encontrarme fuera del alcance del mar.

Esa noche estuve a punto de morir, y me cuesta entender cómo pude soportar el frío y la humedad en el estado de debilidad en que me hallaba. La mañana me trajo una desagradable sorpresa. En aquella miserable roca surgida del fondo del océano no crecía ni una brizna de hierba, ni una sola planta. Sólo había rocas y más rocas. La sed me consumía y no había agua dulce. En vano busqué en las cavidades de las rocas. Durante la tormenta el oleaje había cubierto completamente la isla, y cada hueco en las rocas estaba lleno de agua salada.

Del bote no quedó nada, ni tan siquiera una astilla que diera fe de que había existido. Todo lo que conservaba eran mis ropas, un cuchillo afilado y el remo que había encontrado junto al mar. El temporal había amainado, y dediqué el resto del día a buscar agua dulce entre las rocas, pero fue en vano.

Aquella noche, más cerca que nunca de la muerte, me tumbé junto a una roca al abrigo del viento. Una lluvia densa hizo que me sintiera aún más desgraciado. Me quité los abrigos que llevaba y los extendí para que se empapasen del agua de lluvia, pero cuando quise escurrirlos para beber de ellos, me di cuenta de que estaban completamente impregnados de la sal del océano. Me tumbé con la boca abierta para tragar las pocas gotas de lluvia que caían en ella. Era desesperante, pero al menos pude mojarme los labios y calmar mi rabia.

El segundo día caí enfermo. Comencé a hincharme monstruosamente. Pero seguía vivo, y por ello daba gracias a Dios. Lentamente, fui sacando con las manos el agua salada acumulada entre las rocas, con la esperanza de que las próximas lluvias los llenasen de agua que pudiera beber.

El recuerdo de mis seres queridos en Elkton me sumía en la melancolía, y a menudo me perdía en los sueños durante horas. Durante la noche me despertó el sonido de la lluvia, y me arrastré de agujero en agujero, lamiendo el agua directamente de las rocas. Era salobre, pero potable. Aquello me salvó, y a la mañana siguiente me desperté bañado en sudor, pero libre de todo delirio. El sol brillaba, por primera vez desde mi llegada a la isla, y extendí la mayor parte de mis ropas para que se secaran. Bebí bastante agua, y calculé que habría suficiente para unos diez días si la dosificaba adecuadamente. Es asombroso lo rico que me sentía con aquel vasto tesoro de agua salobre. Y me sentí todavía más afortunado cuando descubrí, tirado sobre las rocas, el cuerpo de una foca muerta hacía varios días. Lo primero que hice fue ponerme de rodillas y dar gracias a Dios por esta nueva muestra de su infinita bondad. Ya no había dudas: Dios había resuelto que no debía morir.

Tenía fuertes dolores en el estómago, por lo que comí con moderación, convencido de que mi natural voracidad podía matarme. Confieso que lloré de felicidad al contemplar aquel cuerpo putrefacto.

Mi corazón volvía a latir con fuerza. Guardé cuidadosamente la carne que no había comido y tapé los huecos de las rocas con piedras lisas para que los rayos del sol no evaporasen el agua que se había acumulado, y como prevención ante una posible ráfaga de viento nocturno o una repentina salpicadura de las olas del mar. Recogí también bastantes algas y las dejé secar al sol para acomodar mi pobre cuerpo dolorido sobre las rocas en las que había construido mi morada. Y por primera vez en muchos días mis ropas estaban secas, con lo que conseguí dormir profundamente.

Cuando desperté al día siguiente era un hombre nuevo. Pronto sabría que Dios no me olvidaba y que me había preparado nuevas y maravillosas bendiciones. Al ponerme en pie casi tuve que frotarme los ojos, pues hasta donde me alcanzaba la vista las rocas estaban completamente cubiertas de focas. Había miles de ellas, algunas en

las rocas y otras muchas retozando en el agua. El sonido que salía de sus gargantas era ensordecedor. Toda aquella carne estaba allí esperándome, carne suficiente para alimentar a las tripulaciones de una veintena de barcos.

Inmediatamente cogí el remo -pues no había ningún otro palo en la isla- y avancé cautelosamente hacia aquel inmenso manjar. Me di cuenta enseguida de que aquellas criaturas marinas no conocían al hombre. No parecían extrañarse ante mi presencia, y no tuve dificultad alguna en golpearles en la cabeza con el remo.

De repente, cuando había matado a cuatro de ellas, enloquecí y sentí unas ansias enormes de seguir matando. Por espacio de dos horas me afané incesantemente con el remo hasta desfallecer, y al acabar, como guiadas por una señal, todas las focas que aún vivían se lanzaron al agua y desaparecieron con rapidez.

Descubrí con horror que había matado más de doscientas focas, y tras reponer fuerzas me dispuse a enmendar en lo posible lo que había hecho. Pero antes volví a dar gracias al Señor, cuya benevolencia me había protegido milagrosamente. Trabajé día y noche, despellejando las focas, cortando la carne en tiras y colocándola sobre las rocas para secarla al sol. Además encontré pequeños depósitos de sal en los recovecos de las rocas, sal con la que froté la carne para conservarla.

Durante cuatro días trabajé sin descanso, y al quinto día terminé mi tarea, sintiéndome orgulloso ante Dios por no haber desperdiciado ni un solo pedazo de carne. Mi cuerpo se fortaleció con rapidez gracias al duro trabajo y a mi nueva y nutritiva dieta, de la que no me privé en absoluto. Pasaron meses hasta que las focas volvieron a mi isla. Pero entretanto no perdí el tiempo. Construí una cabaña de piedra y también un pequeño almacén para la carne curada. Cubrí el techo de la cabaña con pieles de foca, que evitaban el paso de la lluvia. Cada vez que llovía me maravillaba pensar que aquellas pieles, que valdrían una fortuna en el mercado de pieles londinense, protegían de los elementos a un pobre náufrago.

Pronto me di cuenta de lo importante que era encontrar algún medio de calcular el tiempo, de lo contrario no sabría en qué día de la semana estaba, ni podría distinguir uno de otro, ni sabría cuándo era el día del Señor.

Recordé cómo calculaba el tiempo en el bote el capitán Nicholl. Una y otra vez, repasé los días y las noches que llevaba en la isla. Después, con siete piedras que coloqué fuera de la cabaña, hice mi calendario semanal. En un extremo del remo hacía una pequeña muesca por cada semana que pasaba, y en el extremo contrario marcaba los meses, calculando por separado los días de cada mes que no entraban en las cuatro semanas.

De este modo podía atender a mis deberes religiosos sin miedo a equivocarme. Como no disponía de ningún otro medio para dirigirme a mi Señor, grabé en el remo una breve oración, apropiada para mi situación, que cantaba, sin excepción, cada domingo. Dios misericordioso no me había olvidado, ni yo le olvidé a Él durante aquellos ocho años.

Conseguí que mi solitaria estancia fuera, dentro de lo posible, más llevadera. Me había procurado una morada cómoda y segura, y había almacenado provisiones para seis meses. Nunca agradecería lo bastante contar con todas aquellas cosas, tan esenciales para sobrevivir, y que uno no esperaría encontrar en una isla desierta.

Aunque no podía disfrutar de la compañía de otro ser humano, ni siquiera de un perro o un gato, estaba mucho más contento con mi suerte de lo que miles de personas lo estarían nunca. En aquel lugar desolado al que el destino había querido llevarme, me sabía mucho más feliz que tantos otros quienes, por sus terribles crímenes, estaban condenados a arrastrar sus vidas por las cárceles, corroídos por su conciencia.

Privado como estaba de la compañía de mis semejantes y de muchas de las comodidades de la vida, no podía sin embargo negar que mi desesperada situación presentaba ciertas ventajas. Para empezar, yo era el único dueño de la isla. Probablemente, nunca vendría nadie a disputarme este derecho, a menos que se tratase de algún anfibio del océano. Además, y puesto que la isla era prácticamente inaccesible, por la noche dormía tranquilo sin temor a ser atacado por caníbales o por bestias salvajes. Una y otra vez daba gracias a Dios por sus múltiples muestras de caridad.

El hombre es un ser extraño e incomprensible. Yo, que al llegar a la isla no pedía a Dios más que un poco de carne pútrida para comer y algo de agua no demasiado salobre, tan pronto fui bendecido con abundante carne curada y agua dulce, comencé a sentirme descontento con mi suerte. Quise disponer de fuego y volver a saborear la carne cocinada. Y continuamente me sorprendía a mí mismo recordando ciertas delicias para el paladar que encontraba a diario sobre la mesa de mi casa en Elkton. Por mucho que me esforzase, mis fantasías escapaban a mi voluntad y soñaba con los manjares que comería si alguna vez salía de aquella desesperada situación.

Era lo que quedaba en mí del viejo Adán, del pecado original del primer padre, el primer hombre que se rebeló contra los mandamientos de Dios. El hombre es un ser in comprensible, siempre insaciable, siempre insatisfecho, nunca en paz con Dios ni consigo mismo, sumido en permanente desazón y agotado por los años de inútiles esfuerzos.

También me atormentaba el recuerdo del tabaco. A menudo la noche se convertía en un tormento, pues era entonces cuando mis deseos vagaban libres, y mil veces soñé que tenía toneladas de tabaco, almacenes repletos de tabaco, barcos cargados de tabaco y plantaciones enteras de tabaco. Yo mismo me vengaba de mis debilidades. Todos los días le pedía a Dios un corazón humilde, y castigaba mi carne trabajando duro y sin descanso. Trabajé durante cuatro meses en la construcción de un muro de piedra de treinta pies de largo y doce de altura. El muro protegería la cabaña en época de vendavales, cuando mi pobre isla se convertía en un pajarillo atrapado en las garras del huracán.

Al tercer año comencé a construir una columna de roca. Se trataba más bien de una pirámide, con una base cuadrada y ancha, no demasiado alta. No podía haberla construido de otra forma, pues no disponía de herramientas ni tampoco de maderos con los que levantar un andamio. Hasta el final del quinto año no logré terminar mi pirámide. Se alzaba sobre la cima de la isla, y si consideramos que la cima estaba a cuarenta pies de altura sobre el nivel del mar, y que el vértice de la pirámide se elevaba a cuarenta pies de altura desde la cima, podría decirse que había doblado la estatura de la isla sin herramienta alguna.

Quizás alguien me acuse de haber actuado contra la voluntad de Dios, y de haber interferido en sus planes. Yo no lo creo así. ¿Acaso no era yo, igual que aquel montón de rocas surgidas del fondo del océano, una criatura de Dios? ¿Acaso los brazos con los que trabajé, las manos con las que coloqué todas aquellas rocas, acaso no eran también parte de los planes de Dios? He meditado profundamente sobre el tema, y sé que actué correctamente.

Durante el sexto año aumenté la base de la pirámide, y dieciocho meses después mi monumento se elevaba cincuenta pies sobre la cima de la isla. Por supuesto, aquello no era una torre de Babel. Tenía dos funciones: por un lado, me servía de atalaya desde la que otear el océano en busca de barcos, y además aumentaba las posibilidades de que la isla fuese vista por algún marinero. Por otro lado, me ayudaba a mantener sanos mi mente y mi cuerpo. Al tener siempre las manos ocupadas no daba oportunidad a Satán de aparecer por la isla, aunque sí conseguía atormentarme durante

mis sueños, que llenaba de visiones de comida caliente y de ese estúpido hierbajo llamado tabaco.

El decimoctavo día del mes de junio del sexto año de mi estancia en la isla, divisé un velero, pero estaba a demasiada distancia y desapareció sin descubrir mi isla. Lejos de desanimarme, la fugaz aparición de aquel velero me llenó de una gran satisfacción. Me convenció de algo que había llegado a dudar seriamente, a saber, que aquellos mares se hallaban en las rutas de los navegantes.

Con el paso del tiempo me fui contentando con mi suerte, con lo que Satán aparecía con cada vez menor frecuencia para atormentarme con desaforadas imágenes de tabaco y sabrosos manjares. Seguía comiendo mi carne de foca, bebiendo agua de lluvia y dando gracias a Dios por todo ello. Y sé que Dios me escuchaba, porque durante mi estancia en la isla no sufrí ninguna enfermedad.

Durante el quinto año, cuando aún seguía convencido de que ningún barco surcaría jamás aquellos mares, comencé a grabar en mi remo los incidentes más destacados que se habían producido desde que abandonase América. Traté de hacerlo del modo más legible y duradero que me fue posible, y no fue nada fácil, teniendo en cuenta el minúsculo tamaño de las letras. Seis, o incluso cinco letras me llevaban casi siempre un día de trabajo.

Cuidaba de este remo como de mi propia vida, pues me había sido muy útil en tan difícil situación, y además portaba el testimonio de mi destino y el de mis compañeros. No volví a utilizarlo para golpear a las focas en la cabeza. En su lugar utilizaba un garrote de piedra de tres pies de largo, cuya construcción me llevó casi un mes de trabajo. Además, para proteger el remo de las inclemencias del tiempo (a veces lo usaba de bandera en la cumbre de la pirámide, atándole una de mis preciadas camisas) fabriqué una funda con la piel de una foca.

El séptimo año de mi estancia en la isla, en el mes de marzo, hubo una gran tormenta que duró un día entero. Después de que amainara salí de mi cabaña y encontré nada menos que una ballena muerta, todavía fresca, que había sido arrastrada hasta mi isla por las olas. Imagine mi alegría al encontrar, incrustado en las tripas de aquel pez gigantesco, un enorme arpón con varios metros de hilo que colgaban de él.

Aquel día creció en mí la esperanza de encontrar finalmente la oportunidad de abandonar aquella isla desolada. Sin duda aquellos mares eran frecuentados por balleneros y, siempre que siguiera con vida, antes o después me salvarían.

La ballena me proporcionó provisiones para un año entero. Además, gracias al calor del sol pude extraer su aceite, que mezclado con sal, utilizaba para condimentar la carne de foca. Pensé en fabricar una mecha con los pedazos restantes de mi preciada camisa, para hacerme una lámpara de aceite y tener luz por la noche. Rápidamente abandoné la idea. No necesitaba luz cuando la oscuridad del Señor caía sobre mí, pues me había acostumbrado a dormir desde la caída del sol hasta el amanecer, tanto en invierno como en verano.

Yo, Darrell Standing, tengo que interrumpir este relato para exponerle un pensamiento propio. Puesto que el carácter de un hombre es el fruto de todas sus existencias anteriores, ¿cómo podía el alcaide Atherton destruir mi espíritu en la celda de incomunicación? Yo soy vida que ha sobrevivido y se ha ido construyendo a través de épocas pasadas. ¡Y qué épocas! ¿Qué eran para mí diez días en la camisa de fuerza? Para mí, que fui una vez Daniel Foss, y que aprendí lo que es la paciencia durante aquellos años de vida entre las rocas en los lejanos mares del sur.

Al término del octavo año en la isla, en el mes de septiembre, cuando ya había ideado un ambicioso plan para elevar la pirámide hasta los sesenta pies de altura, desperté una mañana y divisé un barco con las gavias recogidas y casi al alcance de

mis gritos. Traté de que me vieran, agitando mi remo y saltando de roca en roca, corriendo de un lado a otro con rapidez, hasta que los oficiales que estaban en cubierta me descubrieron con sus catalejos. Me señalaban el extremo oeste de la isla, y al correr hacia allí vi que se acercaba un bote con media docena de hombres. Como supe más tarde, la tripulación divisó mi pirámide y alteraron su curso para examinar de cerca tan extraña construcción, que doblaba en altura la isla sobre la que se elevaba.

Pero el oleaje era demasiado fuerte, y tras varios intentos por llegar a la isla, los hombres del bote me indicaron que debían regresar al barco. Piense en mi desesperación al verme atrapado para siempre en aquella desolada isla. Agarré el remo -pues había decidido que si algún día conseguía escapar de la isla, lo donaría al Museo de Filadelfia- y me lancé al agua. Tales fueron mi fortuna, agilidad y fuerzas que, tras mucho esfuerzo, logré alcanzar el bote.

Tengo que relatarles una curiosa anécdota. El barco estaba tan alejado de la costa que nos llevó una hora subir a bordo. Durante este tiempo me rendí a los deseos que me habían asediado durante ocho años, y rogué al oficial que dirigía el bote que me diese un poco de tabaco. Me alcanzó también su pipa, llena de un excelente tabaco de Virginia. Al cabo de diez minutos me sobrevino un violento vomito. La razón estaba clara: mi organismo estaba completamente limpio de tabaco, y ahora me producía el mismo efecto que a cualquier chico que fuma por primera vez. De nuevo tenía razones para dar gracias a Dios, y desde aquel día hasta el día de mi muerte no volví a probar las condenadas hierbas.

Yo, Darrell Standing, debo completar los detalles de aquella vida que volví a vivir durante las sesiones en la camisa de fuerza. A menudo me preguntaba si Daniel Foss, tal y como había dicho, habría llevado el remo al Museo de Filadelfia.

No resulta fácil para un prisionero incomunicado relacionarse con el mundo exterior. En una ocasión confié una carta, primero a un guardia y más tarde a un condenado que pasó un tiempo en las celdas de incomunicación, y que tuvo que aprenderla de memoria, para que la enviaran al director del museo. Pero tanto el uno como el otro me fallaron. No pude enviar la carta hasta que Ed Morrell, por un extraño capricho del destino, salió de la celda de castigo y se convirtió en ordenanza de la prisión. Les muestro ahora la respuesta que me envió, a través de Morrell, el director del Museo de Filadelfia...

Es cierto que tenemos un remo como el que usted describe. Pero no hay muchas personas que lo hayan visto, porque no se exhibe al público. Incluso yo, que ocupo este puesto desde hace dieciocho años, desconocía su existencia.

Pero después de consultar nuestros viejos archivos descubrí que dicho remo había sido entregado por un tal Daniel Foss, de Elkton, Maryland, en el año 1821. Tras una larga búsqueda, encontramos finalmente el remo en el altillo del ático donde guardamos los trastos viejos. Tiene unas muescas y una inscripción grabada en él, exactamente como usted ha descrito.

Tenemos también un diario que fue entregado en la misma fecha, escrito por el citado Daniel Foss y publicado en Boston por N.. Coverly Junior, en 1834. En dicho diario se describen ocho años de vida de un náufrago en una isla desierta. Es evidente que este marinero, en sus años de vejez y por necesidad, confió su diario a personas bondadosas, que se lo compraron seguramente por caridad.

Siento una enorme curiosidad por conocer cómo se ha enterado de la existencia de este remo, que nosotros, en el museo, ignorábamos. ¿Estoy en lo cierto al suponer que ha leído usted una versión publicada más tarde por este Daniel Foss? Le agra-

decería cualquier información acerca de este asunto, y le comunico que vamos a proceder a incluir nuevamente el remo y el diario en nuestra colección.

Atentamente,

Hosea Salsburty[1]

20.

Y llegó el día en que el alcaide Atherton tuvo que tragarse sus famosas palabras, "la dinamita o el hoyo". Se rindió a la evidencia. Terminó por aceptar que jamás moriría en la camisa de fuerza. Había hecho morir a muchos hombres con sólo tenerlos encamisados unas horas. Muchos otros murieron tras pasar varios días en la camisa, aunque siempre los desataban antes de que exhalaran el último suspiro, de modo que pudieran ser hospitalizados... el doctor se encargaba de diagnosticar un infarto o una neumonía como causa del fallecimiento.

Pero a mí nunca pudo matarme. Tampoco hubo necesidad de trasladar mi maltratado cuerpo al hospital en ninguna ocasión. He de decir, sin embargo, que el alcaide Atherton hizo todo lo que estuvo en su mano. Una vez incluso utilizó una camisa doble. Fue tan gracioso que tengo que contárselo.

Resulta que un periódico de San Francisco (que buscaba, como todo periódico, un mercado del que sacar provecho) trató de despertar el interés por la reforma carcelaria entre el sector más radical de la clase obrera. Los sindicatos gozaban de una enorme influencia política por aquel entonces, y el gobernador de Sacramento decidió que un comité especial del senado investigara las cárceles estatales.

El tal comité *investigó* (permítame que emplee la cursiva) la prisión de San Quintín. Al parecer, nunca habían visitado un centro penitenciario tan ejemplar. Los propios con victos dieron fe de ello, y no les culpo. Ya habían vivido investigaciones similares en el pasado, y sabían lo que les convenía. Sabían que les molerían a palos inmediatamente después de ser entrevistados... si sus opiniones no coincidían con las de los administradores de la prisión. Créame, lector, es la vieja historia de siempre. Lo mismo ocurría en la antigua Babilonia, hace miles de años. Recuerdo muy bien aquellos años que pasé encerrado en prisión, mientras las intrigas palaciegas sacudían la corte.

Como he dicho, todos los presos elogiaron la labor del alcaide Atherton. De hecho, tan conmovedores fueron los testimonios acerca de la simpatía del alcaide, la calidad y variedad de la comida, la amabilidad de los guardias y la comodidad de las celdas, que varios periódicos de San Francisco alzaron sus gritos indignados, reclamando un mayor rigor en la dirección de nuestras prisiones, pues de lo contrario, muchos ciudadanos honestos estarían tentados de buscar los medios para ser internados en las cárceles.

El comité visitó también las celdas de castigo. Los tres que allí estábamos teníamos muy poco que perder y nada que ganar. Jake Oppenheimer escupió al comité, y mandó al infierno a todos y cada uno sus miembros. Ed Morrell les dijo que aquel lugar no era más que un vertedero, insultó al alcaide y consiguió que fueran los propios visitantes quienes recomendaran al alcaide que le administrara un correctivo

[1] Tras la ejecución del profesor Darrell Standing, momento en que llegó a nuestras manos el manuscrito de sus memorias, escribimos al señor Hosea Salsburty, director del Museo de Filadelfia, quien nos confirmó la existencia del citado remo y del diario.

ejemplar, uno de esos castigos ya obsoletos, pero que sin duda habían sido utilizados por otros alcaides para controlar a individuos de esa calaña.

Yo me cuidé mucho de insultar al alcaide. Les hablé con mucha educación, y poco a poco conseguí la atención de todos los miembros del comité, que escucharon sorprendidos y en silencio hasta que terminé mi testimonio.

¡Ay! Ni una sola palabra de lo que relaté salió de los muros de la prisión. El comité se encargó de proteger al alcaide Atherton y a San Quintín. Aquel periódico de San Francisco, tan interesado en los derechos de los convictos, aseguró a sus lectores de clase obrera que San Quintín estaba en orden. Es más, garantizó que a pesar de que la camisa de fuerza era un método de castigo reconocido legalmente, el actual alcaide, un hombre recto, jamás permitiría su uso.

Y mientras los pobres asnos de los obreros leían creyéndoselo todo, mientras el comité comía y bebía con el alcaide a expensas del estado y de sus contribuyentes, Ed Morrell, Jake Oppenheimer y yo yacíamos en nuestras camisas.

-Es para morirse de risa -me deletreó Morrell con la suela de su zapato.

-Me trae sin cuidado -golpeteó Jake.

También yo deletreé mensajes de amargo desdén y me reí con ellos. Recordé la prisión de Babilonia, dibujé en mis adentros una gran sonrisa cósmica y me dejé llevar por la muerte aparente, que me convertía de nuevo en heredero de los siglos y en jinete del tiempo.

Sí, querido hermano del mundo exterior, mientras la prensa encubría los hechos, mientras los ilustres senadores cenaban y bebían, nosotros tres, los muertos vivientes, enterrados en vida en las celdas de castigo, sudábamos sangre en nuestras camisas.

Después de la cena, apestando a vino, el alcaide Atherton vino a hacernos una visita. A mí, como de costumbre, me encontraron en coma. El doctor Jackson debió alarmarse por primera vez, y con la ayuda de un frasco de amoníaco consiguió despertarme. Sonreí a los rostros inclinados sobre mí.

-Farsante -soltó el alcaide, y por su voz pastosa y el brillo de sus ojos supe que estaba bebido.

Les indiqué que me acercaran agua, pues deseaba hablar.

-Es usted un asno -dije finalmente-. Es usted un asno, un cobarde, un canalla, un ser lastimoso, tan despreciable que no merece ni que se le escupa a la cara. Yo no derrocharía saliva en alguien como usted.

-¡Has llegado al límite de mi paciencia! -rugió-. ¡Te mataré, Standing!

-Está usted borracho -repliqué-. Y le aconsejaría, si ha de decir cosas como esas, que no confíe tanto en sus esbirros. Algún día le delatarán y perderá su empleo.

Pero el vino se había adueñado de él.

-Ponedle otra camisa de fuerza -ordenó-. Eres hombre muerto, Standing. Pero no morirás ahí tumbado. Te llevaremos al hospital antes de enterrarte.

Me pusieron la segunda camisa. Esta vez la ataron por delante.

-¡Señor, Señor, qué frío tengo! -exclamé con burla-. Este clima es muy desagradable. No sabe cuánto le agradezco que me haya puesto otra camisa. Dormiré más a gusto.

-¡Aprieta! -ordenó a Al Hutchins, que trataba de ajustar la camisa-. Húndele las botas en el pecho. Rómpele las costillas a ese cerdo.

Debo admitir que Hutchins hizo un buen trabajo.

-Has contado un montón de mentiras -deliraba el alcaide con la cara roja por el vino y la cólera-, y has conseguido hartarme. Ha llegado tu día, Standing. Se acabó. ¿Me oyes? ¡Se acabó!

-Hágame un favor, alcaide -susurré débilmente, pues casi no podía hablar y estaba a punto de desmayarme por la tremenda opresión-, que sean tres camisas de fuerza.

Los muros de la celda se movían y daban vueltas a mi alrededor, y yo luchaba con todas mis fuerzas por mantenerme consciente.

-Otra camisa... alcaide... estaré... mucho... mas.. ay.. abrigado.

Y mis murmullos fueron apagándose mientras me adentraba en la muerte aparente.

Nunca, desde aquel día, he vuelto a ser el mismo. No he podido volver a alimentarme normalmente. No quiero ni saber qué lesiones internas me causó aquel castigo. El dolor en las costillas y el estómago me acompaña todavía hoy, mientras escribo estas líneas. Pero mi maltratado cuerpo ha sabido cumplir su función. Me ha permitido seguir con vida hasta ahora, y me permitirá vivir un poco más, hasta el día en que me saquen de aquí, me pongan una camisa sin cuello y me cuelguen de la soga.

Pero aquel día de la doble camisa fue la última gota. El alcaide Atherton tuvo que admitir que iba a ser incapaz de matarme. Como le dije un día:

-El único modo en que podría matarme, alcaide, es colándose una noche en la celda con un hacha.

También Oppenheimer sabía cómo incordiar al alcaide:

-Digo yo, alcaide, que debe ser terrible despertar cada mañana y encontrarse a usted mismo en la cama.

Y Ed Morrell añadió:

-A su madre deben gustarle los niños con locura, para criarle a usted...

Me molestó mucho que cesaran las sesiones de camisa de fuerza. Añoraba mi mundo de sueños, lo necesitaba. Pero mi malestar no duró mucho tiempo. Descubrí que podía conseguir la muerte aparente con el simple ejercicio de la voluntad, estrechándome el pecho y el abdomen con la manta. De ese modo conseguía sumirme en un estado similar al causado por la camisa de fuerza. Y así, gracias únicamente a mi propia voluntad, sin necesidad del tormento de la camisa, volvía a ser libre para vagar por el tiempo.

Ed Morrell creía todas mis aventuras, pero Jake Oppenheimer siguió escéptico hasta el último día. Fue durante mi tercer año en la celda de castigo cuando le hice una visita a Oppenheimer. Nunca pude hacerlo salvo en aquella ocasión, y ocurrió de repente, sin haberlo esperado o planeado.

Acababa de perder la consciencia cuando me di cuenta de que estaba en su celda. Sabía que mi cuerpo seguía en la mía, dentro de la camisa. Aunque no le había visto nunca, enseguida supe que aquel hombre era Jake Oppenheimer. Hacía calor, y estaba desnudo, tumbado sobre la manta. Me impresionaron su rostro cadavérico y su cuerpo esquelético. No era más que un armazón humano, un montón de huesos, todavía unidos, despojados de carne y cubiertos tan sólo por la piel.

Hasta que no estuve de nuevo consciente en mi propia celda, no pude reflexionar y darme cuenta de que Ed y yo estábamos en el mismo estado que Oppenheimer. No pude evitar estremecerme al pensar en la enorme magnitud del espíritu que habitaba en nuestros cuerpos frágiles y moribundos... en nosotros, los tres incorregibles. El cuerpo es algo ordinario e insignificante. Polvo somos, y en polvo nos convertiremos, pero es el espíritu el que permanece y sobrevive. Esa gente que rinde culto al cuerpo me da lástima. Unos días en las celdas de castigo en San Quintín les haría apreciar el verdadero valor del espíritu.

Pero volvamos a mi visita a la celda de Oppenheimer. Su cuerpo parecía el de un hombre muerto durante mucho tiempo y arrugado por el sol del desierto. La piel que

le cubría tenía el color del barro seco. Sus ojos, claros y brillantes, parecían la única parte viva de su cuerpo. Se movían incesantemente. Estaba tumbado boca arriba, sus ojos giraban velozmente de un lado a otro, siguiendo el vuelo de varias moscas que se divertían en el sombrío aire de la celda. Me fijé también en una cicatriz que tenía en el codo derecho, y otra en el tobillo derecho.

Después de un rato, bostezó, se movió hacia un lado e inspeccionó una herida que tenía sobre la cadera y que parecía infectada. Trató de lavarla y curarla con los rudimentarios métodos que emplean los hombres en las celdas de castigo. Supuse que la llaga era una herida de la camisa de fuerza. Mi cuerpo, en este momento, está cubierto de cientos de heridas provocadas por la camisa.

A continuación, Oppenheimer se tendió boca arriba, se sujetó cuidadosamente un diente con los dedos índice y pulgar y estuvo moviéndolo adelante y atrás durante un rato. Bostezó de nuevo, estiró los brazos, se giró hacia un lado y llamó a Morrell con los nudillos.

-Pensé que estarías despierto -deletreó-. ¿Cómo le va al profesor?

Entonces escuché, lejanos y débiles, los golpes de Morrell, que contaban que me habían encamisado una hora antes y que, como siempre, no oía sus llamadas.

-Es un buen tipo -golpeteó Oppenheimer-. Nunca me fié de los tipos cultos, pero a ése su educación no le ha echado a perder. Es un tipo honrado. Le sobran agallas, y no le arrancarían una queja o un chivatazo ni en un millón de años.

Morrell se mostró de acuerdo con la opinión de Jake. Y antes de seguir adelante debo decirle que, a pesar de haber vivido muchos años y muchas vidas, y de haber disfrutado muchas veces de momentos de orgullo, jamás me he sentido tan orgulloso como aquel día. Ed Morrell y Jake Oppenheimer eran dos grandes hombres, y nunca he gozado de mayor honor que el de ser admitido en su hermandad. He sido nombrado caballero por reyes, premiado por emperadores, incluso he sido rey, y he tenido ocasión de vivir experiencias sublimes. Y sin embargo, nada de todo aquello estimo tan grandioso como aquel elogio de los dos condenados, que a los ojos del mundo no eran más que la escoria de la humanidad.

Más tarde, cuando recuperé mis fuerzas después de aquella sesión en la camisa, les conté mi visita a la celda de Oppenheimer, confiando en que serviría para probar que mi espíritu abandonaba mi cuerpo. Pero Jake era terco.

-Me estás contando cosas que todo el mundo sabe -fue su respuesta cuando le describí cada uno de los movimientos que le había visto hacer durante el tiempo que mi espíritu había estado en su celda-. Te lo imaginas todo. Llevas casi tres años encerrado en la celda, profesor, y es muy fácil adivinar lo que otro tipo como tú hace para matar el tiempo. No hay una sola cosa de las que me has nombrado que no hayáis hecho tú y Ed un millón de veces; desde tumbaros desnudos cuando hace calor, hasta observar a las moscas, lavaros las heridas o hablar con los nudillos.

Morrell estaba de mi parte, pero no servía de nada.

-No te lo tomes a mal, profesor -continuó Oppenheimer-, no estoy diciendo que mientas. Sólo digo que has estado soñando en la camisa, y ni te has dado cuenta. Sé que estás convencido de lo que dices, y que crees que eso fue lo que ocurrió; pero yo no me lo trago. Te lo imaginas, pero no sabes que lo has imaginado; es algo que ya sabías, pero no te das cuenta de que lo sabes hasta que lo ves en uno de esos sueños.

-Espera, Jake -deletreé-. Sabes que nunca te he visto con mis propios ojos, ¿cierto?

-Cierto, profesor. Puede que me hayas visto, pero sin saber que era yo.

-La cuestión es que -continué-, sin haberte visto nunca, vestido o desnudo, puedo decirte que tienes una cicatriz en el codo derecho y otra en el tobillo derecho.

-¡Valiente cosa! -respondió-. Encontrarás todos esos detalles, junto con una foto de mi jeta, en mi hoja de ingreso en la prisión. Un montón de detectives y jefes de policía lo saben.

-Nunca lo había oído -le aseguré.

-No recuerdas haberlo oído -corrigió-, pero puedes perfectamente haberlo oído. Aunque lo hayas olvidado, la información está almacenada en tu cerebro. Pero sólo puedes recordarlo en uno de tus sueños. ¿Alguna vez has olvidado un nombre que te era tanto o más familiar que el de tu hermano? A mí sí. Hubo un juez que me condenó en Oakland, la vez que me echaron cincuenta años. Y un buen día me di cuenta de que había olvidado su nombre. Vaya, chico, estuve intentando recordarlo durante semanas. Pero, cuidado, el que no pudiera sacarlo de mi memoria no significa que no estuviera ahí. Simplemente no podía encontrarlo. Y la prueba es que un día, cuando ni siquiera estaba pensando en ello, me vino de repente a la cabeza. "Stacy", dije en voz alta. "Joseph Stacy". Ese era su nombre. ¿Me sigues? Me estás hablando de unas cicatrices que miles de hombres saben que tengo. No sé de dónde sacaste la información, supongo que ni tú mismo lo sabes. Pero eso es lo de menos. Diciéndome lo que ya sabe todo el mundo no vas a hacer que me lo trague. Vas a tener que contarme otro cuento si quieres que te tome en serio.

Pero a pesar de todo su cinismo, Jake era un hombre honrado. Aquella misma noche, cuando ya estaba a punto de dormirme, me llamó con la señal establecida.

-Solamente una cosa, profesor. Has dicho que me viste moviéndome un diente que tenía suelto. Ahí me has cogido. Es la única cosa que no logro entender cómo has podido saber. Hace sólo tres días que empezó a moverse. Y no hay un alma que lo sepa.

21.

Pascal dice en una de sus obras: "Al contemplar la evolución humana, la mente filosófica debería considerar la humanidad como un solo hombre, y no como un conglomerado de individuos".

Estoy sentado en la Galería de los Asesinos de Folsom, escuchando el monótono zumbido de las moscas a mi alrededor mientras reflexiono sobre el pensamiento de Pascal. Lo que dice es cierto. El embrión humano, durante los breves diez meses lunares, con una rapidez desconcertante, con miríadas de formas y apariencias que se multiplican sin cesar, repite la historia completa de la vida orgánica; y también el niño en sus primeros años repite la historia del hombre primitivo, cometiendo actos de crueldad y salvajismo contra criaturas más pequeñas que él; y de ese modo, yo, Darrell Standing, he revivido la lenta evolución del hombre primitivo, todo lo que ha sido y todo lo que ha hecho hasta convertirse en lo que somos hoy.

Nosotros, cada uno de los humanos que habitamos hoy este planeta, llevamos en nuestro interior la historia de la Vida desde sus comienzos. Esta historia está escrita en nuestros tejidos y en nuestros huesos, en nuestros órganos, en nuestras neuronas y en nuestro espíritu. Hubo un tiempo en que fuimos peces, usted y yo, querido lector, y nos arrastramos fuera del mar para ser los primeros en correr sobre la tierra firme que hoy pisamos. Conservamos las huellas del mar, como conservamos las huellas de la serpiente, anteriores al tiempo en que la serpiente fue serpiente y el hombre fue hombre. Hubo un tiempo en que volábamos por el aire, y hubo un tiempo en que vivíamos en los árboles y nos asustaba la oscuridad. Los vestigios permanecen grabados en usted, en mí y en aquéllos que nos sucederán hasta el final de nuestra existencia en la Tierra.

He vivido lo que Pascal alcanzó a adivinar con visión de profeta. Me he visto como el hombre contemplado por él con ojo filosófico. Durante las sesiones en la camisa de fuerza, he vivido numerosas vidas a lo largo de los miles de años de odiseas del hombre, anteriores al tiempo en que fui el rubio Aesir, que vivió en Asgard, y anteriores al tiempo en que fui el pelirrojo Vanir, que vivió en Vaneheim. Guardo recuerdos, recuerdos vivos de épocas todavía más lejanas, cuando nos dirigíamos hacia el sur, como los pájaros cuando llegaba el frío, huyendo del deshielo de la placa polar.

He muerto de hambre y de frío. He recogido bayas en los rincones más inhóspitos, y he desenterrado raíces en los pantanos y en las praderas. He dibujado renos y peludos mamuts en colmillos de marfil y en las paredes de roca de las cuevas, a refugio de las tormentas de invierno. He partido huesos en lugares donde una vez se alzaron ciudades majestuosas, y he dejado los huesos de mis frágiles cuerpos en el fondo de los lagos, en las simas glaciales y en mares de asfalto.

He vivido a lo largo de las épocas que hoy se conocen como el Paleolítico, el Neolítico o la Edad del Bronce. Recuerdo cuando, con la ayuda de nuestros lobos domesticados, llevábamos manadas de renos a pastar en las costas septentrionales del Mediterráneo, donde ahora están Francia, Italia y España.

He sido el Hijo de la Osa Mayor, el Hijo del Pez, el Hijo del Árbol. Todas las religiones desde que el hombre comenzó a creer permanecen en mí. Y cuando cada domingo en la capilla, aquí en Folsom, el clérigo adora a su dios, sé que en su interior vive todavía el culto a la Osa Mayor, al Pez y al Árbol, el culto a la Noche y a Astarté.

He sido un jefe ario del antiguo Egipto cuando mis soldados tallaban obscenidades en las tumbas de los reyes muertos, desaparecidos y olvidados largo tiempo atrás. Ordené construir dos sepulturas: una tumba falsa dentro de una gigantesca pirámide levantada con el sudor de toda una generación de esclavos; la otra una pequeña tumba, excavada en la roca en un valle desértico por esclavos que murieron tan pronto terminaron el trabajo... Y me pregunto, aquí en Folsom, en pleno siglo de la democracia, si los huesos que una vez fueron míos todavía se encuentran en la cripta excavada en aquel valle desértico y secreto.

¡Si al menos fuera capaz de contar todo lo que he visto y lo que sé acerca de la interminable sucesión de razas que tuvo lugar antes del comienzo de nuestra historia escrita! También nosotros tuvimos nuestra historia. Nuestros ancianos, sacerdotes y sabios la relataban en forma de cuentos, cuentos que escribieron en las estrellas para que nuestros descendientes pudieran recordarlos.

Del cielo nos llegaba la lluvia, portadora de vida, y los rayos del sol. Estudiamos el cielo y aprendimos a calcular el tiempo y el cambio de estaciones mirando las estrellas; les pusimos los nombres de nuestros héroes, de nuestros alimentos y de nuestros instrumentos para conseguirlos, de nuestras hazañas y aventuras.

¡Pobres de nosotros! Creímos que los cielos sobre los que escribimos todos nuestros deseos, todo aquello que hicimos o soñamos hacer, eran inalterables. Cuando yo era un Hijo del Toro, recuerdo que pasé toda una vida contemplando las estrellas. Y ahora, después de todo aquello, leo en los libros de astronomía de la biblioteca de la prisión que incluso el cielo está sujeto a cambios. Gracias a esto he sido capaz -volviendo a través de la muerte aparente a mis vidas anteriores- de comparar los cielos de entonces con los de ahora. Y las estrellas cambian. He visto estrellas polares y más estrellas polares y dinastías de estrellas polares. La estrella polar se encuentra hoy en la Osa Menor. Pero yo la vi, en aquellos días lejanos, en Draco, en Hércules, en Vega, en Cygnus y en Cefeo. No, ni siquiera las estrellas permanecen; sin embar-

go, el recuerdo y el conocimiento de todas ellas permanece en mí, en mi espíritu que es memoria y eternidad. Sólo el espíritu permanece. Todo lo demás, mera materia, perece, porque debe perecer.

Sí, me veo hoy como aquel hombre que apareció en el mundo antiguo, rubio, feroz, asesino y amante, devorador de carne y buscador de raíces; gitano y ladrón, quien vagabundeó durante milenios por del mundo, buscando carne que devorar y abrigados nidos para sus retoños y sus crías.

Soy aquel hombre, la suma de él, su todo, el lampiño bípedo que luchó por salir del cieno, que creó el amor y la ley más allá de la anarquía de la fecunda vida que gritaba y bramaba en la selva. Soy todo lo que fue y en lo que se convirtió aquel hombre. Me veo, a través de las dolorosas generaciones, atrapando y matando a la presa y al pez, desbrozando los bosques para sembrar los primeros campos, fabricando rudas herramientas de hueso y piedra, construyendo casas de madera, cubriendo los tejados con hojas y paja, cuidando de las hierbas salvajes y de las raíces de los prados, protegiéndolas para que se convirtieran en las progenitoras del arroz, del trigo, del mijo, de la cebada y de tantas otras, aprendiendo a arar la tierra, a sembrar, cosechar y almacenar, extrayendo las hebras de las plantas para tejer ropas con ellas, diseñando sistemas de irrigación, trabajando el metal, trazando rutas comerciales, desarrollando la navegación; y también organizando la vida de las aldeas, uniendo unas aldeas con otras hasta convertirlas en tribus, uniendo las tribus hasta convertirlas en naciones; buscando siempre leyes para las cosas, creando leyes para los hombres, para que pudieran vivir juntos en armonía y, uniendo esfuerzos, destruir, acabar con toda clase de seres reptantes y fieros que pudieran destruirles a ellos.

Soy ese hombre hoy, mientras espero mi muerte, condenado por la ley que ayudé a crear hace miles de años y por la que he muerto muchas otras veces, muchísimas. Y al contemplar éste mi pasado vasto y extenso, encuentro grandes y magníficas influencias; la más importante de ellas, el amor de la mujer, el amor del hombre hacia la mujer de su especie. Me veo como el amante, el eterno amante. Sí, fui también un gran guerrero, pero ahora, aquí sentado, hago balance de todo y creo que fui, más que cualquier otra cosa, un gran amante. Y porque mi amor fue grande fui un gran guerrero.

A veces pienso que la historia del hombre es la historia del amor por la mujer. El recuerdo de todo mi pasado que ahora escribo es el recuerdo de mi amor por la mujer. Siempre, en las diez mil vidas y formas que tuve, la amé. La amo ahora. Mi sueño se llena con su presencia; las fantasías de mi vigilia, sin importar dónde comiencen, me guían siempre hasta ella. Es imposible escapar de ella, de su eterna, espléndida y deslumbrante figura de mujer.

Oh, no se equivoque. No soy un joven ardiente e inmaduro. Soy un hombre de cierta edad, con el cuerpo y la salud destrozados, cercano a la muerte. Soy un científico y un filósofo. Y, como todas las generaciones de filósofos anteriores a mí, conozco a la mujer: su debilidad, su mezquindad, su falta de modestia, su deslealtad, sus pies pegados a la tierra, sus ojos que jamás han contemplado las estrellas. No obstante, hay algo irrefutable y eterno: *Sus pies son hermosos, sus ojos radiantes, sus brazos y sus pechos son el paraíso, su encanto supera todas las maravillas que jamás hayan deslumbrado al hombre; y, del mismo modo que el imán arrastra inevitablemente al metal, la mujer arrastra inevitablemente a los hombres.*

La mujer ha hecho que me ría de la muerte y de la distancia, de la fatiga y del sueño. He asesinado a hombres, a muchos hombres, por el amor de una mujer, y con sangre he bautizado nuestras nupcias o he lavado la mancha de sus favores a otro. He bajado hasta la muerte y el deshonor, he traicionado a mis compañeros y al negro

destino que se cernía sobre mí por una mujer, o más bien por mi mismo, pues era infinito mi deseo por ella. Y me he tumbado sobre el trigo, enfermo de añoranza, sólo para verla pasar y colmar mis ojos con su dulce contoneo y el color de sus cabellos, negros como la noche, o castaños, o rubios, o dorados como oro en polvo bajo el sol.

Porque la mujer *es* hermosa... para el hombre. Es dulce para su lengua y fragante para su olfato. Ella es el fuego en la sangre del hombre y el júbilo de mil trompetas; su voz es como la música en los oídos del hombre; y puede turbar su alma, aun cuando ésta se muestre inquebrantable ante la presencia huracanada de los Titanes de la Luz y las Tinieblas. Y más allá de la contemplación de las estrellas, en los lejanos cielos que imagina, de valquirias o huríes, el hombre ha dispuesto un sitio para ella, pues sin ella no podría contemplar cielo alguno. Y la espada en la batalla no entona melodías tan dulces como las que tararea la mujer al hombre con su risa bajo la luz de la luna, o con su gemido de amor en la oscuridad, o con su dulce caminar bajo el sol, mientras él yace, aturdido y anhelante, sobre los prados.

He muerto de amor. He muerto por amor, como verá. Dentro de poco me sacarán de aquí, a mí, Darrell Standing, y me matarán. Y esa muerte será por amor. Estaba irritado, muy irritado, cuando asesiné al profesor Haskell en el laboratorio de la Universidad de California. Él era un hombre. Yo soy un hombre. Y había una hermosa mujer. ¿Lo comprende? Ella era una mujer y yo un hombre y un amante, y toda la herencia del amor era mía, desde los tiempos de la oscura y tumultuosa selva, antes de que el amor fuera amor y el hombre fuera hombre.

No, esto no es nada nuevo. A menudo, muy a menudo en mi largo pasado, he entregado la vida y el honor, la dignidad y el poder, por amor. El hombre es diferente a la mujer. A ella le domina la urgencia y sólo conoce la necesidad de lo inmediato. Nosotros poseemos un honor muy superior al suyo y un orgullo que va mucho más allá de los visos desenfrenados de su orgullo. Nuestros ojos se maravillan con la lejana visión de las estrellas, mientras que los suyos no distinguen más allá de la tierra firme bajo sus pies, el pecho del amante sobre el suyo y el bebé lozano en su regazo. Y aun así -tal es nuestra alquimia compuesta a través de los siglos- la mujer vierte su magia en nuestros sueños y nuestras venas, de modo que para nosotros es mucho más que los sueños, que las lejanas visiones y la propia sangre de la vida; como dicen los amantes con gran verdad, la mujer es más que el mundo. De no ser así, el hombre no sería hombre, guerrero o conquistador, recorriendo su rojo camino para enfrentarse a todo; si el hombre no hubiese sido amante, gran amante, no habría llegado a convertirse en guerrero majestuoso. Luchamos mejor, morimos mejor y vivimos mejor por aquello que amamos.

Yo soy ese hombre. Veo en mí a todos los seres que me han constituido. Y veo a la mujer, a las muchas mujeres que me han creado y que me han abatido, que me amaron y a quienes yo amé.

Recuerdo que hace mucho tiempo, cuando el género humano era todavía muy joven, construí una trampa en un hoyo, en cuyo centro clavé una gran estaca, para dar caza al tigre Colmillo Afilado. Colmillo Afilado, de largo pelaje y agudos caninos, era nuestro más peligroso enemigo

Y cuando los rugidos de Colmillo Afilado nos despertaban, nos agazapábamos alrededor de los rescoldos de la hoguera, y yo me enfurecía pensando en la trampa y la estaca, pero la mujer que me rodeaba con sus brazos y piernas, luchaba por impedir que me fuera, a través de la oscuridad, a colmar mi ansia. Ella vestía únicamente unas pequeñas pieles raídas y requemadas, de animales que yo había cazado; estaba sucia y ennegrecida por el humo de la hoguera, pues no se lavaba desde las lluvias primaverales; sus manos, de uñas retorcidas y rotas, eran callosas, más parecían zarpas que

manos; pero sus ojos eran azules como el cielo de verano, profundos como el mar; algo en sus ojos, en sus brazos estrechándome y en su corazón latiendo junto al mío, me retenía... aunque desde el amanecer hasta el crepúsculo, mientras Colmillo Afilado rugía encolerizado, tenía que soportar las burlas de mis compañeros, que les susurraban a sus mujeres que yo no tenía tanta fe en la trampa como para aventurarme durante la noche hasta el agujero que había cavado para cazar al tigre. Pero mi mujer, mi salvaje compañera, me detenía; salvaje era yo también, pero sus ojos me dominaban y sus brazos me encadenaban; sus piernas enroscadas a las mías y los latidos de su corazón junto al mío, me alejaban de mi sueño, de mi mayor reto, de mi gran hazaña; cazar y dar muerte a Colmillo Afilado.

Hubo un tiempo en que fui Ushu, el arquero. Lo recuerdo bien. Me había perdido en el gran bosque y no conseguía encontrar a mi gente; aparecí en tierras despejadas, de amplios prados, y fui recogido por gentes extrañas, de piel blanca y cabello rubio que hablaban una lengua similar a la mía. Ella era Igar, la seduje cantando al anochecer; estaba destinada a ser una madre fértil, de ancha figura y pechos grandes, y no pudo más que sentirse atraída por el hombre musculoso, de pecho robusto, que cantaba sus propias hazañas en la lucha y en la caza, y que le prometía comida y protección para cuando ella criara a los que habrían de vivir y cazar en el futuro.

Aquellas gentes no poseían la sabiduría de mi pueblo, pues cazaban a sus presas y luchaban con palos y lanzas de piedra; desconocían las virtudes de las flechas de extremos dentados que se enganchaban a los tendones de los ciervos, y tampoco sabían cómo lanzarlas para que salieran rectas. Cuando cantaba mis proezas al anochecer, estas extrañas gentes reían a carcajadas. Sólo ella, Igar, me creía y tenía fe en mí. Me la llevé sola de caza, a la poza a la que los ciervos iban en busca de agua. Mi arco silbó en la espesura, y un ciervo cayó muerto; comimos su caliente carne sabrosa y ella fue mía junto a la poza.

Por Igar me quedé con estos hombres extraños. Les enseñé a fabricar arcos de roja y fragante madera de cedro. Les enseñé a cazar manteniendo los ojos abiertos y apuntando con el izquierdo, a utilizar flechas romas para la caza menor, y flechas dentadas de hueso para pescar en las aguas cristalinas, y a tallar puntas de flecha de obsidiana para cazar ciervos, alces y caballos salvajes. Pero se reían de mi método para tallar la piedra, hasta que atravesé a un alce de parte a parte con mi flecha, que se hundió en los órganos vitales del animal, y la tribu entera me aclamó.

Yo era Ushu, el arquero; Igar era mi mujer y compañera. Reíamos, bajo el sol de la mañana, cuando nuestro niño y nuestra niña, rubios como la miel, se tendían y rodaban sobre la hierba; por la noche ella se tumbaba junto a mí, entre mis brazos, y me amaba, y me repetía insistentemente que, puesto que era yo quien poseía la habilidad para trabajar la madera y tallar las flechas, debía quedarme en el campamento y dejar que los otros hombres me trajesen la carne de las presas cazadas. Yo atendía a sus razones, y así me convertí en un hombre obeso y de corto resuello, y en las largas noches de insomnio me lamentaba de que aquellos hombres de una tribu extraña me trajesen la carne por mi sabiduría y por mi honor, pero se rieran de mi gordura y de mi incapacidad para la lucha y la caza.

En mi vejez, cuando nuestros hijos eran hombres y nuestras hijas madres, cuando desde el sur hombres oscuros, de frente amplia pelo ensortijado, se nos echaron encima como olas del mar, huimos hacia las laderas de las colinas, e Igar, con sus piernas enroscadas entre las mías y los brazos en torno a mi cuerpo, incapaz de ver más allá, me retenía, como muchas otras compañeras lo habían hecho en otro tiempo y lo harían mucho después, y luchaba por mantenerme lejos de la batalla.

Pero logré soltarme, gordo y resollante, y mientras ella lloraba diciendo que ya no le amaba, salí a luchar; luchamos día y noche, entre los cantos de las cuerdas de los arcos y el zumbido de las flechas afiladas. Y les mostramos a esos hombres de cabello ensortijado nuestra habilidad para la lucha, nuestro ingenio y nuestros deseos de matar.

Y cuando caí muerto al final de la batalla hubo cantos fúnebres en mi honor, canciones que contaban mi historia, la del arquero Ushu y de Igar, esposa y compañera, que me había mantenido alejado de la lucha con sus brazos alrededor de mi cuello y sus piernas entrelazadas con las mías.

Hubo un tiempo, sólo los cielos saben cuándo, en la juventud del género humano, en que vivimos junto a enormes ciénagas, donde las colinas descendían cercanas a un amplio río de aguas mansas, donde nuestras mujeres recogían frambuesas y raíces, donde había manadas de ciervos, caballos salvajes, antílopes y alces que los hombres cazábamos con flechas o con trampas que repartíamos por toda la colina. Del río conseguíamos peces con redes que las mujeres tejían con las cortezas de los árboles jóvenes.

Yo era un hombre impaciente y curioso, como el antílope a quien atraíamos, agitando manojos de hierba, hasta donde estábamos escondidos en la espesura del prado, para darle caza. Crecía arroz salvaje en la ciénaga, los delgados tallos brotaban del agua en la orilla de los canales. Cada mañana nos despertaban los mirlos con sus cantos, y volaban hasta la ciénaga. Y al llegar el largo crepúsculo, cuando regresaban a sus nidos, el aire se llenaba con su algarabía. Llegó la época en que el arroz hubo crecido, y los patos y los mirlos se daban grandes banquetes de arroz descascarillado por el sol.

Siendo yo un hombre inquieto, siempre preguntándome qué habría más allá de las colinas y de las ciénagas y en el fondo fangoso del río, observé a los patos salvajes y a los mirlos y reflexioné largo tiempo hasta llegar a la siguiente consideración: la carne era un buen alimento. Pero a fin de cuentas, remontándonos al principio, la carne venía de la hierba. La carne de pato y de mirlo provenía del arroz de las ciénagas. Matar a un pato con una flecha escasamente compensaba la laboriosa tarea de acechar, escondido, a la presa durante horas. Además, los mirlos eran demasiado pequeños como para utilizar flechas, salvo para los chicos que aprendían y se preparaban para la caza mayor. Y aún así, en la temporada del arroz, los mirlos y los patos se mostraban suculentamente rollizos, debido al arroz. ¿Por qué no podíamos yo y los míos alimentarnos de arroz de la misma manera?

Todo esto pensaba en el campo, silencioso y taciturno, mientras los niños se peleaban a mi alrededor ante mi indiferencia, y mientras Arunga, mi compañera, me reprendía en vano y me urgía para que fuese a cazar y trajera más carne para nosotros.

Arunga era la mujer que había robado de la tribu de las colinas. Estuvimos doce lunas aprendiendo nuestras lenguas, después de capturarla. ¡Sí, fue aquel día en que salté sobre ella desde la rama de un árbol! Ella intentó escapar. Caí sobre sus hombros con todo el peso de mi cuerpo, y la agarré con las manos con toda mi fuerza. Gritaba como un gato. Luchó y me mordió. Las uñas de sus manos, como zarpas de gato, me desgarraron. Pero la sujeté y la dominé y durante dos días hube de pegarle y forzarla a viajar conmigo lejos de los cañones de los Hombres de las Colinas hasta los prados, junto al río que fluía a través de los pantanos de arroz, donde se alimentaban los mirlos y los patos.

Una gran visión se presentó ante mí cuando el arroz ya había madurado. Situé a Arunga en la parte delantera del leño hueco y requemado que teníamos por canoa. Le

pedí que remase. Extendí en la parte trasera una piel de ciervo que ella había curtido. Con dos recios palos fui inclinando los tallos sobre la piel de ciervo y recogiendo los granos que, de otro modo, se habrían comido los mirlos. Tras hacer esto, le entregué los palos a Arunga y comencé a remar y a dirigir nuestra canoa.

Ya antes habíamos comido arroz crudo y no nos había gustado. Pero esta vez lo tostamos sobre el fuego, de modo que los granos se hincharon y reventaron, cubriéndolo todo de blanco, y toda la tribu corrió a probarlo.

Desde entonces se nos conoció como los Comedores de Arroz y los Hijos del Arroz. Y mucho, mucho tiempo después, cuando los Hijos del Río nos echaron de los pantanos y tuvimos que subir a las tierras altas, llevamos con nosotros la semilla del arroz para plantarla. Aprendimos a seleccionar las semillas más grandes así que, de ahí en adelante, el arroz que comíamos era el de grano más grueso, que se hinchaba más al resecarlo y al hervirlo.

Pero Arunga... he dicho que gritaba y arañaba como un gato cuando la robé. Todavía recuerdo cuando algunos de sus parientes de los Hombres de la Colina me capturaron y me llevaron con ellos. Eran su padre, el hermano de su padre y dos hermanos de sangre de ella. Pero ella era mía, ella había vivido conmigo. Y una noche, mientras yo yacía atado como un cerdo salvaje al que van a degollar, cuando todos ellos dormían junto al fuego, Arunga se acercó sigilosamente y les partió la cabeza con la maza de guerra que yo mismo había fabricado. Lloró sobre mi pecho, me desató y huimos, regresando al río manso y a la ciénaga de arroz donde se alimentaban los patos y los mirlos; todo esto ocurrió mucho antes de la aparición de los Hijos del Río.

Ella era Arunga, la única mujer, la mujer eterna. Ha vivido en todos los lugares y épocas. Siempre vivirá. Es inmortal. Una vez, en tierras lejanas, se llamó Ruth. También se ha llamado Isolda, Elena, Pocahontas y Unga. Y todo hombre desconocido, de tribus extranjeras, no ha podido sino encontrarla, y la encontrará en todas las tribus de la Tierra.

Recuerdo las muchas mujeres en que se ha convertido aquella única mujer. Hubo un tiempo en que mi hermano Har y yo perseguimos día y noche a un semental salvaje; lo acechábamos por turnos, sin darle descanso, obligándole a pasar hambre y sed hasta el agotamiento; al final apenas podía mantenerse en pie, temblando mientras nosotros le atábamos con cuerdas de piel de reno. Y así, sin esfuerzo, con la única ayuda de nuestro ingenio -la idea fue mía- mi hermano y yo conseguimos dominar a aquella bestia veloz.

Cuando estaba preparado para subirme a horcajadas sobre el animal -ése había sido mi sueño desde el principio-. Elpa, mi mujer, me rodeó con sus brazos y gritó que era Har, y no yo, quien debía montar al caballo salvaje, pues él no tenía esposa ni hijos, y si moría, nadie sufriría. Finalmente, comenzó a llorar, me despojó de mi sueño y Har, desnudo, se aferró al semental y lo montó a horcajadas.

Al atardecer, entre grandes llantos, trajeron a Har desde unas rocas lejanas donde le habían encontrado. Tenía abierta la cabeza y los sesos goteaban sobre el suelo como miel de un panal. Su madre se echó ceniza sobre la cabeza y se pintó el rostro de negro; su padre se cortó la mitad de los dedos de una mano en señal de duelo; y las mujeres, especialmente las jóvenes solteras, profirieron insultos contra mí; y los más ancianos sacudían sus sabias cabezas murmurando que ni sus padres, ni los padres de sus padres habían oído hablar jamás de semejante locura. La carne de caballo era buena para comer y los potros jóvenes eran tiernos, pero sólo un loco intentaría agarrar a un caballo salvaje a menos que lo hubiese atravesado previamente con una flecha, o estuviese clavado a la estaca de una de las trampas.

Selpa me ordenó que me fuese a dormir, y a la mañana siguiente me despertó con su parloteo, sermoneándome sobre mi locura, repitiéndome constantemente que tenía que cuidar de ella y de nuestros hijos, hasta que finalmente me cansé, y abandoné para siempre la idea de montar un caballo salvaje para cruzar los arenales y los pastos veloz como el viento.

A lo largo de los años, la historia de mi loca hazaña no cesó de escucharse en el campamento. Sin embargo de la repetición de esa historia nació mi venganza, porque mi sueño nunca murió y los más jóvenes soñaron también con lograrlo; hasta que finalmente fue Othar, mi hijo mayor, quien logró montar un caballo salvaje; saltó sobre su lomo y, ante todos nosotros, voló veloz como el viento.

En adelante, todos los hombres quisieron atrapar y domar a los caballos. Muchos caballos fueron domados y algunos hombres murieron en el intento, pero llegué a ver el día en que, al abandonar el campamento en busca de nuevas tierras para la caza, nuestras mismísimas criaturas viajaban en cestas de mimbre que cargaban los caballos junto con todas nuestras pertenencias.

Yo, siendo un hombre joven, había tenido un sueño que me perseguía; Selpa, mi mujer, me había alejado de este viejo deseo; pero Othar, nuestro hijo, tuvo mi mismo sueño

y logró llevarlo a cabo, y así nos convertimos en una tribu de grandes cazadores.

Durante la gran emigración, cuando dejamos Europa e introducimos en la India la ganadería y el cultivo de la cebada, hubo una mujer. Aunque eso fue mucho antes de llegar a la India, a mitad de aquel largo desplazamiento que duró cientos de años. Ningún experto en geografía ha podido decirme dónde se hallaba aquel antiguo valle.

La mujer se llamaba Nuhila. Era un valle estrecho y no muy largo; sus paredes formaban bancales donde crecía arroz y mijo; era la primera vez que nosotros, los Hijos de la Montaña, veíamos el arroz y el mijo. Los habitantes del valle eran sumisos y dóciles, pues únicamente se dedicaban a cultivar la tierra, que habían aprendido a regar obteniendo un mayor provecho. El suyo era el primer sistema de irrigación que veíamos, aunque no tuvimos mucho tiempo para observar los diques y canales con los que conducían el agua hasta los campos donde labraban. Teníamos poco tiempo porque nosotros, los Hijos de la Montaña, que éramos sólo unos pocos, veníamos huyendo de los Hijos de Nariz Respingona, que eran muy numerosos. Solíamos llamarles los Sin Nariz, y ellos se hacían llamar los Hijos del Águila. Eran muchos y tuvimos que huir con nuestro ganado, nuestras cabras y nuestras semillas de cebada, con nuestras mujeres y nuestros niños.

Mientras los Nariz Respingona mataban a aquéllos de los nuestros que quedaban rezagados, los que iban a la cabeza eliminaban a las débiles gentes del valle que se oponían a nosotros. La aldea estaba construida con paja y barro; la rodeaba un muro bastante alto. Tuvimos que matar a algunos aldeanos para acomodar a nuestras familias y al rebaño; después, nos encaramamos al muro para enfrentarnos con gritos e insultos a los Nariz Respingona. Encontramos graneros repletos de arroz y mijo; había paja para alimentar a nuestro rebaño, y la época de las lluvias estaba próxima, por lo que no faltaría el agua.

La lucha contra los aldeanos fue dura y larga. Al comienzo de nuestro ataque reunimos a las mujeres, a los ancianos y a los niños que no habíamos matado y les obligamos a salir al exterior del muro. Los Nariz Respingona mataron hasta el último de ellos, lo que supuso más comida para nosotros en el interior de la aldea y más comida para ellos en el valle.

Fue un largo y penoso asedio. Nos asolaron las enfermedades, y los cadáveres de nuestros muertos provocaron una epidemia que acabó con gran parte de la población.

Se nos terminó el arroz y el mijo de los graneros; tuvimos que alimentar al ganado con la paja de los tejados, hasta que, finalmente, nos comimos a todas las reses y cabras.

De cada cinco hombres, cuatro murieron; del medio millar de niños y bebés, no quedó ninguno. Fue Nuhila, mi mujer, quien se cortó el cabello y trenzó con él una fuerte cuerda para mi arco. Las demás mujeres hicieron lo mismo y, cuando el enemigo nos atacó, se mantuvieron junto a nosotros, hombro con hombro, en medio de aquella lluvia de lanzas y flechas, arrojando piedras a los Nariz Respingona.

Llegó un momento en que, de los diez que estábamos sobre el muro, sólo quedó uno; tampoco quedaron muchas mujeres. Los Nariz Respingona nos dijeron que éramos de fuerte estirpe, y que nuestras mujeres eran madres vigorosas; añadieron que si les entregábamos a nuestras mujeres, nos dejarían vivir en paz, siendo los dueños del valle y consiguiendo mujeres en las tierras del sur.

Nuhila se negó. Las otras mujeres se negaron también. Y nosotros nos burlamos de ellos, preguntándoles si es que estaban ya cansados de luchar. Nosotros estábamos agotados, sabíamos que la debilidad no nos permitiría seguir luchando, un ataque más sería nuestro fin. Lo sabíamos. Las mujeres lo sabían. Nuhila dijo que debíamos poner fin a aquello antes de que lo hiciesen los Nariz Respingona. Todas las mujeres estuvieron de acuerdo. Y mientras los Nariz Respingona preparaban el ataque que supondría nuestro final, allí, junto al muro, dimos muerte a nuestras mujeres. Nuhila me amaba, y allí, junto al muro, se abalanzó sobre mí atravesando ella misma su cuerpo con mi espada. Y nosotros, los hombres, por amor a la tribu, nos quitamos la vida unos a otros hasta que sólo quedamos Horda y yo, en medio de aquella terrible carnicería. Horda era mayor que yo, así que yo fui el primero en clavarme su espada. Pero mi muerte no fue instantánea, aún pude ver cómo Horda se atravesaba su espada y caía muerto. Fui el último de los Hijos de la Montaña. Y mientras, moribundo, escuchaba los gritos de los enemigos aproximándose, me alegraba saber que los Nariz Respingona nunca tendrían hijos de nuestras mujeres.

Desconozco la época en que fui Hijo de la Montaña y perdí la vida en el valle angosto donde habíamos asesinado a los Hijos del Arroz y del Mijo. Sólo sé que sucedió siglos antes de que los Hijos de la Montaña llegaran a la India tras la gran emigración; mucho antes de que yo fuese un jefe ario en el Antiguo Egipto, donde profané las tumbas de los antiguos reyes y me hice construir dos sepulturas.

Me gustaría contarle más sobre aquellos días, querido lector, pero tengo poco tiempo. Pronto moriré. De veras lamento no poder contarle más sobre aquellas primeras emigraciones, el cruce de los pueblos, el deshielo de los polos o las expediciones en busca de caza.

También me gustaría hablarle del Misterio. Siempre nos ha invadido la curiosidad sobre los secretos de la vida, la muerte y la vejez. A diferencia de otros animales, el hombre siempre ha contemplado las estrellas y ha creado dioses con su propia imagen o con imágenes que inventaba. En aquellos lejanos días adoré al sol y a la oscuridad, al grano del cereal, procreador de vida. Rendí culto a Sar, diosa del trigo, a los dioses del mar, de los ríos y de los peces.

Sí, recuerdo a Ishtar antes de que nos la robaran los babilonios; también a Ea, soberana de los Infiernos, que ayudó a Ishtar a conquistar a la muerte. Mitra, antiguo dios aria no, fue otro de nuestros dioses hasta que nos lo usurparon. Y recuerdo que, mucho después de la gran emigración, llegué a la India como comerciante de caballos, con mis numerosos sirvientes y una larga caravana a mis espaldas, y que por entonces adorábamos a Bodhisatwa.

Realmente el culto al Misterio ha vagado tanto como los hombres, pues los préstamos y robos de los dioses les dieron la misma vida errante de los hombres. Así los sumerios nos arrebataron a Shamashnapishtin, y los Hijos de Sem se lo arrebataron a ellos y le llamaron Noé.

Me río ahora, yo, Darrell Standing, en la Galería de los Asesinos, de que los doce respetables miembros del jurado me declararan culpable y me condenasen a muerte. El doce ha sido siempre el número mágico del Misterio. Ni siquiera tuvo su origen en las doce tribus de Israel. Aquéllos que contemplamos las estrellas mucho antes, ya situamos los doce signos del Zodíaco en el firmamento. Y recuerdo, cuando fui de los Asir y de los Vanir, que Odín juzgaba a los hombres en la corte de los doce dioses, cuyos nombres eran Tor, Baldur, Niord, Frey, Tyr, Bregi, Heimdal, Hoder, Vidar, Ull, Forseti y Loki.

Nos robaron incluso las valquirias para convertirlas en ángeles, incorporándoles las alas que tenían los caballos de éstas. Y nuestro frío Helheim de entonces, de hielo y escarcha, se ha convertido en el infierno de hoy, donde el calor abrasador hace que a uno le hierva la sangre en las venas, mientras que en nuestro Helheim el frío mordaz penetraba hasta la médula de los huesos. Hasta el mismísimo cielo, que imaginábamos perdurable y eterno, ha ido cambiando su rumbo, y hoy encontramos al escorpión en el lugar en que solía estar la cabra, y al arquero donde solía estar el cangrejo.

¡Adoraciones y veneraciones! ¡La continua búsqueda del Misterio! Recuerdo aquel dios cojo de los griegos, el maestro herrero. Su Vulcano era el Wieland germánico, maestro herrero capturado por Nidung, rey de los Nids, quien le cercenó una pierna, dejándole cojo para siempre. Pero antes había sido nuestro maestro herrero y forjador, a quien llamamos Ilmarinen. Sin embargo también se decía que él, Vulcano, o Wieland, o Il-marinen, había nacido debajo de un pino, del pelaje de un lobo, y se le llamó Padre de los Osos; esto fue antes de que los germanos y los griegos lo robasen para adorarlo. Por aquel entonces nos llamábamos los Hijos del Oso y los Hijos del Lobo, y nuestros tótems eran el oso y el lobo. Todo esto ocurrió antes de la migración hacia el sur, en la que nos unimos a los Hijos del Bosque y les enseñamos nuestras leyendas y deidades.

Sí, y quién era Kashyapa, quién era Pururavas, sino nuestro cojo maestro herrero, a quien llevamos durante la emigración y a quien rebautizaron y adoraron los pueblos del sur y del este, los Hijos del Fuego y de la Hoguera?

La historia es demasiado larga, aunque me gustaría mencionar la Hierba de la Vida, de tres hojas, con la que Sigmung devolvió la vida a Sinfioti; pues ésta es la hierba sagrada de la India, el santo grial del Rey Arturo, el... pero ¡basta! ¡basta!

Sin embargo, cuando reflexiono sobre todo esto, llego a la conclusión de que lo más maravilloso de la vida, de todas las vidas, para mí y para todos los hombres, ha sido, es y será la mujer, mientras las estrellas brillen en el firmamento y el flujo eterno siga su curso. Más grande que nuestras hazañas y empeños, que la invención y la fantasía, que la batalla, la contemplación de las estrellas y el misterio, mucho más grande ha sido la mujer.

A pesar de haberme cantado falsas melodías y de haber sujetado mis pies en la tierra, a pesar de haber dirigido mis ojos, ansiosos por contemplar el vagabundear de las estrellas, siempre hacia su rostro, a pesar de todo ella, la protectora de la vida, la madre tierra, me ha dado mis más grandiosos días y mis noches más gloriosas, me ha dado la plenitud de los años. Incluso he imaginado el Misterio en sus formas, y en el mapa de las estrellas he situado su figura.

Todos mis esfuerzos y hallazgos conducen a ella; en todos mis lejanos sueños aparece ella. Cuando descubrí el fuego e hice las hogueras, fue por ella. Y, aun sin

saberlo, también por ella puse la estaca en el hoyo para cazar al viejo tigre Colmillo Afilado, domé al caballo, maté al mamut y dirigí a los renos hacia el sur al llegar el deshielo. Por ella cultivé el arroz salvaje y sembré cebada, trigo y maíz.

Por ella y por la semilla que llevaba en su interior, hecha a su imagen, he muerto en las copas de los árboles y he soportado largos asedios en las cuevas y sobre los muros. Por ella coloqué los doce signos en el cielo. A ella adoraba al inclinarme ante las diez piedras de jade, rindiendo culto a las lunas de la gestación.

Mis ansias de peregrinar siempre me han llevado por caminos luminosos; y siempre las sendas pobladas de estrellas me han devuelto hasta ella, la eterna figura, la mujer, la única mujer, en cuyos brazos era capaz de olvidar las estrellas.

Por ella salí indemne de odiseas, escalé montañas, crucé desiertos; por ella salí a cazar y dirigí batallas; y por ella y para ella entoné canciones sobre mis hazañas. El éxtasis de la vida y las rapsodias del deleite fueron míos gracias a ella. Y ahora, al final, puedo decir que jamás he conocido una locura tan dulce y profunda como la de hundirme en la fragante e inolvidable gloria de su pelo.

Una palabra más. Recuerdo a mi Dorothy, de esto hace muy poco tiempo, cuando todavía daba clases de agronomía a los estudiantes granjeros. Ella tenía once años. Su padre era el decano de la universidad. Ella era una niña y una mujer; y creyó que me amaba. Sonreí para mis adentros, pues mi corazón estaba en otro lugar, tan alejado de ella.

Pero hubo ternura en mi sonrisa, porque en los ojos de aquella niña vi a la mujer eterna, la mujer de todos los tiempos y formas. En sus ojos vi los ojos de mi compañera en la selva, en la caverna y en la choza. En sus ojos vi los ojos de Igar, cuando yo era Ushu, el arquero; los ojos de Arunga, cuando fui cosechador de arroz; los ojos de Selpa, cuando soñaba con amaestrar al caballo; los ojos de Nuhila, que se atravesó con mi espada. Sí, había algo en sus ojos que los convertía en los de Lei-Lei, a quien abandoné con una sonrisa en los labios; en los de Lady Om, que mendigó a mi lado por los caminos durante cuarenta años; los de Philippa, por quien caí muerto en duelo sobre la hierba de la antigua Francia, y en los de mi madre, cuando fui un niño llamado Jesse en el círculo de carretas en Mountam Meadows.

Era una niña, pero era hija de todas las mujeres, como lo fue su madre antes que ella, y era la madre de todas las mujeres que vivieron después. Ella era Sar, la diosa del maíz; era Isthar, que conquistó la muerte; era Sheba y Cleopatra, Esther y Herodías. Ella era la Madre de Jesús y María Magdalena, era Marta y su hermana María. Y era Brunilda y Ginebra, Isolda y Julieta, Eloísa y Nicoleta. Sí, y era Eva, y Lilit, y Astarté. Tenía once años y era todas las mujeres que habían existido y todas las que existirían.

Estoy sentado en mi celda ahora, mientras las moscas zumban en esta somnolienta tarde de verano, y sé que me queda poco tiempo. Pronto me pondrán la camisa sin cuello. Pero... tranquilo, corazón. El espíritu es inmortal. Después de la oscuridad viviré de nuevo, y habrá otras mujeres. El futuro me reserva otras mujeres en las vidas que aún viviré. Y aunque las estrellas pasen y los cielos mientan, siempre permanecerá la mujer, resplandeciente y eterna, la única mujer, y yo, bajo todas mis máscaras y desventuras, yo, el hombre, seré su compañero.

22.

Mi tiempo se acaba. El manuscrito de mi relato se encuentra a salvo fuera de la prisión. Un amigo, en quien sé que puedo confiar, se encargará de que lo publiquen. Ya no estoy en la Galería de los Asesinos. Escribo estas líneas en la celda de la muer-

te, donde un guardia me vigila día y noche. Curiosamente, su función es cuidar de que no muera. Debo seguir con vida hasta que me ahorquen, o de lo contrario el público se sentiría engañado, la ley burlada y el alcaide sería amonestado, pues una de sus obligaciones es la de garantizar que sus condenados mueran debidamente en el patíbulo. Me maravilla el rumbo que algunos hombres toman en sus vidas.

Esto va a ser lo último que escriba. Ya está fijada la hora para mañana por la mañana. El gobernador ha rechazado la petición de indulto y se ha negado a un nuevo aplazamiento, a pesar de que la Liga contra la Pena de Muerte ha organizado un buen alboroto en California. Los reporteros se amontonan como buitres. Los he visto. Son unos jóvenes grotescos, al menos la mayoría de ellos, y lo más grotesco es que para ganarse el pan, el tabaco y los cócteles, el alquiler de las habitaciones y, si están casados, los zapatos y los libros de los niños, serán testigos de la ejecución del profesor Darrell Standing, y describirán para el público cómo el profesor Darrell Standing murió colgado de una soga. Apuesto a que ellos lo pasarán peor que yo.

Mientras espero aquí sentado, escuchando los pasos del guardia que va de un lado a otro y mira una y otra vez por el agujero de mi jaula, me doy cuenta de lo cansado que estoy de todo esto. ¡He vivido tantas vidas! Estoy cansado de la eterna lucha, de la catástrofe y el dolor que han de soportar los que están sentados en las alturas, los que recorren los caminos luminosos, vagando por las estrellas.

Espero que al menos, cuando vuelva a habitar en otra forma, pueda al fin vivir como un granjero. Pienso en la granja de mis sueños. No me importaría pasar toda una vida en ella. ¡Ah, la granja de mis sueños! ¡Mis campos de alfalfa, mi ganado de jersey, mis pastos!

Acabo de aguantar una visita del alcaide. He dicho “aguantar”, y créame, sé lo que me digo. No se parece en nada este alcaide al alcaide de San Quintín. Estaba muy nervioso, y me he visto obligado a distraerle. Éste es su primer ahorcamiento, según me ha dicho. Y yo, en un torpe alarde de ingenio, no he logrado tranquilizarle diciéndole que éste es también mi primer ahorcamiento. No parecía tener ganas de broma. Tiene una hija en el instituto y un hijo que estudia en Stanford. Su sueldo en la prisión es su única fuente de ingresos, y su esposa está inválida. La verdad es que el hombre me ha contado muchos de sus problemas, y aún seguiría aquí si no le hubiera despachado.

Mis dos últimos años en San Quintín fueron bastante deprimentes. Ed Morrell, por uno de esos caprichos del destino, consiguió que le sacaran de la celda de incomunicación y le nombraran ordenanza de la prisión. Jake Oppenheimer, que se había podrido en las celdas de incomunicación durante tantos años, se volvió de pronto un amargado y durante ocho meses rehusó hablar conmigo.

En la cárcel las noticias llegan a todas partes, llegan incluso a los calabozos y a las celdas de incomunicación. Me llegó la noticia de que Cecil Winwood, el poeta impostor, el chivato, el cobarde, el delator, había regresado a la cárcel acusado de otra falsificación. Debo recordarle que este Cecil Winwood fue el que inventó aquella mentira de la dinamita. Él fue el responsable de los cinco años que he pasado incomunicado.

Decidí asesinar a Cecil Winwood. Verá, Morrell se había ido y Oppenheimer se negaba a hablarme. Los días eran cada vez más aburridos. Tenía que hacer algo. Así que recordé aquella vez que, siendo Adam Strang, preparé pacientemente mi venganza durante cuarenta años. Sabía que volvería a hacer lo mismo si tuviera al alcance la garganta de Winwood.

No espere que le cuente cómo me hice con cuatro pequeñas agujas de coser. Con la escasa fuerza que conservaba, tuve que serrar cuatro barrotes, haciendo dos cortes en cada uno de ellos, para abrir un espacio por el que poder deslizarme. Y lo hice. Utilicé una aguja por cada barrote, y cada uno de los cortes me llevó un mes. Desgraciadamente, se rompió la última aguja en la última barra y tuve que esperar tres meses más hasta que conseguí una nueva.

Lo que más lamento es que no logré atrapar a Cecil Winwood. Lo tenía todo bien calculado, salvo una sola cosa. El mejor momento para encontrar a Winwood era la hora de la cena, en el comedor. Así que esperé hasta que Carapastel Jones, el guardia dormilón, comenzase su turno a mediodía. Al poco rato Carapastel estaba roncando plácidamente. Saqué los barrotes, me deslicé y salí de la celda, crucé la sala sin ser visto, abrí la puerta y ya estaba libre... libre para caminar por la prisión.

Y entonces supe que había olvidado un detalle: mi estado físico. Había pasado cinco años en aquella celda y estaba terriblemente débil. Pesaba ochenta y siete libras. Estaba me dio ciego. Al instante sufrí un ataque de agorafobia. Aquellos cinco años encerrado entre cuatro paredes me habían dejado incapacitado para enfrentarme a la enorme pendiente de la escalera y a la amplitud del patio de la prisión.

El ascenso por la escalera fue sin duda la hazaña más heroica que jamás he realizado. El patio estaba desierto, y un sol cegador caía sobre él. Tres veces intenté cruzarlo, pero las tres tuve que regresar a apoyarme en el muro. Me armé de valor y lo intenté una vez más, pero mis atrofiados ojos se asustaron de mi propia sombra sobre las losas. Intenté esquivarla, tropecé, caí y tuve que arrastrarme con las manos y las rodillas hasta el muro, como un náufrago que intenta llegar a la costa.

Apoyado en el muro, lloré. Era la primera vez que lloraba en muchos años. Todavía recuerdo el calor de las lágrimas resbalando por las mejillas y el sabor salado en los labios. Y entonces sentí un escalofrío y me puse a temblar. Estaba claro que en aquel estado me iba a ser imposible atravesar el patio. Todavía temblando, agachado y palpando el muro, comencé a bordear el patio.

Así fue como me encontró el guardia Thurston, que me había estado observando desde algún lugar. Cuando le vi, distorsionado por mis ojos cegatos, me pareció un enorme monstruo que se aproximaba hacia mí a una velocidad increíble. Pesaba ciento setenta libras. No estaba en condiciones de ofrecer resistencia, pero en algún momento, según él mismo dijo, le golpeé la nariz con el puño y le hice sangrar.

Yo era un condenado a cadena perpetua y, en California, el castigo para un condenado a cadena perpetua que ataca a un oficial es la pena de muerte. Fui declarado culpable por un jurado que creyó la versión del guardia Thurston y del resto de perros carceleros que testificaron, y fui sentenciado por un juez que se limitó a aplicar la ley al pie de la letra.

Thurston me dio una buena paliza, y durante el camino de vuelta a la celda continuaron los puñetazos y las patadas de los otros guardias que acudieron en su ayuda. ¡Cielos!, si le sangró la nariz seguramente fue debido al golpe de cualquier otro puño excepto el mío. No me importó que me culparan de aquello. Lo lamentable es que por algo así me vayan a ahorcar.

Acabo de tener una corta charla con el guardia que está de servicio. Hace algo menos de un año, Oppenheimer ocupaba esta misma celda. Este hombre es uno de los guardias que vigilaba a Jake. Es un antiguo soldado. Masca tabaco constantemente, y tiene la barba y el bigote amarillentos. Es viudo, tiene catorce hijos, todos casados, y ya es abuelo de treinta y un nietos y bisabuelo de cuatro renacuajos, todas chicas. Es un viejo extraño, de escasa inteligencia. Creo que eso explica que haya vivido tanto y

haya tenido una descendencia tan numerosa. Se le debió quedar congelado el cerebro hace treinta años. Rara vez me contesta otra cosa más que *sí* o *no,* y no porque esté malhumorado, simplemente no tiene nada que decir.

Quisiera dedicar unas líneas a explicarle el infinito alivio que sentí cuando, después de haber sido arrastrado por la escalera a golpes, puñetazos y patadas por Thurston y el resto de los perros carceleros, me encontré de vuelta y a salvo en mi celda. Me sentí como un niño que regresa al hogar. Amaba aquellos muros, los mismos que tanto había odiado durante cinco años. La agorafobia es una enfermedad terrible. No he tenido oportunidad de conocerla a fondo pero, por lo que sé de ella, estoy seguro de que la horca es mucho más agradable...

Acabo de reírme a carcajadas. El médico de la cárcel, un tipo simpático, ha venido a charlar un rato conmigo y me ha ofrecido sus servicios como experto en materia de drogas. Por supuesto, me he negado a que me pinchara. No quiero estar bajo los efectos de la morfina mañana y perdérmelo todo.

Y he reído aún más al acordarme de cómo Jake Oppenheimer les tomó el pelo a todos aquellos reporteros. Al parecer, el último día, recién acabado el desayuno y ya vestido con la camisa sin cuello, los reporteros, que estaban a la caza de las últimas palabras del condenado, le preguntaron su opinión acerca de la pena de muerte.

¿Cómo pueden hablar algunos de civilización, cuando un grupo de adultos le hace semejante pregunta a un hombre que está a punto de morir, y cuya muerte van a presenciar?

Pero Jake estuvo a la altura de las circunstancias:

-Caballeros, pienso vivir lo suficiente para verla abolida algún día.

He vivido muchas vidas a través de los siglos. El hombre, como individuo, no ha hecho ningún progreso moral en los últimos diez mil años. Estoy convencido de ello. La diferencia entre un potro salvaje y un caballo manso es simplemente una diferencia de adiestramiento. El adiestramiento es la única diferencia moral entre el hombre de hoy y el de hace diez mil años. Bajo la delgada capa de moralidad con que se cubre, el hombre es el mismo salvaje de hace diez mil años. Un recién nacido será un salvaje a menos que sea adiestrado, educado en esa moral abstracta que ha ido acumulándose con el paso del tiempo.

"No matarás". ¡Menuda estupidez! Me van a matar mañana por la mañana. "No matarás". ¡Mentiras! En los astilleros de todos los países civilizados se construyen hoy acoraza dos y más acorazados. Queridos amigos, yo, que estoy a punto de morir, les saludo de este modo: ¡Mentiras!

Quisiera preguntarle qué moral de las que se predican hoy es mejor que las que predicaban Cristo, Buda, Sócrates, Platón, Confucio o quien quiera que fuese el autor del *Mahabharata.* Dios mío, hace cincuenta mil años nuestras mujeres eran más puras, y la familia y las relaciones grupales más rígidas y correctas.

Debo decir que en aquellos días nuestra moral era mucho mejor que la actual. No se ría. Piense en nuestra explotación infantil, en la corrupción de la policía y los políticos, en la adulteración de la comida y en la esclavitud de las hijas de los pobres. Cuando yo era un Hijo de la Montaña, o un Hijo del Toro, la prostitución no tenía sentido. Éramos puros, se lo aseguro. No podíamos ni imaginar tales depravaciones. Sí, éramos puros, igual que lo son los animales hoy en día. Hizo falta que el hombre progresara, ayudado por la imaginación y por la técnica, para que aparecieran los pecados mortales. Los animales son incapaces de pecar.

Pienso en las muchas vidas que he vivido en otros tiempos y otros lugares y me doy cuenta de que nunca he conocido crueldad tan terrible como la de nuestro actual sistema penitenciario. Ya le he contado cómo he tenido que soportar la camisa de fuerza y las celdas de castigo durante la primera década de este siglo XX después de Cristo. En la antigüedad, los castigos eran drásticos y los asesinatos rápidos. Lo hacíamos por deseo, por capricho, si quiere. Pero no éramos hipócritas que recurrían a la prensa, al juez o a la universidad para que autorizaran nuestros salvajes actos. Hacíamos lo que queríamos y nos enfrentábamos a la censura y al reproche con la cabeza bien alta, sin escondernos bajo las faldas de los economistas, filósofos burgueses, editores, profesores o predicadores previamente pagados.

Hace cien años, o cincuenta, o incluso cinco, en este país, los Estados Unidos, el asalto y la agresión no eran castigados con la pena de muerte. Pero este mismo año, el año de Nuestro Señor, 1913, en el estado de California, han ahorcado a Jake Oppenheimer por ese delito, y mañana, por el terrible acto criminal de golpear a un hombre en la nariz, me ahorcarán a mí.¡Señor! A Cristo tan sólo le crucificaron. Se han portado mucho peor con Jake Oppenheimer y conmigo.

Como me dijo Ed Morrell cierto día: "el peor uso que puede hacerse de un hombre es ahorcarle". Lo cierto es que la pena de muerte me merece muy poco respeto. No sólo es algo sucio, que degrada a los perros verdugos que se encargan personalmente de ejecutarla a cambio de un salario; degrada también a la comunidad que la tolera, que vota y paga los impuestos necesarios para mantenerla. La pena de muerte es tan boba, tan estúpida y tan poco científica... *"Que le cuelguen del cuello hasta que muera",* es la pintoresca retórica de la sociedad.

Se acerca la mañana; mi última mañana. He dormido como un bebé durante toda la noche. He dormido tan profundamente que el vigilante ha llegado a asustarse, pues creía que me había ahogado con las mantas. El pobre hombre me ha dado lástima. La verdad es que se jugaba su pan de cada día. Si me hubiera ahogado de veras, habría recibido un buen castigo, quizás el despido, y las perspectivas para un parado son peores cada día. He oído que Europa está en crisis desde hace dos años, y que ahora le llegará el turno a los Estados Unidos. Eso significa que pronto puede haber un desastre económico, quizás un ataque de pánico financiero, y que habrá más parados el próximo invierno, y las largas colas del pan...

Ya he desayunado. Me parecía una tontería hacerlo, pero he comido con avidez. El alcaide me ha ofrecido una botella de whisky. La he dejado para que la repartan en la Galería de los Asesinos, con mis mejores deseos. El pobre alcaide está asustado. Teme que si no estoy borracho le estropee la función, lo que pondría en evidencia su autoridad y su modo de dirigir la cárcel.

Me han puesto la camisa sin cuello...

Parezco una persona muy importante. Parece que de pronto todo el mundo se interesa por mí...

El doctor acaba de salir. Le pedí que me tomara el pulso. Está normal...

Escribo estas líneas casi al azar, y hoja tras hoja van saliendo en secreto de la prisión...

Soy el hombre más tranquilo de la cárcel. Me siento como un niño a punto de comenzar un viaje. Tengo ganas de irme, siento curiosidad por los nuevos lugares que veré. El miedo a la muerte es ridículo en un hombre que se ha internado en la oscuridad y que ha vivido tantas vidas...

El alcaide me ha traído una botella, esta vez de champaña. Le he dicho que la mande a la Galería de los Asesinos. Extraño, ¿no?, que sean tan amables conmigo este último día. Debe ser que estos hombres que van a matarme tienen miedo a la muerte. Como dijo Jake Oppenheimer: "Yo, que estoy a punto de morir, debo parecerles espantoso..."

Me han traído un mensaje de Ed Morrell. Me dicen que ha estado toda la noche caminando de arriba a abajo fuera de la prisión. Tratándose de un ex-convicto no le han permitido que entrara a despedirse. ¿Salvajes? No lo sé. Yo diría que son sólo unos niños. Apuesto a que ninguno de ellos querrá quedarse sólo en la oscuridad esta noche, después de que me hayan retorcido el cuello.

Este es el mensaje de Morrell: "Estoy contigo, camarada. Sé que les ganarás la partida..."

Los periodistas acaban de salir. La próxima vez que les vea será desde el cadalso, antes de que el verdugo oculte mi cara con la capucha negra. Seguro que muchos de ellos se marean. ¡Qué tipos tan raros! Se ve que algunos han estado bebiendo. Dos o tres casi han enfermado con sólo imaginar lo que van a tener que presenciar. Al parecer, resulta más fácil ser el ahorcado que el espectador...

Mis últimas líneas. Les estoy haciendo esperar. Mi celda está llena de oficiales y altos cargos. Están todos nerviosos. Quieren que todo acabe pronto. Sin duda, muchos de ellos tienen compromisos para esta noche, y por lo visto les molesta que esté escribiendo estas líneas. El sacerdote me ha pedido de nuevo que le permita quedarse conmigo hasta el final. Pobre hombre, ¿por qué habría de negarle este consuelo? He accedido, y ahora parece bastante animado. ¡Los detalles más insignificantes pueden hacer feliz a un hombre! Podría estar riéndome un buen rato, si no fuera porque tienen prisa.

Debo acabar aquí. Déjeme que lo diga una vez más. La muerte no existe. La vida es espíritu, y el espíritu no puede morir. El cuerpo muere y se transforma, se disuelve en un fermento químico que se funde para cristalizarse en una nueva forma, que también acabará por diluirse. Solamente el espíritu perdura, y vive para siempre en su eterno ascenso hacia la luz. ¿Qué seré yo cuando vuelva a vivir? Quién sabe. Quién sabe...